

BASADA EN HECHOS REALES

CUÍDAME DE TI

MÓNICA SALMÓN



Grijalbo

CUÍDAME DE TI

Mónica Salmón

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Lo mismo que al árbol cuanto más quiere elevarse hacia la altura y hacia la luz, tanto más fuertemente tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo oscuro, lo profundo, hacia el mal.

FRIEDRICH NIETZSCHE

VIENTO EN LA TARDE

Veo las gotas deslizarse sobre el cristal, recargo la frente y siento una temperatura diferente al agua que cae sobre mi espalda. El vapor del baño me da ese calor que perdí en la cena, siento que voy recuperando mi pulso. Sigo con mi dedo índice el camino de algunas gotas, veo cómo se van abriendo paso, unas las pierdo de vista, otras se juntan y se hacen una sola. Cuando exceden su tamaño pierden su estabilidad y caen. Mis lágrimas se mezclan con ellas. No logro escuchar cómo cae el agua; mi mente sólo da vueltas a la cena tan absurda que tuve con Daniel. Una discusión tras otra sin ningún sentido, en uno de mis restaurantes favoritos de Nueva York. Corrimos con suerte para encontrar una mesa, pero fueron nuestros egos los que cenaron allí.

—¡Sofía! Qué terrible que una psicóloga de tu nivel tenga esos prejuicios sociales. Eres una psicóloga clasista. ¡Me decepcionas!

A sus palabras enfadadas las acompañaba el movimiento de su brazo derecho en señal de que daba por terminada la discusión. Elevó la voz, y mirándome a los ojos dijo:

—¡Sofía, por favor, resérvate esos comentarios porque a mí no me interesan nada!

Esa mirada no era precisamente la que yo buscaba, mi intención era tener una cena romántica con mi marido. Pero entre más conversábamos más lejos estábamos de un encuentro amoroso. Él buscaba qué ordenar para cenar con el ceño fruncido y yo veía cómo algunas parejas platicaban y otras se besaban. A media luz, en la pared, se reflejaba el baile de las velas. Antes de que el mesero interrumpiera imaginé a Daniel tomándome por el cuello con una mano para acercarme a él y besarme.

Chocamos las copas para brindar con sonrisas forzadas. Al sentir las notas ácidas del vino pude olvidar por completo el tema. Tomábamos un vino italiano Avignonesi de la Toscana. Estaba de más decirle que me gustaría conocer la Toscana. Me sentí juzgada. Si con Daniel no podía dejarme ir en ciertos comentarios, no veía con quién podría hacerlo.

El pensamiento en voz alta es peligroso cuando el otro se ha decepcionado. ¿Quién no toca las fibras de la decepción en el matrimonio? Si Daniel tenía razón o no, ése no era el punto. Yo quería un cómplice a mi lado, un aliado, un hombre que no me juzgara, que no me censurara, que me dejara ser libre en mis comentarios y en mis pensamientos, por más oscuros o políticamente incorrectos que fueran. ¿Es mucho pedir que en mi intimidad no se juzgue mi libertad de expresión?

Nuestro fettuccini a la trufa se convirtió en una cena que determinaba qué era lo políticamente correcto o incorrecto en una conversación. Daniel, en vez de pedirme un beso, me pidió que aceptara que mis comentarios no eran apropiados. Perdí el apetito. Me convertí en la psicóloga sensata, en la señora elegante que él quería para que pudiera cenar más tranquilo. Nada cambió mi forma de pensar.

Sabía que el remedio no estaba ahí. Bajé las manos y apreté con furia mi vestido. Callar lo que uno piensa porque al otro no le gusta hace que nos convirtamos en algo que no somos. Nos carcome poco a poco por dentro. Nos mata los sentidos. Nos cubre el alma de una extraña melancolía.

Daniel tomó la copa de vino con la mano derecha, hizo girar el vino en su interior, acercó la copa para olerlo, después dio un sorbo y ladeó la cabeza en señal de aprobación. Dio su opinión acerca de mi próximo libro. Volvimos a discutir. El tono de la conversación comenzó a subir nuevamente y le dije que no se metiera en mi trabajo como yo no me metía en el suyo. Daniel tenía ganas de pelear y él mejor que nadie sabía llevarme al límite. Nos levantamos de la mesa sin siquiera pedir postre. Mi pulso se aceleró cuando salíamos del restaurante. De camino al hotel las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Me hice tonta viendo por la ventana del taxi para no verlo. Sabía y lamentaba que nos estuviéramos perdiendo la energía que ofrece de noche una ciudad como Nueva York.

Daniel mencionó una vez más que debía seguir escribiendo sobre adolescentes. Ése era mi tema, me recordó. Además, nuestras hijas pronto entrarían a la pubertad. Tendría buen material en casa. Repetía una y otra vez que si uno ya ha encontrado un camino que funciona, que ha sido certero, pues es mejor seguir por ahí. Yo no quería certezas, quería inquietudes, aventuras, quería dejarme sorprender.

Pronto llegamos al hotel. El hombre que nos acompañaba en el elevador no parecía hablar español, otro prejuicio social de mi parte, diría Daniel. Le dije que necesitaba romper con los esquemas que tenía, que había algo dentro de mí que me pedía escribir sobre el deseo, sobre el erotismo de la mujer. Ya había escrito mucho para adolescentes, había llegado el momento de escribir para adultos. El elevador se detuvo en el noveno piso y el señor, antes de salir, nos dijo en un español impecable: “El erotismo siempre es un buen tema para una novela. Buenas noches”.

Ya en la habitación, una extraña sensación de absurdo me invadió. Me asomé a la ventana y sentí cómo la nostalgia oprimía mi pecho. Daniel se encerró en el baño. Me duele que le sea tan fácil vivir en lo cotidiano. ¿Debemos dar por un recuerdo vago nuestra cena? Total, nuestro matrimonio ha durado años y está estructurado alrededor de dos hijas hermosas. Con una larga historia de lindo noviazgo, ¿ya nos podemos permitir ser indiferentes a lo mágico?

Me hubiera gustado que me estrechara en sus brazos con miedo a perderme, que me hiciera presente. Me niego a que lo cotidiano nos asfixie. Me niego a que la rutina se apodere de nosotros y nos lleve a que me dé un beso en la frente antes de voltearnos cada uno, espalda contra espalda, cada quien mirando en dirección contraria.

Entré desnuda al baño y abrí la regadera. Dejé que el vapor llenara el ambiente que había en la habitación. Daniel me miró de reojo. No comentó nada, sólo miró mis nalgas. Entré a la regadera, frustrada. Estoy convencida de que en cada mujer habita una Afrodita que vive entregada al amor. Toqué mi cuello buscando el collar de perlas que llevamos todas por dentro. Pensé lo peligroso que puede ser el juego del deseo. Daniel sólo se limitó a mirarme, se quedó callado, no se acercó a mí, no me atrajo hacia él, no vino hacia mí. Busqué refugio en el agua caliente. Sentí completa mi soledad. Brotaron nuevamente las lágrimas. Me recargué contra el cristal que me detenía como un amante que consuela, que seca las lágrimas de su amada con cautela.

Nada después de la cena ha quedado en paz en mí.

Daniel entró al baño y nuestras miradas se cruzaron en el espejo. En silencio sentí sus besos en mi cuello y suspiró cuando me abrazó de manera tierna. El espejo reflejaba mi rostro melancólico y triste. A medio secar me llevó a la cama y comenzó primero a besarme en los

labios, y después lamió las gotas que cubrían mis pechos. Yo seguía sujetando la toalla para secarme, pero cayó al piso cuando sentí la lengua de Daniel entre mis piernas. Después me hizo el amor mirándome a los ojos. Repitió mi nombre constantemente y eso me hizo poner los ojos en blanco y olvidar por completo nuestra absurda discusión de la cena.

PROHIBIDO USAR TACONES EN NUEVA YORK

Bebí con prisa el té. Daniel es un hombre de rutinas y necesita levantarse temprano y hacer algo de provecho. Se concentró en los horarios y exposiciones del museo Whitney y olvidó mi claustrofobia. Con paso acelerado se metió al metro. Lo seguí sin recordarle nada, preferí aguantar los latidos acelerados de mi corazón, el sudor frío, la náusea y la sensación de mareo a tener que soportar otra mirada de decepción de mi marido.

Logramos llegar al número 99 de Gansevoort Street. Nuestra atención la robó la arquitectura majestuosa de Renzo Piano. Nos dedicamos a ver la vasta colección de obras de mitad del siglo. En algún momento Daniel fue al baño. Me quedé sola. Miré frente a mí un cuadro de Edward Hopper que apagó mi claustrofobia: la ventana donde ella miraba y el viento que la acariciaba me ayudaron a respirar, me liberaron de la tensión que había en mi interior, su desnudez sacudió mis culpas y entendí que no sólo puedo, sino que debo expresar siempre mis pensamientos.

Ese cuadro de 1921, *Evening Wind*, me hizo entender que las expectativas de Daniel también salieron por la ventana. No escribiría nada que tuviera que ver con adolescentes, mis letras iban más allá. Haría una novela erótica muy a su pesar. En algo tenía razón Daniel: la verdad es que la vida a los treinta y tres años tiene que tomar un giro. No me traicionaré a mí misma. Recorrí el museo con una emoción antes desconocida. Le agradezco a Hopper por darme una señal.

Salimos corriendo al hotel para cambiarnos y llegar a tiempo al concierto de El Oro del Rhin. Daniel es amante de la ópera y ésta en especial, a cuatro actos con música y libreto de Richard Wagner, lo hace el hombre más feliz. Si yo creyera en vidas pasadas no dudaría en pensar que por ahí de 1850 mi esposo fue un músico alemán, compositor, obsesivo, completamente entregado a escribir música. Cuando nos conocimos me habló de Tristán e Isolda y en ese momento supe que podía compartir mi vida con él. Así fue como me enamoré de Daniel.

Esta vez sí recordó mi claustrofobia y amablemente detuvo un taxi amarillo que nos llevó al Lincoln Center. Yo llevaba tacones altos y un vestido negro entallado que hacía lucir las curvas de mi cuerpo. Sabía que Daniel se volvía loco con los vestidos. Los tacones me hacían ver muy alta y eso me encantaba, y a él también. Sentados en la parte trasera del taxi tomé la mano de Daniel y la puse entre mis piernas para que notara que no llevaba calzones. Sorprendido, me miró con emoción. Levantó una ceja y arrugó la frente. Susurrándome al oído, dijo:

—Abre las piernas; te quiero ver.

Las abrí y él se asomó. Rápido las crucé de nuevo y le dije que quería que me tocara durante el concierto. Sonrió con esa sonrisa que hizo que le diera un sí de por vida. Girando la cabeza de un lado a otro, me apretó la pierna en señal de complicidad y pude sentir su excitación.

Llegamos al Met en el Lincoln Center y caminamos con algo de prisa hacia la sala de conciertos. Tomamos nuestros sitios y al poco tiempo comenzó la ópera; yo puse el abrigo sobre mis piernas cuando las tres ninfas custodiaban el oro que se encuentra en el fondo del Rhin. Metí suavemente la mano de Daniel entre mis piernas. Pero al parecer le importó más que el rey de los nibelungos robara el oro e hiciera con el botín un anillo mágico, tan mágico que también me hizo

invisible ante mi esposo que dejó su mano inmóvil en mi entrepierna. Por minutos dejé de escuchar por completo y sólo estaba atenta a los dedos de Daniel. Sentía cómo me rozaban suavemente, pero era un roce casual, desinteresado. Wagner lo tenía hipnotizado. El movimiento de sus dedos era para acompañar la música, no para tocarme. Disimulé mi enfado y saqué su mano cuidadosamente. Ahora que lo pienso creo que mi deseo me dio más vergüenza que enojo. Miré a mi alrededor esperando que nadie hubiera notado mi comportamiento. Sentí cómo la temperatura de mi cuerpo cambiaba de manera inesperada. Me daban ganas de regresar el tiempo para recobrar mi autoestima. Sentí escalofrío y no pude contener una risa nerviosa que me entró al mirar a unos jóvenes japoneses sentados junto a nosotros que dormían profundamente. Interrumpí la concentración de Daniel tocando su hombro y él me miró como maestra de matemáticas en medio de un examen. Estábamos rodeados de trece personas que dormían profundamente. Quise sacar mi teléfono para tomarles una foto, o para disimular la pena que me daba mi excitación no correspondida, pero Daniel me apretó la mano en señal de que no lo hiciera y en voz baja dijo:

—¡No está bien, Sofía!

Lo miré asombrada, incrédula. Si tomar una foto a escondidas no era apropiado, menos, mucho menos lo era sentir sus dedos entre mis piernas.

Por fin terminó la ópera. Daniel se enojó otra vez, ahora porque no podíamos recorrer las calles de Nueva York caminando. “¡Sofía, no es posible! —dijo mientras ponía los ojos en blanco y miraba el cielo—. ¿Cuántas veces te he dicho que no te pongas tacones en Nueva York? Te dije que no los usaras. Dime, dime de qué sirven si no puedes caminar y además te lastiman. ¡Pareces pollo espinado!”

Se me cortó la respiración. Pocas veces las mujeres estamos satisfechas con la forma en la que nos luce un vestido. Ese día yo me sentía sensual, bella y sobrada de deseo. ¡Qué poco pude conservar esa sensación! Yo sabía que Daniel no era romántico, no esperaba ni poemas ni halagos, pero tampoco esperaba que me hablara así. Vino a mi mente la imagen de un pobre pollo flaco espinado que camina sin fuerza de un lado a otro, tambaleándose. Sentí otra vez ganas de llorar, pero tragué saliva, respiré profundo y pensé que no se lo merecía, y menos me lo merecía yo.

Daniel adelantó groseramente el paso, me dejó atrás. Me apresuré a alcanzarlo, pero los tacones no me dejaron caminar más rápido. Acomodé el vestido, eché los hombros para atrás y juré que sería la primera y última vez que caminaría detrás de él. Las mujeres tenemos que aprender que no conduce a ningún lado depositar nuestra autoestima en un hombre, tal vez en varios sí, pero no en uno o quizá en ninguno. Estaba pensando en eso cuando una mirada coqueta interrumpió mis pensamientos y una sonrisa blanca y un guiño me devolvieron el entusiasmo. Me dieron ganas de comentarle a Daniel que no era una mujer clasista y que ni cerca estaba de ser una persona racista, todo lo contrario. Cada vez aquella cena del fetuccini a la trufa cobraba menos sentido. Mientras tanto, Daniel, furioso, trataba de detener un taxi amarillo que nos llevara de regreso al hotel.

En el trayecto preferí pensar en aquella mirada y en esa piel negra que me dejaron inquieta. Fantaseé con el afroamericano y me di cuenta de que me iba a ser imposible escribir una novela erótica. Tenía muchas ganas de hacerlo, pero éstas no son suficientes para escribirla. Se requiere algo de descaro, deseo y desesperación. No me sentía deseada y no tenía esa fuerza que se

requiere para escribir sobre el deseo. Tal vez estaba lista para vivirlo, pero no para escribirlo. Me enfocaría en hacer otra novela para adolescentes o una novela infantil. Ya no usaría de pretexto a la literatura. El puente entre mis deseos y mi matrimonio se quedaría sostenido de unos hilos.

Lo único bueno que había dejado nuestro viaje a Nueva York fue que trasladaron a Daniel a la Ciudad de México. Eso era una buena noticia para todos. Dejaríamos la ciudad de Puebla para mudarnos a la capital, que prometía muchas más oportunidades. Me daba tristeza dejar a los abuelos, pero los iríamos a ver todos o casi todos los fines de semana. Daniel me dijo que las niñas tenían la edad perfecta para mudarse y que no sentirían el cambio tan fuerte. En tono amoroso me convenció:

—Además, mi amor, podrás tener más pacientes y tendrás más historias para poder escribir tu novela para adolescentes.

Yo también estaba de acuerdo con él; sentía que tenía razón. La ciudad de Puebla es hermosa, pero con la misma monotonía y las mismas historias. Siempre he sido muy optimista y abierta a los cambios. Todo vendría nuevo: casa, vecinos, colegios, amistades, historias. Al menos Nueva York nos había ayudado en algo. También había dejado heridas que gimen debajo de una ilusión.

LOS ÚLTIMOS DIBUJOS DE MI ELEFANTE AZUL

El primer día de clases en la Ciudad de México fui a recoger a mis niñas al colegio. Al final de la fila de la salida de la primaria vi a una señora que parecía árabe. Era alta, delgada y vestía un pantalón y una blusa de algodón color perla, discretamente maquillada y con particular elegancia. Llevaba en el cuello una pashmina color azul cielo. Por la edad, supuse que estaba allí para recoger a sus nietos. Tenía el toque de una abuela amorosa y distinguida. Me acerqué a ella y me presenté:

—Buenas tardes, señora, me llamo Sofía Shield. Soy la mamá de Daniela y Regina Shield.

La señora amablemente me sonrió y tendiéndome la mano me dijo en tono educado:

—Hola, encantada.

Acomodó su pashmina y me ofreció una sonrisa en señal de que me escuchaba. No mencionó su nombre y esperó a que yo siguiera hablando para saber cuál era el motivo de mi presentación. Me di cuenta de que las cosas en esta ciudad funcionan diferentes que en Puebla. Al parecer aquí nadie se presenta. Las mamás se forman por los niños sin hablar unas con otras. Hay choferes, escoltas, gente de servicio, abuelas y mamás. Hay muy pocos papás. A ellas las puedes ver ocupadas en sus teléfonos y con una vida apresurada. En la Ciudad de México la gente vive con prisa, con preocupaciones y con mucho estrés. El bullicio de las calles los consume. Las mamás que he visto no se toman el tiempo para un beso, ni para mirar a sus hijos a los ojos. Los toman del hombro y con la mano en la espalda los apresuran para poder marcharse y llevarlos a sus siguientes actividades. La gente que platica es porque ya se conoce. La verdad me sentí un poco incómoda. Extrañé la calma de Puebla y el saludo de la gente. La prisa de esta ciudad me pareció de mala educación. Tuve que buscar un pretexto para justificar mi saludo tan amigable. Me sentí ignorante de las expectativas de la metrópoli.

Se mostró cautelosa mientras yo le decía:

—Le quería preguntar qué me recomienda: si darles el tarjetón de salida o hacer fila.

Su tono fue maternal, o al menos así lo sentí.

—Por supuesto que no les puedes dar salida a ellas solas. ¿Qué edad tienen tus hijas?

—Daniela tiene nueve años y Regina tiene siete.

—Vivimos en una de las ciudades más peligrosas del mundo. Yo no entiendo a esas mamás que para no formarse o llegar más temprano les dan tarjetón de salida a sus hijos. Una vez que los niños salen, la escuela ya no se hace responsable. Te sugiero que no lo hagas. Ven tú por ellas. Es una etapa de tu vida que se irá muy rápido; después vas a extrañar estos momentos.

—Ah, muchísimas gracias, señora, eso pienso yo también.

Al día siguiente la volví a ver en la fila, y por educación llegué a saludarla con un beso en la mejilla y a platicar algo en lo que nos formábamos. Le conté que era psicóloga y que éramos nuevos en la ciudad. Me dijo que se notaba que venía de provincia. No supe si tomarlo como algo malo. ¿En qué se notaba que venía de provincia? Quise hacer el comentario a un lado. Tal vez me vio como una mujer convencional.

Salieron mis hijas y junto con ellas salió Samantha, por quien iba ella. Le dije que su nieta era muy bonita, pero me comentó que no era su nieta, que trabajaba en casa de unos alemanes y ella era la institutriz. No supe qué decirle. Ella continuó diciéndome que el alemán era un hombre muy guapo y un empresario súper importante, que su esposa lo había dejado por un amante mediocre y ahora ella se hacía cargo de sus hijos. Nos despedimos educadamente y mis hijas se precipitaron a contarme su día.

La rutina se apoderó de mis actividades y veía mi novela cada vez más lejana. Quería pertenecer a los grupos del salón de mis hijas y, por otro lado, sentía una terca insistencia de mantenerme lejos de esas señoras. La Ciudad de México se comía mi tiempo. El cansancio no me dejaba energía para escribir.

Cuando a una de las dos se le hacía tarde para formarse ya sabíamos que la otra apartaría el lugar. Después de tres semanas de vernos en la salida le recomendé mi libro, *Mis últimos dibujos del elefante azul*. Cordialmente me hizo saber que lo leería. Yo seguía sin saber su nombre y eso me daba mucha vergüenza, pero me facilitaba poder hablarle de usted.

—Sofía, ya no me hables de usted, me haces sentir mayor. Háblame de tú y por mi nombre.

Un día llegó con mi libro en la mano. Ahora sí ya no tenía escapatoria, se lo tenía que dedicar y yo moría de pena, no podía seguir fingiendo que sabía su nombre.

Ella intervino diciendo:

—¿No vas a escribir otra cosa? El talento se comparte, no puedes quedarte ahí.

Me dio la salida perfecta para hablarle de algo íntimo y no enfrentarme con la vergüenza de preguntarle su nombre.

—Sí, muero por hacer otra novela, pero la verdad es que no tengo el tema. Ya no quiero escribir para adolescentes, me gustaría tener el valor para hacer una novela para adultos.

—Yo te puedo ayudar.

—¿Usted? Digo, ¿tú? ¿Cómo?

Con una seguridad amenazante me respondió:

—¿Sabes, Sofía? Mi vida podría ser una novela, siempre y cuando sea para adultos. ¡Ah, pero no cualquier adulto! Tienen que ser adultos de mente muy abierta.

Se rio desde el fondo de su ser. Parecía que por segundos hubiese recordado cosas que requerían amplitud de pensamiento.

—Vengo de una familia libanesa acomodada y muy conservadora.

Se llevó la mano al pecho y continuó.

—Te puedo decir que he vivido las dos caras de la moneda, conozco los buenos modales y sus perversiones más terribles. Te puedo hablar de mis tríos, de mis perversiones, de mis intercambios de parejas, de mis orgías.

Pensé que había escuchado mal, que quiso decir mis “tíos” en lugar de mis “tríos”, pero al escuchar “orgías” ya no supe qué decir ni qué pensar.

—¿Sofía?

Me quedé completamente muda, lo único que me imaginaba en ese momento era mi llegada a casa, ver a Daniel y decirle:

—Mi amor, ¿recuerdas a la señora libanesa elegante y muy atractiva de la que te platicué?

Él me diría:

—Sí, tu amiga la que ves todos los días a la salida del colegio, ¿no?

—Exacto. Pues la señora quiere compartir sus experiencias sobre su vida.

Me diría:

—Qué bueno que ya encontraste tema, mi amor. ¿Sobre qué se va a tratar?

Y yo lo miraría muy en control de la situación y le diría, haciendo una pausa para recuperar el pulso que perdí en aquella cena en Nueva York, frente a mi fetuccini de trufa:

—Pues fíjate que se va a tratar de la vida de la Señora Libanesa... eh... y su... sus actividades, sí, sus actividades sexuales, como sus tríos y sus intercambios de parejas. ¡Ah, y olvidaba sus miles de orgías!

—¿Sofía? ¿Sofía?

Escuché mi nombre y me mordí el labio inferior para darme valor. Al tiempo que tomaba aire dije:

—Por supuesto, desde luego.

Levanté los hombros y subí las palmas al techo en señal de algo que ya esperaba. Afirmé:

—Toda mi vida he soñado con escribir una novela erótica. Se me hace maravilloso, claro, hagámoslo.

Una ilusión y un destino me esperaban.

La verdad es que mi corazón iba a mil por hora, sentía que había corrido un maratón. Recogí a las niñas y rumbo a casa tuve una sensación de felicidad que me recorría por todo el cuerpo. Daniel quería que escribiera algo que me apasionara, pues qué mejor que eso; ya lo tenía. Y lo mejor de todo es que esto confirmaba que escribiría un libro sobre el erotismo de las mujeres. Esto me ponía a prueba para poseer voz propia. Quería hablar de la concepción de lo erótico partiendo desde lo individual hasta la pareja. La mirada psicológica de la mujer sobre su propio sexo y en relación con el mundo como un placer o como un mecanismo de defensa. Venían a mi mente mil temas y tenía que sentarme a ver desde dónde estructuraría mi futura novela. Me quedé pensando por qué para la mayoría de mis amigas el sexo siempre tenía un contenido emocional, y para los amigos de Daniel era más una cuestión de deseo, de placer o simplemente de necesidad.

Lo más importante de todo era esta propuesta inesperada. Hay líneas sensibles que nunca nos atrevemos a cruzar; saber que tenía el ofrecimiento de la señora libanesa me daba una embriaguez emocional extraordinaria.

EL CEDRO DE ORO

Son las 8:30 y es miércoles. El aroma del café se apoderaba de todo mi olfato. Para mí ese olor siempre ha estado relacionado con los comienzos. El café me huele a mañana, a tranquilidad, a calma. El café no me quita el sueño, me quita el dolor de cabeza.

El establecimiento era modesto, resultaba cómodo y perfecto para que pudiéramos hablar con libertad. A la espera de mi señora libanesa la emoción comía mis ansias.

Conecté la computadora y cambié de silla más de tres veces; eso me tranquilizó. Pero la emoción despertaba en mí algo especial. Gracias a ella abriría mis letras a un mundo erótico sin ficción. Un mundo que yo desconocía y que pondría a prueba mi habilidad. Hacer una novela excitante requiere un mérito, sobre todo un riesgo. Cualquier placer por escribir sobre la mujer en una sociedad machista siempre nos pone a prueba. Lamentablemente somos una sociedad punitiva y llena de envidia. Pero no me detendré, ya que en el fondo de cada una de nosotras existen las ganas de ser libres.

Mi mayor reto es poder describir el placer que habita en nosotras, hacernos entender que las ganas de encontrar ese placer libre de ataduras es mayor que las posibilidades de encontrar los caminos que nos llevan a ser nosotras mismas. La prueba más importante es leerme a través de los ojos de Daniel. El hecho de que sepa que su esposa es completamente libre en sus letras me excita más que cualquier otra cosa. Tengo una absurda necesidad de sorprenderlo, necesito que el monstruo de lo cotidiano no nos devore, que al menos algo de lo expuesto en mi libro nos sea de utilidad en el matrimonio. Que los objetivos de la pareja no se vean obligados a modificarse por el comportamiento sexual.

Mientras esperaba surgían en mí mil ideas, mil cuestionamientos, preguntas que no sabía responderme, pero la realidad era que su impuntualidad alteraba mis nervios. No sabía su nombre y tampoco tenía su teléfono para recordarle nuestra cita en la cafetería de la esquina de la escuela.

Pedí un café. Al tomar la taza sentí frío y percibí la ansiedad en mis manos. Bebí un sorbo y el olor me llenó de esperanza. Llegó tarde, pero llegó, y desde la puerta me dijo con voz sofocada:

—Sofía, discúlpame por la espera, pero comprenderás que en esta ciudad no se pueden calcular los tiempos con el tráfico.

Me levanté para saludarla de beso y acercarle una silla. La mesera le ofreció un café y yo abrí la computadora.

En su rostro se leía una alegría.

Todavía con tono sofocado dijo:

—Comencemos, que es una historia que nunca te han contado. Es tan largo y complicado que me gustaría irme lo más atrás que pueda para que puedas entender el contexto de mi cultura.

Puse la hoja de la pantalla en blanco y comencé a escribir lo que ella me decía. Me sorprendió cuando dijo:

—Te hablaré de las clases sociales tan marcadas que existen en este país.

Acercó su silla y mientras hablaba se quitó la pashmina. Debajo de ella traía una blusa que cubría su cuello.

—México fue un país que favoreció la integración de otras culturas. Comenzaron a llegar al país oleadas migratorias de franceses, alemanes, italianos, españoles y estadounidenses, y ahí comienza el mestizaje entre los pueblos autóctonos y europeos.

Escribía sus palabras como si fuera un dictado, me hacía gracia que mi novela erótica comenzara hablando de migrantes y mestizaje, lo cual, de hablarlo con Daniel, podría considerarse políticamente incorrecto. Daniel decía que yo tenía comentarios clasistas. Mi primer párrafo parecía para un libro de geografía.

Se interrumpió diciendo:

—Sofía, tengo tantos sentimientos encontrados, pero necesito que entiendas mi vida, desde sus raíces, desde las entrañas, para que puedas ver lo que implica crecer en mi cultura. Así podrás entender mejor mi historia. Necesito poder contarte todo desde lo más profundo de mi ser. Abrazar mis símbolos es importante para mí, como esta cadena de oro.

Con su mano derecha tomó con delicadeza la cadena que representa el cedro milenario, el cedro del Líbano. Portaba con orgullo aquel famoso emblema de la eternidad. Su urgencia por hablarme de sus antepasados era tan importante que la sofocaba. Necesitaba hablarme de su familia para que yo pudiera entender la razón por la cual ella no pudo romper con ese pasado que hoy la obligaba a acercarse a mí.

Tomó un sorbo de café, encendió un cigarro, se limpió la garganta y sacó el humo con prisa para continuar hablando.

—La inmigración libanesa ha sido un ejemplo de vida, por la entereza, constancia y lucha diaria de llegar a un país tan lejano y tan distinto del Líbano como México. Mis familiares llegaron con las manos vacías, luchando contra todas las adversidades, y lograron salir adelante con mucho esfuerzo. Hoy son una de las familias más ricas del país. De este país y de muchos otros.

Mi sospecha no era deliberada, había una urgencia por contarme todo desde un contexto cultural, para que yo no juzgara. Me quería entregar todos los elementos. Percibí orgullo por sus raíces, admiración, pero la quebraba la melancolía.

—Ese esfuerzo de mis antepasados no se puede olvidar. Llevo en la sangre su lucha y su dolor.

Su forma de hablar estaba llena de sentimientos urgentes, urgentes por ser escuchados, y yo comencé a su ritmo, con prisa de conocerla, despertó en mí un enorme interés por conocerla a fondo. Temía perderme en la historia y no poder seguirla. Presté toda la atención que pude y me concentré más en sus pausas, en sus silencios, en las lágrimas que se asomaban en sus ojos color verde marrón. Sus cejas pobladas y sus ojos tenían un brillo especial.

Bebió un poco de café, prendió otro cigarro y empujó la taza, vi sus uñas pintadas de color rojo, y siguió:

—Los libaneses encontraron la manera de adaptarse a México. Con mucho esfuerzo y trabajo constante lucharon por su supervivencia, supieron tener la habilidad de explotar mercados no atendidos en este país. Sirvieron a las comunidades en las que se establecieron. Ayudaban a los que iban llegando. Se esmeraron por aprender el español. Pero nunca en ninguna generación de libaneses he visto que se olviden de sus valores, de su amor a nuestro país de origen. Todos

llevamos en la sangre a Líbano. El presidente Adolfo López Mateos dijo: “El que no tenga un amigo libanés, que lo busque”.

Terminó con orgullo su frase y me sonrió. Después en tono maternal me dijo:

—Tú, Sofía, ya no lo tienes que buscar, ya tienes una amiga libanesa.

Le devolví la sonrisa mirándola a los ojos y agradeciendo el cumplido. Eso me hizo decirle que entre nosotras comenzaba una amistad. También le aclaré que ella podría desahogar su historia y que yo tendría por fin el valor de escribir mi primera novela erótica.

La señora era en realidad más alta de lo que parecía, como aquel cedro que tanto la representaba con sus ramas largas. Sus pasiones se extendían a lo largo de sus palabras. Había un misterio por delante que me tenía cada vez más enganchada, como hipnotizada. ¿Cómo había sido posible esa libertad sexual? La señora hablaba de sus raíces para preservarlas y transmitir las como un tesoro para las nuevas generaciones. Pero yo encontraba una tremenda obsesión por escapar de ellas. Esa madera que la sostenía, al mismo tiempo la asfixiaba y necesitaba seguir limpiando su garganta para soportar el dolor que la perseguía.

De sus raíces pasó de un salto al recuerdo de su infancia. Me contó que su niñez había sido preciosa y que ella había sido una niña muy alabada por su belleza. Observé su nariz recta, su piel marrón clara. Miré sus ojos grandes en forma almendrada y me quedó claro que todos nuestros sentimientos se proyectan a través de ellos. Sus ojos me decían que había resurgido de las cenizas y estaba saliendo del azote constante de una vida llena de espirales.

SONRIESBURGO

—Sofía, tu forma de mirarme me da paz. Un día hace muchos años yo también miraba con hambre, con deseo, sobre todo con ilusión. Tus ojos hablan, Sofía, pero también escuchan y espero que eso lo aprecie tu marido. Esos ojos tan expresivos podrían volver locos a muchos hombres.

Me sonrojé al escucharla. Nunca me habían hablado tan bonito de mis ojos. Mi papá dice que mis ojos lo conectan con el mundo. La señora me hacía sentir especial. Ella veía mi admiración hacia su vida. Yo no sabía lo que vendría, pero por la manera en que la miraban, ella sin duda percibía que estaban sobrados de ilusión.

—Te hablaré de mi infancia. Como buena psicóloga podrás apreciar en dónde fue la ruptura de mi inocencia.

Asentí con la mirada para que continuara hablando. Con la mano derecha se acomodaba el pelo con delicadeza sobre el oído y no detrás, lo cual llamó mi atención. Tal vez sería una manía de la edad. Su estilo al hablar revelaba elegancia. Acompañaba sus palabras con la danza de sus manos. Pensé que si las ataban se quedaría muda. En ese instante todos sus sentidos estaban puestos en hablarme de su infancia.

—Nací el 13 de marzo de 1943. Nadia, así me puso Mamá. Era su nombre favorito. Quién sabe por qué lo guardó para mí y no se lo puso a mi hermana mayor. Llegué al mundo con toda clase de satisfactores y de mimos. Recuerdo que vivía en una casa hermosa en la colonia Del Valle. Yo pensaba que vivía en un palacio porque la casa tenía grandes ventanales y una escalera doble que llegaba al *hall*. El sol reflejaba los dibujos de los vitrales y yo recorría con mis dedos las formas de cada diseño. Un día se me ocurrió recorrerlas con crayolas y Mamá dio el grito en el cielo.

”Mi abuelo Omar dijo que seguro ese grito había llegado hasta Líbano, y reía. Mi abuelo era un hombre muy alto con los ojos más bellos que te puedas imaginar. Sus ojos daban seguridad. Era de muy buen ver. Tenía la nariz muy recta, pómulos no muy sobresalientes, labios finos y una vellosidad facial y corporal que lo hacía parecer un oso. Lo recuerdo bajando de un lado de la escalera y yo del otro lado. Hasta los domingos vestía con corbata negra. Pobre de mi abuelo. Vivió en el dolor toda su vida, pues ocurrió un incidente que lo marcó para siempre. Tal vez ese hecho nos marcó a todos, y marcará a las siguientes generaciones. Yo por eso no tuve hijos. Ya te lo contaré más adelante, por ahora recuerdo que era la época en que la guerra ya había terminado. A Mamá le gustaban los lujos, pero sobre todo los excesos. Mandaba traer de París vestidos Christian Dior que sólo usaba una vez y después dejaba que yo jugara con ellos. ¿Puedes creer eso? No repetía vestidos. ¡Nunca! Recuerdo que esos vestidos para mí representaban encanto y miedo.”

Hizo una pausa, aspiró hondo su cigarro, y continuó:

—Me quedaban largos, llegaban al piso. Mamá también fue una mujer muy alta. Recuerdo que tomaba el vestido con cuidado entre mis manos para no pisarlo. Me daba miedo caer y hacerme daño; me daba muchos nervios rodar sobre los setenta y siete escalones cubiertos por

una media alfombra de color rojo.

”El encanto que yo sentía era cuando mi abuelo Omar sonreía y con sus dientes chuecos decía: ‘Hermosa Nadia, ¿me concede el honor de tocar una pieza en el piano para usted?’, me estiraba su mano. Como si yo fuera una princesa de verdad.”

Guardó silencio unos segundos, viendo en su mente lo que me contaba.

—Yo lo veía, y de verdad pensaba que él era un rey y sin duda yo era su princesa. Lo que no lograba comprender era por qué aquellos vestidos pesaban tanto y por qué Mamá tenía la costumbre de usarlos sólo una vez y nunca más volver a hacerlo. Se veía hermosa en ellos. Sus ojos eran un paraíso. Tenía unas pobladas cejas negras que cubrían sus pestañas enormes que parecían abanicar. No usaba pestañas postizas, como todas en su época, las suyas eran abundantes y muy negras. Sus ojos eran color verde esmeralda y los rizos del pelo le caían de una manera elegante hasta los hombros. Pintaba sus labios de color rojo brillante. Siempre vestía de una forma ceñida arriba y voluminosa abajo, a manera de campana. Le gustaba enfatizar la pequeña cintura que tenía. Mamá sabía de telas, de talento y de moda. Nunca salía a la calle sin maquillaje o sin joyas. Los guantes, los cinturones anchos y todo ese tipo de accesorios me recuerdan hoy a ella. Sus facciones eran estilizadas. Su piel limpia y muy blanca. Mamá era una dama que se podía transformar en lo que ella quisiera. Yo la amaba, Sofía, la admiraba. Cuando te digo que la amaba no sabes a qué nivel. Me inventé un país en el que vivía con Mamá y donde no había enfermos ni pobres y todos podían comer pasteles, cantar y jugar. El lugar que me inventé se llamaba *Sonriesburgo*. Todos allí eran sumamente felices.

Con una sonrisa franca, casi infantil. Aspiró el cigarro y continuó:

—Con mi abuela Farah íbamos mucho a la ópera y al teatro. Cuando regresábamos a casa inmediatamente yo montaba una obra. Mi público eran mis hermanos y la servidumbre de la casa. A veces hasta treinta personas estaban a la espera de mis obras. Era una niña sobrada de imaginación, pero mis historias siempre eran de amor. Al final todos se casaban. Para mí el matrimonio era lo más hermoso que les podía pasar a las personas. ¿Te imaginas, Sofía, encontrar el amor para toda la vida? ¿Nunca querer separarte del hombre que amas y saber que encontraste, como decía Platón, a tu otra mitad? A la edad de siete años yo sabía que no había nada más poderoso que el amor. A esa corta edad sabía que los extremos de la virtud se asemejan a los del amor.

”Sin duda, yo era la consentida de la casa. Ahora que lo pienso, pobre de mi hermana Lina. La abuela Farah era muy dura con ella en sus comentarios. Decía que era feíta, que no tenía chiste la pobrecita, que tendría que ser muy talentosa pero que la verdad era que no tenía bonito ni el carácter, que era creída y muy pesada hasta con los empleados de la casa. Siempre estaba arreglada y parecía monja. Era delgada y pálida.

”Yo la invitaba a *Sonriesburgo*, donde reinaba la alegría, pero la pobre de Lina nunca quiso ir. Se amargaba y me decía enfadada: ‘Nadia, deja de decir tonterías, ya estás bastante grandecita para creer en estupideces’.

”Su vida siempre fue muy aburrida. Es absurdo que siendo educadas bajo el mismo techo con los mismos principios y la misma educación nuestras vidas fueron tan distintas. Nuestra infancia fue muy diferente siendo tan cercanas de edad. Quizá ahora que lo pienso Mamá no encontró en ella nada que la pudiera unir. No la hizo su amiga ni su cómplice. De hecho, se mantenía muy distante de ella. La verdad es que Lina no inspiraba nada, la pobre nació siendo pálida de todas

sus emociones.”

Nadia me miró fijamente como para enfatizar su opinión sobre su hermana.

—Cuando mi abuela Farah tomaba el café con mis tías, se refería a nosotras como la bonita y la feíta. No entiendo esa crueldad de los adultos y me pregunto si mis tías habrán estado conscientes de que llamándonos de ese modo abrían una brecha enorme entre nosotras. Lina comenzó a ser cada vez más distante, más reservada. Cuando comenzó a salir con hombres yo tenía trece años. Mi cuerpo comenzó a formar curvas y una línea comenzaba a definir mi cintura. Mi cuerpo era un orgullo para Mamá.

”Cada vez que mis tías tomaban el café en casa lo hacían en la biblioteca. Esa biblioteca era hermosa. Tú, Sofía, te hubieras vuelto loca de felicidad entre tantos volúmenes. Despedía un olor a libro viejo. Al fondo había una chimenea y sus paredes estaban cubiertas por libreros de madera. La madera era exquisita, una de las más caras y bellas del mundo, una madera que parece como si dibujara la piel de las serpientes, se usa más para artesanía, pero Mamá decidió hacer toda una biblioteca con esa madera.”

EL CAFÉ DE MAMÁ

La mamá de Nadia me intrigaba de una manera peculiar. No entendía de dónde venía tal necesidad por el excentricismo o si el dinero en exceso te hace por completo perder la perspectiva del valor de las cosas. La verdad es que desconocía que había maderas que simulaban dibujos con piel de serpiente. Me dio mucha curiosidad, por lo que primero le pregunté por el nombre de la madera y luego por la infancia de su mamá.

—La madera se llama *piratinera guianensis*. Sobre Mamá... me cuesta trabajo hablar de ella.

Nadia hizo nuevamente una pausa, encendió otro cigarro y dijo:

—¿Te dije que se llamaba Karima?

No esperó mi respuesta y de inmediato continuó:

—De verdad, Sofía, te voy a traer fotos para que veas que no exagero. Era tan bella que resultaba agradable para todos estar cerca de ella. Su rostro era impecable. Su piel parecía de porcelana. Sus manos eran suaves y delicadas. El color de sus uñas siempre combinaba con su labial. Tenía una personalidad arrolladora.

”Su nombre tenía peso: Karima. Con eme —hizo una entonación articulando la letra eme.

”Tenía una lógica imperturbable. Todo el tiempo iba tras sus objetivos, siempre juzgó como debilidad mostrar sus sentimientos. Todos en la familia dicen que soy la más parecida a ella, pero no lo creo. Era reservada y muy prudente, siempre se mostraba con una ligera sonrisa que elevaba suavemente la comisura de los labios para que no aparecieran arrugas junto a sus ojos. Invariablemente estaba en control de todo, hasta de su sonrisa. Siempre estaba atenta a su alrededor, hasta por detalles absurdos como la veta de la madera. Siempre buscaba agradar y complacer, sobre todo a mis tías y a mis pretendientes. Era muy disciplinada, y daba la imagen de ser muy confiable. Tú que eres psicóloga, dime: ¿habrá un estudio que diga por qué la gente que es disciplinada da la apariencia de ser confiable?

”Mamá no le temía al mando, es más, todo el mundo, desde mi papá y mis tías hasta sus amigas, la notaba tan en control de todo que acudían a ella para pedirle consejos. El mismísimo jefe de la seguridad del país acudía a ella buscando alguna solución para los problemas nacionales.

”¿Puedes imaginar el poder que tenía esa mujer?

”Arturo Leyva era el hombre más temido de México, jefe de la policía. Se le acusaba de haber torturado sistemáticamente a mujeres y hombres. Aniquilaba implacablemente a sus enemigos. Pero eso sí, tenía costumbres religiosas. Hizo mucho daño, pero no dejaron de rezar un segundo pidiendo que sus cosas salieran bien. Arturo y Mamá decían que la indisciplina era una falta que se tenía que corregir inmediatamente.

”Tú, Sofía, seguro no habías ni nacido, pero Arturo Leyva era una persona tan conocida como cruel, sangrienta, despiadada y limpiaba todo lo que se salía de contexto de este país. Lo impresionante es que él y Mamá se encerraban por horas en la biblioteca para hablar de asuntos importantes y al día siguiente te enterabas por las noticias de que ejecutaron a cien personas o que desaparecieron tales criminales o que encontraron muertos a unos rebeldes en una zona

lejana. Yo sabía que cuando Leyva visitaba a Mamá, al día siguiente México sufriría un terrible acontecimiento.

”Así era el poder de Mamá, ella era la autora intelectual, movía su cucharita de plata sobre el café y veía el destino que tendría este país, millones de mexicanos modificaban sus vidas sin querer al son de los finos movimientos de la cucharita de plata del café de la hermosa Karima. Leyva nunca actuó en solitario, los dos han de estar ardiendo en el infierno. Para que te des una idea, cada vez que Arturo llegaba a la casa, Mamá lo mandaba al baño de visitas a lavarse las manos, él como niño obediente le hacía caso en todo. Es más, le acomodaba la corbata. Mamá no soportaba ver nada fuera de lugar. El orden y el arreglo personal era algo en lo que hacía énfasis de una manera exagerada. Ella podía conservar su existencia oprimiendo constantemente a otro ser extraño.

”Todo lo que estuviera a su alcance era una fábrica para su uso. Todos estábamos a la disposición de su hechizo. Tenía algo peculiar, cada vez que mis hermanos y yo la saludábamos nos olía. Era como si el olor le indicara algo. A quien más olía de todos era a mí. Un día la vi oler a Leyva, y le pidió que nunca más volviera a fumar antes de llegar a verla. Tenía planes y un control extremo en la vida de todos los que la rodeábamos.”

Me dio un escalofrío que no pude disimular. ¿En qué momento nuestra conversación se había ido hacia allá? Hice mi trabajo lo mejor posible, me quedé callada y no emití ni un solo comentario al respecto. Me sentí inmóvil, miré la pantalla de mi computadora, evité su mirada, evité interactuar.

Me quedé como una simple espectadora que ve una escena terrible en una película y sólo espera a que pase. No quería drama, mucho menos asesinatos. Simplemente no había manera de seguir el diálogo después de lo que había escuchado.

Nadia quería partir de lo más pequeño para ir a lo más grande. Yo ni siquiera me lo planteé. Seguiría escuchando hasta llegar a su vida erótica.

—Perdón, Sofía, me parece que te interrumpí.

VOLVER A LA FELICIDAD

Nadia fue menos impuntual que de costumbre. Ya sabía que yo rayaba en la puntualidad y me molestaba que llegara tarde a nuestra cita. Yo la esperaba con su doble exprés cortado. Lo hacía para que a su llegada no nos interrumpiera la mesera. No era una charla de café ni una terapia. Ella contaba su historia y yo cachaba cosas para hacer mi novela erótica.

—Sofía, te voy a decir algo en lo que siempre creí de corazón. Yo estaba hecha para casarme, para vivir con Carlos el resto de mi vida. Creí en nuestro primer beso, en nuestras miradas, en su sonrisa, en su olor. Es raro lo que te estoy diciendo, sí, es muy raro, pero creí en su olor. Carlos era sumamente coqueto, era alegre.

“La alegría, Sofía, es lo que a mí más me enamoraba. Me hacía escapar de todo. La alegría era esa ventana a *Sonriesburgo*. Me podía asomar a ella con la facilidad con la que se transportan las cuerdas de un violín. Así era yo. La alegría tocaba la parte del arco de mi vida.

”Conocí a Carlos porque nuestras mamás se hicieron comadres, años atrás, por mis hermanos gemelos; en realidad son cuates y no se parecen en nada. Mamá decidió invitarlos a nuestra casa de fin de semana en Cuernavaca. Al verlo sentí la primavera entrar a mi corazón. Carlos era dos años mayor que yo, alto, con el pelo negro, largo, con un fleco medio despeinado que lo hacía ver muy atractivo. Su fleco partía a la mitad de la frente y le daba un aire de actor de cine. Era el príncipe azul con el cual yo había soñado tantas veces en aquel *hall* con los vestidos largos de Christian Dior. Sí, sin duda ése era mi Carlos. Sentí una satisfacción inmediata al verlo, sentí que la vida era corta para poder pasarla junto a él. Había pasado dieciocho años de mi vida imaginando a mi príncipe azul. Ahora no era un sueño, lo tenía frente a mí y yo sólo buscaba el momento perfecto para que nuestros labios se encontraran. Nos asomamos a la terraza de la sala, que daba al jardín trasero. Ahí nadie nos podía ver y sólo nos encontrábamos nosotros. Eso era suficiente, eso era atractivo y lo que más deseaba en el mundo: un encuentro entre él y yo, sin nadie más. Puso su mano en el barandal y yo recorrí la mía poco a poco hasta llegar a la suya. Lo tomé de la mano cuidadosamente. Él se quedó mirando fijamente nuestras manos entrelazadas, subió la mirada y se encontró con la mía. Inmediatamente ladeé la cabeza y abrí los labios para invitarlo a nuestro primer beso. ¡El primer beso nunca se olvida! Nada más rico y más importante dentro del sexo que los besos. Carlos besaba como ninguno. Yo sentía que me podía quedar horas perdida entre sus labios, con su lengua, su respiración, su calor y sobre todo su olor.

”Mamá me dijo: ‘Nadia, te veo mirando a Carlos con demasiada atención. ¿Te gusta?’ Claro que me gustaba, era muy atractivo. Fui sin duda una admiradora precoz de la belleza masculina. Karima, en tono arrogante y entusiasta, continuó diciendo: ‘Si realmente te gusta entonces con él las cosas tienen que ser distintas. Carlos es un buen partido y tiene un apellido que lo respalda, y eso nos conviene. Su familia ha alcanzado gran notoriedad. Eso siempre sirve. Aunque Carlos me da la impresión de estar demasiado ocupado consigo mismo, pero eso lo vas a solucionar tú, querida Nadia, escúchame bien, sólo de eso te vas a encargar, para que dentro de poco lo podamos convertir en tu marido y hacerle creer que la idea de casarse viene de él’.

”Karima tenía un tono determinante, parecía que había certeza y calma en sus palabras. Lo

que ella decía sin duda sucedería. El plan siguió tal como Mamá lo había definido. Y sus puntos los dejó muy claros. ¡Carlos iba a ser mi esposo! Eso implicaba que nuestros encuentros tendrían que ser siempre en la sala, jamás podríamos pasar a la biblioteca. Fíjate que en este noviazgo por primera y única vez Mamá sí me cuidó. Por ahora las cosas eran diferentes. Si Carlos quería acercarse a mí, le tenía que costar mucho trabajo para que me valorara, para que no se pasara. Lo tenía que dejar deseando. El amor sobrevive siempre y cuando haya un deseo constante. Por lo tanto, teníamos prohibido meternos a la biblioteca porque allí había más privacidad. Sus visitas tenían que ser en la sala. En cambio, yo por primera vez quería visitar aquella biblioteca que tanto miedo y repulsión me causaba. Tenía dieciocho años y me sentía lo suficientemente madura para saber que lo que más deseaba era estar casada, atender a mi marido, viajar con él por todo el mundo y ser una buena esposa y madre.

”Las familias grandes son hermosas; deseaba tener hijas y poder educarlas de cierto modo para que siempre fueran buenas amigas. Yo tenía terror al matrimonio por todo lo que Lina decía de él y de las relaciones sexuales. La pobre de Lina siempre llegaba a casa llorando. Le suplicaba a Mamá que la divorciara, a lo cual Mamá siempre le respondía lo mismo: ‘Las divorciadas apestan, Lina’. Lina, lloraba y decía que prefería apestar que seguir viviendo con su marido. A la pobre le consiguieron un ‘buen’ matrimonio a los ojos de mi madre, por lo que debería de estar sumamente agradecida, debía de estar atendiendo su casa y organizando la servidumbre en lugar de estar quejándose. Mamá podía ser una mujer muy fría. Lina decía que los besos eran asquerosos y la pobre tenía toda la razón. Besar a alguien que te provoca asco es lo peor, provoca una náusea insoportable que sube y te asfixia el alma y tienes que contener el vómito. Eso son los besos obligados. Es preferible lamer la banqueta a besar a alguien que te repugna.”

Nadia volvió a hacer una pausa para fumar al tiempo que hizo una expresión de asco.

Continuó:

—En cambio, los besos con Carlos eran húmedos, cálidos, lentos. Sus brazos me abrazaban por completo. Su olor llegaba hasta lo más profundo de mi ser, su amor me elevaba, su amor era sin duda lo que me hacía más bella y sobre todo un mejor ser humano. Carlos sonreía y en esos dientes blancos cabía mi mundo. Cada vez que reía se arqueaba hacia atrás como si mirara el techo, con la mano derecha en el abdomen. Esa risa me llevaba a tocar las estrellas. Las estrellas, Sofía. Lo amé con todas las letras que el amor abarca. Carlos fue el primer hombre a quien llamé “amor”, y el último. Después de él nunca pude decirle “amor” a nadie más.

EL VIERNES DE 1961

—Me casé el 1° de diciembre de 1961. Ese día salió el sol de tal forma que iluminó toda mi vida. Me casé en el Club Libanés, en la colonia Florida. Tuvimos novecientos quince invitados. Nunca he ido a una boda tan hermosa con manteles blancos. Me casé llena de nubes y literal, Sofía, Mamá se encargó de todo, hizo el follaje de las flores con un perfecto equilibrio. Las nubes estaban formadas por muchos ramitos que terminaban con flores blancas dando la sensación de estar entre nubes, es una flor versátil y además la puedes combinar con otras flores. Estaba rodeada de tulipanes, claveles, orquídeas, petunias, alcatraces. Lo que yo te puedo decir es poco; sin exagerar, Mamá las mandó a traer de todos los invernaderos de la ciudad. Era la boda que siempre soñé en *Sonriesburgo*. Imposible contar cuántas velas encendidas había. Todo aquel que entraba se quedaba con la boca abierta. Mamá se sabía lucir en sus eventos y si se trataba de hacer las cosas bien y llamativas, no había nadie en el mundo que pudiera hacerlo mejor que ella. Karima tenía una personalidad competitiva. No podía existir nadie mejor que ella. En todo, desde su arreglo, su belleza, en sus eventos ponía la vara muy alta y eso la satisfacía. “Ahora sí, mi pequeña Nadia, no habrá boda libanesa más imponente y maravillosa que la tuya, sea de quien sea”, y sonreía. Aunque la felicidad me invadía, no podía dejar de pensar en Lina. Su boda había sido de setecientos invitados, pero no tenía el empeño ni la dedicación que Mamá puso en la mía.

”Al entrar al lugar, Lina se lo reclamó de inmediato, a lo cual Mamá respondió: ‘Por el amor de Dios, Lina, aunque sea por hoy, deja de compararte con Nadia y controla tu envidia.’ Pobre Lina, siempre la hizo sentir menos. Mamá nunca la dejó acercarse a ella, y Lina siempre vivió esperando en algún momento su aprobación.

”Aquel viernes 1° de diciembre de 1961 fue el día más feliz de mi vida. Yo sentía que Dios nos estaba uniendo. Después de la boda nos fuimos al aeropuerto para tomar un vuelo a París. La primera noche juntos no pasó nada porque mi vestido estaba lleno de botones, desde el cuello hasta el coxis. Y esa noche también dejé de reconocer a Carlos; después de la fiesta cambió por completo.

”Ya te imaginarás, Sofía, que Mamá me hizo una maleta especial para la luna de miel. Nos fuimos juntas a comprar ropa muy sexy a un lugar que se llamaba Casa Lucy. Compramos un *babydoll* para cada una de las noches del viaje. No es por presumirte, pero tenía el cuerpo más hermoso que te puedas imaginar y cada *babydoll* resaltaba con sensualidad el color de mi piel y mi figura. Le modelé todas las prendas a Mamá. No me dejó escoger ni una sola, y me puso una nota para que los fuera usando por noche. Así, el más tierno y virginal era para la primera noche, ése era de color lila suave; el de la última noche era el más atrevido, de color rojo con encaje negro.

”En los sesenta comenzaba una moda *hippie* que influyó hasta en el corte de pelo y escuchábamos rock and roll. Mi influencia de moda era más el estilo Jackie Kennedy. No puedes imaginar la semana tan hermosa que nuestros papás habían planeado para nosotros. Ni Carlos ni yo conocíamos París, pero por desgracia a él no se le veía ilusionado, ni feliz. No me tocaba. Decía que necesitaba meterse algo. Yo no entendía. La verdad es que todo el sueño color de rosa

que yo me había creado se venía abajo. En mi luna de miel supe que Carlos, mi marido, era drogadicto. Lo besé, lo besé con sed desesperada de tenerlo junto a mí, de seguir sintiendo cómo sus manos acariciaban mis nalgas y las tomaba haciéndolas suyas. Recuerdo que en algún momento me volteó bruscamente, me besó la espalda, me mordió el cuello y me penetró por atrás. Me dolió mucho, pero lo dejé hacerlo, ¡cómo lo amaba! Lo amaba con una fuerza desbordada, él era mi salvación y mi droga. Empezamos a hacer el amor de una forma deliciosa pero no había forma de que Carlos tocara mis pechos. Le provocaban terror, le daban una sensación de muerte.

”Por mucho tiempo quise que tocara mis pechos. Eran grandes y suaves y podía gozar de ellos, pero no hubo forma, siempre se negó, sólo tocaba mis nalgas y le gustaba penetrarme por atrás. Yo disfrutaba todo lo que Carlos me hacía, pero llegó un punto en que le pedí que me hiciera el amor de forma convencional. Cada vez que me penetraba por atrás me dolía y me quedaba todo el día muy adolorida. Él me decía que era la única forma en la que él obtenía placer y yo estaba dispuesta a darle lo que fuera necesario. Le comenté a Mamá que a Carlos le gustaba hacerlo todo el tiempo por atrás, su respuesta fue: ‘Nadia, a todos los hombres les encanta meterla por el culo, no le pongas ninguna limitante, y si eso le gusta, pues dáselo’ Sí, eso decía Mamá, no te estoy mintiendo Sofía, textual ésas fueron sus palabras.

”Empecé a acostumbrarme a sus gustos y busqué complacerlo, a darle sexo oral y sobre todo a intentar disfrutar el sexo anal. Pero veía difícil la forma de embarazarme. Cada vez eran menos frecuentes nuestros besos y nuestros encuentros sexuales. Yo todos los días quería hacer el amor, pero él no tenía ganas. Lo que empezó a ser muy frecuente en nuestras vidas, y era cosa de todos los días, eran las visitas de su mejor amigo, René. La realidad es que lo visitaba sólo a él. Yo esperaba afuera y ellos se la pasaban encerrados en el cuarto de tele. Escuchaban música y no me dejaban entrar. Yo no hacía pleito, prefería que Carlos estuviera en la casa en lugar de beber en los bares con sus amigos. Les preparaba siempre una deliciosa botana. Carlos amablemente me decía que yo no tenía por qué hacerlo, que mandara a la servidumbre, pero la verdad es que para mí era un buen pretexto para poder entrar y verlos. Siempre tenían discos a la mano, ponían canciones, veían la tele, fumaban marihuana, reían, comían. Empecé a sentir muchísimos celos de René. Carlos pasaba todo el día con él y se olvidaba de mí por completo. Después de que René se iba, Carlos se metía a bañar. Cerraba la puerta del baño con seguro. A veces lo escuchaba llorar. Suponía que eran los efectos de la marihuana o por estar todo un día en un cuarto encerrados. No trabajaba, pero comenzó a tener más y más dinero. Me enteré de que vendían droga atrás del teatro Insurgentes a *juniors* y catrines a precios muy elevados. Comenzó un círculo vicioso. Ahora tenía la excusa perfecta para ver a René a todas horas.

”Los fines de semana era difícil convencerlo de acompañarme a Cuernavaca a casa de mis papás, pero lo hacía con pretextos como que había quedado de ir a organizar el *baby shower* de Lina. Nunca la había visto tan hermosa. El embarazo la hacía lucir radiante, le sentaba de maravilla. Mi papá me preguntó que para cuándo pensaba tener un bebé. Lo que él más quería en el mundo era que pronto su casa estuviera llena de nietos. Ya no pude más y le dije a mi papá que veía difícil darle un nieto pronto porque mi marido nunca me tocaba como para poder llegar a ser papás. En ese momento su rostro se desfiguró por completo. Se levantó con trabajo del sofá. Me apresuré para tomarlo de la mano y ayudarlo. Salimos a caminar al jardín y me dijo: ‘Sé más clara, Nadia.’ Le dije todo. Por primera vez platicamos a solas y percibí a un papá preocupado,

un papá que sí me quería, que se angustiaba por mi vida. Yo no quería verlo así. En ese momento llamó a Mamá y yo me fui abrazar la panza de Lina y a preguntarle qué se sentía estar embarazada.

”Teníamos un evento importante al cual no podíamos faltar. El presidente López Mateos le daba la bienvenida a México al presidente de Estados Unidos, John. F. Kennedy, y a su esposa Jackie. Toda la energía de Mamá estaba concentrada en ellos. Recuerdo todo como si hubiera sido ayer. Estábamos sentados en el teatro de Bellas Artes viendo el ballet folclórico de Amalia Hernández y la silla junto a mí estaba vacía. Carlos había insistido en que debíamos conseguir un boleto para René o de lo contrario no iría. Era imposible conseguir otro boleto. Yo estaba sentada junto al hombre más poderoso del mundo y lo único que deseaba era salir corriendo en busca de mi marido. El hecho de que Carlos no hubiera asistido a Bellas Artes enfureció a mis papás. Mamá no me dejó regresar a mi departamento y sus escoltas me llevaron a la fuerza de regreso a casa junto con ellos.

”El hecho de tener que hablar de Carlos en lugar de comentar sobre su gran saludo a John. F. Kennedy o su plática con Jackie provocaba que su enojo fuera profundo y real. Eso quería decir que Mamá ya no se detendría por nada en el universo. Ya no había persona alguna que la detuviera. Entró directo a la biblioteca, aventó su abrigo y su bolsa sobre la mesa redonda de vidrio del *hall* donde yo solía bailar en *Sonriesburgo*. Tomó el teléfono sin importarle la hora y llamó a los papás de Carlos. ‘¿Melissa? Soy Karima Sarkis. Sí, claro, por supuesto que algo muy grave acaba de ocurrir. Teníamos un acuerdo y hoy Carlos acabó con mi paciencia. Te dije, pero al parecer hoy no le importó absolutamente nada. Sigue con el noviecito. Dejó plantada a Nadia en el evento de los Kennedy. Creo que no midió las consecuencias de sus actos o quizá sí y es justo lo que quiere. El lunes a primera hora estarán citados los abogados para el divorcio’.

”Yo sentí que mi mundo se venía abajo. Quería salir corriendo a mi departamento para que Carlos me explicara qué era lo que no le había importado. Los escoltas no me dejaron salir, abrí la puerta de la biblioteca gritándole a Mamá a todo pulmón: ‘Nunca me voy a divorciar de Carlos. Ya deja de estar decidiendo la vida de los otros. No porque mi marido no haya querido ir a ver al presidente de los Estados Unidos me voy a divorciar de él’. Mamá levantó la ceja derecha y caminó directamente hacia mí, mirándome como si supiera que lo que iba a decir le otorgaba el derecho a decidir nuestros destinos. Me dio terror ver que era capaz de romper la paz de mi alma con tal de demostrar que ella tenía razón.

”—Nadia, lamento enormemente lo que vas a escuchar, pero esta farsa ya me cansó. Se los advertí directamente a Carlos y a Melissa.

”—¿Qué les advertiste, de qué hablas?

”—Del amiguito de Carlos, de ese tal René. Ay, Nadia, por el amor de Dios, lo que se sabe no se pregunta. Pues...

”—¿Qué, Mamá?, ¿de qué hablas?

”—Mira, Nadia, ya es muy tarde. Esto lo vamos a solucionar el lunes. Seis meses de matrimonio no son para tanto.

”—Ya te dije que no me voy a divorciar. Le has dicho a Lina que por nada del mundo se puede divorciar, que las divorciadas apestan. Ahora vienes a decirme a mí que seis meses de matrimonio no son nada. No te entiendo.

”—Carlos quiso hacer un esfuerzo contigo. No se me hizo mala idea, es un hombre atractivo,

su familia es cercana a la nuestra, es buen chico y pues simplemente Melissa y yo pensamos que había tenido unos malos días, ciertos tropiezos que uno tiene en la vida y al parecer había funcionado. Pero reapareció su amiguito ése, el que se la vive en tu casa, y tú como estúpida esperándolos afuera del cuarto de tele. Eso a mí ya me tenía cansada. ¿Acaso piensas que la servidumbre no me informaba tus días afuera del cuarto de tele esperando a tu marido? Carlos sabía lo importante que era este evento para todos. Dejar la silla vacía fue lo más vergonzoso que vivimos. Nos puso en evidencia. Le importó poco que estuviera con nosotros el hombre más importante del mundo. La que no te entiende soy yo. ¿Eres tonta o qué te sucede? ¿Qué no te das cuenta de que Carlos y René son amantes, que son novios?

”Subí corriendo las escaleras, gritando que no era cierto. Si ella lo sabía, ¿por qué había permitido que me casara con él, por qué había organizado semejante boda?, ¿por qué había dejado que todo llegara tan lejos, por qué me ilusionó y dejó que me enamorara?, ¿por qué hizo de ese viernes de 1961 el mejor día de mi vida?”

LOS SORBOS PERVERSOS DE LAS TAZAS DE CAFÉ

Nadia veía hacia la ventana con la mirada puesta en un punto fijo, con melancolía. Esa mañana la sentí agitada. Parecía que su mirada no encontraba refugio alguno. Dijo en tono más bajo de lo habitual:

—Evitamos aquello que nos ha dañado profundamente, aquello que quema, lo que no quieres volver a mencionar, eso que quieres que desaparezca para siempre. Es verdad que, de todos esos recuerdos, no puedo ni siquiera mencionarlos, pero yo a los trece años lo veía normal, y si no normal, era algo que Mamá hacía por presumir. Le gustaba mostrar mi belleza. Me presumía desnuda. Yo no lo veía como algo malo, entendía por qué no hacía lo mismo con Lina, ya que ella era muy introvertida y el vínculo de ellas no era ni remotamente parecido al que teníamos nosotras dos. Ahora que te lo cuento, Sofía, me doy cuenta de que sí me incomodaba.

”En las familias libanesas les dices tía de cariño a las amigas o comadres de tu mamá. Es una forma especial de decir que todos somos familia. Recuerdo sus pláticas en la casa. Esos miércoles de café hicieron que todo empezara ahí, en la biblioteca. La sala estaba frente a la chimenea, eran unos sillones amplios de terciopelo color marfil. Mamá tenía una obsesión con esa tela ya que viene del Lejano Oriente. Como es difícil de limpiar los mandaba a tapizar cada seis meses, a veces del mismo color, otras cambiaban un poco el tono. La suavidad de la tela era tan notoria que las señoras pasaban las manos sobre ella. Ahí estaban todas reunidas para hablar de las infidelidades de sus maridos, de la rutina de la casa, de la servidumbre, de lo pesado que es ser mamá, y así, una se quejaba más que la otra. Mamá me llamaba para que fuera a la biblioteca a saludarlas.

”Al entrar me acomodaba el cuello de la camisa o me arreglaba un mechón con un pasador. Deslizaba su mano sobre mi columna en señal de que me pusiera recta. Odiaba verme con los hombros echados hacia adelante.

”“Nadia, querida, ven a saludar a tus tías’, decía en un tono encantador, con una sonrisa suave. Se levantaba de su lugar, cerraba la puerta corrediza, le ponía el seguro de una forma sutil para impedir el paso a las empleadas domésticas. Ya estaban advertidas que cuando la puerta estaba cerrada por ningún motivo podían interrumpir. Esperaban a que ella abriera un poco la puerta en señal de que podían cambiar las tazas de café. Todas me saludaban amablemente y antes de marcharme Mamá levantaba el índice derecho: ‘Por cierto, linda, muéstrales a tus tías cómo la edad te favorece’. Yo me resistía y todas levantaban la palma de la mano hacia el techo, encogiendo los hombros, pretendiendo que no entendían mi vergüenza, o por qué me negaba. Yo terminaba desabrochándome la blusa y retirándome la falda. Mamá me decía: ‘Quítate la pantaleta hasta quedar completamente desnuda’.

”Me controlaba con la mirada. Ella sabía hablar con los ojos. Tenía una manera de mirar que no hacía falta recurrir al diablo para entenderla. Todos nos rendimos ante esa mirada, temía ser devorada y accedía a complacerla con tal de no ver en sus ojos ese fuego que me amenazaba. Pasaba enfrente de cada una y todas se quedaban viendo mis pechos firmes que parecían dos

peras frescas. Para ese entonces el vello ya cubría todo mi pubis. Tomaban sorbos de café y, sin quitarme la vista de encima, la mayor de las tías decía: ‘Karima, tu hija es un monumento a la belleza. Hay que cuidarla para que llegue pura a su matrimonio’. Y después de darle un sorbo grande al café, me decía: ‘Nadia, date vuelta y déjanos verte las nalgas’. Yo me volteaba y me pedían que separara las piernas para poder apreciar mejor mi figura. Lo único que pasaba por mi cabeza en esos momentos era salir de ahí y dejar de escucharlas. Agradecía los piropos, me vestía con naturalidad y a veces ellas se quedaban comentando sobre mi cuerpo u otras hablando de lo gorda y fea que se había puesto la hija de Halimah.”

Nadia quería continuar y yo quería pretender que no pasaba nada. Esa biblioteca encerraba cosas que yo no estaba segura de querer escuchar. Sin poder contener mi asombro, me llevé las manos a la boca sin darme cuenta. No podía creerlo, no entendía. ¿Cómo era posible que una madre fuera capaz de someter a su hija a una situación tan incómoda? ¿Cómo no hacía lo imposible por cuidar su privacidad, sus cambios, su pudor?

Karima me dejaba sin aire. La relación que tenía con Nadia me parecía escalofriante. No podía dejar de pensar en mis hijas. De pronto sentí náuseas y un fuerte mareo. La mamá de Nadia encerraba algo dentro de su personalidad que yo no quería mirar por nada del mundo, no quería abrir la caja de Pandora. Pensaba en mis hijas, Daniela y Regina son la razón de mi existencia. Siento que es obligación, es deber de una madre proteger a toda costa la integridad y privacidad de sus hijos.

Nadia, al darse cuenta de mi reacción, exclamó con ternura: “¡Ay, querida Sofía! Eres una buena niña. Te has movido en la luz de la psicología. Tu vida ha sido hermosa, impecable; de un modo u otro, has tenido una vida perfecta. Dos papás que te aman, un esposo maravilloso y dos niñas hermosas. Los problemas que has tenido han sido los normales, la inadaptación esperada de la adolescencia”. Nadia tenía razón, mi vida era linda, mis historias eran blancas por decirlo así, eso no quería decir que no tuviera empatía hacia el dolor o el sufrimiento del otro. No conocía los estragos del alma, nadie se me había enfermado gravemente o muerto. El dolor, la pérdida, el sufrimiento no marcaban el mapa de mi vida y eso me hacía consciente de que la suerte a mí sí me miraba con buenos ojos. Sin duda soy una mujer muy afortunada y soy consciente de que tengo todo lo que una mujer puede desear.

Nadia continuó hablando, pero la dejé de escuchar por un momento mientras viajaba hacia mi historia, tratando de buscar un momento desafortunado. Cerré los ojos y agradecí que sin duda tenía una vida que hasta ahora era un poema. Era completamente cierto: mi vida había caminado por un sendero con luz. No había una sola historia que dejara cicatriz, había momentos llenos de amor. Sí era una vida blanca y los problemas a los que me había enfrentado eran la crisis por la cual atraviesan los adolescentes en su etapa normal de desarrollo. Mis charlas, las conferencias que impartí, están dirigidas a los papás. Los temas de preocupación para los padres son sus hijos y me buscan para poder atender todas sus necesidades desde diferentes enfoques. Yo estaba acostumbrada a trabajar con padres auténticamente protectores y preocupados por los cambios que despertaba la adolescencia.

La historia de la biblioteca me dejaba fría. Tuve que recordarme que Nadia no era mi paciente. No estábamos en un encuadre terapéutico. Ambas estábamos sentadas en ese establecimiento tomando café por un fin muy particular: ella quería hablar de su vida sexual y yo quería escucharla para escribir una novela erótica. Se me hacía maravillosa la libertad sexual con

la que vivió una mujer libanesa en un país como México, sobre todo viniendo de una clase socioeconómica muy alta y de tradiciones profundamente conservadoras. No me podía quitar la imagen de las tías mirando a la adolescente de trece años, pidiendo que se desnudara. Menos podía entender a la mamá que exponía a su hija a esa situación sólo por querer presumir su belleza. Nadia decía que había olvidado todo eso. Sin duda yo lo interpretaba como resistencia, es decir, no querer recordar ese pasado que tanto daño le había provocado, aunque cuando ocurrió no estaba consciente de ello. Entendí que ella necesitaba contar aunque quisiera olvidarlo como fuera: entregándose al amor, al placer, al baile, a las fiestas, entregándose a cualquier cosa que pudiera robarle esas historias a la memoria. De lo que sí estoy segura es de que enfermamos por no poder olvidar. Si mis pacientes pudieran recurrir a un olvido permanente, no vivirían melancólicos. La nostalgia surge porque no hay olvido.

Preferí dedicarme al olvido y saltarme la experiencia tan desagradable de la biblioteca. Una biblioteca que parecía que Karima había diseñado para ella. Esa escalera de caracol que la llevaba al segundo piso, donde sólo ella podía subir, llena de libros, de misterio. Yo ya no quería pensar en ese lugar, quería ir directo a que me contara sobre sus tríos, los intercambios de parejas y las orgías. Ya quería empezar a estructurar mi novela, quería sentir el éxtasis que provoca escribir sobre sexo prohibido. Quería saber qué llevó a esa señora tan sofisticada a perseguir una vida así de liberal y sobre todo en esa época. Moría de curiosidad.

SÓLO PARA ELLA

—El día que cumplí dieciocho años Mamá me dijo que me tenía reservado un secreto. De todos mis hermanos, yo era la elegida para saberlo. La verdad me hacía sentir especial. Ya había muchos secretos que nos hacían cómplices. El de mi exnovio Fernando, por ejemplo. Yo le agradecía profundamente a Mamá que me hubiera dejado terminar con él. Mamá se había inventado una enfermedad que milagrosamente se curó después de una cirugía. Ese secreto me hacía ser sólo de ella y para ella, me alejaba por completo de todos los demás. Me alejaba hasta de mi abuelo Omar, que era el príncipe de mis bailes y mis cuentos en *Sonriesburgo*. Recuerdo que un día me llevó a una cafetería al norte de la ciudad. Me hizo caminar y a la mitad de un callejón en la colonia Condesa me dijo: “Nadia, tú eres hija del amor y tu hermana Lina, Jacobo y Elías son hijos de la obligación”. Lo que interpreté con eso es que quizá papá y ella para concebirme habían hecho el amor y a los otros los tuvieron a la fuerza. Las familias libanesas tienen que tener muchos hijos. Le sonreí, pero tampoco se me hacía como para que fuera un gran secreto. Mamá me vio muy tranquila con la información que me acababa de dar y me señaló un edificio. Me dijo que en ese lugar se encontraba con mi verdadero papá, que era un hombre amoroso y había sido muy guapo y sobre todo muy inteligente. La miré incrédula y le dije: “¿De qué hablas?” “De tu verdadero papá, Nadia. Tú eres hija del amor verdadero. A tus hermanos los tuve porque tenía que tener hijos varones con mi marido”.

—¿Con tu marido? ¿Hablas de mi papá?

—Bueno, yo diría que hablo de tu papá de cariño porque en realidad no es tu papá. Tu verdadero padre vivió en este edificio, en el último piso. ¡Qué feliz era cuando venía a verlo en las mañanas! Todos los días tomábamos una taza de café en la terraza y me hacía sentir la mujer más amada y deseada de la tierra. El departamento sólo lo tenía para hacerme el amor, nos tuvimos que separar porque su esposa era una de esas mujeres depresivas, buenas para nada que sólo se quejan de su vida. Creo que era como esas administradoras de condominio, frustradas y frías que van detrás de los condóminos cuando les falta ponerles centavos a los cheques. No sé, la verdad. No teníamos tiempo para hablar de ella.

—¡Mamá, detente, para ahora mismo! ¿Por qué me haces esto? ¿Qué ganas con decirme esto? Mi papá es mi papá y no quiero saber de nadie más.

—Comencé a llorar y llorar sin parar. Mamá tomó mi cara entre sus manos y con dulzura me dijo: ‘Querida mía, te lo digo para que veas que sólo eres mía, para que entiendas por qué desde niña siempre has sido mi favorita, te lo digo porque te amo. Eres mi chiquita consentida. Así podrás entender que si tu papá no es lindo contigo o es distante es porque en el fondo tal vez siente o sabe que no eres su hija’. No podía dejar de llorar. Ése era el peor secreto que me había contado, era lo peor y quería olvidarlo. Yo quería ser hija de la obligación, quería correr a los brazos de mi papá y decirle: ‘Papito, soy Nadia, no me vayas a dejar de amar nunca’. El dolor me llenaba el alma y del señor del cual hablaba Mamá a mí no me interesaba escuchar nunca más en mi vida. Le dije que su secreto estaría a salvo conmigo pero que por favor no le fuera a decir nada a nadie. Fue entonces cuando Mamá me llevó a conocer a Carlos a Cuernavaca para que se

me olvidara el dolor que causó enterarme de que mi papá realmente no era mi papá.”

Yo escuchaba a Nadia, pero en realidad quería salir corriendo, me sentía mareada, asqueada, tenía náuseas, quería levantarme e ir a buscar a Karima a su tumba donde fuera que estuviese y matarla de nuevo; despertaba lo peor en mí. Nunca había tenido deseos de conocer a nadie para matarlo. Después de tantas horas de escucharla, nos despedimos. Desde el coche llamé a Daniel para contarle lo que Nadia acababa de decirme, pero no me contestó; insistí más de tres veces, pero no pude localizarlo. Me fui llorando a mi casa pensando en Nadia cuando era niña y en Daniela y Regina.

EL AMOR DUELE

—Sofía, tú que eres psicóloga, ¿sabes por qué el amor duele tanto? —creo que es una pregunta demasiado amplia, supongo que hay millones de respuestas correctas.

—Sí, pero dime: ¿cuál es tu opinión sobre el amor? ¿Por qué duele tanto? Duele en el estómago, en la garganta, en la piel. Duele como para querer morirte, duele hasta no poder ni siquiera respirar, hasta sentir que te mueres y que no te interesa nada más que estar con la persona que amas.

—El amor ha causado mucho daño hasta ahora o quizá la idea que tenemos del amor es lo que nos ha causado un daño que parece irreparable, creo que se debe a que nuestras parejas no cumplen del todo nuestras expectativas.

—Tienes razón, Sofía, a mí Carlos me dolió en el alma, me hizo pedazos perderlo. La línea de mi vida se define en antes de él y después de él. Mi vida tomó un rumbo diferente cuando no pude asimilar qué fue lo que nos sucedió. Éramos felices, o al menos eso pensaba yo. ¿Cómo puedes ser feliz sin darte cuenta de que la otra persona no lo es? Como bien había dicho Mamá, el lunes a primera hora llegaron los abogados para divorciarnos. Arturo Leyva llegó con ellos y al verme me abrazó diciendo: “Siento mucho que el muchacho haya salido maricón”. Yo no quería escuchar eso, pues a nuestra manera, a nuestra forma, Carlos y yo éramos felices y habíamos aprendido a serlo. Yo quería regresar a llevarle botana al cuarto de tele, prefería tenerlo ahí con René a no tenerlo nunca más en mi vida. Estoy convencida de que el amor no es egoísta, el amor es sólo dar. Yo era feliz dándole todo lo que tenía. Él no tenía que hacer nada. El simple hecho de darle a él me hacía feliz a mí y con eso podía vivir. ¿Con qué derecho Karima decidió mi vida? La odié, la odié por quitarme lo que más amaba, la odié por no darse cuenta de que yo estaba dispuesta a que estuviera con René pero que me siguiera queriendo a mí. El amor nos lleva a unos alcances tremendos, pero al parecer también el ego y a Mamá eso la hacía mover montañas. La silla vacía le afectó por lo que implicaba socialmente, no por lo que yo sentía. Esas ansias y deseo de poder no carecen de motivos. Ella había advertido algo y nadie pasaría por encima de su palabra. El evento de los Kennedy era la fecha que Mamá le había puesto de ultimátum a Carlos y a Melissa. Ahí se encontraron los egos. Carlos exigió un lugar para su “amigo” y al no obtenerlo marcó su preferencia. Ese viernes de 1961 lo echaré de menos toda mi vida.

”Nos divorció Arturo Leyva, diciendo que había evidencia de que el muchacho era homosexual. Sacaron unos papeles del colegio alemán donde decía que lo habían expulsado por encontrarlo besando en un baño a otro muchacho. Por lo tanto, se tenía que anular mi matrimonio. Para fines prácticos Mamá pidió que se anulara ya que nunca se había consumado como Dios manda. Yo me negué a que también me arrebataran el día más feliz de mi vida. Les grité que nunca me volvería a casar por la Iglesia, que no me podían anular el único día que recordaba con amor. Durante dos años caí en una profunda depresión. Todos los días veía nuestro álbum de bodas y me encerraba a llorar en mi recámara. Tenía la impresión de que al ver las fotografías lo haría volver, quería meterme en las fotos y decirle: ‘Vámonos, vámonos de

México, sólo tú y yo, vámonos a ser felices'. Con los años aprendí que la felicidad se lleva por dentro. La verdad es que siempre lo voy a recordar con amor, con nostalgia. Ese amor lo tengo envuelto en el armario de mis mejores recuerdos".

LAS CEREZAS MADURAS

—Todos en mi casa estaban preocupados, hasta mis hermanos que vivían en su mundo laboral. La depresión me llevó a un estado de anorexia terrible. Tenía un afán constante de ofrecer una imagen favorable de mí misma, pero no lo conseguía. Al menos con la comida sentía que tenía algún grado de control sobre ciertas cosas. Tuve terapia con un psiquiatra francés que insistía en que mi anorexia encerraba un deseo profundo de causarle sufrimiento a mi madre, que por eso jugaba con hacerle creer que pronto moriría. Yo estaba cansada de que todo siempre tuviera que ver con ella. Ahora resultaba que si comía o no también estaba relacionado con ella. Mamá había mandado a quemar el álbum de fotos de mi boda. Una noche que regresé de la universidad y no lo vi llamé a mi prima Yamile y nos fuimos a un centro nocturno, a un bar. En ese entonces había música en vivo en los lugares de moda, y fuimos a oír a El Güero Carrión. ¿Has escuchado hablar de él?

—No, nunca lo había escuchado.

—Los hermanos Carrión tocaban rock. El rock era un elemento esencial en esa época. Eduardo, el buen “Lalo” Carrión, decidió hacer carrera de solista, grabando con éxito la canción “Yo sufro”. Yo podía escuchar esa canción por horas. Tocaban en vivo en un café en Coyoacán, y todas las mujeres iban a verlos.

”Así que Yamile y yo fuimos a verlos al Jardín del Ángel. Era la primera vez que salía después de dos años... Me sentía rarísima. El güero tenía un ojo coqueto; no se le iba ni una viva. A mí me cantaba con coquetería ‘Las cerezas están maduras, eres joven y bella’. Estoy segura de que en mí veían un gesto triste, pero ¿te cuento un secreto, Sofía? Todos, absolutamente todos los hombres tienen complejo de salvadores, y eso sí, te digo que lo triste no me quitaba lo hermosa. Ese día me di cuenta de que gracias a las cerezas volví a sonreír. Por fin, después de dos años, la estaba pasando bien. El dolor por la pérdida de Carlos ya me dejaba al menos respirar y tenía ganas de cantar con ellos. Mis lágrimas eran de cristal. Mientras que el Güero me cantaba, llegó a saludar un señor como de cuarenta años, canoso, de ojos claros y piel muy blanca. Un señor muy elegante en sus movimientos, pero con facciones que daban miedo. Tenía cara de malo.

—¿Cómo cara de malo?

—Sí, como de degenerado. Toma nota, Sofía, porque te voy a contar de mi amante eterno. Aquí viene la historia que a ti te gusta. Pobre de ti, Sofía, tantos cafés, tantos encuentros, y apenas ahora te voy a contar lo que hizo que nos uniéramos.

Me estremecí de emoción al escuchar que Nadia por fin llegaba a la historia que con tanta ansia quería escuchar. Hizo una pausa, respiró y dijo: “Marco”.

—Marco es el hombre que me llevó a tocar todas las notas del placer, con el que rompí todas las convenciones morales. Es de los pocos hombres que conozco que le otorga a la mujer todo el derecho a la pasión. Me sacó del encasillamiento en el que estaba metida para liberarme, para soltarme en las olas del placer. Marco era un hombre que se adelantó doscientos años a la moral contemporánea. Voy a escucharme como Mamá, pero venía de una muy buena familia de

arquitectos. Se sentó a la mesa sin pedir permiso. ¡Qué atractivos eran los hombres de antes! Tomaban posesión, propiedad de las cosas. Comenzamos a platicar y enseguida le dije que era divorciada. Le llamó la atención que a mis veinte años siendo libanesa ya estuviera divorciada. Me dijo: “No existe mujer más atractiva que aquella que tiene pasado”. Esa frase, Sofía, me liberó. Me liberó de todo. Me liberó de sentirme una apestada, una plaga, un fracaso, de sentirme usada, podrida, rancia. Cómo hay palabras que pueden hacer tanto daño y otras que pueden liberar. A él le gustó que fuera divorciada y a mí me liberó de toda clase de cadenas que arrastraba hasta más no poder. Para lo que sirven, sólo para atormentar el alma. Marco me invitó a salir y pasó por mí con sus hijas de cinco y siete años. Llevaba tres años divorciado y nuestra primera salida fue a una heladería. Fue la primera vez que probé ese maravilloso helado de coco que sería un símbolo en nuestra relación. Caminábamos mientras comíamos helado. Platicamos de cuentos infantiles, de música, de juguetes. Las niñas me querían mucho, nunca se sintieron celosas de mí y yo siempre las traté como si fueran mis hermanas. Por mi edad supongo que ellas me veían más cerca de ellas que de su papá. No lo sé, pero era lindo cómo fluía nuestra relación. Después de los helados me invitó a cenar a un restaurante en la colonia Condesa. Cenamos tranquilamente y después me dejó en mi casa a una hora muy adecuada y ni siquiera intentó besarme. ¿Podrás creer que yo, esa primera noche que cenamos juntos, me toqué pensando en él? Mi libido regresó, algo vivo había de vuelta en mí, y el deseo empapó mis ganas. Lo deseé con todas mis fuerzas.

EL HELADO DE COCO Y SU LENGUA

—Marco me invitó a una fiesta, pero antes pasamos a su casa y me dio sexo oral. El helado de coco, en especial en la heladería de avenida Revolución, para mí era el mejor helado del mundo: lo frío, su textura, el olor, todo aporta encanto a la lengua. Marco era el mejor del mundo. Lo hacía con elegancia, con gracia y talento. Deberías escribir un libro, una guía de pasos para seguir en el sexo oral. ¡Ay, Sofía! De verdad qué malos son algunos hombres y encima se sienten buenazos moviendo la lengua sin sentido. Dan sexo oral desprovistos de todos los sentidos, tacto, oído, vista, gusto. Se olvidan de la entrepierna, de los muslos, dedos, oídos, cuello; no los toman en cuenta. Van directo al clítoris. En tu novela erótica, hazles un favor y explícales que no deben ir directo al clítoris. Ni con la lengua ni con el dedo. Ojalá que no permanezcas sorda a esto. Aunque te rías, es verdad y muy importante saber dar sexo oral. Debería ser de mala educación no saber hacerlo.

El sentido del humor de Nadia hacía que el erotismo tomara una naturalidad absoluta. Yo sólo veía que la mesera no se alejaba de la mesa. A ratos fantaseé con invitarla a sentarse con nosotras. La pobre no daba crédito de la conversación de Nadia y le fue inevitable no reírse con sus comentarios.

—El sexo sin las pasiones, las patologías, los deseos reprimidos, los caprichos, las fantasías, se puede convertir en algo completamente tedioso. A la cama, Sofía, se tiene que ir libre de prejuicios, se tiene que ir con todos los líquidos, sudor, lágrimas, fluidos y vino. Esas combinaciones hacen que haya buen sexo. Necesitamos un estimulante en la piel del amante que jale los hilos que asoman a nuestras perversiones. ¿De qué servirá que una psicóloga escriba sobre el tema si no va a profundizar en los laberintos oscuros del deseo? Para escribir una novela erótica se tiene que estar viva, fresca, sedienta, hambrienta de perversidad. Sólo eso nos puede llevar al éxtasis.

Yo sin duda admiraba el coraje de Nadia para exponer su vida y sus experiencias. Continué escuchándola con gran admiración.

—Es difícil, Sofía, que alguien te libere del pasado; por momentos, Marco lograba liberarme de todo ese dolor que llevaba arrastrando por años. No sé cómo lo vayan a juzgar tus ojos de psicóloga, pero sé que Marco me amó, amó mi cuerpo, mi alma y mi pasado rancio. También me regaló horas de placer, me prestó por horas sus oídos, me regaló palabras y muchos abrazos de una infancia pendiente. No sé hasta qué punto todos mis deseos fueron destructivos; hubo encuentros con una frialdad estremecedora. Tendría que decirte de qué forma Marco me llevó a conocer el espíritu rebelde que vivía en mí. Me convenció de que no tenía por qué vivir atada a la culpa, a los principios torcidos de mi casa, a la doble moral de mi comunidad, a la mentira, al castigo. Me convenció de que soy libre de culpa y que merecía vivir y sentir placer. ¿Sabes qué es lo peor, Sofía?, que cuando se libera una de la culpa, de los remordimientos, de las ataduras sociales, a veces hace cosas en contra de sus propios deseos. Marco llevaba sangre de guerra en las venas, le gustaban los retos y la adrenalina. Yo vivía asfixiada y mi dolor me ahogaba por las noches. En la boca de Marco respiraba, ahí encontraba una ventana hacia el abismo de mi dolor,

ahí encontraba cómo lamer todas mis penas, ahí sabía que después de esa pequeña muerte surgía de nuevo a la vida.

”Marco y yo tuvimos un noviazgo de amor y pasión absoluta por nueve meses. Hicimos el amor todos los días. De verdad. Me hacía tenderme de espaldas y me llevaba a la locura del placer infinito. Todos necesitamos alguien por quien vivir; yo necesitaba a Marco. Su grandeza la demostraba en el placer y yo seguí esa línea sin darme cuenta. En el sexo me comenzó a hablar de Carlos. Sí, Sofía, aunque levantes la ceja y me mires con ojos de plato. Me decía: ‘¿Qué te gustaba de tu exmarido?’ Al principio yo no podía responder, pero me ofreció la posibilidad de fantasear que estaba nuevamente con Carlos, y ¿sabes?, fue delicioso porque mi deseo ya le pertenecía a Marco. Él era un amante extraordinario. Me hacía desearlo cada día más y más. Estoy segura de que nunca nos dejamos porque en nuestros placeres encontramos imágenes intactas de nosotros mismos. El amor que le tenía, aunque suene raro, era inocente y sincero. Yo quería un amor y un amante esclavo. No cabe duda de que me ofreció un mundo de placer y muerte, así de absurdas son las pasiones.

”Todo era sabor a besos de coco, blancos, frescos, sanos e inocentes, hasta que Marco hizo una fiesta y ahí, en la fiesta, todo cambió. No sabía la tortura emocional que me esperaba. La fiesta que organizó era con tres parejas. Tomamos mucha champaña entre el humo de la marihuana y la intoxicación de drogas y caricias. Me despertó el intento de penetración de Pablo. Lo empujé y me levanté sobresaltada. Nunca se me va a olvidar la imagen y el dolor tan profundo que me causó ver a Marco penetrando a la novia de Pablo. Ella estaba entregada al placer y repetía su nombre entre gemidos y gritos: ‘Marco, sí, así, así, más, más’.”

ASFIXIA

—El peor infierno de los infiernos son los celos, la amenaza constante, la aniquilación del ser. Mi enamoramiento hacia Marco marcaba la posibilidad de un mundo reconfortante. Yo hacía un esfuerzo incansable pero lleno de fatiga por satisfacerlo, para que él nunca necesitara a nadie más que a mí. El corazón se me desbordaba por la piel, me rompía el pecho y con la imagen fresca de verlo poseer a otra fue creciendo en mí un coraje insaciable por hacerle daño. ¿Cómo podía sentir placer con otra?, y delante de mí, como si yo no estuviera presente. Lo que duele de los celos es que no te tomen en cuenta, que te ignoren. ¿Por qué no me lo consultó? ¿Por qué no me hizo parte? No me cuidó. Dejó, sin importarle, que otro me penetrara sin mi consentimiento. Los celos me estaban hundiendo y me exigían un gran esfuerzo. Marco me miró a los ojos y con dificultad dijo: “No pasa nada, mi amor, es sólo sexo”. Yo no poseía la fuerza necesaria para mantenerme de pie. Me desplomé en mil pedazos. Vi en Marco el reflejo de Mamá, tratando de ser amable al tiempo que hacía un daño irreparable. Pensé que suicidarse era más fácil que seguir soportando tal dolor. Marco quitó a la chica y quiso abrazarme. Yo lo único que hice fue golpearlo y gritarle que lo quería exclusivamente para mí. Me decía que me calmara, que lo único que quería, lo único que le interesaba, era mostrar la cantidad infinita de intimidades que puede existir en el mundo. La vida ardiente mantenía la flama encendida de las parejas. Llorando tomé mi ropa del piso y me vestía, mientras le gritaba a todo pulmón que era un monstruo.

Las palabras de Nadia hacían un eco profundo en mi interior. La que se ahogaba en el dolor, en celos y en gritos era esa Nadia niña, esa Nadia lastimada, vulnerable. Marco la había llevado a esa infancia fracturada y la hacía responsable de eso. Todas hacemos responsable a nuestra pareja. Pensé en el dolor que me causaba cuando Daniel no respondía a mis llamadas o cuando no me hacía sentir como su prioridad. Qué difícil es reconstruirse. Lo hacemos mucho más fácil desde el otro, le damos toda la responsabilidad de cuidar nuestras heridas del pasado. Los monstruos de la infancia resurgen y nos hacen niños temerosos. Le otorgamos el poder al otro de hacerle creer que sólo a través de él somos capaces de respirar y reconstruirnos, que sólo el otro puede edificarnos. Nos acercamos más, lo perseguimos y no es desde el otro que nos construimos; la herida deja de sangrar cuando somos nosotros los que lamemos nuestras propias heridas. Yo la entendía hasta cierto punto, sabía lo que era amar a alguien profundamente. Amaba a Daniel como nunca nadie lo había amado. Creo que Daniel no estaba al tanto de eso. Al principio de nuestro matrimonio la pasión me dominaba y discutíamos sobre sus prioridades. Siempre quise ser la prioridad de Daniel, pero se asomaba la imagen distorsionada de su pasado. Yo me empeñaba por darle una imagen mejor de sí mismo, la psicóloga que habitaba en mí desesperadamente tuvo la necesidad de ayudarlo, de rescatarlo. No sé qué tan altruista haya sido mi causa o tal vez lo rescaté para que me amara a mí. Me sentía responsable de Daniel, por haberlo salvado. Tenía la tarea psicológica de demostrarle que no todas las mujeres éramos iguales a su mamá, que podía confiar, que podía encontrar en mis brazos la seguridad que necesitaba y que yo quería darle. Cada día me daba a la tarea de ser un ejemplo digno para él, para mis hijas. Había una heroína que habitaba dentro de mí, que quería rescatar, cubrir, cerrar,

coser, palear cada herida de todo aquel que estaba a mi alrededor. Ahora tenía a Nadia frente a mí, ella me invitaba a un mundo que desconocía, me llevaba a la oscuridad y yo insistía en llenarla de luz. Todos en la vida nos vamos asfixiando un poco y encontramos rescatadores que nos regalan la falsa idea de ayudarnos a respirar o peor aún tenemos una necesidad absoluta e incontrolable de querer salvar a otros para que gracias a nosotros ellos puedan respirar y de ese modo nos salvamos de nuestra propia angustia que nos está asfixiando.

EL PLACER BAJO SU MIRADA

—¿Te digo algo muy cierto, Sofía? El placer anormal mata todos los sabores de los placeres convencionales. Marco me daba los placeres que puedes encontrar en el cielo y en el infierno. Así de drástico era, así de contrarios nuestros encuentros. Lo que más me dolió de esa fiesta fue el hecho de que no me hubiera tomado en cuenta. Le llamé a Mamá para que fuera por mí de inmediato. Ella quiso que le contara todos los detalles y yo, empapada en lágrimas, le conté absolutamente todo. Mamá parecía encantada con lo que escuchaba, pero se desilusionó al saber la forma en la que las cosas habían terminado.

”Me dijo antes de bajar del coche:

” ‘Nadia, ni una sola palabra a nadie de lo que ocurrió esta noche. Te lo quedas para ti. Métete a bañar, lávate bien tus partes y a partir de ahora no pasó absolutamente nada. ¿Me entendiste?’ Lloré más al saber que mi mamá no me cuidaba, no me protegía. Se lo dije, a lo cual ella remató: ‘Por favor, no hagas dramas donde no los hay’.

”Marco me llamaba a casa todos los días, me pedía que lo perdonara, me decía que no imaginó que lo iba a tomar tan mal, que era algo que a él le gustaba hacer, que tener sexo en grupo es una experiencia que todo mundo debería de tener al menos una vez en la vida. Yo pensé en la situación y en lo que me decía y entendí que Marco me iba a dejar si no participaba en sus orgías, que seguramente encontraría a otra mujer y a ella sí le daría ese placer. No estaba lista para perderlo ni para vivir sin él. Hay cierto precio que uno tiene que pagar para seguir con la persona que ama, y para seguir con Marco el precio era tener sexo en grupo. Decidí que estaba dispuesta a hacerlo, pero bajo ciertas circunstancias y con ciertos acuerdos. Empezamos a tener sexo por teléfono; era delicioso escuchar su voz, su respiración, las palabras que usaba, el tono que empleaba en ellas. Qué manera de pasar esas semanas, el deseo era inagotable y cada vez queríamos más. ¿Sabes, Sofía? Marco era inagotable, salvaje, un animal, era bravo por dentro y por fuera de la cama. Ojalá tuviera la fuerza que tenía él. Su deseo me atraía, pero me asustaba al mismo tiempo, será porque lo amé demasiado que me dolía saber que necesitaba más allá de mí. Decidí decirle a Marco que probaría participar en sexo grupal sin los efectos del alcohol ni los de una sola droga. Haríamos el amor con quien él quisiera, sólo que le pedía que al penetrarlas o al dejar que otros me penetraran, él siempre me mirara a los ojos, que mi placer fuera siempre bajo el cuidado de su mirada”.

Escuchaba a Nadia con aparente imparcialidad, pero para mí la historia era completamente insólita. No cabía en mí de la sorpresa. Lo más atrevido que Daniel y yo habíamos hecho en años era abrir las cortinas de la recámara de nuestro departamento en el noveno piso para fantasear que alguien nos podía ver, algún vecino que padeciera insomnio y se levantara a observar por la ventana y que quizá con suerte podría ver nuestras siluetas moviéndose al ritmo del amor. Esto no se lo comenté a Nadia, por supuesto que no, sólo lo pensé. Me dio un poco de miedo que fuera a pensar que mi vida era aburrida.

Es impresionante las vueltas que da la vida. Cuando vivía en Puebla cuidaba mis historias para que no se fueran a malinterpretar. Todos seleccionamos a quién le podemos contar nuestras

aventuras y creemos saber quién las tomará a mal. Hablar de nuestra vida sexual era de mala educación. Yo nunca escuché a Mamá hablar de su vida sexual ni tampoco se metió con la mía. Y hoy no quería compartir eso con Nadia. Me encontraba completamente sumergida en mis pensamientos, completamente ensimismada, cuando escuché que Nadia continuaba:

—Eso era lo único de las llamadas telefónicas que no me gustaba.

Me había perdido algo de la plática y al parecer había sido algo importante. Nadia prendió un cigarro con el que estaba a punto de apagar. Tomó la servilleta de papel y limpió una lágrima que le recorría la mejilla derecha. Al notar eso no pude evitar decirle la verdad.

—Perdón, Nadia, me perdí en la conversación y al parecer no entendí. ¿Qué es lo que no te gustaba de las llamadas de Marco?

—Las llamadas de Marco me encantaban, lo que no me gustaba era que Mamá descolgaba la bocina del otro lado del teléfono y escuchaba nuestras conversaciones eróticas. Yo me daba cuenta de que las escuchaba, pero por supuesto que Marco no sabía que Mamá oía cuando él se masturbaba, cuando se venía. No entiendo todavía el fin de escuchar cómo teníamos sexo por teléfono.

No dije nada. Me dio un escalofrío y sentí una enorme necesidad de decirle que ya no quería saber nada de Karima. Eran historias que a mí no me servían y que además no sabía qué hacer con esa información, no sabía cómo contenerla. Me levanté sin decir nada y fui directo al baño. Con una sensación de vértigo me lavé la cara con el jabón de manos del lugar y con agua muy fría. Todavía no sé por qué tuve esa reacción.

EL DESENFRENO DE LAS VENAS

—Marco siempre me besaba mientras me acariciaba los pechos. Sabía que eran importantes para mí y les dedicaba tiempo, sabía besar los lugares donde palpitan las venas, recorría con la lengua mi rostro, el cuello, las axilas, mis caderas. Se tomaba el tiempo de recorrerme, de disfrutarme, de hacerme sentir viva en cada esquina de mi piel, de hacerme sentir mujer. Me recorría sin prisa, con elegante calma. Cada parte de mí la recorría despacio. ¿Sabes, Sofía? Siento que la prisa es tan corriente. Hoy pienso que después de tantos amantes que he tenido pocos supieron estar en la cama sin prisa. A mí me gusta tomarme las cosas con calma. Creo que ya lo notaste, ¿no? ¿Cuántos cafés llevamos? ¿Cuántas semanas nos hemos visto? ¿Cuántos miércoles y viernes a las nueve de la mañana nos encontramos y todavía no logro contarte mi vida sexual? Me gustan las cosas que toman tiempo, sobre todo en el sexo el tiempo es muy importante. En el sexo, Sofía, siempre tienes que tomar tu tiempo. Los recuerdos del amor son las únicas memorias que te van a llenar de vida en la vejez. Sin temor a equivocarme sólo te acordarás, durante esas noches de soledad, del amor que te dieron y del amor que diste. No hay nada más placentero que amar al otro y suspirar por el otro. No hay nada más placentero que entregarte, ya que al entregarte das de ti y te conoces en la mirada del otro.

Nadia interrumpió lo que decía y me preguntó:

—¿Daniel te dedica tiempo en la cama?

Me quedé pensando qué tanto tiempo nos dedicamos Daniel y yo. Ni siquiera mencionemos la cama. ¿Hace cuánto que no me lleva a cenar, al teatro, a tomarnos una tarde para ir al cine o simplemente platicar? ¿Cuánto tiempo me dedicaba Daniel?

Era verdad, siempre teníamos prisa. Siempre había un compromiso, un evento de las niñas, algo que teníamos que cumplir, pero hacía mucho que no nos tomábamos de la mano y salíamos a dar un paseo, o que no nos sentábamos a tomar un helado, aunque no fuera de coco. Hacía mucho que no nos bañábamos juntos y nos besábamos bajo el chorro de agua y que no sentía sus caricias. Comenzó un caos en mis pensamientos. Nadia desató un cuestionamiento personal sin descanso. Mis estados de conciencia estaban alterados, sus preguntas al aire, sus preguntas sin la espera de mi respuesta, me dejaban alterada, inquieta. La realidad afectiva es la que nos alcanza sin dejar que nos escapemos de ella. Todos tenemos realidades agrietadas. Aun en mi vida perfecta, como bien diría Nadia, hay grietas que me gustaría resanar. Sé que la vida me ha sonreído y tengo una familia hermosa pero no veo a Daniel perdido por mí y mi narcisismo primario me hace desear un hombre que muera de amor por mí.

Ese príncipe azul que aprendemos las mujeres a desear desde las etapas más tempranas.

¿Será que todas llevamos ese deseo en el fondo de las venas?

LOS TRÍOS Y LAS ORGÍAS

Nadia llegó tarde otra vez. La esperaba sentada observando el interior de la cafetería. La mesera ya no me ofrecía el menú tal vez porque asumió que ya lo conocía de memoria. El entorno afrancesado del restaurante me daba la sensación de poder escapar en mi fantasía y el olor de los croissants me llevaba a imaginar que la esperaba en algún café conocido de París. Quizá en Le deux Margot que se encuentra en una de las esquinas que más me gustan en el mundo; podría decir que es mi cafetería favorita, por ser París, por la vocación literaria que tiene el lugar, por los encuentros de mis escritores favoritos, por mil y una razones. También por el aniversario de bodas que pasé con Daniel ahí. Era el lugar en el que más me gustaba desayunar con él después de haber pasado una noche llena de besos sobre mi piel. Miré la hora. Ya habían pasado más de cuarenta minutos.

Nadia tocó mi hombro e interrumpió mis pensamientos. Como de costumbre se disculpó diciendo que en la Ciudad de México es imposible calcular el tiempo. Yo sólo levanté las palmas de la mano hacia el techo y encogí los hombros en señal de “qué podemos hacer”. Se sentó frente a mí y ordenó un café negro, encendió un cigarro, se quitó la pashmina morada con flores azul turquesa y dejó el saco en el respaldo de la silla. No notó que me había cortado el pelo, ni siquiera me miró. Tomó aire y sin más preámbulo me dijo:

—Las orgías son la satisfacción viciosa de todas las pasiones.

Atrajo de inmediato mi atención. Por fin nos encontrábamos ahí, ya habíamos llegado, y por nada del mundo la quería interrumpir. Me quedé callada, dando espacio al silencio, a la pausa que había en sus recuerdos. Su mirada introspectiva se encontraba en la película de su pasado. Buscaba historias e imágenes que darme.

—Marco no se rendía ante ningún moralismo. En él vivía el erotismo puro. Las leyes de Marco son las del placer, imponer la propia voluntad o anularla completamente. Llegamos a la fiesta. No bebí. No quería perderme la experiencia. Quería que todos mis sentidos estuvieran alerta. Él bebió como de costumbre. La que se mantuvo alerta todo el tiempo fui yo. Era una manera de sentirme cuidada por mí misma, me daba seguridad sentir que estaba en control sobre algo. ¿Poseer o ser poseída?, ¿dominar o someterse?, eran planteamientos que nunca me había hecho. En la fiesta había de todo: cuerpos voluptuosos y cuerpos musculosos. Marco se acercó cuidadosamente, me abrazó por la espalda y me dijo al oído: “Escoge al que más te guste, a él o ella, y lo llevaremos juntos a la cama”. Todo iba perfecto hasta que dijo “ella”. Yo no quería llevar a otra a la cama, no quería verlo entrar en otra, ni que besara otros pechos. Los celos me impulsaron a escoger a Martín, un muy amigo de Marco. Si sólo era sexo y a él no le importaba, qué mejor que quedara entre alguien conocido y más un hombre joven de mi edad. Seguro que Martín no tendría más de veintitrés años.

”Le sonreí y me quedé mirando fijamente a sus ojos. Martín era escultural. Su posición corporal lo hacía verse mucho más alto de lo que realmente era. En sus brazos se podían apreciar bíceps bien tonificados, tenía un abdomen plano y una espalda ancha. Las piernas eran musculosas y sus manos eran grandes. También tenía un gran atractivo: una voz grave que me

recordaba a la voz de mi abuelo Omar. No quiero generalizar, Sofía, pero no conozco a un hombre árabe que no tenga la voz grave. Había un elegido y ése era Martín. Él sería el primero que llevaríamos a la cama. Los dientes de Martín eran anchos, blancos, alineados, de una estética sorprendente. Me acerqué a él, le bailé muy de cerca, lo tomé del cuello y le sonreí. Él miró a Marco pidiendo autorización y Marco le sonrió en señal de que podía continuar. Lo sentía nervioso y yo sudaba del miedo que me daba de que las cosas fueran a salir mal. Yo estaba allí por decisión propia, con todo mi consentimiento. Ahora sería la más puta de todas. Me le acerqué al oído y le metí la lengua, él se estremeció y rio. Al terminar la sonrisa le di un beso con el que sentí cómo su miembro se endureció de inmediato. Lo sentí entre la tela del vestido y me mojé al instante, se me olvidó que Marco nos miraba desde la barra, lo miré y levantó la copa de champaña para brindar. Tomé de la mano a Martín y lo llevé hacia la barra, le dije a Marco: ‘Está listo y yo también’. Eso lo puso a mil. Nos fuimos los tres al departamento de Marco.

”Mientras subíamos las escaleras, Marco me dijo: ‘Desnúdate’. Subí las escaleras quitándome la ropa. Me dijo que me pusiera sobre la espalda y me abriera de piernas. Martín tomó tiempo en subir a la recámara. Marco cerró las cortinas, sacó unos preservativos y los dejó en el buró. Marco me probó recorriéndome con la lengua, dejando el camino más húmedo para su amigo. Me miró a los ojos y me dijo: ‘Te quiero ver gozando, te quiero ver disfrutando todo, mi placer es verte extasiada’. Yo de verdad lo estaba disfrutando, estaba excitadísima, mi deseo crecía a la espera de Martín. Marco no se quitó nada. Entró a la recámara con la camisa abierta y llevaba los pantalones puestos. Me levanté para seguir instrucciones y Marco me abrazó por la espalda recargado en la pared, me subió una pierna a la base de la cama y me ofreció a Martín. Su amigo me comenzó a lamer las ingles y Marco y yo veíamos juntos cómo lo hacía, al tiempo que me decía: ‘Siente su lengua, siente sus labios, ábrete para él, mira cómo te disfruta’. Comencé a sentir la lengua cálida de Martín entrando en mí y la lengua de Marco en mis oídos. ¡Dios! No temo a decir que fue la droga más poderosa del universo. La conciencia de sentir placer bajo la embriaguez de la piel es mágica, Sofía. Un amante hermoso y el amor de tu vida mirándote a los ojos. Martín me penetró y no dejé de tener orgasmos. Estaba conectada con el mundo. Marco me miraba con más deseo, con más entrega. Sabía que había llegado ahí por él y para él, ahora era fantástico, compartía su fantasía y me excitaba. Me sentía más unida a él que nunca.

”Saber acompañar a tu pareja en los laberintos de la oscuridad es complicado. No cualquier mujer se atreve a seguirlo, siento que la mujer ha sido hecha a conciencia y llenarla de lo que necesita, que es placer y amor, es darle un significado mayor a su existencia. Las cuatro manos me estaban acariciando, las dos lenguas se encontraban con la mía, mi humedad los llenaba a ambos y los dos me hacían suya. La suavidad felina de Marcos brotaba, era tan él, tan masculino, tan de frente al placer que era el placer mismo que se rendía ante él. ¡Qué hombre más libre! Ser amada en libertad, Sofía, es uno de los placeres más fuertes que pueden existir. Marco se había divorciado porque su mujer le había sido infiel. Qué contrariedades de la vida, ¿no?”

Nadia soltó una larga carcajada. Yo la interrumpí.

—¿La dejó por una infidelidad?

—Sí, así de absurda es la vida. Perdió una familia, les quitó un hogar a dos hermosas niñas porque no pudo soportar la idea de imaginar a su mujer con otro en la cama. Hay hombres tan estúpidos, Sofía, que prefieren romper el nudo en vez de deshacerlo. En ese entonces Marco era

estúpido, la soledad, la vida misma se encargó de darle grandes lecciones y se prometió a sí mismo que ningún placer físico le daría miedo ni lo haría perder aquello que amara.

—Deja que termine de contarte de Martín y Marco. Nos perdimos los tres en un abrazo. Recuerdo algo muy chistoso. Un día nos atacamos de risa los tres mientras nos mirábamos al espejo; es que, no sabes, había figuras corporales sin poder distinguir qué pierna o qué pie o mano le pertenecía a quién.”

La verdad es que no sabía. Mi experiencia sexual se limitaba a dos ex novios y a Daniel. No imaginaba el placer que Nadia había alcanzado, era una cualidad que difícilmente se encuentra en las mujeres y más de aquella época.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, querida, puedes preguntar lo que sea.

—¿Quisiste repetirlo?

—Claro, lo repetimos mil veces. Ya teníamos una dinámica establecida y era delicioso estar con los dos. Martín poseía una belleza a la que nadie se podía resistir. Un día llegó acompañado y la verdad es que, para ser honesta, al principio cuando vi a una mujer me puse un poco tensa. Cuando entraron a la recámara Marco y yo estábamos haciendo el amor y acostumbrábamos a dejar abierta la puerta para que Martín subiera sin tener que tocar. A Martín se le hizo chistoso llevar a una chica con la que salía. Fue raro. ¿Puedes creer que me dieron celos? Me dieron celos de Martín. Pero sentí que me la llevaba a mí y no a Marco, y así fue. Me invadió una necesidad curiosa por saber qué se sentiría tocar a una mujer. Miré sus piernas. Eran fuertes y torneadas. Su mirada era de asombro al encontrarnos a Marco y a mí haciendo el amor. No sabíamos ni su nombre. Dejé a Marco y me acerqué a ella. Comencé a tocarla, comenzando por los muslos, redondos y firmes. Ella seguía de pie al borde de la cama, Martín estaba parado detrás de ella, sujetándola por la cintura en un medio abrazo. Marco se encontraba desnudo a mi lado, completamente inmóvil, a la expectativa de lo que yo haría dado mi carácter de celos explosivos. Vi que perdió la erección al ver a la chica. Había un brillo en la mirada de Marco, una curiosidad por ver qué pasaría. Él no estaba rompiendo ningún acuerdo, él no la había llevado. Martín no sabía o quizá ni imaginaba que yo era una mujer terriblemente celosa. Poco a poco me iba domesticando, aunque parecía que mi naturaleza golpearía de nuevo. Marco me miraba acariciar los muslos de la chica y sonreía sin sentimiento de culpa. Su sonrisa estaba torcida, parecía que contenía discretamente su alegría. Comencé a tomarle gusto a lo excepcional, a lo extraordinario. Curiosamente me di cuenta al momento de tocarla de que nunca podría terminar mi relación con Marco.

—¿Qué quedaría después de él? Una vida terriblemente aburrida.”

—Sigue contándome.

—Martín estaba extasiado. Despacio separé las piernas de la chica, suavemente metí mis manos debajo de la falda sin retirarla. En esa posición ellos no sabían si la estaba tocando o no. Sentí su calzón completamente húmedo. Lo hice a un lado y la sentí mojada. Nunca había tocado a una mujer, su suavidad, su carnosidad, su humedad me excitaban muchísimo. Ella rompió el silencio con un gemido controlado. Martín le lamió el cuello y yo tomé la mano de Martín, lamí sus dedos y juntos le metimos los dedos. Ahí sentí mucho amor por Martín, por la forma en que me miraba me di cuenta de que se había enamorado profundamente de mí. Estaba dispuesto a aprender diferentes formas de amar para poder seguir a mi lado. Sabíamos que el amor era un

fuego que quema, pero en acuerdos podríamos aprender a vivir en ese fuego sin forzosamente quemarnos.

”Bajé la falda y poco a poco fui bajando sus calzones. Martín le subió los brazos y le retiró la blusa. No llevaba sujetador. Sus pechos eran firmes y sus pezones oscuros, gritaban excitación. Los dos se volvieron locos cuando le besé los pezones. Tenía a mis dos amantes rendidos de placer al verme. El placer de los dos me excitaba. Curiosamente hice algo que no me hubiera imaginado. Le pedí a Marco que la penetrara y fue delicioso verlo, nunca me quitó la mirada de los ojos, sus besos fueron más salvajes, me miraba con asombro, con lujuria. Yo deslizaba mis dedos sobre su clítoris después de haberlos mojado con saliva. No cabe duda que los hombres son menos cuidadosos, son toscos. Ella era delicada. Creen que la velocidad es placentera pero lo que realmente es placentero es el ritmo constante del tacto. Marco entraba y salía de ella. Me ofreció su miembro para que lo metiera a mi boca, para que desde ahí la probara. Lo comí desesperada, sabía a hembra, a mujer, probé las gotas de su placer. La mano de Marco se movía con agilidad y tomó mi cuello y me dirigió directamente a probarla. Con voz de mando me ordenó: ‘Nadia, mi amor, métele la lengua, siente sus pliegues’. Quién fuera ellos para recompensar ese espectáculo. Era la mayor victoria. Me encontraba lamiendo sus labios, haciendo espirales con mi lengua sobre su clítoris. Recargué mis manos en su cadera y con un suave balanceo fui metiendo la lengua hasta que cayó en un intenso orgasmo. Marco la llevó a la cama, la abrió ante él y presionó sus rodillas contra los costados. Se levantaba y se dejaba caer con fuerza. Martín me puso en cuatro para que los viera y me penetró con elegancia luchando para controlar sus contracciones. De pronto se inmovilizaba para no dejar de darme placer. Segundos después recuperaba su ritmo y me daba con una fuerza bestial. Lo más rico era sentir su profunda penetración. Las dos pedíamos más y más y los dos despedían un fuego, una lumbre que brotaba de los poros de los hombres. Parecía que nunca quedarían satisfechos. Marco buscaba mi mirada y ahí se convirtió en el amor de mi vida, pero también en el hombre más temible. Ahí estaba yo mirando cómo mi Marco penetraba a otra mujer. Ella era bellísima, de pelo negro y ojos verdes, con pechos grandes y caderas voluptuosas. Recuerdo que después nos dio risa ver que su vello púbico era rubio y ella había pintado su larga cabellera de un color negro obsidiana. Estábamos acostumbrados a verlo a la inversa, pero nunca así.”

Me dio risa su comentario, supongo que fueron mis nervios. No quería interrumpirla, sus historias me tenían entretenida. No eran ficción, eran reales y estaban llenas de recuerdos y de imágenes de placer. Nadia prendió otro cigarro y llamó a la mesera para que nos sirviera otro café. Levantó el índice y dijo:

—Olvidé algo importante. La libertad, Sofía, es brutalmente aterradora, pero entre más espacio le des a tu pareja menos se irá de ti.

Me quedé pensando otra vez en Daniel. No sé qué tan dispuesta estaba a verlo con otra mujer. Definitivamente la idea no me excitaba, al contrario, hacía que me enojara con él. Nadia estaba completamente sumergida en sus recuerdos. Continuó su historia sin mirarme. Era asombroso ver sus ojos almendrados y sus arrugas discretas en torno a los ojos que se movían con la mirada hacia el pasado. Continuó:

—Cuando Marco y yo llevábamos siete meses decidimos poner alfombra en la recámara porque siempre acabábamos haciendo el amor en el piso y, aunque era un piso de madera muy brillante y de buena calidad, era bastante incómodo. Todavía me acuerdo de los moretones que

ese piso me dejó en todas partes del cuerpo.

Se acarició con la mano derecha el brazo izquierdo como recuerdo de un dolor que la llevaba a un episodio que extrañaba con melancolía. Sonrió y dijo:

—Decidimos que era mejor cambiar el entorno de la habitación y acomodarlo a nuestras necesidades. También pusimos espejos para poder mirarnos. Las imágenes que nos regalaban los espejos eran sublimes. Esa recámara siempre terminaba como en neblina. Yo ya tenía varias prendas en el clóset, siempre me quedaba a dormir, claro que con la autorización de Mamá. Lo de la alfombra te lo quise comentar porque es importante que el entorno se acomode y se amolde a las necesidades sexuales. También mandamos poner la alfombra para que no se escucharan las pisadas de nuestros amantes y de ese modo sentirlos sólo cuando ya estaban subiendo a la cama. Fantaseábamos que llegaban y de pronto la fantasía se hacía realidad, ahí estaba parado Martín con su enorme pene listo para penetrarme.

FREUD, DANIEL, JUNG Y ÉL

Me costaba trabajo creer la historia de Nadia. Sin quererlo empecé a envidiar esas libertades corporales, envidiaba que Nadia se hubiera dado el permiso de llegar a sentir sin prejuicios y sin miedos. Nadia no vivía reprimida, no aparentaba su edad, no hablaba de otras mujeres, de otras vidas. Su vida y sus experiencias bastaban para hacer más de mil libros sobre ella. Había una vida glamorosa que habitaba en ella, quizá se debía a la suerte de haber encontrado un amante que tuviera tanta vida y tanta energía libidinal.

Al pensar en la libido me vino a la mente una conversación entre Freud y Jung acerca de qué es eso. Freud decía que la libido es una energía sexual, la cual opone nuestras pulsiones sexuales a la muerte. Nadia encontró ese impulso gracias a Marco. Jung considera a la libido como energía en general. Para él no era una energía sexualizada, aunque también hay una libido desexualizada que es la que me sucedía a mí. Gracias a ese mecanismo de defensa podemos sublimar nuestras pulsiones y perder nuestro carácter sexual. “Sublimación”, la libido se reprime, y eso me pasaba con Andrés, el psiquiatra que cada vez que lo veía sus palabras, su mirada, su deseo me hacían sentir pequeños toques de electricidad en mi cuerpo. Fantaseé con él muchas veces, pero de ninguna manera se me hubiera ocurrido compartir eso con Daniel. Constantemente mi esposo me dice que es hombre de una sola mujer, y cuando lo dice suena romántico. Dice que está consciente de lo que tiene conmigo y de ninguna manera o bajo ninguna circunstancia lo pondría en riesgo. Yo honestamente le creo o una parte de mí le quiere creer. Daniel es un hombre súper atractivo, su estatura, su piel tostada y los ojos verdes lo hacen parecer extranjero. Da la impresión de ser un alemán muy guapo. Él diría que ahí voy otra vez con mis prejuicios, y lo vería una vez más decepcionado, levantando la mirada al techo y sacudiendo la cabeza de un lado al otro: ¡ay, Sofía!

Freud nos dice que hay dos clases de energía sexual psíquica que habita en todos los seres humanos. La libido objetal va dirigida a otra persona y la narcisista a uno mismo. Todos vivimos con esas dos clases de libido, el problema es cuando predomina una sobre la otra. La objetal habla de una persona que ama, que se entrega con pasión al otro. La narcisista es aquella que no ha alcanzado un proceso evolutivo hacia la conquista de la madurez de su mundo emocional. En algún punto se quedó congelada en el tiempo. Son personas incapaces de ofrecer un amor hacia el otro. Todo va dirigido hacia ellas mismas.

Mi pulsión era sin duda objetal, ya que predomina la entrega y la pasión por mi pareja. Es el otro quien se convierte en el motor de mi vida. Los intercambios amorosos y la seducción que hay entre Daniel y yo hacen que encuentre las ganas y la motivación de seguir adelante. Me emocioné, tomé el celular y decidí romper con la rutina y, como decía Nadia, es el entorno el que se acomoda al sexo. Le mandé un mensaje de texto diciéndole que si se podía salir de la oficina para hacerme el amor.

Daniel me respondió: “Es viernes, mi cielo, estoy a la mitad de una junta”. Me lo dijo como si yo no supiera que era viernes y que podría estar a la mitad de una junta. Al parecer Daniel no ha entendido nada, a veces me pregunto cuándo aprenderá a vivir la vida.

Ante la respuesta de Daniel no tuve ganas de nada. Me quedé por un largo rato mirando a la ventana, suspiré con tristeza, pensando cuántas mujeres están sublimando sus impulsos. La verdad es que lamentablemente han de ser más de las que imaginamos. Otra pregunta que me viene a la mente es ¿cuántas mujeres se dan el permiso de libertad que Nadia estaba dispuesta a darse? Estamos acostumbrados a ver a la mujer en situaciones sin salida: la edad, la soledad, la agonía, los miedos, el temor al fracaso, las buenas costumbres. La situación de la mujer ha variado muy poco en varios aspectos, por eso yo encontraba a Nadia simplemente fascinante. Los días van detrás de nosotras, lo cotidiano nos va consumiendo. Yo veo que todas, sin temor a equivocarme, queremos una larga vida con risas, lágrimas, abrazos, besos, confesiones, silencios, impulsos y buena suerte. La mujer se resigna y eso es lo que me gusta tanto de Nadia, que no se resignó después del divorcio. Para ser honesta, encuentro una gran admiración por todas aquellas personas que no se resignan, que siguen adelante y que se lanzan al abismo de sus miedos, que saltan la muralla y son impacientes para alcanzar la felicidad.

MUJER AL SOL

El arte abre nuevas posibilidades a la vida, decía Nietzsche, una de las mentes más brillantes desde mi punto de vista. Sin duda tenía razón: desde niña siempre fue el arte el que me dio la capacidad de asombro; si bien no me dio respuestas me ayudó a hacerme preguntas y desde ahí se lo debo todo. El arte desvela la verdadera realidad de la existencia, mediante una estimulación, intensificación, potenciación de la vida misma. Mi proceso creativo se desarrolla al usar los cuadros como ventanas, ahí puedo dar un salto a la imaginación, sin temor a fracturarme o salir raspada por la realidad.

Así como el cuadro de *Viento en la tarde* de Edward Hopper me liberó del viaje a Nueva York con Daniel, también el mismo artista me ofrecía saltar a otra de sus obras. En mi fantasía lo había pintado para gente como yo: *Mujer al sol*. Aquí Nietzsche me pone las palabras en la punta de la lengua al describir lo que acontece en toda actividad artística: “Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién es el que da [...] Un éxtasis cuya enorme tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas, un éxtasis en el cual unas veces el paso se precipita involuntariamente y otras se torna lento; un completo estar-fuera de sí”. Así me tenía Nadia con sus historias, completamente fuera de mí. Habitaba la tensión constante en mi vida de escritora erótica y en mi sexualidad de mujer-esposa. No deseaba las vivencias de Nadia, pero quería experimentar con Daniel esas fuentes inagotables de placer. Me desnudé frente a la ventana como el cuadro de Hopper, sentí el sol penetrar mi piel, me acosté y abrí las piernas para dejar entrar el calor en mí. Lo hice varias veces acariciando lentamente mis labios y rozando mis dedos para sentir mi humedad. Daniel abrió la puerta del estudio y me vio tirada con las piernas abiertas, tocándome.

—¿Sofía! ¿Estás bien?

—Estoy mejor que nunca.

Lo jalé hacia mí y me detuvo de los hombros. Con voz de preocupación exclamó:

—¿Casi me matas de un susto! ¿Qué haces aquí tirada con la ventana abierta y desnuda?

—Estoy tratando de sentir cosas distintas. El sol, el aire, mis caricias, mi humedad.

—¿Te volviste loca?

Me levanté indignada.

—¿Cómo, Daniel?

—Sofía, ¿te volviste loca? Mira, si te está afectando la altura de la Ciudad de México, la presión de la ciudad, te puedes ir unos días a Puebla a casa de tus papás. Estar de regreso con ellos te hará sentirte mejor.

—¿No, Daniel, no! —grité, y sí, grité como una loca.

Daniel se quedó inmóvil, se me quedó mirando con ojos de asombro, levantó las cejas y las dejó por largo rato arriba. Podía ver sus cejas pobladas, y sus ojos verdes mirándome con absoluta decepción. En segundos pensé qué hubiera hecho Marco si hubiera visto a Nadia desnuda tendida sobre la espalda, abierta de piernas tocándose. Se hubiera lanzado sobre ella, le hubiera dicho que siguiera tocándose, la hubiera ayudado, se hubiera sentado para hablarle, para ordenarle o simplemente para admirar. Sin embargo, mi marido me preguntaba con ojos de susto

si me encontraba bien. Le expliqué al tiempo que me ponía los calzones:

—Daniel, estoy bien, nunca he estado mejor. Estoy tratando de escribir una novela erótica.

Subió la mirada al techo en segundos de una manera rápida en forma de hartazgo.

—¿Escribir desnuda, en el piso, abierta de piernas? —y de modo sarcástico remató diciendo —: Pues te va a salir muy bien. ¿Ya llevas muchos capítulos?

Lo miré sin dejarme intimidar. Le iba a contestar de forma hiriente, pero me detuve. Él no sabía que las historias de Nadia hacían eco en mí y que estaba desesperada por buscar mis propios recursos para poder sentir esa magia de la cual ella hablaba sin necesidad de recurrir a otros brazos. Esa aventura de querer hacer una novela erótica apenas estaba empezando y ya había movido energía en mí y por lo visto ahora también en Daniel. Por supuesto que me asalta la duda del tedio, el miedo al fracaso, pero luego gracias a una ventana se cuele la luz del sol dándome una caricia al sentir que bajan mis ansias y la embriaguez de la esperanza se apodera de mí sabiendo que por supuesto voy a poder encontrar ese erotismo en mí y poder llevarlo al papel. Ahora que lo pienso también me gustaría escribir sobre el tiempo. Pero eso vendrá después, mi reto se concentra en mi erotismo, la relación con mi novela y el enfoque que le voy a dar.

Pensé un rato en Andrés, el psiquiatra. Me dio cierta curiosidad saber si sólo pensaba en mí como psicóloga o como mujer. ¿Qué tipo de patologías tendría? Sabía que me admiraba y sobre todo a mi libro *El último dibujo de mi elefante azul*. Él había escrito el prólogo. Me metí a bañar y en la regadera me imaginé un encuentro erótico con Andrés. Imaginé que con lentitud sus manos avanzaban sobre mi espalda. Yo por decencia, por cortesía a Daniel, me contenía para no lanzarme a besar esa boca carnosa enmarcada por una barba de tres días que le daba un aspecto de descuido un poco sucio, pero era mentira porque lo que más cuidaba era su barba. No podía sentir culpa en mis pensamientos, en mi fantasía; era libre, no le hacía daño a nadie; me tuve que liberar de todo prejuicio, se tenía que ir junto con el agua que caía por mis piernas y hacía pequeñas burbujas al tiempo que desaparecía de mi vista, así, de esa manera, se tenían que ir los prejuicios. Me acosté sobre mi vientre para que quedaran mis nalgas al descubierto mientras caía un chorro potente y firme. Me excitó imaginarme su boca entre mis piernas. Seguí concentrada en sus manos, en cómo subían, en su mirada de deseo, en su lujuria, en cómo se movería salvajemente sobre mí y cómo era tomada por él. El chorro de agua ayudó a que la sensación fuera más real y la suavidad hacía que el agua deslizara sobre los pliegues de mis labios, abriéndolos como la punta de la lengua que los logra separar con suavidad. Sentí de inmediato la contracción del orgasmo, un orgasmo en silencio, un orgasmo a escondidas, un orgasmo robado, un orgasmo provocado por alguien que no estaba enterado.

Alguien llamó a la puerta y me levanté a toda prisa, sobresaltada, aún con los labios húmedos, aún con los temblores del placer.

LA BIBLIOTECA DE MAMÁ

—Sofí, nunca te había dicho Sofí, ¿verdad? Supongo que uno acorta el nombre o lo convierte en diminutivo cuando tiene confianza en la persona. Nunca lo hago, pero de pronto me dan ganas de decirte muchos diminutivos. No dejo de pensar que eres un ángel en mi vida.

Escuchaba las palabras de Nadia y me sentía comprometida a devolverle algo por su historia, por su confianza. Había un vínculo que me permitía acercarme cada vez más a ella. Me gustaban nuestros cafés. La empecé a querer y me atrevería a decir que Nadia también me quería. La noté distraída, y sobre todo me di cuenta de que desde que llegó a la cafetería no había ni siquiera notado que ya le habían servido el café. Parecía que nunca lo probaría. El abismo que había ese día entre sus pensamientos y ella era escalofriante. Empezó a hablar con preocupación en la voz:

—Tengo algo importante que decirte, Sofía. Anoche tuve una pesadilla con Mamá. Bueno en realidad no fue una pesadilla porque no estaba dormida. A las tres de la mañana, por lo general, se despiertan los demonios que me arrastran y no me dejan dormir. Te podría decir que fue pesadilla y que cuando desperté sólo quedé asustada del sueño, pero desafortunadamente fue el mal recuerdo de cuando tenía trece años el que se convirtió en pesadilla y quise dormir para no quedar asustada. A las tres de la mañana recordé la biblioteca de Mamá, con esa luz tenue, ese olor a libro viejo, a madera quemada, las cortinas de tela que caían sobre el piso de madera, la escalera de caracol. Los libreros tan altos que parecía que cobraban vida con su altura. Lo único que quiero, Sofía, es ya no recordar nada de esos olores, nada de esas imágenes que me atormentan, nada de lo que sucedió ahí.

Me recliné hacia atrás para recargarme en el asiento. Tomé aire y lo guardé por unos segundos en lo que pensaba qué decirle. ¿Qué recuerdo de los trece años podía atormentar a las tres de la mañana a una mujer de setenta y cinco? Volví a tomar aire porque sabía que estaba a punto de sumergirme en aguas profundas, sabía que en aquella biblioteca no sólo la madera simulaba una serpiente, sino que también habitaba otra serpiente que se deslizaba con elegancia y se mostraba encantadora y sofisticada. Yo por fin había logrado agarrar el hilo erótico de la historia y Nadia llegó muy lejos al hablarme de sus amantes. Tuve que ser paciente y escuchar lo que no quería. Me resistía profundamente, pero no me quedaba otra opción.

—Sofí, estoy segura de que si esa biblioteca no hubiera existido en mi casa yo hubiera vivido otra clase de vida. Quizá tendría los problemas de las típicas señoras de mi edad o más jóvenes, me quejaría de mi marido, me preocuparía por la próstata de mi esposo, digo, porque a estas alturas no creo que sería otra cosa.

Las dos reímos con esa risa necesaria, salvadora, esa risa nerviosa de la que habla Ramachandran: reímos porque queremos hacer pensar que esa cosa horrible que encontramos no es tan terrible como parece, es algo que necesitamos creer. En realidad no era risa; era una expresión de tensión y ansiedad. Después de las risas llegó un silencio fúnebre que Nadia rompió:

—Mamá se excitaba viendo cómo me metían mano mis novios.

—¿Perdón? No entendí. ¿Cómo dices?

—Sí, le excitaba ver que me besaban, me lamían, me tocaban. Eso le excitaba.
Permanecí en silencio.

Yo no tenía palabras para eso, rebasaba absolutamente todo de mi profesión, de mi ser, de la relación con mi madre, con mis hijas. Todo abuso se encontraba completamente alejado de mi mundo. No tenía nada que decirle. El aire que había tomado no había sido del todo suficiente. Me dieron ganas de gritarle que no sabía cómo ayudarla. ¿Qué podía hacer yo con esa información? Me había quedado grande el saco y ya no podía salir corriendo, tampoco la podía rescatar, me estaba ahogando. Las lágrimas brotaron sin control, se deslizaban por mis mejillas sin que pudiera controlarlas. Se me cerraba la garganta; no podía escuchar eso. Nadia no reparó en mis lágrimas y se apresuró a contar todo. Como si tuviera la experiencia previa de haberlo contado antes y esa persona no hubiera querido escucharla. Como si antes la hubieran detenido, la hubieran callado, la hubieran atado, amarrado, o esa persona se hubiera marchado. Yo quería marcharme también; quería que callara. Me crucé de brazos. Ella estiró la mano y apretó mi antebrazo como para detenerme por si se me ocurría salir corriendo.

—Se llamaba Fernando. Tenía veintitrés años, yo tenía trece. Era rubio, de ojos azules, con la piel tostada y usaba loción de hombre. Ya no era un niño como mis amigos de secundaria; él ya se rasuraba todos los días. Tenía pelo en pecho y tenía carro. Lo conocía porque había terminado la prepa en el mismo colegio en el que yo estudiaba y él trabajaba en la dirección. Un día, a la salida del colegio, Fernando nos ayudó a Mamá y a mí a cargar una caja de artes plásticas. Según yo, entre las dos podíamos haberlo hecho, pero ella no perdía el estilo y le pidió a un muchacho que nos ayudara a llevar la caja al coche. Ese muchacho era Fernando. Rápidamente tomó la caja y la llevó a nuestro coche. Creo que ni siquiera había notado mi presencia y si lo había notado le fui indiferente, cosa que a Mamá no le había pasado desapercibida. Mamá lo invitó a casa y me echo hacia él, diciendo: “Ella es Nadia. Ojalá puedas venir a casa esta tarde para que pruebes unos pasteles de la receta de la familia y que viene desde el Líbano”. Él apuntó en un cuaderno la dirección que Mamá le dio, mientras yo la miraba. Le pregunté de qué pasteles de Líbano hablaba, pero ella me miró con ojos de pistola y quedé muda. Mamá me llevó a comprar unos pasteles. Le dije que era una mentirosa, que el muchacho ese se iba a dar cuenta de que estos pasteles no venían del Líbano y que iba a notar que los compramos en el Club Libanés. Sin darle importancia a mi comentario, me dijo: “El pobre inocente ni cuenta se va a dar; estoy segura de que nunca ha probado nada árabe”.

”Ese día Mamá me pidió que me pusiera una falda. ‘A ver, Nadia, ya eres una mujer y todavía tienes movimientos bruscos de niña. Ya es momento de que empieces a comportarte como una señorita. Pronto vas a cumplir 14 años. No puedes seguir teniendo esos movimientos torpes de niña chiquita.’ No me ofendí. No es que fuera torpe, pero sí era tosca o mi vestimenta ya no checaba con mi cuerpo. Ese día nos paramos frente al clóset de Lina y escogimos juntas la falda y las medias. Se me hacía lindo que me ayudara, ya que Lina me mataría si me viera usando sus cosas sin su autorización. Mientras me ayudaba a vestirme, me enseñó a ser coqueta. Me dijo que la coquetería siempre debía ir acompañada de discreción, de lo contrario se veía como que estabas urgida, y las urgidas daban lástima. Me decía que simulara estirar los brazos para tomar un libro y la falda naturalmente se subiría un poco. Me dijo que sería buena idea aprovechar la presencia de Fernando en la casa para hacerlo, de ese modo, ella vería cómo lo hacía y si me salía mal ella después me diría cómo se debía hacer.

”Te juro, Sofía, que no estaba preparada para nada de eso. Mi cuerpo era de una mujer, pero yo todavía tenía ganas de jugar en *Sonriesburgo*.

”Fernando llegó a la casa y por primera vez me puse brillo en los labios por insistencia de Mamá. Ella abrió la puerta del *hall*. Fernando quedó impresionado cuando entró a la casa y vio el tamaño de los vitrales y las enormes escaleras que descendían al *hall*. Pero la biblioteca fue lo que más le impresionó; era mucho más bella aún. Con ese pretexto Mamá lo llevó ahí. Yo entré después de él y él se sonrojó cuando me vio y se presentó: ‘Hola, Fernando Ramírez, mucho gusto’. Yo reí porque no entendía por qué motivo se presentaba. Mamá dijo: ‘La conociste a la salida del colegio. Ella es Nadia’.

”De inmediato reparó, sonrojado, y se disculpó: ‘No la reconocí en lo absoluto’. Parecía que no lo podía creer; yo había cambiado enormemente. Yo seguía riendo y él me dijo con mucha seriedad: ‘Con todo respeto, pero estás hermosa’. Ahí se me quitó la risa, me daban ganas de invitarlo a jugar al jardín, pero Mamá ya había hecho que nos sirvieran sus pastelitos del Líbano. A mí me volvió a dar risa porque parecía que se hubiera creído por completo la mentira de Mamá, pero ella tenía razón, el pobre Fernando nunca había probado nada árabe.

”Por momentos Mamá nos dejaba sentados en la sala de la biblioteca y yo no sabía de qué platicar. La verdad me hacía gracia ver cómo Fernando se comía los pasteles. También me daba miedo que fuera a descubrir la verdad. Fernando era buena persona, me ofrecía parte del pastelito que tanto le había gustado. Los pistaches y las almendras le encantaban. Terminó sus pasteles, se levantó, dio las gracias y dijo que se tenía que ir. Mamá le dijo que no podía rechazar la invitación a comer el jueves. Fernando amablemente aceptó, pero se le veía nervioso. Yo no entendía por qué lo invitaba a comer. Ella no estaba con él; me lo dejaba a mí. Había sido curioso verlo comer con entusiasmo los pastelillos, pero no me interesaba. No entendía por qué tenía que venir una vez más.

”El jueves Mamá ya me tenía preparado un vestido con tres botones al frente. Si se les dejaba abiertos se podía ver por la abertura la línea que separaba mi pecho. Mamá lo invitó a pasar a la biblioteca y puso música en el tocadiscos. Lo que escogió fue ‘Love me tender’ de Elvis Presley. Fernando, en cuanto entró a la biblioteca, dijo un poco burlón: ‘Tal parece que todo está planeado’. Después soltó una risita nerviosa, como si lo que hubiera dicho se le hubiera salido. En mí notaba naturalidad y por más que estuviera la música de fondo y estuviéramos a solas, yo quería presentarle uno de mis bailes de esos que solía hacer tiempo atrás para el público de *Sonriesburgo*. Mamá me jaló al pasillo y susurró a mi oído mientras me apretaba el brazo: ‘Qué tristeza que no sepas atender a tus visitas. Me estás decepcionando. Fernando ya no va a querer volver. A ver si eres capaz de entretenerlo con cosas interesantes, no con tonterías de niñas’. Asustada, me encogí de hombros y le pregunté: ‘¿Cómo quieres que lo entretenga, Mamá? Le puedo tocar las piezas de piano que toco con el abuelo Omar’. ‘No seas absurda, Nadia. Entreténlo como mujer’. A los 13 años no sabía cómo entretienen las mujeres. ¿Qué podía hacer para que Fernando no se fuera? Ahora que lo pienso, yo quería que se fuera, no quería que volviera, sin embargo hice todo lo que estaba a mi alcance para que se quedara como me lo pedía Mamá.

”Me senté junto a él, le tomé la mano y la puse en mi pecho izquierdo. Él inmediatamente la retiró casi asustado. Se levantó de golpe y dijo sin aliento: ‘¡Nadia, estás muy chiquita! ¿Qué quieres?’ ‘Que te quedes’, le dije. Me levanté, me acerqué de nuevo a él para tomarle la mano y

se la puse de nuevo en mi pecho, mirándolo fijamente a los ojos. En ese instante Fernando me tomó por la cintura, me pegó a él y comenzó a besarme la boca, a pasarme la lengua por el cuello. La verdad es que la lengua por el cuello me dio muchas cosquillas y empecé a reír. Él me pidió que guardara silencio para que Mamá no nos fuera a escuchar. Yo le quería decir que lo estaba haciendo por ella, pero su lengua en mi boca ya no me dejó hablar.

EL PRIMER POSTRE ÁRABE

—En el colegio yo presumía que tenía un novio de 23 años que era guapo, que tenía carro y que ya era grande. También presumía que nos encerrábamos en la biblioteca y nos besábamos. La verdad es que no lo veía mal. Mi mamá era la que me impulsaba a hacerlo. Debía de estar bien. ¿Por qué no se lo podía decir a todo el mundo? ¿Por qué no se lo podía presumir a todos? Mis amigas se escandalizaban, pero de pronto a todas les gustaba la historia y me decían que le escribiera una carta de amor. Le escribí una carta contándole lo que toda niña de secundaria escribe en una carta a su novio: le escribí sobre mis amigas del colegio, de lo que había hecho en el recreo, del lunch que me había comido y también le hablé de los pastelillos árabes que tanto le habían gustado la primera vez que fue a casa.

”Le mostré la carta a Mamá y la rompió en mi cara diciendo que no debía escribir tonterías a los hombres y que aprendiera que a los hombres no les importa realmente lo que uno hace ni quiénes son nuestras mejores amigas, ni mucho menos qué hacemos en nuestro tiempo libre. A los hombres, me dijo Mamá, lo único que les importa es el placer y el beneficio que pueden sacar de nosotras. Me dolió mucho que hubiera roto mi carta sin preguntarme, pero no dije nada. Mamá sacó una pluma y un papel y empezó a dictar la carta. Sofí, eran cosas horribles, cosas que yo no quería hacer. Me gritó que las escribiera o me castigaría. Empezó a dictar: ‘El jueves en la tarde mi mamá no va a estar en casa. Llega puntual y en la biblioteca te vas a bajar los pantalones y por dos horas te voy a chupar el miembro’. Yo no sabía ni qué quería que le chupara. Me gritó que siguiera escribiendo.

”Mandamos la carta, pero yo me sentía incómoda. Fernando llegó puntualísimo el jueves, con flores para Mamá y otras para mí. Mi papá pensaba que Fernando tenía mi edad. Ella le hizo pensar que tenía catorce años y mi papá ni se daba cuenta pues siempre estaba trabajando. Al menos el comentario de mi papá al ver las flores fue: ‘Si estos muchachitos a los catorce años ya mandan flores, que harán a los veinte’. Yo al escucharlo quería decirle que Fernando acaba de cumplir veintitrés años, pero no me atreví por lo que fuera a decir Mamá.

”Ya solos en la biblioteca, tras cerrar la puerta Fernando se bajó el cierre del pantalón, se sacó el pene y me dijo: ‘Todo tuyo’. Yo había visto desnudo a mi hermano Emir por abrir la puerta del baño sin tocar cuando él salía de la regadera, pero nunca había visto un pene así, parado. Tenía dos hermanos que nunca estaban en casa, Jacobo vivía en Líbano. Y si estaban, jamás los había visto desnudos fuera de esa vez que vi a Emir. Mi experiencia era limitada, supongo que algo normal de una niña de trece años. Me asuste horrible. No entendí. ¿Qué quería que hiciera con eso? Fernando echó los brazos para atrás y puso las manos en la nuca. Orgulloso de él mismo, me ofreció su regalo. Yo me hice al lado contrario hasta que topé con el antebrazo del sillón. Me dijo: ‘Ya sé lo que quieres, niña traviesa’. Me jaló las piernas hacia él, bajó los calzones y me besó entre las piernas con las mismas ganas que se comía esos postres árabes. Por primera vez tuve un orgasmo y esa sensación me encantó. Sentí una alegría que corría por todo mi cuerpo. Le pedí que lo hiciera de nuevo. Estaba empapada. Pensé que era su saliva, pero me dijo que no, que era yo la que había mojado el sillón.

”Pensé que podríamos tener bebés. Mamá me hizo contarle todo y me explicó que podíamos hacer todo menos que él metiera el pene entre mis piernas, ya que de hacerlo perdería el interés en mí y yo perdería valor como mujer y la consecuencia sería que mi marido no iba a querer estar conmigo. Eso sólo se lo podía permitir al que sería mi esposo.

”Yo descubrí que podía tocarme y sentir sola lo mismo que Fernando me hacía sentir con los dedos y la boca. Al descubrir eso, ya no quería que fuera a mi casa. Pero Mamá me obligaba a escribir una carta todas las noches y las mandaba con el chofer a su casa después de dejarme en el colegio. Mamá estaba obsesionada con Fernando. Cambió de lugar la sala en la biblioteca y yo tenía que sentar a Fernando en el sillón amarillo para que ella pudiera ver, escondida en el segundo piso en el tercer corredor de los libros, cómo se la chupaba. Nosotros no podíamos verla, pero ella sí, ya que estaba en desnivel.

”Te juro, Sofía, que yo ya no quería hacerlo. Cada día Mamá me pedía cosas más fuertes y para mí era terrible. Lo quise terminar y ella me dijo que no podía terminarlo, que le habían descubierto un cáncer en el estómago, que no podía hacer corajes y que sólo le quedaba un año de vida. Yo no quería hacerla sufrir y quería que ese año se la pasara bien. Me dijo que esas dos cosas eran nuestro secreto. Juré no contarle nunca a nadie, pero a mí me daba terror que se fuera a morir. Dijo que ni a mis hermanos ni a mi papá, ni a Lina, les diría sobre el cáncer porque no quería angustiarlos. Yo por supuesto la apoyaba. Fernando seguía yendo los jueves para hacer cosas en la biblioteca, pero no quería verlo más, ya no quería que me tocara y mucho menos tener que hacerle cosas a él. Me daba asco; las últimas veces que se la chupé me dieron ganas de vomitar.

”A Mamá le habían quitado la matriz, pero no la veía ni enferma ni parecía que se fuera a morir. Nuestro primer pleito fue cuando le dije que terminaría con Fernando, ya no quería seguir haciendo cosas en la biblioteca y ella me dijo que sí lo podía terminar, pero con la única condición de recuperar las cartas que le habíamos mandado.

”Fernando entregó las cartas y Mamá ese mismo día las echó a la chimenea y las quemó. No era extraño que quemara cosas, se la vivía quemando papeles. Sabrá Dios si hizo que mis hermanos o mi hermana también vivieran ese tormento. Para ser honesta, no lo creo. A Elías lo torturó de otra manera. Jacobo se quedó a vivir en Líbano desde los once años. Lina se ‘salvó’ y lo digo entre comillas porque sabrás los traumas que Mamá le dejó. Lo que te quiero decir, Sofía, es que yo ya no quería seguir siendo el primer postre árabe de nadie.

EL DESEO DE POSEER MUCHAS SENSACIONES

Mis pacientes avanzan en terapia cuando se escuchan a sí mismos. En realidad, nuestra tarea como psicólogos se basa más en el arte de escuchar que en el de hablar. Aunque Nadia no está en terapia y nuestros encuentros siempre son los miércoles y viernes en una cafetería francesa, es ella la que habla la mayoría del tiempo. Yo intervengo en su vida por medio de preguntas, de anotaciones, de dudas.

Nadia habla para escucharse a sí misma. En eso creo que ella obtuvo un regalo sobre nuestro encuentro. Toda nuestra atención, nuestra energía se enfoca en ella. Gracias a que sólo hablamos de ella y nos detenemos en ella y en cada uno de sus recuerdos, en sus memorias, ha logrado escucharse hasta en su etapa no consciente, hemos logrado llegar hasta su infancia. No existe un único estilo de ayuda según Rogers; pues eso, aquí, se hace evidente. Nadia dio un clavado a su mundo interno, se sumergió en su pasado y yo sin quererlo la llevé de la mano a esas profundidades donde el vértigo es inevitable. La llevé a esas altas horas de la madrugada donde los demonios del pasado la despiertan y ya no la dejan dormir. Sus demonios hoy después de escucharla han venido a visitarme también a mí desde la biblioteca. Son las dos de la mañana y no logro conciliar el sueño.

Me siento responsable y para ser honesta no quiero llegar ahí, no es mi paciente y eso me lo repito constantemente: “Nadia no es mi paciente. Nadia no es mi paciente”. Con claridad absoluta habíamos acordado que yo escucharía sobre sus aventuras sexuales y amorosas, y que sobre ellas me inspiraría para escribir mi novela erótica, pero nuestros acuerdos no involucran escarbar en el pasado porque involuntariamente me llevarían a mí a una postura de interpretación y análisis que no me da la gana hacer. Nadia no es mi paciente. Me pone de muy mal humor y siento que Regina y Daniela están pagando por los platos rotos que ellas no rompieron. Me doy cuenta de que mi tolerancia hacia mis hijas es cada vez menor y a Daniel ya no lo soporto, tiene una urgencia por mandarme a casa de mis papás que me enferma. Según él debo ir a Puebla para “relajarme” de la ciudad que ya me tiene cansada y estresada. Cada vez que puede me pregunta: “¿Cuándo vas a ir a ver a tus papás? Hace mucho que no los ves y las niñas tampoco”. El problema de ser escritora es que la gente no entiende que, aunque esté en casa una está trabajando y no veo la manera de hacerle entender a Daniel que estoy totalmente comprometida con mi trabajo y con Nadia, y que no iré a casa de mis papás hasta que termine de reunirme con ella y tenga en mis manos la novela. Por fin hoy después de tantos encuentros estoy llegando al lugar que quería llegar. No me voy a marchar a Puebla y perder el hilo que tanto he buscado.

Daniel sigue mirándome como si yo fuera un bicho raro. Dice que ya hasta tiene miedo de abrir la puerta del estudio y verme tirada haciendo el amor con el sol. Yo sigo buscando técnicas para llevarme a un estado de placer y encuentros conmigo de una forma que nunca antes había intentado. Le he pedido a Daniel más de tres veces que me lleve a una *sex shop*, pero nunca tiene tiempo. A veces siento que la manera que he encontrado de dejarme ir es a través de mi imaginación, con los sueños eróticos que me producen la mirada penetrante de Andrés, el psiquiatra.

Pienso en las palabras de Nadia: “Sí, Marco despertó todos mis demonios y atendía a mis duendes y ésa es la combinación perfecta para enloquecer de amor a una mujer. Esa combinación de ser atendida ferozmente en la cama y mágicamente fuera de ella hizo que mi amor por Marco fuera eterno y que nadie pudiera ocupar su lugar. Me hizo descubrir los instintos más oscuros, me llevó a traspasar mis límites, a romper ataduras, me llevó a saber hasta qué punto preciso fui capaz de cumplir mis deseos. Y como todo instinto está ávido de dominio, Marco se probaba a sí mismo en mi placer. Mi placer le permitía —y vaya que le permitía— saber quién era él. Recorrimos nuestras naturalezas, yo con cierto temor a perderme en ellas, pero con un temor más grande a perderlo a él. Por Marco supe lo que el deseo y el amor cuando es mutuo pueden hacer de los seres humanos’.

La escuchaba y mi piel no dejaba de escucharla. Nadia me demostraba que para encontrarte a ti mismo tienes que olvidarte un rato de ti. Muchos años se olvidó completamente de ella, por eso tenía una necesidad urgente de hablar, pero no para contarme su historia sino para escucharse a sí misma. Podía hacer la alianza de una reconciliación amorosa. La fortaleza de Nadia surgía sobre todas esas tempestades a las cuales se había enfrentado su espíritu. Nadia sufrió tanto en esa guerra interna que ahora deseaba a toda costa y con todas sus fuerzas apropiarse nuevamente de sí misma. Esa fuerza es arrolladora. No veo empoderamiento más grande que cuando uno puede sentir la dicha de comprender la vastedad y profundidad de su propia naturaleza. Al parecer Nadia había aprendido a vivir en un laberinto de espejos y a asumir que ése era su destino, su única alternativa. Se dio cuenta de que para salir de ese laberinto emocional no basta ni es posible hacerlo de forma convencional. Nadia rompió los espejos con la certeza de que en ellos se quebraría su estructura en pedazos y eso fue lo que la salvó.

Estar con ella me deja muy en claro lo que anhelamos todos los seres humanos. Ella se compartió con muchos hombres para que Marco la siguiera viendo con deseo a través de otros ojos, aniquilando la costumbre, la rutina, la emoción, el momento, como aquel primer encuentro. Sin duda son los primeros encuentros los que permanecen en nuestra memoria, son los primeros encuentros los que dejan una huella en la arquitectura de nuestra alma. El anhelo de Marco era regresar constantemente a esa primera experiencia, encontrarse con la inquietud del deseo. Su pecado no radicaba en compartir a Nadia con otros hombres; el pecado radica en la codicia de sus emociones. Ése fue el primer pecado mortal que le rompió el corazón a Nadia, el deseo vehemente de poseer muchas sensaciones.

Así quería entender yo la vida de Nadia, así quería empezar mi novela erótica, pero las clases de las niñas, la rutina diaria, el estrés por el tráfico de esta ciudad y la tensión de mi trabajo me tenían agotada.

SIGNIFICADO DE KARIMA: MUJER CARIÑOSA O NOBLE

—Llegas tarde —afirmó Nadia en voz alta.

Nadia detesta hacer notar su vulnerabilidad. Después de mi disculpa encendió un cigarro. Se le llenaron de lágrimas los ojos y miraba hacia el lado derecho de la mesa. Con voz melancólica me dijo:

—Me sigue persiguiendo el recuerdo de otras personas.

—¿A qué te refieres?

Nadia alzó la vista y con un largo suspiro dijo:

—Dime, Sofía, tú que eres psicóloga, ¿qué le sucede a una niña a la que le deforman el alma?

Pensé que hablaba de sí misma. Recordé la escena de las tías gordas, arrugadas y frías deleitándose con su cuerpo fresco y terso de adolescente. Recordé la humillación que sufrió cuando le pidieron que abriera las piernas para ellas. Pensé en lo torcida que había sido Karima cuando forzó a su hija a tener sexo oral con un hombre frente a ella.

A Nadia no le habían deformado el alma, se la habían hecho pedazos.

—¿De qué niña me hablas?

—Muy inteligente, Sofía, cualquier otra psicóloga hubiera dicho: “¿Quién te deformó el alma, querida Nadia? Háblame de ese momento”.

El tono de Nadia me molestó mucho y se lo hice notar.

—Nadia, quiero recordarte algo: no estamos en sesión, ésta no es tu terapia y yo no soy tu psicóloga.

—Sí, lo sé, pero aunque no estemos en sesión no dejas de ser psicóloga. Tu forma de observar, de preguntar, es de psicóloga. Llenas todos los instantes de análisis y lo haces de forma natural. Eres de las pocas psicólogas que no son sosas ni aburridas.

Había algo en las palabras de Nadia que era hostil. Me hacía un cumplido al tiempo que me molestaba sobremanera. No me sentía cómoda. De hecho, ni mi postura física era cómoda. Comenzó a dolerme el estómago; estaba ahí con el fin de escribir mi novela y cada vez la veía más lejana.

—Dime, Nadia, ¿quién puede ser capaz de deformarle el alma a una niña inocente?

—Mis abuelos. Sin querer ellos le hicieron daño, ellos fueron los causantes de todo. Ellos la transformaron en un monstruo.

Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Ellos, sin querer hacerlo seguramente, sin ninguna mala intención, le quitaron el alma. La cólera de mis abuelos no conocía límites, su dolor los llevó a la maldad. Ellos eran primos hermanos, crecieron juntos. Desde niños estaban en los mismos equipos, nunca se separaron. Cuando jugaban a las escondidillas se besaban en el clóset de la abuela. Desde que llegaron al mundo estuvieron uno junto al otro. Había una especie de locura de dos.

—Déjame entender algo, Nadia, ¿los que no tenían mala intención, los que eran primos hermanos, son tus abuelos maternos, cierto?

—Cierto. Tuvieron tres hijos: Amir, que significa príncipe, y vaya que fue alabado ese príncipe azul; Karima, mi mamá, y mí tía Annan, que quiere decir “nubes” y literalmente vivía en las nubes.

—¿Qué quiere decir Karima?

—No te quiero decir, hasta pena me da decirlo.

—Dime.

—Karima significa “mujer cariñosa y noble”. Lo que menos tenía esa mujer era ser cariñosa y mucho menos era una persona noble.

—¿Nunca fue cariñosa?

—Jamás, nunca nos dio un beso ni un abrazo ni siquiera un mimo.

Bajé la mirada. Me hubiera gustado decirle que lo lamentaba enormemente pero no tuve tiempo de hablar, Nadia continuó diciendo:

—El mal más grande del mundo puede ser cometido por quien sea, basta con negarse a querer a los demás.

En ese momento entendí que Nadia necesitaba entender a su mamá. Intentar comprender no significa perdonar. Ella hoy sentada desde la calma, sin poder huir por los laberintos del placer. Hoy, donde el tiempo se termina, donde la mirada ya no ve al futuro, sino que regresa al pasado. Nadia necesitaba tener un diálogo silencioso con su pasado.

Me quedé pensando en sus palabras. Me quedé pensando en la maldad y me quedé inquieta porque quería saber más. No sabía si llevarla a cruzar el puente. De pronto sentí que tenía que tomar ese riesgo o de lo contrario las dos perderíamos todas nuestras mañanas, perderíamos el tiempo y por alguna razón yo tenía la sensación de que se nos hacía tarde.

—¿Monstruo? Nadia, ésa es una palabra terrorífica y más cuando te refieres a tu mamá. ¿Tus abuelos, sin querer, la convirtieron en un monstruo? ¿Eso fue lo que dijiste?

Con enfado echó ambos hombros hacia atrás y deslizó una mano por la frente, cerrando los párpados. Cuando por fin los abrió, lo hizo con furia.

—Dímelo tú, Sofía. Sólo un monstruo puede ser capaz de querer devorar a su hija, de no querer compartirla con nadie en la familia. No permitir que la amen otros mientras ella sí los amaba. Mamá me dijo que yo era hija del amor para alejarme de mi papá, me dijo que yo era su favorita porque a ese hombre sí lo había amado. Me dijo que mis hermanos eran hijos de la obligación y que por eso había cierta distancia entre ellos. Le dijo a Lina que yo era hija del amor de su vida y que no éramos tan hermanas. A todo mundo separó de mí. Entre más sola y más alejada estuviera yo, más la necesitaba a ella. Vivió siempre con el lema de divide y vencerás. Me separó de todo y de todos. Siempre creí en ella, en sus palabras, en su amor. Yo me alejé de mi papá con miedo, como si yo fuera la culpable de ser hija de un extraño, de llevar a un extraño en la sangre. Me alejé porque no quería que se diera cuenta; porque me dolía y no sabes de qué manera yo lo amaba. Se hizo tarde para regresar el día que me di cuenta de que ese hombre, del cual conscientemente me alejé, era mi papá verdadero, mi padre biológico, y ya estaba muy enfermo, ya era tarde para recuperar el tiempo perdido. Ya era muy tarde cuando me di cuenta. Le pedí perdón por todo, por las mentiras, por los engaños, por los fraudes que le hicimos, por todo lo que le robamos. Le pedí perdón por el daño que le causé al no amarlo como un verdadero padre. Me faltó creer en él y sobre todo me faltó dudar de ella.

—¿Pero cómo crees que se puede poner en duda el amor de una madre?

—La peor tragedia humana, según yo, la peor desventaja humana es ser traicionada por el útero en el que te formaste. ¿Sabes por qué, querida psicóloga? Porque no encuentras lugar en la tierra donde ir ni a dónde llegar ni sabes nunca, por más que hagas todo, nunca sabes a dónde perteneces.

LOS BRAZOS DE DANIEL

Comenzó a dolerme el estómago. Mis manos estaban frías, temblaba de percibir tanto dolor. De pronto la furia de Nadia me daba miedo. Había un enojo enorme encerrado en su pecho. Entendí que no era hacia mí, era hacia mi profesión. Llegué a casa y abracé por largo rato a Daniela y a Regina. Estaba aterrada por la posibilidad de equivocarme, con el temor de saber que su mundo emocional depende de mí. Nunca me había dado miedo ser mamá. Recé, cosa que hacía mucho tiempo no hacía, recé para que Dios me guiara para poder cuidar siempre el mundo emocional de mis hijas. Las acosté y aproveché para contarles un cuento. Les pregunté cómo se sentían en su escuela, en sus clases, en la Ciudad de México. Les pregunté si necesitaban algo. Daniela, con sus ojos hermosos color verde, me miró tiernamente y me dijo: “¿Tú, mami, necesitas algo?” Sus palabras retumbaron en mi corazón. Sí, Daniela tenía razón, necesitaba sentirme segura. Estaba pisando terreno minado. No me di cuenta hasta estar a la mitad del camino. Quería salir corriendo, pero no podía, no podía correr. Quería llorar y librarme de esta historia, de esta pesadez, de este cansancio y de las náuseas que me provocaba Karima.

¿Cómo es posible que una muerta que nunca conocí pudiera afectarme tanto?

Después de acostar a las niñas me fui a la cama. Caí profundamente dormida y soñé que estaba con Daniel en un cementerio. Era el cementerio de Montparnasse en París. Daniel y yo buscábamos la tumba de Julio Cortázar. Yo, como siempre, discutía con él sobre qué camino tomar y él con el humor de buen alemán que llevaba en la sangre me decía burlón a cuántos pasos exactos de nosotros se encontraba la tumba. En eso estábamos cuando di una vuelta a la izquierda y me encontré con la tumba de Karima. Era completamente extravagante. Estaba llena de vitrales. Al asomarme vi losas de mármol y entre cada losa había piedras preciosas que las separaban, vi rubíes y esmeraldas. Su nombre estaba escrito con pequeños diamantes. Comencé a gritarle a la tumba, a patearla y a tratar de arrancar todas esas piedras preciosas para dárselas a Nadia.

Daniel me gritaba: “Sofía, detente. Para, Sofía”. Hasta que me tomó por los hombros y me sacudió con fuerza, me acercó a su pecho y me sostuvo allí entre sus brazos, para tranquilizarme. Con angustia me dijo al oído: “Mi amor, es una pesadilla”. Empapada en sudor y llena de lágrimas, lo abracé y me sentí en el lugar más seguro del mundo.

Al día siguiente decidí cambiarle la hora a Nadia. La cité a las ocho de la noche. Creo que en las mañanas es más fácil manipular nuestro pasado. Por las mañanas estás al tanto de todo, más alerta, más fresco y estás empezando un nuevo día. La noche funciona mejor para las confesiones. Además, pensé, podíamos cambiar el café de la mañana por una copa de vino. Yo sin duda necesitaba esa copa. Necesitaba tomar un sorbo y saber que podíamos seguir estando juntas sin necesidad de llegar a tonos hostiles. Quizá podía encontrarla menos a la defensiva. A Nadia le gustó la idea.

Las dos nos arreglamos diferente, nos peinamos y hasta cambiamos un poco nuestra actitud al saludarnos. Hacía mucho que no nos sonreíamos al vernos. Qué importante es que alguien te sonría al verte llegar. Hay una magia distinta, el cerebro se adapta de una manera completamente

diferente a los reforzamientos positivos.

—Sofía, ¡pero qué bella estás!

—Muchas gracias. Creo que siempre me ves de colita de caballo, en el modo de mamá psicóloga.

La verdad es que yo no estaba acostumbrada a los piropos. Hacía mucho tiempo que Daniel no me decía si estaba guapa o no. Supongo que ya se había acostumbrado a verme. Ese día en especial necesitaba llevar a Nadia a que pudiera hablar de su historia sin verme como la psicóloga perfecta, la psicóloga que la está analizando. Decidí comenzar a hablar.

—Nadia, de ahora en adelante cuando mis amigas me cuenten sus aventuras sexuales me van aburrir muchísimo.

Soltó una carcajada y tomó su copa de vino, diciendo:

—Salud, Sofía, por tu mirada, que está llena de curiosidad. Que nunca nadie se atreva a apagarla.

—Salud, Nadia, por la confianza que has depositado en mí y por hacerme sentir que puedo ser un puente con tu pasado.

Nos dio hambre y pedimos una tabla de quesos. La música era distinta. Habían puesto a Edith Piaf, y Nadia dijo: “Yo no puedo decir lo que la Piaf, *non, je ne regrette rien*”, y se quedó pensativa.

—Pocas personas tienen el privilegio de poder decir que no se arrepienten de nada. Yo quisiera poder decir que no me arrepiento de nada, pero la verdad es que hay tantas, pero tantas cosas de las cuales me arrepiento que no te puedes imaginar.

—Es difícil tener una vida de la cual no te arrepientas de nada. Pero también esos errores nos dan grandes aprendizajes y gracias a esos errores crecemos de diferentes formas y nos dan una óptica distinta de nosotros mismos y de las personas que nos rodean.

No hizo mucho caso a mi comentario y me interrumpió:

—¿Sabes dónde me daba cuenta que era especial para Marco? Cuando íbamos a ver a sus hijas. Sólo convivimos las niñas, él y yo. Como cualquier pareja normal, las llevábamos a comer, al cine, al parque, a comprarles ropa. Se quedaban a dormir el fin de semana y esas noches sí cerrábamos con llave para que si uno de nuestros amantes quisiera llegar pensara que no estábamos. Era un degenerado con su vida sexual pero muy buen papá —terminó, riendo.

—Tienes razón, hay hombres que no son degenerados y que son pésimos papás.

—Marco, al menos con sus hijas, era ejemplar, sólo que sabía que la naturaleza de la mujer es poner los cuernos. Ahora que lo sabía pues no se hacía menos y quiso ser parte de esa aventura. Me cogí a todos sus amigos. Ahora que lo pienso no se nos fue ni uno solo.

—¿Martín fue el que más te gustó?

—Martín es como cuando pierdes la virginidad, el inolvidable. Martín era un amor. Pero quién fue el que más me gustó... pues es que fueron varios, fueron tantos que es difícil decirlo, pero creo que Boris fue el que más me gustó.

—¿Boris?

—Sí, hasta hicimos una miniceremonia falsa en la que nos casamos los tres.

Al escuchar esto le llamé al mesero y le pedí que mejor nos mandara la botella de vino completa. El mesero estaba muy atento a nuestra mesa. Me dieron ganas de decirle que se alejara un poco.

—¿Crianza, Reserva o Gran Reserva, señorita? —interrumpió el mesero.

Qué importante es el tiempo en todo. La verdad es que esa decisión no me era importante en ese momento. Acababa de escuchar que se había cogido a todos los amigos de Marco, lo cual para mis oídos ya no era tan alarmante. Pero me acababa de decir que hizo una boda falsa con Marco y su amante francés, o al menos yo deduje que era francés. Los meseros deberían saber cuándo no interrumpir. Sin consultar a Nadia respondí: “Reserva. Muchas Gracias”.

—¿Una boda los tres?

—Así como lo oyes. Boris era dueño de un bar que en esa época estaba muy de moda. El local tenía una onda que a Marco y a mí nos encantaba.

”Las mejores mujeres de México habían pasado por la cama de Boris. Además, decían que cogía de maravilla. Marco y yo siempre terminábamos en su bar. Había algo que no nos decíamos abiertamente, pero los dos sabíamos que íbamos tras él. Yo creo que él sabía que no éramos cualquier pareja y seguro ya le habían llegado rumores de que nos acostábamos con todo el mundo. Yo lo veía muy emocionado. ¿Sabes qué pasa, Sofí? La gente es muy morbosa, todos, ¡eh!, todo el mundo, que no te vengas con cuentos, todo el mundo, incluidas las persignadas o los religiosos. De éstos sí cuídate porque sus perversiones de doble moral son del diablo”.

Se volvió a reír y yo junto con ella. Yo quería que me siguiera contando del francés.

—Cuéntame, ¿cómo se ligaron a Boris?

—Pues una noche lo invitamos a un tablado. En esa época se usaban mucho los tablados por allá en la Zona Rosa. Tú eras una bebé o a lo mejor ni habías nacido, pero se pusieron muy de moda y lo sacamos de su medio de trabajo y nos lo llevamos. Yo me subí al escenario a bailar. Traía un vestido rojo que al dar vueltas se subía y mostraba mi calzón. El vestido además permitía que se transparentaran los pezones y eso a Marco lo volvía loco —hizo una pausa y con los dedos índices los separo como 15 centímetros uno del otro para indicarme. Me quedé mirando a sus manos y dije: “¿Ajá?”

”Sí, o sea, eso a Marco se le hacía muy sexy y pues lo excitaba muchísimo.”

Me reí con la imagen de Nadia separando los dedos índices para indicarme que a Marco se le paraba. También pudo ser el vino que ya me había hecho efecto. Vi el brillo de sus ojos al recordar esos momentos. Continuó con calma:

—Esa noche tuvimos onda los tres y fue lo más pasional. La verdad es que a mí no me gustaba ver lo que se hacían entre ellos, quizá se metían el dedo o se la jalaban el uno al otro. Había mucho intercambio entre los tres, pero la principal y el centro de atención siempre era yo. Uno me penetraba por delante mientras el otro lo hacía por detrás. En ese momento se besaban, pero no importaba. Hay un punto en el éxtasis donde todo es permitido. Era lo más erótico, lo más caliente, lo más fuerte. Esa ocasión se repitió varias veces y decidimos viajar a Acapulco. La verdad es que Boris tenía un plan de fiesta con un nivel que nos rebasaba, su plan sí era medio degenerado. En sus fiestas todos cogían con todos, con el permiso de todos y la alegría de todos. Marco y yo no nos soltábamos y eso me encantaba. Se cogía a todas siempre agarrándome la mano, viéndome a los ojos y para mí eso era mucho más que amor.

—¿Qué te hace compartir en la cama a la persona que amas?

—Sofía, tu estupenda vida equilibrada está muy lejos de mi vida torcida y oscura. Siempre eché de menos una vida llena de amor, de esos amores que hacen que tu imaginación crezca. Siempre pensé que yo estaba libre de culpa y que era momento de tener una vida que no me

traicionara. Pero nunca tuve la suerte para librarme de la oscuridad y mucho menos de la asfixia. Hay dolores que ahogan. Me tiendo de espaldas mirando hacia el techo y no logro conciliar el sueño, me persigue mi pasado, me persigue y no me deja descansar. Todo mundo se aferró a mi libertad sexual buscando una imagen liberadora de sus vidas aburridas y patéticas. ¿Sabes? La gente es sumamente aburrida. Tiene una vida de mierda. No hace nada más que dar círculos sobre su propio eje. Necesita alimentarse de seres humanos que vibran en otra frecuencia y yo pues claramente vibraba en otra frecuencia. Les daba mucho de qué hablar a las infelices frías de mis tías y, me da tristeza decirlo, también a la pobre Lina, tan seca, tan aburrida, que llenaba sus vacíos con el rosario. La gente se inventa dioses para los cuales vivir, no soporta el vacío existencial que la rodea. La angustia le sube desde los tobillos, le toma el sexo y ahí se aterra. Puede lidiar con la asfixia que le provoca colmándose de rezos, pero no puede lidiar con el placer. ¡Todos son unos perfectos perdedores! Yo nunca he necesitado de un dios para magnificarme. He podido conversar conmigo aun en mi oscuridad y no acudo ni a pastillas ni a rezos para soportar mi realidad.

5:00 A.M.

Desperté con sobresalto, con taquicardia, podía sentir los latidos de mi corazón palpar a una velocidad inalcanzable. La rapidez con la que latía mi corazón la provocaba la mamá de Nadia. Soñé con Karima, ya no podía seguir engañándome. Karima me aterra.

Grité: “¡Daniel!”

Me senté de golpe al borde de la cama. Daniel estiró los brazos y me jaló hacia él.

—Sofía, ¿estás bien? ¿Qué soñaste?

—Con Karima, la mamá de Nadia.

Comencé a llorar, me tapé la cara y con lágrimas, llena de coraje, le dije:

—Yo no quiero saber más de ese tema. ¿Por qué la vida me puso algo así enfrente? Te lo juro, Daniel, que yo no quiero, pero es que no puedo, ya no puedo hacerme la tonta.

—¿De qué hablas, mi cielo?

—La mamá de Nadia abusaba de su hija. Tenía orgasmos a través de las experiencias y vivencias de su hija. Le exigía hacer cosas sexuales para que ella pudiera tener placer a través de las historias de su hija.

—No entiendo nada. ¿Eso soñaste?

—No, Daniel, eso es real. La mamá de Nadia abusaba sexualmente de su hija, fue manipuladora, mentirosa, y yo te juro que he hecho todo para evitar entrar a ver algo que no quiero saber, pero ya no puedo ni dormir. Hay algo en mí que me exige ayudarla.

—Entonces no lo hagas.

—No puedo no hacerlo. Nadia es mi amiga y por eso quiso contarme su historia, necesitaba hablar. Nadia como el toro ha sabido usar los cuernos que la naturaleza le ha otorgado. ¿Lo puedes entender? Nadia intuyó que yo iba a llegar hasta ese punto. Fue ella la que me llevó allí, yo ni siquiera hubiera imaginado una vida así. Nadia me embistió.

—Mi cielo, puedes retirarte de ahí, hacer tu novela erótica por otro lado. No sé, puedes ver películas, leer libros sobre sexo, que tus amigas te cuenten sus momentos más sexuales.

Mis lágrimas no dejaban de caer sobre el edredón. No podía dar la media vuelta e irme. Tampoco era importante que me siguiera contando a detalle sus encuentros con Marco, ni con Martín, ni con los dos, ni con los otros. Ya no había libido. Nadia albergaba una profunda tristeza y desencanto. El compromiso me era irrefutable, no podía irme. No era mi paciente, pero sí mi amiga. Le ayudaría a sacar todo aquello de lo que con tanta urgencia quería hablar. Muy a mi pesar escucharía todo aquello que la ahogaba. De cierta forma, de manera inconsciente, me ha elegido a mí para contar su historia. Daniel me abrazó, pero me dejó en claro que él no estaba de acuerdo conmigo en seguir mi relación con Nadia, pero yo no podía abandonarla. Me levanté diciéndole: “Todo el mundo tiene derecho a una madre amorosa”.

Abrí la regadera, me metí a bañar. Ya no había excitación; ya no había deseo. Mis pensamientos sobre Andrés eran estrictamente profesionales. ¿En qué lugar había dejado mi contenido erótico? ¿Dónde estaba el entusiasmo, mi excitación? Me bañé llorando. Odiaba a Karima. Trataba de encontrar un diálogo conmigo para entender qué fue lo que vivió esa mujer

para llevarla ahí.

Karima era la muestra de que la conciencia puede elegir la crueldad, la destrucción.

Llamé a Andrés. Me dio una cita en el Instituto Nacional de Psiquiatría. Justo preparaba una conferencia que se titulaba “Modelos de intervención para la atención de las secuelas de la violencia de figuras paternas”. Curiosamente la violencia era más de género. Se hablaba de los padres abusadores, pero no de madres abusadoras. Se hablaba de las mamás que callan los abusos de los padres, se hablaba de su complicidad silenciosa. Al final de la conferencia le expuse el caso y Andrés se entusiasmó sobremanera cuando conoció la historia. La verdad es que nuestra sociedad no está preparada para lidiar con una madre malvada. Para mí era importante llevar el caso con Andrés para tener un buen acompañamiento y que mis creencias no intervinieran haciendo juicios, debido a que sólo saber que una madre puede tener esos alcances con sus hijos me hace daño, rompe la imagen pura que siempre he guardado de la maternidad. Yo había nacido con una gran estrella, mis figuras paternas siempre fueron amorosas. Me sentía comprometida a devolverle la esperanza robada a esa adolescente de trece años que hoy veía que no dejaba dormir a la Nadia de 75 años. Lo que había pasado entonces en esa biblioteca le quitaba hoy el sueño a Nadia y a mí me despertaba sobresaltada a las cinco de la mañana una imagen de la cual no podía desprender el horror que me provocaba sólo de imaginarla. Karima exigía que mi mirada fuera a horizontes más lejanos.

MIÉRCOLES 9:13 A.M.

Llegué trece minutos tarde a nuestra cita. La verdad es que me considero una de las personas más puntuales. Al parecer aquí, en la Ciudad de México, es justificado llegar de quince a treinta minutos tarde. Mi abuela Ana Sofía insistía en que la gente que llega tarde pierde cualquier tipo de credibilidad frente al otro. Es además un terrible acto de egoísmo. Mi abuela, que nunca hablaba mal de los otros, no podía resistir en las personas la impuntualidad. “El tiempo es oro”, decía, y tenía toda la razón. El tiempo es oro. No podemos malgastarlo. Eso lo he aprendido a lo largo de los años. Hacía mucho énfasis en el valor de la puntualidad. Creo que una de las cosas que más me gustaron de Daniel es que es extremadamente puntual. Se sabe que llegará a tiempo y es un gran placer saber que alguien queda a una hora y llega a esa hora. Ser puntual nos hace merecer la confianza en el otro.

Esta vez mi retraso era un tanto provocado por mi inconsciente. La verdad es que no quería llegar a ver a Nadia, me resistía después de mi noche interrumpida, después de lo que sabía que vendría. La pregunta era si Nadia ya estaba preparada para entrar en el laberinto confuso de su pasado o esperaba ansiosa ese momento. No creía en su inocencia. Ella me llevó a este punto. No sé qué tanto me estaba poniendo a prueba. La realidad es que todo era una simple suposición mía; quizá ella sí iba con la intención de contarme sus aventuras eróticas.

La vi sorprendida por mi impuntualidad. Me hubiera gustado ver su expresión al llegar a la cafetería y no encontrarme. La saludé de prisa y llamé a Laura, la mesera. Nos trajo lo mismo de siempre. Estoy segura de que Nadia estaba esperando a que me disculpara, pero no lo hice. No lo hice a propósito, necesitaba trabajar con su molestia y desde ese lugar la quería observar. Lo que venía no era dócil y la necesitaba fuerte.

—¿Todo bien? —me preguntó como con sorpresa.

—No, la verdad no dormí bien, ha sido una semana pesada. Regina se enfermó y no hay cosa que me choque más en el mundo que ver enfermas a mis hijas.

Le dio un sorbo a su café, sumergida en sus pensamientos. No me comentó nada sobre lo que acababa de mencionar sobre Regina. Creo que su pregunta estaba enfocada a mi impuntualidad. No la vi concentrada, de hecho, no dejaba de mirarme. La noté inquieta. Pensó que íbamos hablar de otra aventura con Marco, pero me precipité antes de que hablara.

—Tu papá ¿estaba presente o se la pasaba trabajando?

—Sofía, ¿estás segura de que quieres hablar de mi papá? Hablar de él nos va a llevar horas.

—Sí, quiero saber de tu vida con él.

—Te puedo decir varias cosas y hacer un resumen. Ahora que lo dices, la palabra “papá” me causó un poco de melancolía, porque a pesar de que siempre vivió en casa nunca estuvo presente como me hubiera gustado. Mamá lo aniquilaba por completo. La verdad es que siempre le faltó carácter. Qué terribles son los hombres sin carácter, ¿verdad?

Nadia tomó aire y lo soltó en un suspiro, resignada a aceptar lo que pudo ser y no fue.

—¿Le faltaba carácter?

—Pues digamos que siempre fue el títere, el trapo de Mamá. Nunca le puso un alto, nunca la

cuestionó, ni la pudo guiar. En buena medida creo que le hubiera hecho bien si mi papá hubiera tenido huevos. Se escucha mal, Sofía, pero es verdad porque siempre se necesitan huevos para hacer las cosas, y si mi papá los hubiera tenido, todo, absolutamente todo, hubiera sido diferente. Ella lo tomaba a la ligera, no era alguien que le requiriera mucho tiempo. Era simple, cuadrado, reaccionaba como perrito faldero ante las peticiones de Mamá. Me causaba un profundo desagrado que no le pusiera límites. Nunca abogó por sí mismo, le resultó más cómoda la posición de víctima. Que no levantara la voz por él mataba toda esperanza de que levantara la voz por sus hijos.

”Siempre estuvo detrás de una gran falda. A Lina y a mí, Mamá nos decía cosas como: ‘El iluso de su papá creyó que yo era virgen’. Lo denigraba constantemente ante nosotras, haciéndolo pequeño, indefenso. Yo pensaba que quizá a mi papá le gustaba sufrir. La verdad es que nunca se sabe. Hay hombres que viven dominados por el maltrato. A pesar de ser un hombre tan guapo, inteligente y con mucho dinero, parecía que tener una mujer que llevara las riendas de su vida hacía sentir cómodo, seguro a mi papá. No entiendo y nunca lo entendí. Tú que eres psicóloga, ¿habrá un estudio que hable sobre los hombres que les gusta ser dominados por sus esposas?”

No contesté la pregunta. Era una pregunta que no buscaba respuesta. No la quise interrumpir para que no perdiera el hilo. Había mencionado muy poco su figura paterna. Ahora entendía por qué. Una vez en casa, comencé hacer mis anotaciones en un cuaderno que Daniel me había regalado.

Anoté lo siguiente: “Anwar papá de Nadia: la razón por la cual creo que algunos hombres eligen a mujeres dominantes es porque han tenido ausencia de una figura materna. De alguna manera buscan sentir ese vínculo perdido. Contrario de lo que se cree, se podría pensar en repetir el patrón de una madre dominante, pero no. En este caso Anwar había tenido una madre muy débil, sufrida, víctima y de alguna manera Anwar vivía con Karima esa presencia materna. Más allá de ser esposo, Anwar era hijo, claro que desde lo más inconsciente del ser. De alguna manera perpetúan el vínculo que han establecido con sus carencias de la infancia. Por otro lado, puede ser que desean y requieren de alguien que les organice la vida, sus agendas, su tiempo, les indique por dónde moverse, y se doblegan desde el inconsciente a esta ganancia de no tener que tomar decisiones ya que son otros quienes las toman por ellos y así ellos se escudan para no comprometerse y no asumir consecuencias. Perpetúan ese vínculo porque les da seguridad, piso y tranquilidad. La necesidad interior es la seguridad, la base segura, y ésta es su forma de sentirse importantes para alguien. Ese tipo de relaciones no se establecen por amor, sino por simple necesidad. Este esquema funciona muy bien en el matrimonio y ellos aceptan incluso que sea la pareja quien le administre el dinero, y le dé su mesada. Les falta autodomínio”.

—Nadia, con mucha sinceridad dime: ¿crees que a tu papá le faltaba autodomínio?

—Creo que le faltó todo. Sin duda. ¿Sabes qué es lo peor, Sofía? Todos girábamos a las órdenes de Mamá. Cuán carentes de suelo somos los humanos, ella nos daba órdenes y no las cuestionábamos. Ella mantenía el orden de la casa, daba la impresión de que sin ella todos nos derrumbaríamos. Nadie quería tomar la libertad de quitarla de su vida. Sin duda esa libertad nos prometía un riesgo a fracasar. Le teníamos una obediencia incuestionable.

”Tenía un poder autónomo, era tan bella que ante los ojos de quien la mirara se mostraba como una figura divina. Nuestros destinos fueron una simple consecuencia de sus actos. Ella

llevaba la batuta de la vida de todos, y sí culpo a mi papá porque le faltó carácter. Fue muy poco hombre, se quedó inmóvil ante las decisiones de ella. Le tenía un agradecimiento infinito al darle hijos sanos y exitosos. El mérito de la familia se lo daba a ella. Su belleza lo dejaba perplejo. Ella le hizo pensar que, sin su familia, él no podría regirse a sí mismo. El temor a perder su amor lo hizo víctima. Muchas veces da más coraje la víctima que el victimario. Por eso Marco era lo opuesto a mi papá, era un hombre con decisión, con carácter, sin ser dominado por ninguna culpa, era libre, era hombre.”

Karima tenía una necesidad obsesiva por controlar la conducta de los demás. Su marido tenía una gran incapacidad para poner límites. Esto hace que los niños crezcan en un ambiente de tensión y alerta. Así había crecido Nadia, en un constante estado de alerta. Marco la llevaba a un estado de relajación. En un estado de vulnerabilidad se conectaba con él y la hacía sentir amada y deseada.

DAME TUS OJOS

El amor, decía Aristóteles, es el sentimiento más grande del mundo y nada se puede comparar con él. Marco era el salvador de Nadia, gracias a él, ella podía perder los momentos de tensión que vivía en casa. Marco le ofrecía una válvula de escape hacia los brazos del placer siempre junto a él, tomándola de la mano, siempre bajo su mirada. Marco le pedía constantemente que no dejaran de mirarse, era su petición con cada nuevo amante, con cada carne nueva, le pedía sus ojos.

Le repetía, le imploraba: “Nadia, dame tus ojos”.

Él sabía que encontramos nuestros pedazos en medio de la vulnerabilidad, que ahí demostramos de qué estamos hechos. Y Marco sabía llevar a Nadia a esos límites y desparramar todos esos líquidos que nos atan a convencionalismos estructurados que al no ser desbordados hacen que exista una rigidez absoluta.

¿Qué fue lo que salvó a Nadia de no volverse loca? Estoy segura de que fue que siempre se sintió amada y deseada por Marco. Encontró un amor que la abrazaba sin conflicto, un amor de mutuo acuerdo, de nuevas aventuras, un amor sin juzgarse. Nadia dejaba sus sentimientos en la piel de Marco y eso hacía que pudiera liberarse por momentos de todas esas cadenas que la ataban. Marco era para Nadia como aquellos que extirpan la parte muerta de nuestra alma y dejan sus sufrimientos en los otros. Es un juego de suerte, ya que ¿quién nos asegura que la pareja que elegimos no nos va a ahogar o nos hará un exorcismo de nuestros demonios? La pareja nos hace descubrir nuestra verdadera naturaleza. Con Daniel, aún después de tantos años, puedo sentir que cuando me toma en sus brazos mi cuerpo se desvanece, me gusta que me bese el cuello y me respire en el oído. Me gusta esconderme en el vello de su pecho y fantasear por un rato que estoy en un bosque seguro y que nada me puede suceder, que en sus brazos, en su pecho, estoy a salvo. A veces me recargo y siento que es mi lugar, otras siento que no me acomodo, que no pertenezco, que lo incomodo. Lo cotidiano contamina, pero también da pertenencia y a mí me gusta sentir que pertenezco a mi marido. Me gusta verlo dormir y escucharlo roncar. Me preguntó si ese cansancio que deja en la cama al quedar tendido en mis brazos lo hará amarme más. Él sabe que una parte de mí lo observa, lo cuida, lo ama. Daniel me hace sentir que ama mi cuerpo, me lo hace sentir en cada suave penetración. Me hace preservar cada deseo, hace que me sienta dueña de mí. Vivimos a través de lo cotidiano, pero sin duda el cambio a la gran ciudad ha modificado y le ha dado un aire más fresco a nuestro matrimonio.

Nadia, sin embargo, ha destruido el camino que llevaba a mi pasado, lo ha confundido y su infancia ha mezclado mis deseos de hacer una novela o atender mi deber ser. Mis sueños se han confundido un poco con mis realidades, se han enterrado profundo, pero la libertad que le enseñó Marco a Nadia hace eco en mi vida y mis sueños salen a la superficie y han podido permanecer a flote. Tomé mi diario y escribí sobre eso. Escribí aquel momento que me atreví a fantasear en la regadera pensando en Andrés. Descubrí que tenemos la vida que llevamos y la vida del escritor, y somos dos vidas en una. Llené mi diario de fantasías y escribí sobre mis sueños. También con lujo de detalle escribí mi sueño erótico que ahora que lo pienso podría ser uno de los capítulos de

mi novela erótica, pero antes de escribir sobre esa novela tengo la necesidad de dar un buen cierre para mi querida Nadia.

Hace mucho tiempo que no escribía mis sueños. La rutina de esta ciudad no deja tiempo para nada. Me está consumiendo. A veces tengo la sensación de salir corriendo, regresar a Puebla y volver a la calma de provincia. A esa vida donde todo transcurre de una manera sencilla. Aquí la vida pasa con mucha prisa, con ansiedad, con angustia. Estar lejos de casa hace que uno valore todo aquello que se daba por hecho. No cabe duda de que mi cambio aquí ha sido exponencial. Todos mis caminos han quedado quebrados, no puedo volver atrás, no dejé puente alguno, y siento que no tengo forma de regresar a ese pasado, a sentirme arropada y protegida de todo mal. Extraño sobremanera la calma de un mundo color de rosa.

Diario: Sueño # 12

Nadia estaba sentada en un sillón blanco. Tras el ventanal detrás de ella se escuchaban las olas romper. Yo quería asomarme a ver el mar, pero las palabras de Nadia no me dejaban levantarme y me decía en voz baja: “Nunca le reveles tus secretos a otra mujer. Los secretos sólo son revelados de generación en generación”.

Desperté con ansiedad y pensé que mi mamá nunca me ha revelado ningún secreto y mi abuela fue tratada con tanta ternura, como si la ternura las excluyera de una vida de libertad o de pecado. Hay una tristeza que alberga en mi alma. Me encantaría el día de mañana poder ser la confidente de Daniela y Regina. Pienso en eso y la imagen terrorífica de la mamá de Nadia se manifiesta y me provoca horror. Lo que no puedo hacer es confundir esa línea delgada de ser confidente con ser mamá.

Diario: Sueño # 13

Me soñé acostada en una mesa de madera. Me rodeaba un jardín y de alguna parte llegaba la brisa. Daniel trabajaba en su computadora. Yo le gritaba que viniera a ver la forma de las nubes. Apenas me veía de reojo y no se tomaba el tiempo ni para decirme “no”. A mi lado derecho caminaba Andrés. Llegó al borde de la mesa de madera. El aire le movía el pelo. Yo me iba a sentar para recibirlo. Miré a Daniel para llamarle, pero Andrés me tomó de los hombros y me volvió a poner sobre mi espalda. Con la mano izquierda subió mi falda blanca y bajó mi calzón al tiempo que, con la otra mano, con el índice y el pulgar, abría suavemente mis labios y miraba allí. El sol no me permitió ver su expresión, pero una nube se movió y mientras que él me miraba, Daniel estaba parado detrás de él observando todo.

Me desperté sobresaltada, con la respiración entrecortada, sudando.

PUEBLA

Decidí tomar dos días para ir a casa. Necesitaba respirar el aire de Puebla, comer y caminar en mi ciudad. Me llevé a las niñas para que estuvieran con sus abuelos y fue reconfortante para el espíritu estar de nuevo en casa. No sabía de qué forma abordar el tema con mis papás sobre mi “tiempo libre”. Era inimaginable decirles que estaba tratando de escribir una novela erótica.

—Sofía, deberías de escribir otro libro. *El último dibujo de mi elefante azul* se sigue comentando por todos lados. Es más, ya te tengo un tema, si es que no quieres escribir para pequeños.

—Sí, mamá, ¿qué me sugieres?

—Podrías escribir sobre todas las artes populares que tiene Puebla.

Se me fueron las cejas hacia el cielo.

—¿Sobre qué quieres que escriba?

—El estado de Puebla es conocido por su cultura y su arquitectura y su comida, desde la catedral de Puebla al templo de Sebastián de Aparicio, la cocina del convento de Santa Rosa o La casa de los muñecos. Ay, no sé, pero, mi vida, tú eres la psicóloga, tú debes saber manejar todos los temas.

—¡Mamá, exacto! Soy psicóloga, no guía de turistas.

—Ay, Sofía, no se te ha quitado lo contestona, no te da pena contestarme así enfrente de mis nietas.

Le ofrecí una disculpa y justo en ese momento me di cuenta de que mi vida había sido un camino sobre una alfombra de jacarandas gracias a que ella siempre había estado presente en mi vida de una forma amorosa. La amé más que nunca, aunque ella pensara que por ser psicóloga tenía licencia para poder escribir sobre cualquier tema.

Nadia me llamó para pedirme que nos viéramos el lunes siguiente, que había tenido muchos recuerdos que le llegaron de la nada, que no sabía por qué hasta ahora el pasado la estaba atropellando. Me quería platicar de un secuestro. Me inquietaba que estuviera teniendo recuerdos recurrentes sin entender el porqué. Sin duda ese crédito me lo voy a dar si es que creo que en su inocencia ella no tenía nada de esto planeado. Modifiqué mi agenda para poder encontrarme con Nadia el lunes en la Ciudad de México. Mi papá nos regresó a la ciudad. ¡Qué hermoso fue poder cantar en la carretera con él! Mis hijas siempre sabrán que, gracias a él, la trova es poesía con música y sin duda la voz de Facundo Cabral llevará la sonrisa del abuelo.

DANIEL Y SUS CELOS

Anoche que llegamos sentí molesto a Daniel. Supuse que no le gustaba quedarse solo. Ya estaba cansado de viajar tanto a Nueva York. Sinceramente venía agotada de la carretera. Me dediqué a acostar a las niñas y a preparar las loncheras y me dormí de inmediato.

A la mañana regresé de dejar a las niñas del colegio; esta vez Daniel no me acompañó. Era una rutina que teníamos en Puebla, difícilmente la podíamos continuar en la Ciudad de México. Con prisa regresé a casa para arreglarme y llegar a mi cita con Nadia. Daniel entró a la recámara gritando:

—No tienes idea del daño que me hiciste al escribir eso, ¿por qué, Sofía?

—¿De qué hablas, mi amor?

—Leí tu diario por accidente.

—¿Por accidente? ¿Por accidente, Daniel? ¡Por accidente se te rompe un pie, pero no lees un diario por accidente!

—Pues sí, aunque no me creas, fue un accidente. Entré al estudio y necesitaba apuntar un teléfono, abrí el cajón, me di cuenta de que no tenía llave y tomé el diario para anotar. En fin, es absurdo. Leí tu diario. Ésa es la única conclusión importante.

—No, Daniel, no es la única conclusión importante. ¿Dónde queda el respeto, la confianza al otro?

—Mira, Sofía, si yo fuera tú no hablaría de confianza. No hables de respeto. ¡Sofía! No te atrevas hablar de respeto y mucho menos de ética.

—¿Te volviste loco?

—Por tu culpa.

—Daniel, llevamos todo un fin de semana sin vernos y lo primero que me dices es que te hice daño. ¿De qué hablas?

—De lo que escribes, de tus descaros, de tus masturbaciones, de tus sueños, de tu amiga Nadia. La admiras mucho, ¿eh? ¿Acaso quieres ser como ella? ¿Quieres ser penetrada por muchos hombres? ¿Quieres tener varios amantes? ¿Los quieres a todos al mismo tiempo como ella o en diferentes momentos?

Con desesperación y en tono frenético de ondas cortas y largas, Daniel estaba completamente fuera de sí. Yo sentía que reventaba en angustia. Me daba cuenta de que en los celos no existe la lógica. Su mirada, sus palabras apuntaban como una flecha a la médula de mi alma. Daniel me quería hacer daño con sus preguntas. Yo ya no podía mirar sus ojos llenos de agua y de furia. Estaba dividida en mi deber de esposa, de amiga y de psicóloga. Nadia me estaba esperando y Daniel me necesitaba, y no se detenía:

—Mira que los sueños son inevitables y además estuve leyendo a tu Freud...

Me dio risa y hasta un poco de ternura. Que Daniel leyera mi diario me enfureció, pero que leyera a Freud me hacía amarlo más, era una forma de querer leerme desde otro lado, desde otra perspectiva, era querer acercarse. Siguió sin detenerse, en tono despectivo:

—Estás muy enferma, Sofía. No cabe duda de que todas las psicólogas están dañadas. ¿Te

quieres coger a tu psiquiatra?

—Andrés no es mi psiquiatra, es mi colega...

Pero entonces me interrumpió con fuerza y gritó:

—¡Ah, entonces sí te lo quieres coger!

Daniel estaba siendo completamente presa de sus emociones, se puso tenso como un palo y me miraba con cara como de monstruo, usaba los ojos como balas. Yo veía en su boca y en su piel una enorme violencia. No sé por qué había de parecerme tan ridículo, pero todo aquello me pareció de una estupidez espantosa. Yo sólo quería meterme a bañar, pero Daniel siguió con rabia:

—Tu Freud habla de los sueños, y como bien sabes, dice que sirven para comunicar todo aquello que la mente consciente no puede aceptar. (Hizo un gran énfasis en el “no”.) Tienes deseos inconscientes, Sofía, que no quieres reconocer y que por ese motivo aparecen en tus sueños representados de forma simbólica.

En tono despectivo dijo:

—Psicóloga, la conclusión es que te quieres coger a tu psiquiatra.

No supe qué decirle. En parte Daniel decía lo correcto: los sueños son la vía de expresión de los deseos reprimidos que tienen todas las personas. Mi marido hablaba de los impulsos reprimidos y me hacía muy feliz escucharlo. Había un hechizo de tantos años en su enojo, un lenguaje que no le pertenecía y que era su arma más poderosa. Una teoría que siempre refutó diciendo que el psicoanálisis tiene un montón de afirmaciones básicas refutadas, carentes de contrastación o dignas de libros de ciencia ficción. Me dijo mil veces que el psicoanálisis es simple y sumamente intolerable desde un punto de vista científico, que lleva más de 121 años pretendiendo ser una ciencia pero que es un modelo que se sostiene de forma puramente dogmática en la que creen sus adeptos. Ahora Daniel me juzgaba y sacaba sus conclusiones a través de esta teoría falsa que carece de método científico. Lo que sí era cierto es que Daniel tenía nuevos tormentos, nuevos miedos. Me lastimó verlo sufrir así, pero lo único que había eran sus llamas imaginarias llenas de celos. Me quedé fría, sin palabras. Sus celos estaban fuera de toda proporción. Después de estar en Puebla lo que más quería para él, para nosotros, era poder transmitirle que él es mi todo, mi lugar, mi hogar, mi familia, que estaba en el lugar donde él se encontraba, que él era mi refugio. Daniel lo único que vio es que yo de pronto podía desear a otro hombre aun amándolo y deseándolo, y no pudo soportar esa idea.

—Carajo, dime algo, Sofía, no te quedes callada, no te quedes muda.

—Daniel, ¿mientras has estado conmigo nunca has fantaseado con alguien más? ¿Nunca te has masturbado pensando en otra mujer? Por favor, Daniel...

—No, Sofía, nunca. No cabe duda que enloqueciste, queriéndote hacer la psicóloga *cool*, queriendo hacer una novela sexual. Esa señora, la tal Nadia, te llenó la cabeza de ideas raras. Te contaminó de una moral relajada, asquerosa. Ahora ya ves normal desear a otra persona. Te advierto algo, Sofía, primero muerto antes que compartirte con otro hombre.

—Fíjate que ahora que lo mencionas, quizá el psicoanálisis tiene razón.

Me di la media vuelta y me metí a la regadera. No podía creer la discusión que acabábamos de tener. Mi marido pensaba que por culpa de Nadia yo ya no tenía sentido moral ni escrúpulos ni vergüenza. Al principio pensé que podía hacer algo por él, pero no tenía tiempo. Daniel sabía que yo era capaz de hacer cualquier cosa por él.

Era asombroso lo que yo lo amaba, pensaba en sus ojos grandes y claros que en ese enojo se veían tan frescos y sinceros. Tan dispuesto a ser leal a sus convicciones, era bastante astuto para hacerme complacerlo. Abrió la puerta como si quisiera sorprenderme masturbándome. Grité del susto, me miró de pies a cabeza, me reconoció como suya, se metió a la regadera con ropa, me acarició con las manos incendiadas como aquel ciego que va descubriendo cada parte del cuerpo sin dejar ni un centímetro de piel sin explorar. Sus ojos, sus manos, sus expresiones eran completamente diferentes. Mi diario lo había paralizado y a la vez le había dado nueva vida a nuestro amor, a nuestros encuentros, a nuestra cama, a nuestros fantasmas. Se quitó con prisa y dificultad el pantalón empapado, sin dejar de tocarme, de besarme y de repetir una y otra vez: “Sofía, Sofía, eres mía, eres mía”. Me penetró como nunca antes lo había hecho. Me hizo el amor salvajemente al tiempo que me decía que no podía desear a nadie más. Me mordía y repetía: “Eres mía, eres mía, te amo, me tienes”. Al tiempo que me llenaba y me poseía con delirio, me llenaba de él, de letras, de capítulos.

LA PSICÓLOGA

¿Cómo fue posible que Daniel llegara a deleitarse de esa forma? ¿Será que en el fondo imaginarme en brazos de otro lo excitaba, le daba placer? Quizá esa monstruosa locura en el inconsciente de nuestros laberintos oscuros alberga un dragón que enciende el fuego que no sabemos cómo apagar. No lo sé. Sé que mi diario le mostró la imagen del horror; su esposa deseando a otro. No podía sumergirme en aquellos celos que lo llevaban a poseerme como un amante hambriento. Lo que Daniel no entendía y no veía por sus celos, es que yo tenía la sombra de una mujer muerta que se paraba en mis sueños, a los pies de mi cama, la veía salir de la puerta del estudio hasta llegar a mi habitación. “Escribe sobre mí, Sofía; ayúdame, Sofía; rescátame, Sofía; habla de mí, Sofía; libérame.” Despertaba con el corazón temblando. Me horrorizaba la idea de soñarla. Era tan real, estaba tan viva y me amenazaba al cerrar los ojos, sentía que de alguna manera quería que yo le hiciera entender a su hija por qué hizo lo que hizo, el porqué de sus asquerosos actos. Mil veces hubiera preferido entrar en el terreno de los celos de mi marido a ser la psicóloga de una muerta. Necesitaba conocer más de Karima, sus secretos, sus deseos oscuros. Mis pupilas crecían al sentir que mi interés por diagnosticarla aumentaba. Pensaba que de esa manera podría salvar a la Nadia de trece años. Les daría palabras a todos estos años de silencio. Había tomado la decisión de comprometerme con Nadia sin decirle nada.

Nadia estaba furiosa conmigo. Había recordado algo importante, había mencionado un secuestro y yo no logré llegar a tiempo ni avisarle que llegaría tarde. Nunca había dejado plantado a nadie. Moría de pena. Se me había escapado todo de las manos. El placer o los celos de Daniel me tenían confundida. Que Daniel me lea me ha liberado, me ha liberado de su mirada inquisitiva, me ha hecho más libre y me ha hecho sentirlo más y más cerca de mí. Quería escuchar lo del secuestro, algo paralelo saldría y ella quedaría libre sacando todo aquello que la ha asfixiado día a día durante tantos años. Me preguntaba si Nadia entendía que yo tenía una vida más allá de su pasado. Juntas viajamos a ese pasado y nos instalamos en ese tiempo, en esa época, pero veo poco interés de Nadia en regresar a esta vida.

Nuevamente me tomó de la mano con tal fuerza que me indicaba que estábamos conectadas. Suspiró. Con la otra mano se acomodó la pashmina. Con mirada fija a los ojos me dijo con voz dulce:

—A nadie se lo he querido contar por voluntad propia. Te pido que nunca desconfíes de mí, Sofía.

—Nadia, puedes estar tranquila, nunca he desconfiado de ti y jamás lo haría.

—Todo esto es muy serio, Sofía, ¿comprendes?

Adopté un tono de seguridad y confianza:

—Claro, Nadia, puedes estar segura de que todos tus secretos están a salvo conmigo.

Me recliné en el respaldo de la silla y me puse cómoda, como cuando vas a volar y quieres estar bien sujeto. Alcé la mirada y le sonreí como de costumbre:

—Si quieres hacer algo importante por mí, Sofía, nunca dudes de mí.

EL NIÑO AZUL

—¿Sabes, Sofía, que al primogénito se le consideraba el hijo que le pertenecía a Dios? Sólo el hijo mayor recibía una porción doble de las posesiones de su padre. Cuando el padre moría, el hijo mayor se hacía responsable del cuidado de la madre y de las hermanas. Imagínate que el macho primogénito de los animales también pertenecía a Dios. Para los sacrificios se usaban los primogénitos. Para mi abuelo Omar, al parecer, Amir no sólo era el primero, sino también el único hijo, sin importar el resto de hijas que seguían. La abuela Farah contaba que el día que Amir nació, mi abuelo, orgulloso, se le quedó mirando y lo primero que le dijo fue: “Los hombres hacemos hombres”. La pobre de mi abuela, que lo había parido con más de diecisiete horas de trabajo de parto, lo miró incrédula y le ofreció una sonrisa forzada. El crédito de todo se lo llevaba mi abuelo. Ella nada más lo había tenido nueve meses en su vientre, había engordado más de quince kilos, había tenido trabajo de parto por más de diecisiete horas, pero él era quien se llevaba los aplausos, las felicitaciones y el orgullo de demostrar que los hombres hacen hombres.

”Mamá sabía que Amir era el sol de la casa, era el hijo consentido, el talentoso, el amado. Era su todo, mientras que ella había llegado a este mundo sin aviso, y tú como psicóloga debes de saber que a los hijos sorpresa no se les recibe de la misma manera que a los hijos buscados. Todo el mundo se refirió a Amir como ‘el niño azul’ porque nació con una enfermedad del corazón y por momentos cuando hacía esfuerzos su piel se tornaba de color azul.”

—Sí, sé perfecto de qué me hablas, es una cardiopatía congénita. Les dicen así porque la principal manifestación clínica es una coloración azulada o morada de la piel, los labios y las mucosas. Según recuerdo la sangre encuentra bruscamente mayor resistencia para llegar a los pulmones, por lo que la oxigenación disminuye y padecen de mucha ansiedad por la falta de oxígeno, sienten que se ahogan.

—Sí, Sofía. ¿Sabes? Amir no sólo se ponía ansioso, al parecer la falta de oxígeno lo hacía adoptar posiciones súper extrañas, posturas imposibles, y poner los ojos en blanco. Amir se convulsionaba, se arrancaba la pijama y su piel se ponía de un tono irreconocible. Se convertía en algo aterrador. Mamá escribía en su diario que yo leía a escondidas porque sabía dónde los guardaba en la biblioteca. Los mandaba a encuadernar como si fueran libros y al final los firmaba con la letra K y un punto.

—¿Alguien más leyó sus diarios?

—No que yo sepa, yo era la única que sabía que existían. Los comenzó a escribir desde los diez años. Comenzaron como un diálogo con Dios y terminaron siendo del diablo. Eran escritos de terror, Sofía, te lo juro, no te estoy mintiendo. No sé por qué acudía a ellos como droga, los leía una y otra vez, era como si de alguna manera me abrieran la puerta a su mundo enfermizo. Yo estaba obsesionada con sus diarios. Leerlos, leerla, me hacía experimentar un estado de relajación mucho más poderoso que el placer que me daba el sexo. En sus diarios leí que Mamá compartía la recámara con su hermano cuando eran pequeños. Se quejaba mucho de la falta de sueño. Escribía que a su príncipe azul se le había vuelto a meter el diablo. Supongo que a los

diez años es difícil entender que tu hermano tiene convulsiones. Ella pensaba que rezando y pidiéndole mucho a Dios por él se le quitarían. Pero parecía que Dios no la escuchaba. En uno de sus diarios escribió: “Diosito, todas las noches te llamo y tú no me escuchas. Todas las noches te pido algo y no me haces caso. Diosito, por favor cura a mi hermanito. Diosito, por favor que mi hermanito pueda dormir bien”. Pocas veces la dejaba dormir porque el niño azul se agitaba terriblemente por la sensación de falta de aire y la ansiedad. Había gritos por toda la casa, prendían las luces, abrían las ventanas. Lo cargaban y se lo llevaban a otra recámara, dejándola a ella sola. Mamá tenía entonces que encargarse de levantar las cobijas y las sábanas del suelo, cerrar las ventanas, encontrar consuelo abrazando a solas su almohada o rezando el Padre Nuestro.

”Así eran sus noches: prender la luz a las tres de la mañana y ser parte de la terrible tragedia, ver a su hermano que parecía que se ahogaba. Mi abuelo, cuando supo que Mamá nació niña, dijo: ‘Qué bueno que nació mujer para que se dedique a cuidar a su hermano toda la vida’.

”Amir ya tenía entonces a alguien once meses menor que él para que le ayudara de por vida a sus cuidados especiales. Hoy sabemos cosas que en ese entonces nadie entendió. Al parecer había una malformación en el niño azul provocada porque mi abuela Farah tuvo rubéola mientras estaba embarazada. La causa a ciencia cierta se desconoce, pero lo que sí te puedo decir, Sofía, es que mi abuelo lo amaba tanto que decía que era su príncipe azul, que era del color de su sangre azul que se asomaba y le pintaba la piel, que era un niño especial destinado a cambiar el rumbo de todos en esa casa. Y tuvo razón, el niño azul cambió el destino del corazón de todos.”

EL CHOCOLATE

—Mamá rezaba, era buena y era bellísima. Finalmente dedicó su vida entera a la búsqueda de su propia identidad, tratando de encontrar nuevamente la risa y los juegos que una mañana de mayo su hermano le arrebató. Amir y Mamá se acompañaron durante casi once años. Dos días antes del cumpleaños de Mamá decidió ponerse por segunda ocasión un vestido que le habían regalado, de color marfil, que hacía que su piel brillara más y tuviera chapeadas las mejillas. A mi abuelo le encantaba vestir de marinero a Amir. Todo comenzó cuando la emperatriz de la India decidió sorprender al príncipe Alberto de Sajonia presentándole a su hijo primogénito, el príncipe Alberto Eduardo, príncipe de Gales, vestido de marinerito con el uniforme de la Royal Navy de aquella época. Era evidente que mi abuelo la iba a imitar y le daría lo mejor de su época al niño azul. Karima podía ponerse los trajes de marinero de Amir siempre y cuando a él ya no le quedaran. El tema de la ropa era un caso porque ella moría por tener vestidos, pero ni su papá ni su mamá le daban mucha importancia a lo que ella quisiera.

”No sé si el vestido color marfil había llegado del Líbano, de España o de París, pero ella se sentía soñada con él. Lo estrenaría para la fiesta de cumpleaños que le habían organizado una semana antes, pero dos días antes de su verdadero cumpleaños no aguantó más las ganas y se metió en el vestido, a escondidas, sabiendo que su mamá la mataría si veía que lo usaba antes. Pero a Karima no le importó. Amir la buscó por toda la casa, angustiado subía y bajaba las escaleras y gritaba por los pasillos, abría y cerraba puertas buscándola, cada vez con más angustia y desesperación. Pronto comenzó a faltarle el aire. Karima se escondía en el vestidor y se miraba al espejo encantada de usar su vestido nuevo. Amir, al no encontrarla, se detuvo a la mitad del pasillo de las recámaras y gritó a todo pulmón que si Karima no salía él se comería el chocolate que era uno de sus regalos de cumpleaños. Mamá lo escuchó y salió corriendo tras él y lo persiguió por el pasillo para quitarle el chocolate, bajaron corriendo las escaleras, cruzaron puertas y las azotaron para cerrarlas, salieron al patio trasero para volver a entrar a la casa por otra puerta lateral y subieron de nuevo las escaleras, gritando, y llegaron al pasillo corriendo, riendo, y Amir fue directo a su recámara con la mano en alto y el chocolate hecho pedazos, gritaba y reía y ella gritaba más fuerte y le decía: ‘Dámelo, es mío. ¡Dámelo!’

”Karima logró ponerse bajo el marco de la puerta y con autoridad y enfado en la voz gritó: ‘De aquí sólo sales muerto si no me das mi chocolate’. Al instante Amir bajó la mano, tiró el chocolate al piso y se puso morado en segundos, miró a Karima, estiró la mano izquierda hacia ella como si la quisiera alcanzar y se llevó la mano derecha al corazón. Cayó de rodillas frente a ella y murió pidiéndole ayuda.

”La servidumbre escuchó la amenaza de Karima y acto seguido vino un grito de terror: ‘¡Amir! ¡Amiiiiir! ¡Amiiiiiiir!’ Karima se agachó para rápidamente tomar el chocolate y esconder la causa de la tragedia. Tropezando con su propia angustia salió rápidamente de la habitación, bajó corriendo las escaleras de madera tomada del barandal con la mano derecha, corrió hacia el jardín más lejano y lanzó por encima de la barda del vecino el chocolate, pero el intento fracasó, su brazo temblaba sin fuerza al igual que toda ella. Mi abuela entró por el patio

trasero y le gritó: ‘Karima, ¿cómo es posible que estés ensuciando el vestido de tu cumpleaños? ¿Estás loca?’ Se acercó para agarrarla del brazo y llevarla a la casa cuando escuchó en el piso de arriba los gritos de la sirvienta que enérgicamente gritaba que llamaran a un doctor. Mi abuela supo en ese instante que algo le había pasado a Amir. Soltó a Karima y entró a la casa corriendo. Subió las escaleras, entró a la habitación del niño azul y vio a su hijo tirado en el piso, boca abajo, junto a la cama, muerto. Se arrodilló junto a él, levantó su cabeza, la puso en su regazo y con terror gritó: ‘¡No! ¡No! ¡Nooooo!’ Karima, aterrada, subió las escaleras, se acercó a la habitación de Amir para ver qué pasaba y vio a su hermano muerto en brazos de su mamá que gritaba fuera de sí y ordenaba a gritos que respirara. La sirvienta que había oído la amenaza se acercó a Karima, pero cuando ésta iba a abrazarla aterrada le dijo susurrándole al oído: ‘Por tu culpa murió, niña asesina, tú lo mataste’.

”Karima se fue corriendo de allí y se escondió en el clóset de blancos. Se quedó a oscuras y por trece horas nadie notó su ausencia. Ella no se movió. Se tapó la boca con las manos para que no escucharan su llanto y sus lamentos: ‘Hermanito, hermanito, perdóname, era mentira, te regalo mi chocolate. No te vayas, no me dejes, llévame contigo, aquí solamente te quieren a ti, llévame contigo, perdóname, por favor, no te mueras, hermanito. ¿A quién voy a cuidar para que no se ahogue, a quién voy cuidar de noche? Amir, quédate, no te vayas, te prometo nunca más pecar, nunca más esconderme, nunca más hacerme la dormida, te prometo regalarte mis canicas y mis chocolates. Prometo abrazarte en las noches para que no tengas miedo y prometo ya no cerrar la ventana cuando tenga frío. Hermanito, hermanito, llévame contigo.’ Se hizo pipí de pie en el clóset de blancos y escuchó cómo entraban y salían. Llegaron doctores, llegó mucha gente, pero nadie se dio cuenta de que ella no estaba.”

¿A QUÉ HUELE LA MUERTE?

—Mi abuelo tardó en llegar. Dicen que estaba en la fábrica de telas teniendo una negociación muy importante con unos turcos cuando la asistente trató de interrumpirlo, pero él no quiso escucharla. Fue como si mi abuelo supiera inmediatamente que se trataba de su hijo. Salió sin decir palabra, dejando a los turcos en plena conversación, y caminó, caminó por horas hasta que llegó a su casa. No saludó a nadie. Entró directo a la cocina y tomó una jarra de agua y un vaso. Se lo entregó a la sirvienta. Ella, con un llanto estremecedor, recibió la jarra con agua y el vaso, lo puso sobre una charola y muda lo siguió unos pasos por detrás. Lo siguió como si fuera su sombra. Todos guardaron silencio, lo miraban de reojo con la vista hacia el suelo. Todos a su paso agachaban la cabeza para acompañarlo en su pena. La abuela ya vestía de luto. Al verlo, se lanzó a sus brazos. Omar, mi abuelo, no hizo ningún tipo de gesto, no levantó las manos, no la miró, no dijo ni una sola palabra, sólo siguió su paso firme hasta la recámara de Amir y Karima. Se detuvo frente a la puerta, se dio la media vuelta para tomar de la charola la jarra con agua que sostenía la sirvienta, temblando. En silencio, sin lágrimas, tomó la jarra con agua y el vaso, entró a la habitación. Cerró la puerta detrás de él y por tres días no se volvió abrir y nadie se atrevió a entrar.

Karima finalmente salió del clóset de blancos. Como llevaba horas sin oír nada se aterró, pensó que todos se habían ido para llevar a su hermano al hospital o a la funeraria. Cuando por fin salió vio que todos estaban ahí, en silencio, sentados en el pasillo sin hacer el menor ruido, unos mirando al suelo y otros la puerta de su recámara. Se quedó parada frente a todos con su vestido nuevo color marfil mojado, empapado de lágrimas y pipí. Algunos voltearon a mirarla, pero nadie dijo absolutamente nada. Farah, mi abuela, la miró sin prestarle ninguna atención, como si hubiera sido un gato que había entrado por la ventana, y regresó la mirada a la rendija de la puerta. Nadie le puso atención. Nadie la miró. Por un instante vaciló en mirarse al espejo para comprobar que quizá sus rezos se habían hecho realidad y Amir se la había llevado al cielo con ella. Por eso nadie la podía ver, era un fantasma, era invisible. Cruzó el pasillo dudando de su presencia, caminó hacia el final del pasillo para encontrarse con un espejo y rectificar por sí misma si estaba ahí con ellos o no. Con miedo y con mucha duda de quizá no ver su reflejo en el espejo, se acercó y se miró completamente pálida, despeinada, desaliñada, el vestido arrugado, empapado en lágrimas, sudor y orina. Fue entonces que percibió un aroma sutilmente dulce, el olor de su hermano, el olor que produce la muerte.

EL ÚLTIMO BESO

—“El poder de un beso es infinito, hay que usarlo con prudencia. Ya sea para el bien o para el mal.” Es muerte poética que escribió Mamá en uno de sus diarios. Terminaba diciendo: “El último beso de mi niño azul y la muerte de nuestro corazón”, Ay, Sofía, estoy segura de que hay almas que se llevan a las otras y dejan los cuerpos vivos vacíos de por vida. Tal vez por eso a mi abuela ni mis tíos ni las tías la veían. Sólo ella logró verse al espejo. Sabrá Dios si esta vez sí le hizo caso y la dejó sin alma.

—Nadia, estoy fría. Pobre niña. ¿Sabes la culpa con la que vivió tu mamá al pensar que su hermano adorado había muerto a causa de ella? ¿Sabes el poder que esa niña encontró en sus palabras?

—Por supuesto, ¡Ay, Sofía!, ahora la que está fría soy yo. La confianza que tenía Mamá en el poder de sus palabras radica en algo terrorífico. Se podría decir que si ella no hubiera creído que fueron sus palabras la causa de la muerte de su hermano, quizá dudaría de ellas. Pero nunca dudó, siempre pensó que fue ella, que fueron sus palabras las que lo mataron, nunca puso en duda el poder de sus palabras. Tal vez si sus palabras le hubieran fallado en algún momento de su vida se habría dado cuenta de que nada tuvieron que ver con la muerte de su hermano. Pero ella decía algo y se convertía en decreto para mi papá, para mis hermanos, para mí, bueno, ni se diga para mí.

—Tu mamá tuvo esa fuerza endemoniada porque nunca se perdonó.

—¿Sabes, Sofía?, en uno de sus diarios que hablaba de esa mañana de mayo, Mamá escribió: “Están los que cruzan al otro lado olvidándose de tomarnos de la mano. No me dejes con ellos, llévame contigo, no me dejes blanca, conviérteme en azul, no me abandones. Podemos dormir y morir juntos, respirar y sentir juntos, llévame a ti”. K.

—¿Dijiste tres días? ¿Que tu abuelo se quedó tres días sin salir, encerrado en el cuarto con Amir muerto?

—Sí, así fue. Al principio nadie lo intentó, pero después no lograron abrir la puerta. Era de esas puertas de madera pesada que se cierran con un cerrojo por dentro. La trataron de tirar, pero no lo lograron. Mamá no podía cambiarse. Toda su ropa estaba en su recámara y por tres días se quedó con el vestido de cumpleaños puesto. Era como si el tiempo se hubiera suspendido. Llegó el día de su cumpleaños y por supuesto nadie la felicitó, nadie se acordó. Se fue al final del pasillo y viendo su imagen lloró frente al espejo. Se prometió que nunca volvería a usar un vestido dos veces.

—¿Por eso nunca repitió vestido? ¿Por eso cuando eras niña te dejaba que te pusieras sus vestidos nuevos y jugaras a *Sonriesburgo*?

Por la sorpresa me llevé las manos a la boca. De pronto todo cobraba sentido. Tuve escalofríos. Me sentía mareada. Me sentía fuera de mí. Algo me detenía en la silla y no me permitía levantarme. Confieso, además, que quería saber más, quería saber qué había pasado, ¿cómo había logrado salir del cuarto? Nadia se llevó el pulgar y el índice al entrecejo y se quedó en esa postura. Lamentaba lo que había sucedido con su mamá y con tono de terciopelo en la voz

dijo:

—La casa tenía un olor putrefacto, rancio, no se podía estar en ella. Cuando por fin pudieron tirar la puerta se encontraron a mi abuelo Omar cubierto con una cobija acostado junto a su hijo sin querer despegarse de él. El olor era imposible. Los albañiles que tiraron la puerta de inmediato salieron al pasillo a vomitar. Mamá pensó que los dos habían muerto, pensó que su papá se había quitado la vida. Arrancó unos listones de su vestido y los usó para taparse la nariz. Entraron por mi abuelo, pero éste les gritó groserías y les dijo que se largaran de allí, que lo dejaran en paz con su hijo, que él y Amir estaban bien, y que quien se había atrevido a interrumpirlos y entrar a la habitación de esa manera lo pagaría muy caro.

”Le gritó a la abuela Farah que dejara de llorar, que Amir no estaba muerto, que sólo dormía y que ya había platicado con él varias veces. Mi abuela no pudo entrar a la habitación, salió corriendo y cayó por las escaleras. Mamá se asomó por el barandal y la vio tirada. La servidumbre la ayudó a incorporarse. ‘Karima, Karima’, se escuchó como eco un grito desde la recámara. Era mi abuelo Omar llamándola: ‘Karima, ven inmediatamente, ven a tu recámara’. Mamá se quedó parada temblando, inmóvil. Mi abuelo Omar cobró la fuerza de un lobo y salió al pasillo por ella. La cargó, la llevó a la habitación de donde no había salido en tres días y la puso frente a la cama donde estaba su hermano muerto. Desesperada, aterrada, asqueada, gritaba pidiendo ayuda, pero nadie la podía ayudar, nadie se atrevía a interferir. Karima imploraba ayuda, pero su papá la obligó a darle un beso en la frente a Amir. Después de besarlo ella se quedó mirándolo sin poder parpadear, con ojos grandes y sumidos, y se hizo pipí otra vez. Al ver eso, el abuelo la empujó con violencia y ella cayó al piso junto a la cama. Fue entonces cuando entraron unos señores vestidos con traje oscuro para sacar el cuerpo del niño azul. Ese beso fue la despedida y para Karima fue el beso con el que renunció a la vida.”

EL BESO Y EL DRAGÓN

—Cuando por fin sacaron el cuerpo de la recámara, todos fueron detrás de él. Dejaron sola a Karima en la casa. Bajó al clóset de blancos, agarró un banquito y lo llevó a la cocina. Lo acomodó bien en la alacena, bajó todas las bolsas de plástico. Eligió una de color azul, quizá fue consciente de su elección o tal vez la eligió al azar. Se hizo una trenza y después de hacerla se colocó la bolsa de plástico en la cabeza. La bolsa se adhirió a su cara, pero cuando comenzó a sentir que se asfixiaba la retiró tosiendo. Un día después de su cumpleaños número once, Karima buscaba la forma de quitarse la vida en la cocina de su casa. El jardinero pasaba por allí y cuando se asomó por la ventana del patio trasero vio a Karima en la cocina tratando de suicidarse. Entró a la casa corriendo. La ayudó a respirar. Le ofreció un vaso de agua y le hizo un pan con mantequilla y azúcar, para el susto. Luego regresó del velorio la sirvienta encargada de la casa y molesta sacó al jardinero indicándole con mal tono que los patrones le tenían prohibido que entrara a la casa y sobre todo que conviviera con la niña. A Karima la abandonaron por completo. Yo no sé de verdad si habrán pensado en ella en algún momento.

—¿Qué pasó con los papás? —pregunté.

—A mi abuela la llevaron al hospital después de la caída por las escaleras y estuvo internada más de un mes. Mi abuelo Omar al parecer estuvo por un tiempo en un hospital psiquiátrico inmerso en una profunda depresión. Karima quedó a cargo de la servidumbre. Y la sirvienta a cargo, al parecer, era una señora mala que siempre se refería a ella como la niña asesina. Sin embargo, descubrió que el jardinero dormía dentro de la casa de lunes a viernes. Trabajaba como mozo, lavaba los coches, hacía el jardín y arreglaba los desperfectos tanto de la casa como de la fábrica. Los sábados se iba a cuidar la fábrica. Era un muchacho de veintidós años que todas las mañanas la saludaba muy amablemente. No sé cómo se llamaba, pero Mamá se refería a él como “el dragón”.

”Karima le sacaba comida de la casa: fruta, galletas, un vaso con leche, y se la dejaba en la puerta de su cuarto que daba a un patio color gris. Era una parte muy fría de la casa en la que no entraba el sol. Tenía una jacaranda hermosa que tiraba sus flores en primavera y hacía que todo el patio se cubriera de una alfombra morada como si fuera una ilustración de un cuento de hadas. El ‘dragón’ era la única persona amable con Mamá. Leí en su diario que si él no hubiera estado en la casa ella se habría escapado. La segunda noche que le dejó un vaso con leche y una galleta en la puerta, él abrió y la invitó a pasar. En su diario escribió que ella le pidió que la dejara dormir con él, junto a él. Tenía mucho miedo y frío. Él por supuesto no accedió porque pensó, y con razón, que si los encontraban en la cama juntos él iría de inmediato a la cárcel o lo mandarían a matar.

”Era un buen chico, decente. A la mañana siguiente, cuando el dragón abrió la puerta a las 5:15 a.m., porque a esa hora salía a barrer, se encontró a Mamá recargada en su puerta. La despertó tiernamente y le dijo que se fuera a su cuarto, que eso era hacer cosas buenas que parecían malas. Yo no sé si Mamá habrá interpretado el cariño del jardinero como una cosa mala. Mi abuela Farah por fin regresó del hospital y dio la orden de que la recámara de Amir se

quedara tal como la habían dejado hasta el regreso del abuelo. Él sería quien decidiera qué hacer con sus cosas. El abuelo Omar no volvió a la casa hasta pasado un año. Regresó justo el día del cumpleaños de Mamá. La pena era tan grande que volver a estar en casa sin su primogénito eclipsó el cumpleaños. Fue idea de mi abuela no volver a mencionar ningún evento alegre, ni siquiera el cumpleaños de su hija, y enfocarse mejor en darle la bienvenida a su marido. Ese día Mamá se encerró a llorar sentada en el baño. Cuando por fin se incorporó notó una mancha roja en la falda, pero pensó que la tenía por el dolor y el coraje y que de alguna manera tenía que salir en forma de sangre.

”El dragón fue quien le explicó que no era la sangre mala que se le tenía que salir del cuerpo, que era algo que les pasaba a todas las mujeres y que eso quería decir que ya no era una niña, que ya era toda una mujer y que se debería de alegrar por ello. Le juntó todos los pétalos de jacaranda y se los dio en forma de corazón, por dos motivos: por su cumpleaños y por convertirse en mujer. Esa noche Karima salió descalza con un camisón blanco y el pelo suelto. Le llamó a la ventana. Él le abrió la puerta y ella entró en su habitación. Karima le dijo que le tenía que mostrar cuánto había sangrado para que él le dijera si estaba bien o si se iba a morir. Le dijo que él era la única persona en esa casa que se daría cuenta si ella se muriera. El dragón se quedó embobado, mirándola como se mira a un pájaro. Le dijo: ‘Así se despiertan los instintos de un hombre, Karima, no puedes hacer eso. No puedes estar enseñándome así sin más lo que tienes entre las piernas. Voy a pensar en ti toda la mañana. Ya no eres una niña. Mírate bien, Karima, ya estás bien crecidita’. Ese día el dragón le regaló un tesoro a Mamá: ese día ella supo que tenía algo con los hombres que podía manejar y controlar a su antojo.

”Se decidió que Karima mudara de recámara a la de visitas. Era perfecto para ella ya que se encontraba en el primer piso y le quedaba más cerca el patio del dragón. Escribió en su diario que todas las noches lo visitaba. ‘Te toca a ti.’ ‘¿Me toca a mí qué?’ ‘Enséñame lo que tienes entre las piernas y yo te vuelvo a mostrar.’ ‘¿Estás loca o qué? Vete a volar.’ ‘No es justo, yo sí te enseñé y tú a mí no me muestras nada... ¿Te crece?’ ‘Sí, Karima.’

”Escribió Mamá: ‘Diario del dragón: Me acerqué y vi que le crecía un bulto entre las piernas. Le pedí que se lo sacara y me lo enseñara y al sacarlo le creció todavía más. Le daba pena. Rápido se volteó y trató de guardarlo en el pantalón, pero fue muy chistoso porque ya no le cabía de regreso. Lo quise tocar, pero no me dejó; me dio un manotazo. Le supliqué para que no lo guardara, para que lo dejara afuera un rato. Entrelacé mis manos detrás de mí, en la espalda, y le prometí no desenredarlas. Me senté al borde de su cama con los dedos entrelazados y esperé. Él se paró frente a mí a la altura de mi cara para que yo pudiera verla bien y sin desatar mis manos saqué la lengua y la lamí’.

”Después leí en su diario: ‘Dragón noche # 13: Todas las noches voy a verlo. Yo me siento al borde de la cama con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Así jugamos. A veces me deja soltarlas y me permite tocarlo, pero siempre lo hago con la boca. Él dice que no me va a tocar de ese modo porque sólo hace la mitad de un pecado. Dice que es importante dejar los pecados a la mitad para que puedan ser perdonados.’”

HE VISTO A LOS OJOS AL TENER UN ORGASMO

—“El pendejo de tu papá se creía todo lo que decía. Juró que era mi primer beso, mi primer y único hombre.” Ésas eran las palabras de Mamá a mis quince años. Nunca entendí por qué me lo decía, pero en ese entonces recuerdo que se me hacía maravilloso que me tuviera esa confianza. Me hacía sentir grande, madura, especial. La verdad es que cada vez que yo me enteraba de que ella hacía algo a escondidas de mi papá, lo que fuera, por más insignificante que fuera, yo veía en ella a la mujer más inteligente y él me parecía un pobre imbécil. La falta de carácter en los hombres es lo que más me alejaba de ellos. Algo que Marco tenía como virtud era que no le daban miedo las cosas y mucho menos las pasiones. Sentía, se involucraba, y eso era un regalo. Como tú, Sofía. Eres el ejemplo perfecto del involucramiento. Sabes estar, sabes hacer presente al otro, hacer la pregunta exacta. El simple aleteo de tus pestañas me hace saber que estás pendiente y atenta a mis palabras. Marco se hubiera vuelto loco con una mujer como tú. Dime, ¿te da por mirar a los ojos cuando tienes un orgasmo?

Saqué el aire por la nariz y tomé aire por la boca. No me esperaba una pregunta como ésa. No cabe duda que Nadia sabía perfectamente sacar de balance a quien fuera. Simplemente estaba muy concentrada en su historia, hasta cuando habló de mí para decir que ella sabía a ciencia cierta lo que volvería loco a Marco. ¿Cómo lo sabía? ¿Qué podía tener una mujer como yo que pudiera volver loco a un hombre tan pasional? Y su pregunta me regresó al aquí y al ahora en menos de dos segundos. Me sorprendió.

—No tengo muy presente y menos en estos momentos si miro a Daniel a los ojos cuando tengo un orgasmo —me reí y le dije—: Voy a poner atención en eso.

—Sofía, si quieres hacer una novela erótica es importante que sepas absolutamente todo de tu sexualidad.

Era cierto, ¿dónde estaba mi novela erótica? Me sentí completamente perdida y de mal humor. Estaba cansada. Me sucedía todo y nada. Trabajaba sin parar y cada vez estaba más lejos de lo que quería. Nadia hacía preguntas que ponían mi mundo a girar. ¿Quién pregunta si ves a los ojos cuando tienes un orgasmo?, o simplemente ¿a quién demonios le importa?, o más aún ¿realmente importa ver a los ojos cuando tienes un orgasmo? Creo que la respuesta es que no, no miro a Daniel a los ojos cuando tengo un orgasmo y no lo miro porque cierro los ojos o porque hace mucho que no hemos podido tener una noche a solas. Eso pensé, pero no se lo dije, pero pensando en alto, muy alto y con mucho enojo, le dije:

—En el matrimonio, querida Nadia, no se coge como se coge con los amantes. Justo por eso quiero hacer una novela erótica, por eso quiero sorprender y sacar a las esposas de la monotonía en la que viven. Quiero entender a las mujeres que son capaces de abandonar a su familia porque les dieron la cogida de su vida. Quiero ver qué es lo que lleva a una mujer a querer “encontrarse” mandando a la mierda a todos y haciendo daño a los que la quieren. Parece que las clases de yoga han liberado a todas esas mujeres que se encontraban físicamente insatisfechas. Por momentos se sienten muy libres y muy dueñas de sí mismas en posición de flor de loto, en esa

postura encuentran la tranquilidad, la espiritualidad y fomenta su contemplación ante la vida. Pero la realidad es que tiempo después algunas terminan en los consultorios de mis colegas completamente arrepentidas. El problema que veo en nosotras las mujeres es que ni siquiera conocemos nuestra propia voluntad, y con frecuencia sólo conocemos nuestro poder cuando despertamos de un fracaso. Quizá se deba a que siempre estamos atentas, pendientes a la mirada del otro. Sin duda las mujeres somos el escenario de una gran confusión. Obedecemos a una sociedad sin siquiera ser capaces de obedecer a nuestras propias demandas.

Me levanté de la mesa y me fui al baño de muy mal humor. ¿Hacia dónde vamos? El hecho de que Nadia haya mencionado mi novela erótica hace que sienta una presión en el pecho, cada día lo veo más lejos. No tengo libido, ni siquiera ganas. No he tenido ni tiempo de ir a depilarme. ¿En qué momento puedo darme el lujo de humedecer mis palabras y hacer que alguien tenga pequeñas contracciones hasta que caigan satisfechas con pequeños gritos de placer?

Llegué a casa enojada, molesta y sentía que Daniel era el culpable de todo. No sé por qué, pero me daba coraje que no se ocupara de mí como Marco se ocupaba del mundo sexual de Nadia. Seguía los latidos de mi propia sangre llena de frustración y de orgasmos no alcanzados. Mis letras estaban prisioneras y no podían ser liberadas de su propia prisión. Me resultaba imposible atraer el deseo hacia mi cuerpo. Tenía un llanto contenido que se convertía en un mal humor insoportable. La voz de mi interior era profunda y sincera. No había forma de encontrar el deseo. ¿Cómo escribir sin sentir esa humedad? ¿Cómo escribir sin esa excitación salvaje, sin sentir la escena?

Bajé la mano y la puse entre mis piernas, en mi sexo, lo oprimí dócilmente, sentí la cantidad abundante de vello que no dejaba sensación en la superficie de mis dedos. Cerré la puerta de la habitación y me desnudé por completo cubierta en lágrimas. Me depilé sintiendo el ardor en la piel, enojada, castigándome, flagelándome. Arranqué todo el vello y mi vulva quedó expuesta, rosa, lisa y comenzaba a sentirse húmeda. Quise pensar en Andrés, imaginándolo metiendo su lengua entre la piel ardiente y roja, me lo imaginaba lamiendo en círculos comenzando desde la entrepierna. Tampoco pude continuar con mi fantasía; Daniel llamó al celular interrumpiendo mis intentos eróticos. Le contesté furiosa. Me llamó para ver si ya había recogido su pantalón del sastre. Le contesté que no y que me importaba poco si ya le habían subido la bastilla. No había podido satisfacer mi excitación y si Daniel no cooperaba para que lo lograra después de la regadera, lo único que pedía era que no la interrumpiera.

Llegó a casa y me encontró desnuda en la cama. De manera completamente inusual me dijo que me pusiera un camisón porque me podía resfriar. Me levanté a gritarle toda mi desesperación, llena de ansia y sobre todo de frustración. Daniel guardó silencio y evitó tener ningún tipo de confrontación. Me abrazó y me rompí en mil pedazos. Le dije que no lograba ni masturbarme, que necesitaba que él lo hiciera, que él me ayudara, que no podía escribir mi novela si no tenía una buena sexualidad conmigo. Tiernamente accedió hacerlo. Me propuso leerme al Marqués de Sade. Era buena idea. La voz de Daniel es grave, firme, autoritaria y elegante. Me quedé desnuda en la cama sin ponerme el camisón que había sugerido. Lo esperé. Él se metió a la cama junto a mí. Le tomé la mano derecha, chupé dos de sus dedos, los llevé a mi sexo e hice que me sintiera. Sus ojos se abrieron grandes y me miró con una sonrisa. Me pidió que me sentara en su cara con la vulva en su boca y yo obediente lo hice. Me lamió de esa manera que sólo Daniel sabe hacer para lograr que llegue al clímax. Mis piernas abrazaban el

cuello de Daniel, el ardor se mezclaba con la suavidad de su lengua y por fin ahí estaba yo, aislada de todo lo demás, protegiéndome, amándome y haciéndome suya. Empecé a hablar, completamente inusual en mí. Ahora que la lengua de Daniel estaba ocupada me di cuenta de que él era el que siempre habla. La mujer es mucho más auditiva que visual, tenemos el clítoris en el oído y queremos que nos hablen sucio, bonito, sensual, romántico. Me alegré tanto de saber por dónde podría empezar mi novela. Fantaseé con mi novela erótica, imaginé a mi protagonista.

¿Qué pasaría si mi heroína fuera sorda?

Daniel había decidido complacerme esa noche. Se levantó de la cama, fue hacia mi librero y buscó el libro de *Justine*. Lo jalé hacia mí e hice que quedara encima de mí, comencé a jugar con su pene mientras crecía y me abrí para que me penetrara. Busqué sus ojos. Ahora sí le podría decir a Nadia que había visto a los ojos al tener un orgasmo.

CRIATURA PERVERSA

Benditos orgasmos que nos otorgan la libertad de ser felices. Me sentía plena. Ya no sentía esa frustración en el pecho y mis ideas fluían. Ya tenía a mi protagonista, sería una mujer sorda, y eso comenzaba a gustarme más, todos los retos me daban el regalo de sentirme productiva. Me estaba entregando a una esperanza y Daniel me había ayudado a salir de mi espiral negativa. Tomó el libro con cansancio y me dijo con dulzura: “Te leo un poco y mañana le seguimos”. Acomodé mi cabeza en la almohada y Daniel comenzó a leer con su voz baja, sensual: “Y, por otra parte, ¿Justine habría puesto en peligro sus costumbres en compañía de una criatura perversa que no tardaría en ser víctima de la vida licenciosa y de la depravación pública? Fue así como ambas intercambiaron un eterno adiós, y al día siguiente las dos dejaron el convento. Justine, mimada desde su infancia por la costurera de...”

Mi atención quedó fija al escuchar “criatura perversa” y de inmediato me cambió la expresión. Pensé en Karima y sentí un escalofrío. Daniel notó en mi cara el súbito cambio que hubo en mí. Me preguntó:

—¿Qué sucede, Sofía?

—Nada, sigue leyendo.

—Mi cielo, ¿qué pasó?, ¿por qué te pusiste pálida?

—No quiero hablar, Daniel, ya es la una de la mañana. Creo que es momento de dormir.

—No, Sofía, ¡dime qué está pasando!

—Nadia me contó la infancia de su mamá y te juro que nunca había escuchado una historia de tal magnitud. La mamá de Nadia vivió cosas terribles de niña, de entrada, creció con una terrible culpa pensando que el niño azul había muerto a causa de ella y de sus palabras.

—Sofía, toma aire, respira, mi amor. Me lo estas contando muy rápido.

Tomé aire como me dijo. Me costaba repetir lo que el papá le había dicho a Karima. Cerré los ojos y seguí:

Daniel cerró el libro, levantó las cejas y después frunció el ceño.

Rompí en llanto. La que es madre es mamá de todos los niños del mundo en todas las épocas. Me imaginé a mí, a los trece años, imaginé a Daniela teniendo que hacer esas cosas por soledad, por miedo, por pedir atención, por buscar amor. Rompí en llanto al saber que no cabe duda que somos el destino de nuestra infancia. Mientras Daniel me contenía, me abrazaba:

—Todos sus sentimientos, afectos y humores se hicieron perversos a partir de esos episodios, a partir de esos eventos. Nada de eso afectó su inteligencia y la señora Karima, al parecer, por todo lo que me cuenta Nadia, se convirtió en una figura amenazadora, en una madre terrorífica, y pienso que esa niña se convirtió en mala persona, se hizo una madre tan perversa que no quiero, ni siquiera me atrevo, a poder reconocerlo.

Me limpió las lágrimas con el dedo gordo de la mano, me tomó del mentón y me dijo:

—Sofía, escúchame. Perdón por haberte dicho que buscaras otras fuentes y que dejaras a Nadia, la historia me dio escalofrío, pero es cierto y es real. Amor, antes que nada, eres psicóloga, tienes un compromiso moral con tu profesión. Las cosas siempre pasan por algo, mi

cielo, yo creo que esto sucedió porque es muy probable que alguien con tanta luz como tú podría ayudar a Nadia a cerrar esas heridas, aunque no está en terapia contigo.

—Sí, lo sé, ya lo había pensado. Es más: para ser honesta, creo que por eso no quise ver lo de su mamá, pero hoy Nadia mencionó mi novela y me dio mucho coraje no poder hacerla. Me dio coraje que una situación externa, ajena a mi tiempo, me alejara de lo que más deseaba y que me llevara a lo opuesto.

—Sí, mi amor, pero eso te tocó y creo en tus capacidades y tienes todo para ayudarla. Ni modo, te tocó; eres una gran psicóloga y sobre todo eres un maravilloso ser humano. También creo que si Nadia te ha contado todo esto es porque en ti ha encontrado la confianza para hacerlo. Al contarte eso tan fuerte te está pidiendo que la ayudes. Mi amor, ayúdala, eso no quiere decir que debas renunciar a tus sueños, sólo quiere decir que estás haciendo una pausa en tu camino.

Lloré la renuncia forzada, obligada de mi novela erótica. Lo hice como una niña berrinchuda, quizá lloré de esa forma porque no veía, no sentía el erotismo en mí. Sabía que tenía una fuente de historias sexuales pero que no iríamos por ahí. Ahora tenía una clase de paciente que no era paciente, que no me pagaba mis honorarios, que me había arrebatado una ilusión, que había prometido mucha luz, excesos de placer y que, al darme la supuesta oportunidad de entrar en su vida sexual, me había metido a un terreno oscuro, turbio, enredado, complicado, al de una madre con una severa neurosis compulsiva que yo de ninguna manera tenía ganas de explorar. Me causa asco y repudio la situación. ¿Qué pauta seguimos cuando elegimos nuestros caminos? ¿Cómo llegamos a ser lo que somos?

Me enfrentaba a esa naturaleza humana. Nadie quiere algo malo voluntariamente.

Daniel me tomó en brazos y me preguntó: “¿Qué tanto pudo Karima llevar a cabo con sus acciones inmorales?” No supe darle respuesta. Preferí pensar en que tenía que saber más de Karima. Se dice que los crímenes, como los pecados, no pueden quedar impunes.

—No tengo idea, mi amor.

—No dejes que tus cimientos se tambaleen, Sofía. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Buenas noches, mi amor.

Daniel me besó en la frente con un beso tierno que me hizo sentir la fortuna de tenerlo en mi vida.

SONRISAS FORZADAS

Cancelé mi clase de tenis y le llamé a Nadia. La tomé por sorpresa. Le dije que si tenía tiempo de verme. Aceptó mi propuesta inesperada y llegó a tiempo. Al parecer a Nadia le gustaban las cosas inesperadas que el día le iba ofreciendo. Tenía la capacidad y la flexibilidad para adaptarse con armonía a los cambios.

—¿A qué se debe tan grato encuentro, querida Sofí?

—Anoche soñé con tu mamá.

—¡Qué horror! ¿Y no tuviste pesadillas?

Me rasqué la frente y le ofrecí una sonrisa muy forzada. Tomé aire de una forma profunda y exagerada.

—Nadia, ¿qué fraude le hicieron a tu papá?

Se le abrieron los ojos como platos, la tomé doblemente por sorpresa. Yo creo que en algún momento pensó que hablaríamos de Marco y de sus orgías. La verdad sí tenía ganas de decirle que ya había tenido un orgasmo sin cerrar los ojos, pero me limité a sólo esperar la respuesta del fraude que le habían hecho ella y Karima a su papá.

—Sofía, perdón que te responda haciéndote otra pregunta, pero veo que te está interesando mucho el tema de Mamá. Hasta sueñas con ella. ¿Qué pasó con el erotismo? ¿Qué pasó con las preguntas de los tríos, de las orgías, de los intercambios de pareja, de los juegos sexuales? ¡Ay, Sofí! Te digo que eres la psicóloga más pura y transparente que conozco, y mira que he conocido a varias.

Terminó mirándome a los ojos al tiempo que encendía su cigarro.

—Sí. Me has despertado un interés absoluto. La personalidad de tu mamá me atrae como imán.

—Mi querida Sofía, vives a través del arte de la observación de conductas no estereotipadas. Oye, ¿por qué a ustedes los psicólogos les gustan las personalidades enfermas?

—No es que nos gusten, nos atrae la sintomatología cuando se sale de lo cotidiano.

—Les fascina. Imagínate tú, te atrajo más la idea de Mamá que mis historias sexuales. Eso que te mueres de ganas y lo veo en tus ojos, de poder experimentar tu sexualidad y escribir un libro para todas esas mujeres frías y frustradas. Te puedo dar un ejemplo que Mamá mencionaba mucho: las administradoras de las oficinas o de los condominios. ¿No te has fijado que todas son unas amargadas, obsesivas, y todo se lo toman personal? Pobres de esas mujeres que están tan lejos de la dicha de su cuerpo, que sólo buscan cómo fastidiar al de junto.

Sentí una vez más la hostilidad de Nadia, parecía que sabía que me interesaría mucho más en la patología de su mamá que en su sexualidad desenfrenada. Asumí que no estaba en terapia y que podía sin duda defender mi postura y sobre todo mi profesión. No era que me gustara lo retorcido de la gente, aquí había algo profundamente patológico y, como bien decía Daniel, yo sentía un compromiso ético profesional que me hacía no darlo por hecho y no evadirlo por más incómodo que me resultara.

—¿Sabes, Nadia? —lo dije en un tono que denotaba mi emoción—. Estás en lo cierto. Muero

por descubrir esos laberintos de placer. Qué mejor que poder tener el valor de escribir y mucho más de escribir unas letras húmedas que sean creativas y que ayuden a romper tabúes y atacar una moral putrefacta que hace que miles de mujeres en vez de gozar de sí mismas o perseguir sus sueños vivan en una constante depresión, adictas a dormir en las realidades que las asfixian día a día. Sí, claro que quiero escribir, pero se cruzó en mi camino una mujer enferma, una mujer que me ha hecho perder el sueño, una mujer que me ha sacado lágrimas y me ha despertado millones de emociones. Ha hecho que cuestione mi relación con mi propia madre y sobre todo mi propia maternidad y mis límites con mis propias hijas. Eso no sucede todos los días, no todos los días un evento externo hace que cuestionemos lo más sagrado de nuestra existencia: la relación con nuestros propios hijos.

Pareció verme de una forma distinta ahora. Algo en su rostro había cambiado. Tenía una sonrisa distinta ¿o era yo quien comenzó a mirarla desde otro lado? No me dio mucho tiempo de meditar ni de retraerme, ni siquiera de salir de la carretera que conducía hacia su mamá. ¿Acaso Nadia me había llevado hasta ahí? ¿Sabía que claudicaría con mi novela por atender sus necesidades psicológicas? ¿Lo sabía? No lo quise pensar de esa manera, ya que le quitaba la frescura a nuestra relación, y sentirme manipulada, sentirme conducida de esa manera tan paciente y sutil lo único que detonaría en mí era una profunda estupidez. Opté por convencerme de que la historia había llegado sola a ese punto sin pretenderlo y que Karima era la impulsora de su mundo sexual tan liberal. Di por sentado que es imposible hablar de nosotros mismos sin mencionar a nuestra madre.

PSICOPATOLOGÍA: DE *PSIQUE*, ALMA, Y *PATHOS*, PADECIMIENTO

—La psicopatología de tu mamá radica en el dolor de su alma, enfermó su alma, y se manifestó en su inmoralidad, inestabilidad, y mencionas incluso criminalidad, ¿no es así, Nadia?

—Sí, criminalidad. Sus crímenes nunca fueron del todo irreversibles, pero los cometía una y otra vez, vivía sin código moral y con mucha hostilidad ante todos sus hijos, no sólo ante mí. Las cosas que hizo... ¿Estás segura, Sofía, de querer entrar en ese mar? Tu mundo tan perfecto se puede desmoronar.

No sé si su pregunta era para cuidarme realmente o para retarme a entrar en su historia, no había necesidad de mencionar “mi mundo perfecto”.

—Nadia, si no quisiera saber de tu mamá no estaría aquí. Te cité especialmente para hablar de ella. Honestamente no sé por qué quiero saber, no sé por qué razón ni para qué quiero saber. Lo he pensado mucho y sé que hablar de ella me aleja por completo de tu vida erótica...

—O no —interrumpió—, quizá hablar de ella te hace entender mi vida erótica y te acerca más a ella. Eso sí quiero que lo tengas muy en cuenta, Sofía: toda su historia ha estado basada en una profunda infelicidad, y no la culpo, pero tuvo la oportunidad de hacer su propia familia y curar sus heridas y no hacer que nosotros lamiéramos sus heridas como gatos hambrientos. Al lamerlas, Sofía, nos fuimos con ella al infierno.

Nadia empezó a temblar. Nunca le había notado la edad hasta ahora, era tan elegante, tan bella y debajo de esa piel delineada, no tersa, se asomaba la belleza de lo que algún día fue. Le temblaba el mentón y tenía metido el labio inferior que cubría con el labio superior, era como un gesto de una pequeña niña regañada, de una niña con miedo.

LA COMPRENSIÓN

—Qué terrible, Sofía, que el tema de mi vida sexual sea Mamá. Sí, aunque hagas esa cara, sé que da asco, por más monstruoso que se escuche, pero es verdad, todas mis historias sexuales de una forma u otra están relacionadas con ella. ¡Ay, Sofía!, de pronto siento que ya no debería contarte nada. Te voy a volver loca. Lo que has de pensar de mí: ¡Esta señora cada día me sale con un cuento nuevo! —y puso los ojos en blanco.

Me dio risa porque en el fondo sí pensaba eso: cada día su historia tenía un giro diferente que me permitía acercarme más a ella. Es cierto, se notaba mi incomodidad por más que yo tratara de disimular el horror que me causaba que sus historias eróticas siempre estuvieran relacionadas con su mamá.

Nadia prendió un cigarro, se aclaró la garganta y con una sonrisa me dijo:

—Un día conocí a Ángelo, un productor italiano. Le gusté desde que nos presentaron en una fiesta en la embajada del Líbano. Fue una atracción inmediata e irresistible, de esas que sientes en la piel. Desde que lo vi, a los tres minutos ya lo quería besar y tuve una necesidad inexplicable de sentirlo adentro. No sabes, era hambre de mi vagina por sentirlo dentro de mí, algo que nunca, pero nunca, me había pasado con tanta desesperación. Lo primero que me vino a la mente fue Marco, quería salir para hablarle y decirle que había conocido a alguien que con el simple hecho de verlo ya me había despertado todo. Ángelo tenía cincuenta años; yo, 22. Me dijo que me invitaba a Acapulco porque necesitaba una traductora, que si lo acompañaba. Mamá se acercó a nosotros, y Ángelo, al verla, quedó anonadado de que esa mujer tan hermosa y joven fuera mi madre. Ella entonces tenía treinta y nueve años y era brutalmente bella. Pero yo ya le había ganado al hombre. Ese día la sentí como una especie de rival, las dos coqueteábamos y no sé hasta qué punto él lo notó y quizá le excitó pensar que a madre e hija se las podía llevar a la cama. Me adelanté y dije: “Mamá, el señor Ángelo me está invitando a Acapulco el fin de semana porque necesita una traductora y pues me voy a ir con él”. En ese momento sentí que la noticia le cayó como balde de agua fría y sonrió ladeando la cabeza sin perder el estilo elegante que siempre la acompañó, sin dejar de mover esos sorprendentes ojos árabes que decían todo y a la vez no se comprometían con nada. Mamá se retiró muy amablemente y Ángelo la siguió con la mirada. Hasta cierto punto creo que dudó si hacerle la invitación a Mamá o a mí, pero la edad, Sofía, es un tesoro cruel, invaluable, la edad mata todo, y Ángelo no iba a perder la oportunidad de cogerse a una muchachita de 22 años.

”Llegué a casa y el diálogo que tuve con Mamá esa noche fue terrible. Le conté que le había llamado a Marco para decirle que había conocido al productor más famoso de Italia y además se había quedado charlando conmigo toda la noche a pesar de las hermosas mujeres que había junto a él. Mamá me decía: ‘Qué maravilla que tengas tantos hombres, pero hasta el momento no concibo muy bien que un hombre como Marco, que dice amarte, te lleve a tantas aventuras. ¿Es raro, no? ¿No te has puesto a pensar que cuando amas algo lo quieres cuidar para ti? Perdón, Nadia, lo que menos quiero es hacerte sentir mal, pero eres un simple objeto sexual de un hombre sin escrúpulos, sin límites. Estaba bien al principio como aventura, pero ya son casi tres

años, ya es momento de que lo dejes’.

”Te confieso, Sofía, que quise morir cuando escuché eso. Yo pensaba que la única persona que realmente me amaba era Marco, que a la única persona a quien yo le importaba era a Marco. Claro que Mamá me ponía a pensar. Yo me llevé a esa situación por amor, sí, aunque parezca absurdo, ahí me coloqué, ahí me instalé por amor. Primero lo hice para que ella escuchara mis historias y ser yo, y seguir siendo yo, el centro de atención, pero después saqué toda esa parte oscura para que Marco nunca se aburriera de mí, para que nunca pensara en dejarme. El solo hecho de pensar que algún día podía irse de mi vida me hacía sentir con ganas de no volver a despertar.

”A su modo, con sus perversiones, con sus juicios de la vida, con sus libertades, Marco me amaba. No me importaba hacer lo que fuera por seguir siendo parte de él y que él siguiera estando en mi vida. Sofía, entiéndeme, uno no se puede alejar de la gente alegre y yo nunca hubiera encontrado alegría sin haber tenido a Marco en mi vida. Además, a los 22 años, ser divorciada es estar marcada. ‘Las divorciadas apestan’, repetía Mamá. ¿Qué otro hombre me iba a querer después de haber participado en orgías? ¿Quién hubiera creído que lo que más deseaba en el mundo la muchacha de las piernas bonitas, la de los orgasmos múltiples, la del pubis alegre, era estar casada y tener a su esposo sólo para ella y ella sólo para él? El destino es cruel, Sofía. Yo hubiera sido mil veces mejor esposa que Lina, mil veces mejor esposa que Mamá y que todas mis tías. ¿Sabes por qué? Porque yo sí lo deseaba, yo sí quería ser de un solo hombre, yo sí creía que sólo el tiempo junto con la rutina y sólo a través del otro se puede llegar a tener una verdadera comunión con nosotros mismos. Después de todo lo que había hecho con Marco, ¿qué otro hombre me iba a querer? ¿Cómo iba a llegar yo con otro hombre y decirle que soy una linda mujer que participa en orgías únicamente para que no la dejen? Sofía, ¿tú me hubieras creído?

Sólo entonces guardó silencio. Después de unos segundos, respondí:

—No, la verdad no te hubiera creído. Somos una sociedad que juzga sin saber o juzga lo que no entiende. No te hubiera creído y hubiera pensado que era tu decisión y responsabilidad estar donde estabas. Lo hubiera dicho porque a mí nunca me han gustado las víctimas y siempre he pensado que hay diferentes tipos de salida. Hay que ser cauto para atreverse a juzgar en qué postura te coloca la vida después de que sabes a conciencia que la primera persona que tuvo que cuidar de ti te hizo un daño irreparable por no haberte cuidado de ella misma.

En ese momento Nadia se levantó de la mesa, se acercó a mí y me abrazó llorando como niña desconsolada. En mí había encontrado comprensión, y es la comprensión ante el dolor del otro lo que realmente cura.

EL SECUESTRO

—Todo lo que Mamá quiso en su vida era atención y la obtenía de una manera exagerada. Era una mujer de aventuras y quería ser siempre la protagonista de cada una. No era normal su manera compulsiva de gastar dinero, de endeudarse, de pedir prestado, de vender cosas. Tenía una confianza exagerada en sí misma, sabía que siempre se saldría con la suya. Nadie pudo ser capaz de darse cuenta de todo el mal que hacía. Karima perdía la perspectiva de la realidad y sólo veía lo que ella quería ver. Se le hizo fácil obtener una fuerte cantidad de dinero y llevó a cabo un plan que destruyó mi credibilidad frente a los otros y frente a mí misma. No te puedes imaginar, Sofía. El día que planeaba irme a Acapulco con Ángelo llegó Mamá a mi habitación a las cuatro de la mañana, me despertó con brusquedad y me dijo: “Necesito pedirte un favor, sólo puedo confiar en ti, sólo tú me puedes salvar de esto”. El corazón se me salía, vi a Mamá acongojada y ahí fue donde me di cuenta de que la amaba más que a nadie en el mundo. No soportaba verla sufrir, una mujer que siempre tenía respuesta para todo y que siempre estaba en control de todo; verla mal me provocó un hueco en el corazón.

”La tomé de las manos y le dije: ‘Lo que quieras, Mamá, pídemelo lo que sea’. Se acercó a mí, me dio un beso en la frente y me dijo: ‘Muy bien, ésa es mi niña. Gracias, Nadia, sé que siempre puedo confiar en ti. No podría hacerlo con Lina; es tan torpe que seguro las cosas no saldrían bien, y tus hermanos ya tienen su vida hecha, jamás aceptarían algo de esta magnitud. Además, los hombres no son tan inteligentes, les falta saber mentir. Tú sí, mi querida Nadia, tú sí tienes la inteligencia para llevar a cabo mi plan. Lo único que lamento es que no podrás ir a Acapulco con Ángelo’.”

—Mamá, no puedo fallarle. Anoche le confirmé.

—Justo es lo que necesitamos para que salga el plan. Qué bien que le confirmaste, qué bien que te vaya a esperar en el aeropuerto, esto hará que todo sea más creíble.

—¿Qué quieres hacer, Mamá?

—Vamos a inventar un secuestro, mi querida niña. Tú te irás al departamento que tengo en la Condesa y lo único que harás es ver la tele, sin comunicarte absolutamente con nadie, sólo serán ocho horas, máximo nueve, depende de cuánto te quiera tu dizque papá. Lo demás déjame a mí. Lo único que tienes que hacer es llegar completamente frágil, asustada, y si puedes llorar cuando te “rescatemos” será mucho mejor, pero si no lloras tampoco pasa nada. A la primera persona que le tengo que hablar para que nos ayude en tu rescate es a Arturo Leyva; pobre, no imagino el susto que le vamos a sacar.

Yo me limitaba a escuchar la historia de Nadia y la verdad es que Karima no dejaba de sorprenderme. ¿En qué cabeza cabe inventar un secuestro? “Por favor, Nadia, no te detengas, continúa”, le dije casi sin aire.

—Yo estaba completamente en *shock* con lo que me decía Mamá. Me había acostado a dormir ilusionada por mi viaje a Acapulco, y Marco también estaba feliz de que me fuera con Ángelo. Habíamos planeado que quizá él me alcanzaría para así poder escuchar detrás de la puerta cómo cogíamos. Pero ahí estaba ella, cambiando mis planes y haciendo los suyos. Para

ella no importaban mis sueños, lo más importante era lo que ella necesitaba en ese momento y yo era una simple herramienta que usaría para realizar todos sus planes. Y lo hice, Sofía, me levanté de la cama y actué tal como ella me lo pidió. Fui a la recámara de mis papás con mi maleta lista para despedirme y decirles que me iba a Acapulco con Ángelo.

”Mamá actuó como si no supiera nada del viaje, me preguntó que por qué me iba tan temprano, que los escoltas no habían llegado aún, le dije que no importaba, que tomaría un taxi para ir al aeropuerto. Mi papá dijo que no era buena idea, que mejor le preguntara a José, el mozo, si él me podía llevar. Sin poder ocultar mi nerviosismo le dije: ‘Ya, papá, me voy en taxi, se me hace tarde’, les di un beso rápido a cada uno y me fui. Tomé un taxi que me llevó a la dirección que Mamá me había dado, con mi maleta en mano y con el corazón deshecho por no poder ir a Acapulco y por estar haciendo algo que no quería.”

Tuve que interrumpirla porque había algo que no me había quedado claro. No sé si eran mis escalofríos producto de la historia o algo me limitaba a entender. Estaba confundida. ¿Karima quiso simular un secuestro para que Nadia no fuera a Acapulco? Se lo pregunté:

—Nadia, ¿por qué querían fingir un autosecuestro?

—¡Yo no, Sofía! Mamá fue la de la idea. Ella lo quiso hacer para pedir tres millones de pesos. ¿Sabes la cantidad de dinero que era eso, Sofía? En ese entonces era impensable, y lo pidió en efectivo.

—¿Qué?

—Mamá estaba loca. Cuando te digo que estaba loca no es que use un término coloquial. Se le acabó el dinero porque lo gastaba compulsivamente. Si Jackie Kennedy usaba un modelito nuevo, ella lo mandaba a pedir a Nueva York para usarlo una sola vez y dejarlo ahí. La obsesión que tenía con las joyas, sobre todo con los diamantes, era penosa. Sus diamantes eran tan exagerados que parecían de fantasía. Esa mañana me fui de la casa sabiendo que marcaría para siempre mi destino, pero no pude negarme a ayudarla.

”¿Tú dime, Sofía, por qué es tan importante sentirnos únicos en la vida de alguien? ¿Sabes? Ser ‘única’ fue el sentimiento clave que me impulsó a hacer algo con lo que estaba completamente en contra. Me decía: ‘Nadia, mi niña, tú eres la única que me puede ayudar’. Y yo no pude resistirme a eso, Sofía, yo quería ser la única en la vida de alguien y más en la de Mamá. Mira el precio que se paga por querer ser la ‘única’.

”Me fui al departamento de la Condesa. Me impresionó que lo tuviera perfectamente amueblado, todo montado, como si viviera ahí. La decoración era perfecta, había de todo en la cocina; podrías jurar, Sofía, que alguien vivía ahí. ¿Cómo le daba tiempo de ser tan perfecta? ¿Cómo era posible que todo lo tuviera así de impecable y bajo control? Hasta los lugares en donde no vivía podía mantenerlos con un orden aterrador.

”Como estaba más preocupada por Ángelo y por Marco, me olvidé de lo que estábamos haciendo. Vi la tele un rato y me quedé dormida. Mamá me había citado en una cafetería del centro frente a Bellas Artes. La verdad sí me daba un poco de miedo estar por ahí a las siete de la noche. Llegué sin nada, tuve que lavarme la cara y recogerme un poco el pelo, pero quedé medio despeinada, con la blusa fuera, desaliñada. Te juro que cuando llegué caminando nunca me imaginé lo que iba a ver. Mi papá había envejecido diez años. Tenía el rostro pálido, las arrugas se le marcaban más que nunca y se le afilaron los pómulos. Parecía que había perdido masa corporal en sólo nueve horas, se veía como un hombre consumido por los años. Supe entonces

que sí me amaba. Yo no entendía, pero vi un hombre deshecho, un hombre que habría dado su vida por mí si hubiera sido necesario. Me abrazó como si toda mi vida hubiera esperado ese abrazo. Con ese abrazo, Sofía, sí me hizo única, con ese abrazo sí me hizo especial. Me desvanecí. Me quebré por lo que había sido capaz de hacer, de hacerle. Me desvanecí por haberle fallado, por haberle mentido, por haberme alejado. Vi a un papá al que se le iba la vida. Lloré sin parar, aterrada por que un día descubriera que todo había sido un engaño de Mamá, nuestro, y me dejara de querer ahora que sabía que sí me quería.

”Mamá me tomó del brazo, me jaló contra ella y mientras me abrazaba me dijo al oído: ‘Muy bien, mi niña, lo estás haciendo mejor de lo que pensé’. Tras ella estaba Arturo Leyva. Él también me dio un abrazo y me dijo: ‘Querida Nadia, me gustaría hacerte unas preguntas. Es necesario hacerlas porque te juro que voy a mandar a hacer cachitos a esos hijos de puta’. Yo me quedé fría, sin saber qué decir, me limité a ver a Mamá. Ella actuó de inmediato: ‘Arturo, no es necesario, lo importante es que mi hija ya está con nosotros. No creo que sea conveniente hacerla pasar por otro mal trago después de todo lo que ha pasado la pobre. Ella lo compartirá cuando pueda o crea que es el momento. Me gustaría que mi hija se fuera a descansar ahora’. El muy idiota le creyó todo, Sofía, todo, y accedió a no preguntarme nada. Además le dijo: ‘Karima, siempre tienes la bondad de ver por el bien de los demás. Discúlpame, pero el coraje de lo que les hicieron hace que me hierva la sangre y quiero que paguen con sangre los que te hicieron esto’.

”Mi papá seguía llorando, con la cabeza gacha, mirando al piso, sin poder sostenerse por sí mismo. Ella, por el contrario, se veía ecuaníme y agradecida. Me tomó de las manos y le dijo a Arturo que lo único que quería ahora era darle gracias a Dios porque yo ya estaba con ellos, que lo único que podía expresar su corazón era un infinito agradecimiento ante la vida y que no pensaba en venganza, sólo quería rezar y agradecer tener a su hija de vuelta.

”Nos despedimos de Arturo y nos fuimos a casa. Vi un monstruo que no se compadeció ni tantito ante lo que había hecho. Le había causado un dolor profundo a mi papá, le había robado dinero, y no le importaba ni un poquito. Pidió por mi supuesto rescate tres millones de pesos. No sé a quién involucró para que se hiciera pasar por el secuestrador. Ella era la que tomaba las llamadas. El equipo de Arturo la acompañó a la cafetería Sanborn’s de la Casa de los Azulejos, cerca de Bellas Artes, para dejar las maletas con el dinero, se las entregaron al supuesto secuestrador, pero no pudieron hacer nada porque yo no estaba allí. El señor se comprometió a soltarme a las siete de la noche, por eso todos me estaban esperando en el Centro. Todo lo tenía planeado, Sofía, con una perfección escalofriante. Llegué a casa y ahí estaba Marco, esperándome. Me abrazó llorando. Era la primera vez que le mentía y yo no podía dejar de llorar. Quizá si él hubiera sabido la verdad me habría dejado por loca y se hubiera alejado de mí. Por eso no le dije nada, por miedo a que se fuera de mi vida. Papá comenzó a sentirse mal del corazón; llamaron a un cardiólogo. A casa llegaron mis hermanos. Los dos tenían el rostro gris, los veía descompuestos, al parecer mi ausencia los hizo recapacitar. Lina llegó corriendo para abrazarme y entre llantos y besos me pidió perdón por todo el daño que me pudo haber hecho. ‘Casi me muero cuando me dijeron que te habían secuestrado, Nadia. Perdóname. No tengo palabras para expresar lo mala hermana que he sido. Perdóname por favor, Nadia, no hubiera podido vivir sin ti. Quiero volver a empezar, eres mi hermana chiquita y siempre te tuve envidia, siempre te tuve mucho resentimiento por haber sido la favorita. Todos piensan que si me

hubieran secuestrado a mí o a mis hermanos mi mamá no hubiera pagado el rescate, al menos tuvimos suerte de que por ti sí dan todo'. Eso pensaba Lina; de verdad que cada hermana vive una realidad completamente diferente. Ella tampoco se sentía querida ni por mi papá.

”¿Qué habrá hecho mal Mamá para que todos sus hijos crecieran con temores y sentimientos encontrados por no sentirse amados?”

EL BENEFICIO DE LA MENTIRA

—Al final, como te dije, Sofía, todo había salido a la perfección. Mamá no dejó escapar ningún detalle. Sabrá Dios dónde escondió todo ese dinero en efectivo. La verdad es que yo saqué ventaja del supuesto secuestro. Descubrí que mi papá me amaba sobre todas las cosas, vi que Lina había recapacitado y ahora me llamaba todos los días. Mis hermanos casi nunca estaban en casa, pero ahora llamaban para preguntar cómo iba mi recuperación emocional. Lo mejor de todo es que Marco se dio cuenta de que le daba terror el compromiso, pero se prometió a sí mismo que si me encontraba con vida me haría la mujer más feliz del mundo y para eso me haría su esposa. Sí, Sofía, aunque pongas esa cara, todas las mujeres mueren por casarse y por ser la princesa de alguien, digan lo que digan, te lo firmo. Tú no lo sabes porque estás bien casada, pero si no tuvieras a Daniel te apuesto que darías todo por volver a casarte.

Asentí con la cabeza y me quedé callada para que Nadia continuara hablando.

—Marco me pidió matrimonio, me dio un anillo de compromiso. No era el más elegante ni el más lujoso, pero era de Marco y yo sentía que era la piedra más bella del universo. Me lo dio muy a su estilo. Ya te imaginarás: de milagro no me lo dio otro. Fuimos a su casa y nos metimos en el jacuzzi. Primero me abrazó al tiempo que me daba millones de besos en la frente sin dejar de decir: “Mi Nadia, mi chiquita, mi amor, mi tesoro, no imagino por los momentos tan terribles que tuviste que pasar. Perdóname por no haber estado ahí para ti, de cierta forma me siento responsable”. Eso sí no lo esperaba. Marco se sentía responsable de mi secuestro, pero yo no entendía por qué se sentía así. Con dos dedos lo tomé del mentón, lo hice mirarme a los ojos y le dije: “¿Por qué te sientes responsable, mi amor? Tú no tuviste nada que ver con eso”. Me respondió: “Sí, Nadia, sí tuve que ver. Yo te empujé a que tomaras ese maldito taxi al aeropuerto. Te iba a seguir hasta Acapulco. Yo te empujé a que fueras con Ángelo y todo lo hice por mi estúpido deseo de verte extasiada en brazos de otro. Quizá mi placer sea muy egoísta pero no soporté la idea de que pudieran hacerte algo y menos lastimarte por mi culpa. Nunca me lo hubiera perdonado. En realidad te amo, Nadia”. Metió las manos debajo de mis brazos, en las axilas, y me puso al borde del jacuzzi. Me penetró viéndome a los ojos con amor. Su aliento confirmaba su afirmación vital de querer quedarse en mí. Sólo en ese momento supe lo consciente que era de mi poder femenino, que había hecho que en Marco naciera la necesidad de protección de hombre alimentada por el poder de ser más fuerte, y verme frágil o imaginarme en pedazos o imaginar que no volvería a verme, a tenerme, todo eso le hizo darse cuenta de que soy una pieza clave para su existencia. Ese día en el jacuzzi me amó ciegamente, entregó todo lo que tenía de él y me lo ofreció. En ningún momento me dejé confundir; todo esto lo había logrado gracias a Mamá. Le quería agradecer porque de cierta manera ella hizo que Marco me valorara más. Le quería decir que la admiraba por la forma en la que sabía hacer las cosas, aunque en el camino destruyera todo cuanto amo. Yo ese día me había convertido en una aniquiladora de verdades, había aprovechado el beneficio de la mentira. Marco me volteó para ponerme sobre mi abdomen. Abrió mis nalgas con ambas manos, pasó un rato la lengua entre ellas y después, de una manera muy suave, me penetró. Sentí el ardor de su sexo a reventar, cada vez más caliente;

crecía más y más dentro de mí, cada vez se hinchaba más y más, con cada penetración. Esta vez no éramos tres, ni cuatro, ni siete. Sólo éramos Marco y yo. El poder de dos, Sofía, es mucho más intenso que cualquier cosa. Dos pueden llegar a límites de éxtasis incomparables, llenos de magia y de excitación. Terminé varias veces seguidas. Él, mejor que nadie, sabía cómo montarme; él, mejor que nadie, sabía hacerme suya en el vaivén de las olas del placer. Me volteó de nuevo y sin que yo lo notara puso el anillo de compromiso sobre el clítoris. Me pidió que me masturbara y al mover mi mano hacia mi sexo sentí lo rasposos del diamante.

”Me incorporé de inmediato. Él lo tomó con la boca, lo retiró con su mano y entre líquidos me pidió matrimonio. Grité de felicidad, le dije que sí, mil veces sí, sí quiero, sí quiero ser tu esposa, sí quiero casarme contigo, sí quiero pasar toda mi vida junto a ti. Dicen que una mujer que termina relacionándose con un hombre sin moral acaba convertida en su víctima. Mamá pensaba que Marco era un peligro para mí, quería que me mantuviera alejada lo más que pudiera de él. Ahora que sería su mujer no sé de qué forma tomaría el compromiso. Yo amaba a Marco y más que nunca estaba convencida de que lucharía por él, incluso en contra de Karima, si fuera necesario.”

EL TIEMPO

—No puedes imaginar mi felicidad, Sofía. Me la pasaba horas contemplando mi anillo. Los dos fantaseábamos con que seríamos un matrimonio poco convencional y que tal vez ésa sería la clave de nuestro éxito, respetar y amar al otro en completa libertad. Me quedaba claro que Marco sí podía hacerlo; la pregunta era si yo estaba dispuesta y si podía, pero para ser honesta yo ya sabía de antemano la respuesta, y claro que no iba a poder, y menos ahora que ya sería su mujer. De una forma u otra, por decirlo de cierta manera, sería su mujer oficial.

”Después del secuestro todo había sido maravilloso. No cabe duda de que nuestras reacciones ante la pérdida son inesperadas. Es el maldito tiempo lo que rompe y corrompe al ser humano. La soberbia humana parte de creernos seres inmortales. Los años reflejan qué tan sensibles somos a los cambios como seres humanos; queremos siempre postergar las cosas, nos creemos con años de sobra. ¿Cuántas veces no has escuchado: eso lo haré después? Dale tiempo para que se enamore. Buscaré el amor después de terminar un proyecto personal. Conoceré ese país dentro de unos años. No lo sé, Sofía, miles de ejemplos y no acabaríamos. Simplemente la gente vive sobrada de arrogancia y no hay cosa que me provoque más asco que piense que tiene todos los momentos del mundo para vivir. Mamá, de haber sido consciente del tiempo, no habría ido por la vida desperdiciando sus días en ver de qué forma fastidiaba al otro. Ese dinero para sus caprichos se me hace una mentada de madre, quitarles el patrimonio a sus hijos, a sus nietos, es una grosería. Ese dinero era de mi papá. ¿Qué sentiría de haberle visto una vez más la cara de idiota? Hasta a Arturo Leyva. No sé si Mamá de verdad lo hacía porque sabía qué tan pendejos son los hombres o porque sabía que caen por la adrenalina que todo esto les genera. Mis historias de sexo en algún punto la aburrieron, se volvieron monótonas, se acostumbró a ellas y tal vez por eso se hartó de Marco. Mamá quería que lo cambiara, que terminara con él. Necesitaba otro tipo de adrenalina y cuando se aburrió de mis historias, pues, ¿por qué no inventarse un secuestro? El tedio, el desgano, la falta de entusiasmo, hacían que Mamá desarrollara proyectos enfermos, patológicos, siempre asociándolos a factores de riesgo. Era algo que necesitaba y lo necesitaba desesperadamente. Mi felicidad duró tres semanas, sólo tres semanas.

”Cuando supo la noticia de mi compromiso con Marco, Mamá se puso como loca, me dijo que esa boda nunca se llevaría a cabo, que uno no se casa con un depravado sexual que seguro ahora lo que buscaba era colgarse del apellido de la familia y asegurarse una jovencita para su vejez. Parecía que no soportaba la idea de que me fuera con él, no soportaba la idea de que mi tiempo se lo diera a alguien más. Nunca tuve amigas. Si acaso algún día logré llevar a casa una amiguita, Mamá se encargaba de acabar con nuestra amistad de inmediato. No me quedaba más que recurrir a ella y por sólo tres semanas fui la más feliz de tener a Lina. Me dejó ir a su casa, me invitaba a comer, a jugar con mi sobrino, me sentía plena, Sofía, tan plena que mi sexualidad en esas tres semanas permaneció en calma. No se me antojaba ir a fiestas ni beber alcohol, ni la cocaína, ni la marihuana, ni las orgías, ni siquiera los tríos. La familia Sofí, el puro sentido de pertenencia, me hacía alejarme de todos los vicios y me daba estructura. Lina durante esas tres semanas se había convertido en mi persona favorita, la veía con admiración, ella tenía lo que yo

más deseaba y pronto yo sería de nuevo una mujer casada y tal vez Marco quisiera ser papá de nuevo. Me imaginaba estar casada y poder hacer las mismas cosas que hacía mi hermana, las cosas cotidianas, esas cosas de la vida diaria que parecen cansadas y de las que muchas mujeres, muchas amas de casa, se quejan día a día y en realidad no soportan su existencia porque llenan su día y sus horas con cosas sin sentido. Por esas cosas, Sofía, yo daba la vida: ir al supermercado, llevar la ropa a la tintorería, hablarle al carpintero, pelearme con el plomero. Quería construir un hogar con Marco y hablar de esas pequeñas cosas sin sentido que convierten a las personas en familia.”

CUÍDAME DE TI

Me enterneció sobremanera y me dieron ganas de levantarme de la mesa, abrazarla y decirle que todo iba a estar bien, que estaba en un terreno seguro y que tuviera confianza en mí, que lo que se dijera entre nosotras se quedaría así. Dirigió la mirada hacia el piso, se cruzó de brazos y con las palmas de sus manos se sobaba los antebrazos. Perdió la línea vertical que define su espalda, se encorvó y comenzó a mecerse de adelante hacia atrás. Yo tenía la impresión de estar viendo a una niña pequeña encerrada en el cuerpo de una anciana. Su metamorfosis física me sorprendió. Podría jurar que hasta el color almendrado de sus ojos cambió de tonalidad y después de un largo intervalo de silencio levantó la mirada, la clavó en mí y dijo casi susurrando:

—La odio.

Me quedé paralizada por la fuerza y el tono tan diferente, tan grave de su voz.

—Ninguna madre en ninguna cultura en ninguna época bajo ninguna circunstancia debe masturbarse pensando en su hija.

No supe qué decir. No guardé silencio porque fuera lo correcto en esa situación y ante semejante confesión; guardé silencio porque no tenía idea de qué responder.

Nadia continuó:

—Poco a poco me fui dando cuenta de que Mamá, al verme tener sexo oral en la biblioteca con mi novio, se excitaba. Sabía que cuando nos veía, ella comenzaba a tocarse. Sabía también que cuando me dictaba las cartas para que se las enviara a Fernando, ella se excitaba. Cuando Marco me llamaba y me hacía el amor por teléfono, yo sabía que ella descolgaba en otro aparato para oír. A veces yo dejaba la bocina del teléfono mientras él hablaba y la iba a ver, me asomaba a su habitación, y veía que mientras escuchaba, se tocaba. Un día sedujo a Marco, pero no por él, lo hizo por mí, yo era el objeto de su deseo, yo era quien encerraba todos sus deseos. Por eso en mi luna de miel me pidió que le modelara todos los negligés. No eran ellos, Sofía, era yo la que le atraía. Era yo la que le gustaba, era yo quien la excitaba al observarme, y yo todo se lo contaba porque sabía que le daba placer.

”¿Sabes por qué hacía lo que hacía? Experimentar cada vez más y más cosas, y más y más, sin parar, como estar con siete hombres uno tras otro, y las orgías, las fiestas, las drogas, los excesos. Independientemente de que a Marco eso le excitara. ¿Te puedes imaginar por qué siempre cumplí los deseos de Marco? ¿Tienes alguna idea, Sofía? ¿Sabes por qué, querida psicóloga? ¿Lo sabes o no? En la licenciatura, en la maestría, ¿no te lo enseñaron? ¿Tu Freud no te dejó algo escrito sobre esto?

—No, Nadia, ya que estás tan segura de que no lo sé, ¿por qué no me lo dices tú? ¿Qué te llevaba a buscar esos excesos?

—Para ver si en algún momento su retorcida mente tenía límites, por eso lo hacía. Para saber si su hija le importaba más que su placer perverso. Cada vez las historias tenían que tener más fuerza, más tono. Yo hubiera podido entretener a Marco con cualquier trío. Pero busqué más y más perversidad para ofrecerle a ella más historias. Quería saber en qué punto esa enferma violadora de almas se detendría. Pero nada, Sofía, absolutamente nada la hizo detenerme, nada la

hizo querer cuidarme. Su placer venía antes que yo. ¡Nunca, mi mamá nunca me cuidó de sí misma!

Se levantó de la mesa y me dijo muy enfadada: “¿Eso querías, no?” Levantó tanto la voz que hizo que la cafetería completa guardara silencio. Me temblaron las piernas y se me cortó la respiración. Me limité a quedarme ahí, sentada, sin hacer ni decir nada, y la dejé que tuviera su catarsis.

—He tenido muchísimas terapias a lo largo de mi vida y he visto a muchos psiquiatras. A ninguno le había podido decir todo esto. ¿Con qué talento endemoniado te premió la vida, Sofía? Cuando uno ama tiene la obligación moral de cuidar a los que quiere de los otros y de uno mismo, pero ella nunca me cuidó de sus asquerosas perversiones.

Empujó con fuerza su silla hacia la mesa y se marchó. Me dejó ahí sentada, temblando de miedo. Le llamé a Daniel, pero como de costumbre no respondió. Insistí varias veces, pero él desviaba mi llamada. Le marqué a Andrés y él sí tomó mi llamada de inmediato. Le dije que temblaba y le conté lo sucedido.

Andrés, con una paciencia desbordada, terminó de escucharme y dijo: “Sofía, hiciste lo correcto, no te toca contenerla, no es tu paciente. No te dejes manipular ni chantajear. Sobre todo, no te sientas responsable de ella”. Sus palabras eran muy claras, tenía razón, no era mi paciente, no debía sentirme responsable.

—Me conoces muy bien, Andrés.

—No tanto, Sofía, no tanto.

—Lo que sí me hace sentido es todo el diálogo coherente de Nadia sobre el amor a los otros. Tiene toda la razón en que cuando amas tienes que cuidar a los que quieres, y si es necesario los tienes que cuidar hasta de ti mismo.

MAL DE ESPÍRITU

—¿Por qué se puede despreciar algo, pero no se puede abandonar? ¿Por qué, Sofía? Tú dime, por favor. Llevo años tratando de entenderlo: por qué no me fui lejos de ella, para qué me quedé. No cabe duda de que quien estuvo con ella se dejaba atrapar y enamorar por su apariencia; aparentaba ser amable, protectora y muy maternal. Las personas amables y bien arregladas dan la apariencia de estar completamente en armonía con todo. Nadie sospechaba de ella, nadie sospechaba porque venía de una clase social en la que no es común cometer un crimen porque lo tienen todo. Los rasgos físicos de Mamá, Sofía, reflejaban belleza y armonía. Hasta cierto punto estar con alguien tan elegante hacía que las personas que la conocían actuaran como sus subordinados. Era tan encantadora que parecía ser modesta. A pesar de vestir miles de dólares daba la impresión de no tener ninguna ambición. Yo ya no la podía ver igual, sabía que tenía tres millones de pesos que los obtuvo de la manera más baja, más vil. Hubiera preferido que prostituyeran mi cuerpo, Sofía, pero en lugar de eso se atrevió a prostituir mi alma y ante eso no hay —y te lo digo porque lo he vivido todos estos años— no hay periodo ni posibilidad de cicatrización. ¿Cómo puede una herida sangrar tanto? El tiempo no ha logrado cerrarla, no la ha curado. Eso es lo que pasa, Sofía, apréndelo bien. Las heridas por la madre nunca cicatrizan. Nunca. El daño que hace una madre es irreparable, no hay quien lo pueda sanar. Todos los acercamientos a un consuelo quedan lejos cuando es la madre la que te lastima, la que te traiciona. La madre que traiciona, traiciona el corazón mismo de la humanidad, traiciona la propia existencia humana. Cierto es que Mamá padecía un mal del espíritu, un mal de ánimo, de carácter, un mal de infancia que provocó que todas sus relaciones se murieran a futuro. La muerte de su hermano la hizo castigarse de por vida y se acostumbró a que cuando se ama, ese amor debe morir. Ese beso en la frente que fue obligada a darle a su hermano muerto le robó el alma. Cuando una madre no tiene alma sus hijos crecen desalmados.

EL PERFUME N° 5 Y LAS CARTAS

—No te imaginas, Sofía, lo que está por venir. Yo pensé de verdad que por fin la vida me liberaba de Mamá. Sería la esposa de Marco y sería la mejor esposa. Pero de pronto comenzó mi pesadilla. A Yazmín, mi cuñada, esposa de Emir, le comenzaron a enviar cartas en hojas blancas con amenazas de muerte escritas con recortes de periódico. El pobre de mi hermano llegó a casa a contarnos lo terrible que se sentía, llegó a los brazos de Mamá pidiendo consuelo, ayuda, comprensión. Él medía un metro noventa y tres centímetros y era grande y fuerte, pero junto a ella parecía un niño desolado. Mamá fue la primera en poner cara de alarma y parecía que perdería la calma con esa terrible noticia. Se puso pálida, se llevó la mano al pecho y entre lágrimas de verdad, Sofía, yo vi cómo le escurrían sobre la mejilla, entre lágrimas le dijo a mi hermano: “Por favor cuídense, mi corazón no soportaría otro susto. Maldita gente egoísta, envidiosa, que no nos deja en paz. ¿Qué no han tenido suficiente con el secuestro de mi hija?, ¿ahora quieren atormentarme con amenazas de muerte a mi nuera?” Mi hermano la consoló, Sofía. ¿Lo puedes creer? Consoló con ternura al monstruo que tenía como madre, la abrazó y le dijo: “Mamá, has pasado por mucho, no te voy atormentar con todo esto, pensé que era prudente que lo supieras para tener cuidado”. La abrazó fuerte y con cariño ella respondió dibujando la forma de la cruz frente a él a manera de bendición. Yo me lo creí. Por instantes llegué a pensar: pobre, ya ha pasado por mucho. ¿Puedes creerlo, Sofía? Mamá se metía en mis pensamientos y los manipulaba, cuando yo sabía la verdad, aun cuando yo había participado en sus locuras, aun así, le compré su historia. Imagínate, mi hermano que nunca estaba en casa, cómo no iba a caer redondito ante Mamá. Ella había desarrollado en su interior una capacidad diabólica para hacer cosas terribles y cada vez necesitaba más. Era una genio de la maldad. Eso que hacía le daba tranquilidad, no había forma de disfrutar la vida si no estaba en el hilo de la sospecha de algo, pero por más despiadada y destructora que fuera daba la apariencia de amar y preocuparse por todos.

”La fuerza de su pensamiento era brutal, Sofía, le quebraba la voluntad a quien fuera, podía destruir a cualquiera en cuestión de segundos. Me invadió la desesperación por no saber si era ella quien mandaba esas cartas de amenaza. Lo dudé justo en el momento en que lo persignó y después se persignó ella para quedar libre de todo mal. Yo observaba la escena desde aquel escondite perverso que ella usaba para mirarme; era el escondite del diablo, no podían verme. Yo los podía ver perfectamente y terminé persignándome también cuando sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo por estar detrás de esos libros en aquel maldito escondite. ¿En qué éramos diferentes Mamá y yo? ¿Acaso yo me convertía en su copia? ¿Acaso habitaba su maldad en mi interior? Yo también era una manipuladora profesional. De pronto todas las flechas que apunté hacia ella y sus actos apuntaron a mí misma.

”Desde ese día comencé a seguirla, a espiarla. ¿Sería capaz de mandar esas horrendas cartas? Mi cuñada era una chica segura de sí misma, de su belleza y de su juventud. ¿Quién podría estar atentando contra ella? Mi hermano la amaba profundamente y aunque Mamá no daba crédito, él le era sumamente fiel. Ella decía que no existían los hombres fieles y para su sorpresa tenía un

hijo completamente entregado y fiel a su mujer. Antes de que se casaran, varias veces Mamá le mandó poner un cuatro para ver si caía; las mujeres que le contrataba eran impresionantes, las mandaba a la fábrica como posibles clientas, pero él nunca se dejó seducir. Yo pensé que algún día sí caería porque eran mujeres espectaculares, irresistibles, pero a mí me dio gusto que no cayera porque así le demostraba a Mamá que no todos los hombres son iguales. Al contrario, era como si con cada mujer que se le acercara y él tuviera la oportunidad para estar con ella, se reafirmaba más su deseo y sus ganas de casarse con Yazmín. El amor, Sofía, es sorprendente. Sí hay hombres que son de una sola mujer. Qué suerte tiene aquella que lo encuentra.”

Escuchaba a Nadia y no podía dejar de pensar en Daniel. No quería parecer ilusa y mucho menos presumida, pero Daniel me decía eso constantemente, que él era hombre de una sola mujer. Nadia se dio cuenta de que me había perdido en mis pensamientos. Me miró fijamente, esperó unos segundos y atrajo mi atención en cuestión de segundos al decir:

—Sofía, era Mamá quien mandaba las cartas de amenaza de muerte a mi cuñada. Sí, era ella, así como lo escuchas, era ella la que amenazó con más de trece cartas a Yazmín. Todo lo hizo a la perfección: recortó las palabras de los periódicos con guantes de látex con un corte asimétrico perfecto, el tiempo y la dedicación que puso en ello, la ortografía era asombrosa, hasta tenía acentos y comas, lo cual dejaba al descubierto que era una persona bastante preparada la que enviaba las cartas. Mi hermano le pidió a Arturo Leyva que se metiera hasta el fondo. Arturo estaba apenadísimo porque “mis secuestradores” habían quedado completamente fuera de su control. Su ego lastimado, y más ante Mamá, no lo dejaba en paz, pero en realidad no se le había ido nada de las manos porque era ella quien lo manipulaba. Arturo llegó un día a casa con información importante; se le veía angustiado. Al parecer, explicó, las cartas que recibía mi cuñada desprendían un ligero olor a perfume de mujer de muy buena calidad. Mamá se puso nerviosa, le ofreció pasar a la biblioteca, pidió a la gente de servicio que le sirviera café y galletas, subió a su recámara, se cambió el vestido y se echó encima otro perfume. El perfume que siempre usaba era Chanel N° 5. Ese día bajó con otro. Las notas del perfume eran completamente diferentes, pero Arturo pareció no darse cuenta.

”La maldad, Sofía, atrapa como el vértigo. De pronto siento que recuerdo todas sus locuras, que llegan a mi mente sin estructura, que se estrellan contra mi alma como pájaros alborotados sin dejar espacio en que no picotean, no me dejan descansar. Si no se nombra aquello que nos atormenta, se vive evasivamente. Ningún exceso, ningún extremo, ninguna droga logra que olvidemos nuestra angustia. Una simple nota de un perfume caro hace que ahondemos en el pozo del alma, nos lleva sin pedir permiso a ese lugar de donde surgieron los recuerdos; nos lleva a eso que no queremos ver.

”Que no se borre nunca el crimen que cometió Mamá, Sofía, porque bien lo hizo por voluntad propia y esa vez que no salió bien librada fue terrible ver hasta dónde podía llegar para mantener intacta su imagen. Contarte esto, Sofía, hace que entienda algunas partes del vértigo que siento frente a la vida, sobre todo frente al amor, a las relaciones de pareja. Contarte mi historia ha hecho que me perdone de cierta manera, que entienda de dónde vienen todos esos cuervos que se han comido mi espíritu poco a poco y mi necesidad de librarme de ellos. Sentir esto, ya siendo una mujer de edad, hace que me vincule con la vida y que por fin deje de vincularme con la muerte. Todos mis actos de vida los he llevado al extremo por esa necesidad imperiosa de sentirme viva. Cuando tu propia madre asesina tu espíritu, Sofía, no quedan muchas

herramientas con las cuales sobrevivir.”

LA TRAMPA

—Mamá me traicionó, Sofía. Me traicionó y hoy a mi edad sigo sin poder entender, sigo preguntándome cómo fue capaz de hacerlo, cómo pudo hacerlo, Sofía. Por favor, tú eres psicóloga, tú tienes que explicarme por qué hay madres que son capaces de traicionar a sus hijas, por qué hay madres que pueden incriminar a sus propios hijos. Yo era capaz de echarme la culpa de cualquier cosa por ella; sí, Sofía, aunque hagas esas caras, lo hubiera hecho si ella me lo hubiera pedido, hubiera ido a parar a la cárcel con tal de protegerla. Lo que no pude hacer, no pude y simplemente todavía no puedo, y me hace sangrar, es entender por qué me culpo a mí sabiendo que yo era completamente inocente y que de esa manera condenaría mi vida por siempre. Mamá me tiró a un abismo mirándome a los ojos. El vientre que me dio vida me arrojó a un pantano peor que la propia muerte, al destierro de los corazones de todos mis amados, al destierro de todo aquel que pudiera sentir algo lindo por mí. Rompió todos los lazos con mi familia.

Nadia guardó silencio y se quedó con la mirada fija. La tomé del hombro, se lo acaricié con suavidad y le pregunté: “Nadia, ¿quieres que dejemos todo por hoy y mejor nos vemos otro día?” “No —respondió con prisa—, quiero terminar de contarte todo hoy. Ya abrimos la puerta y necesito atravesarla para desahogarme.” Me levanté de la mesa para llamar a Daniel y pedirle que se hiciera cargo de las niñas. Me tomaría la tarde para terminar de hablar con Nadia. Habíamos llegado a un punto crítico y no la podía soltar. Fui al baño y me lavé la cara. Sentía un enorme cansancio, sin embargo, algo de mí tiraba hacia ella.

EL SUICIDIO

—Sofía, ¿crees que el dolor que nos come por dentro merece ser aniquilado? A diferencia de lo que se piensa, quiero decirte que uno se quita la vida para ayudarse, no se la quita por pesimista, por masoquista o por cobarde. No. El suicidio, querida Sofía, habla de esa parte rescatadora que vive dentro de nosotros, refiere a esa parte que ya no quiere, que ya no puede seguir sufriendo, habla de matar ese dolor, de matar ese cáncer que nos come silenciosamente por dentro y que noche a noche, en especial en las madrugadas, te asfixia, pero es tan desgraciado, es tan hijo de puta ese dolor, que no da la estocada final, te deja respirando con dificultad para volver a hacerte pedazos y extender la agonía, ésa es la verdadera causa, querida psicóloga, de por qué tratamos de quitarnos la vida. No somos negativos. Los suicidas huimos de tanto dolor, huimos de la asfixia, de la angustia.

”Qué fácil es para ustedes los psicólogos llamarnos cobardes o enfermos si lo que estamos haciendo es todo lo contrario, estamos erradicando de tajo el dolor que nos come por dentro, estamos quitando todo lo podrido que habita en nuestras almas. Los suicidas, Sofía, nos secamos las lágrimas con pañuelos negros, pasamos lunas enteras pidiendo ayuda para volver a ser dueños de nosotros mismos. Uno recurre a la muerte porque la vida no nos guarda recompensas para ese dolor que llevamos por dentro. Se tiene que llevar una hoguera por dentro para ser capaz de darte un balazo en la cabeza o para colgarte con una soga o tomar un cuchillo y cortar tu propia carne. El suicida se mueve lento, se mueve en un terreno lleno de fango y fuego y pisadas punzantes. Los que buscamos la muerte la buscamos por salud; enfermo sería quedarnos sumergidos en el tormento. Hablar de nuestra propia muerte, que dependa de nuestra voluntad, es en cierta forma hablar de un poema que sangra. Es poético, delirante y hasta provoca envidia. Se necesita fuerza y energía, Sofía, una energía muy especial para quitarse la vida.

Nadia se arremangó la blusa y me enseñó los cortes en sus brazos. Me explicó que ésa era la razón por la cual siempre usaba blusas con manga larga, para que nadie pueda ver las cicatrices.

—¿Por qué temerle a la muerte, Sofía, si es algo natural? Los suicidas coqueteamos con la finitud, vemos esa amplia posibilidad de poder irnos de este mundo atravesando una ventana. Estamos enamorados de la muerte, ¿sí sabes por qué o nada más me miras con ojos de saberlo todo?

Mi mirada estaba muy lejos de saberlo todo. Desde la universidad no había visto cicatrices de angustia en la piel. Yo había elegido el camino suave de la psicología; ni las adicciones, ni las depresiones, ni los suicidas, ni los crímenes me habían interesado. Mi camino era ayudar a los adolescentes a encontrarse a sí mismos, pero con Nadia trataba de no perderme en sus historias. Nadia me golpeaba con sus propias conclusiones y me hacía sentir que estaba en una especie de examen final. Me mostraba cómo su mamá había soportado una vida monstruosa, convirtiéndose ella misma en un monstruo. Nadia buscaba o me dejaba la tarea de buscar la verdad en su narración, en sus recuerdos. Su piel me contaba una historia en la que ponía a prueba mi capacidad para juntar las piezas de ese rompecabezas emocional. ¿Qué pretendía que hiciera con toda esta información que me daba? Liberarla de la angustia, dejar escrita una historia que le

guardara todos sus secretos, que alguien escuchara sus pecados, la liberaba de la culpa y del afán de dominio de su madre. Nadia me quería llevar de buena gana, de mala gana, retándome, humillándome, confrontándome, aludiéndome de la forma que fuera; me quería llevar a esas profundidades que nadie se atreve a develar. Y yo me dejé llevar, y lo hice con diferentes estados de ánimo.

—¿Qué fue lo que falló?

—¿A qué te refieres, Sofía?

—¿Por qué estás aquí, por qué estás sentada junto a mí y no muerta? Para estar enamorada de la muerte y no estar muerta, supongo que algo tuvo que fallar.

—No lo sé —repuso ella con voz de angustia.

—Quizá no era del todo lo que buscabas. Mira, Nadia, me doy estas libertades de confrontación porque no estamos en terapia, pero sí me gustaría que seas honesta conmigo. ¿Sedujiste a la muerte para llamar la atención de tu familia?

Esto último lo dije con voz temblorosa y sin hacer ninguna pausa continué diciendo: “¿Qué esperabas que ocurriera al quitarte la vida?”

De pronto pareció que sus ojos iban a explotar. Nadia se levantó de la silla de un jalón, tiró la pashmina y bajó la camisa mostrándome la cicatriz que tenía en el cuello. Vi que trató de cortarse la garganta.

—No pretendía sobrevivir, te lo puedo asegurar. No quería vivir. Me falló, no lo logré, y fue terrible porque hubiera sido tanto más fácil haber acabado ese día con todo este dolor. Ella terminó con todo.

”No me hubiera gustado morir devorada por Mamá. Fue peor. Me devoró en vida y ni siquiera me dio la oportunidad de librarme de sus crímenes. Si me hubiera amado me habría dejado morir, pero me hizo vivir para seguir torturándome.

Las lágrimas caían rápido sobre su rostro, rompiendo cualquier tipo de enmascaramiento. Perdió la pose para poder gritar ese dolor que la invadía.

—Estaba en el teléfono hablando con Marco sobre nuestra boda. Volvía a soñar cuando entró mi hermano Emir completamente desenchajado gritando desde el recibidor: “¿Quién chingada madre se atrevió a mandar las cartas a mi esposa?” Le dio una patada a la puerta corrediza de la biblioteca. Se veía furioso, tenía espuma blanca en la comisura de los labios, se le marcaban las venas y la frente la tenía completamente cubierta por gotas de sudor. Mamá se asomó desde el segundo piso. Con voz de alarma dijo: “¿Qué te sucede, mi vida?” La muchacha de la limpieza le había llamado a Arturo Leyva y le había informado que debajo de mi cama se encontraban periódicos recortados, tijeras, hojas en blanco y guantes de látex. Yo llevaba dos semanas quedándome a dormir en casa de Marco. Ese martes fui a la casa para hacer acto de presencia y ver cómo se encontraba papá. Le habían encontrado un soplo en el corazón y estaba muy delicado. Mamá bajó a tranquilizar a mi hermano. Se metieron a la biblioteca. Le conté a Marco todo lo que sucedía en tiempo real y me dijo que tenía que estar presente para ver si podía ayudar a mi hermano en algo. Me acerqué a la biblioteca.

Nadia se quedó sin habla, pálida, como si de pronto hubiera visto un fantasma frente a ella.

—La escuché, Sofía, escuché cómo acababa con mi vida. Dijo: “Lamento mucho lo que estamos viviendo, pero sin querer defenderla ni justificarla quizá el secuestro la afectó de sobremanera y la está llevando a hacer cosas terribles. Yo últimamente la he visto actuar de

forma muy extraña. Me tiene muy preocupada. Pensé que era normal, la pobre vivió una situación terrible y tal vez todo su enojo lo sacó de esa manera. No puedo ni leer todas esas amenazas. Pobre Yazmín, no me imagino el impacto que habrá sido para ella saber que su propia cuñada era la que la amenazaba de muerte”. Mi hermano gritó fuera de sí: “¡Tu hija está loca, mamá. Nadia debe tener un gran castigo. Tiene que pagar por todo el daño que nos ha causado. A mí, a mi esposa, a mis suegros y hasta a mis pobres hijos. ¡Hemos vivido una pesadilla, mamá, hemos vivido con mucho miedo todos estos días!” “Claro que lo va a pagar —dijo Mamá, de eso me encargo yo.” Simplemente no podía creerlo, Sofía, no podía.

La vi con dificultades para respirar. Estaba completamente metida en ese evento. Trataba de jalar aire, pero no podía.

Me asusté mucho al verla así. Con voz nerviosa le dije:

—Nadia, respira, saca el aire por la boca. Tranquila, respira.

No me hizo caso, me tomó de la mano; con fuerza le puse mi mano sobre la espalda. Tomó unos segundos en un llanto que la asfixiaba. Se soltó de mi mano y con dificultad siguió la narración de ese día:

—Entró Arturo Leyva, abrazó a Mamá como dándole el pésame por la tragedia de la que se había enterado. Mamá sacó un sobre de su bolsa y le dijo: “Arturo, la niña está haciendo cosas completamente enfermas, pecadoras, fuera de sí”, y comenzó a llorar.

”Mi hermano fue el primero en creer en esas lágrimas. Arturo, ese asesino maldito, se hacía el consternado, parecía muy afectado por la noticia. Mamá sacó un sobre que yo había guardado. Marco y yo nos habíamos tomado unas fotos con Martín. Los tres desnudos en la cama. Yo se la chupaba a los dos, juntaba los dos penes y los ponía en mi boca. Luego había otras donde yo le daba sexo oral a Martín y Marco me penetraba por detrás. Mamá encontró esas fotografías y se las enseñó. Sacó las fotos del sobre para enseñárselas a mi hermano y a Arturo Leyva. Al verlas, mi hermano se levantó con violencia y dijo: ‘No quiero ver eso. Nadia es el diablo’. El puerco de Arturo se quedó mirándolas por largo rato; estoy segura de que ese viejo cochino se habrá masturbado después pensando en mis imágenes. Mamá guardó las fotos en el sobre. Yo no tenía idea de que ella las tenía. Por cuánto tiempo las tuvo no lo sé, a mí se me habían olvidado. Yo las quise guardar, pensé que en mi casa estarían más seguras. Nunca me imaginé que mi propia madre las fuera a encontrar para mostrarlas después a su conveniencia. Ya que las había enseñado, cubrió su cara entre sus manos como con vergüenza y dijo: ‘Creo que la voy a mandar a Mérida a un convento para que allí le limpien el alma’. ‘De ninguna manera —replicó mi hermano—, la vamos a meter a un psiquiátrico, esa mujer es una enferma mental. No le podemos decir nada a papá, su corazón no va a resistir una noticia así. Sé que es muy doloroso para ti, mamá, sé que es muy difícil, pero por lo mismo no lo puedes ver: Nadia está loca.’ Arturo Leyva le tomó la mano a Mamá y le dijo: ‘Karima querida, lamento tanto todo esto, pero tu hijo tiene razón. El hecho de que hayan secuestrado a Nadia no le da derecho de amenazar de muerte a nadie y esas fotos lo único que muestran es que está completamente poseída por una fuerza del mal. Está enferma, Karima. Sabrá Dios qué le hicieron a la pobre estando secuestrada para que esté actuando con tanto desequilibrio’. ‘Guarda esas fotos, mamá —sugirió mi hermano, de ese modo los psiquiatras podrán ver el trastorno mental de Nadia.’ Se me doblaron las piernas, Sofía, y caí frente a la puerta corrediza de la biblioteca. Mamá la abrió con dificultad porque mi hermano al patearla la había descuadrado. Los tres me vieron tirada en el piso. Arturo Leyva se

apresuró para ayudar a Mamá. Me tomaron del brazo para ponerme de pie. Mi hermano se adelantó y acercando mucho su cara a la mía, me gritó: ‘Eres una puta divorciada, enferma, lo vas a pagar muy caro’. Yo le grité llorando: ‘Diles la verdad, Mamá, diles la verdad. Me quieren encerrar en un psiquiátrico y yo no hice nada, ¡diles la verdad, Karima, carajo, diles la verdad!’ Con desesperación, con angustia, con terror por lo que me iban a hacer les grité: ‘¡Ella es la que planeó todo, ella es la culpable de todo! Nadie me secuestró. ¡Ella lo planeó todo, a ella se le ocurrió y ella lo inventó!’ Mamá comenzó a reír con risa nerviosa porque no sabía si todo se le vendría abajo o no. Pero de pronto entró en calma y vi reflejada en sus ojos la maldad absoluta: ‘Querida Nadia, mi niña, mi chiquita, no tengas miedo, te vamos a curar. Vas a estar bien’. Me acarició el pelo con dulzura y le hizo una señal a mi hermano para que me tomara por la fuerza por la espalda. Logré zafarme y empujarlo y corrí a mi recámara. Ella fue corriendo detrás de mí.

”Sí, Sofía, tienes razón, algo me falló. Yo quería que ella me persiguiera como había perseguido a su hermano, yo quería que me viera muerta junto a mi cama para causarle con el recuerdo de mi muerte el mismo dolor que ella me había causado. Pero no me dio tiempo. Subí corriendo la escalera hacia el primer piso, entré a mi recámara, pero ella metió el pie de tal manera que no pude cerrar la puerta. Corrí entonces al baño y allí sí logré encerrarme. Le di un golpe con el puño derecho al espejo. Con un pedazo roto de espejo hice el primer corte, que fue en las muñecas, el segundo en las ingles y el tercero, cuando perdí la conciencia, fue en el cuello. La cicatriz es ésta que ves aquí. Como podrás darte cuenta no es que quisiera llamar la atención, ni de cerca era un chantaje, realmente quería quitarme la vida y ni en eso, Sofía, ni en eso tuve suerte. Al parecer mi hermano rompió la puerta a patadas. Me cargó sangrando y me llevó a la patrulla de Arturo Leyva y de allí, en patrulla, al hospital. Estuve internada tres semanas en el Hospital Español. Todo ese tiempo estuve completamente drogada; no me acuerdo de casi nada. Recuerdo que a las tres semanas retiraron los puntos. Yo quería hablar con Marco. Esas tres semanas jugué en mi mente delirante que estaba en *Sonriesburgo*. Supongo que es la mente la que te protege de eventos traumáticos. De ahí me trasladaron al hospital psiquiátrico San Rafael y fue ahí, Sofía, donde me di cuenta de todo lo que había pasado. En el camino a la clínica San Rafael recordé todo lo que Mamá había hecho.

LA TORTURA EN LA CLÍNICA SAN RAFAEL

—Te juro, Sofía, que hubiera preferido ir a la cárcel. La clínica San Rafael fue construida por unos religiosos para dar atención a los enfermos mentales. Hacían exorcismos para sacar los demonios que provocan la locura. Sofía: era el infierno. La que tenía que estar encerrada ahí era Mamá, no yo. Me estaban torturando. A los enfermos, después de sus tratamientos, los dejaban como idiotas con hilos de saliva escurriéndoles de los labios. Me dan escalofríos sólo de recordarlo.

—Nadia, yo conozco esa clínica. Un día la Universidad de Puebla nos llevó al San Rafael para hacer unas pruebas proyectivas de Rorschach.

—Entonces me puedes entender.

—Sí, claro, recuerdo que el lugar era espeluznante. Me acuerdo de muchísimas puertas y de los pasillos muy estrechos. No había ventanas. Lo noté por mi claustrofobia. Tuve que salir corriendo. Recuerdo la dirección: Insurgentes Sur cuatro uno siete, o algo así.

—La dirección del terror. Te lo juro, Sofía, nunca sufrí tanto como esas dos semanas que me encerraron. A todos los pacientes que les daban electrochoques los hacían olvidar todo. No sé si lo llegaste a ver, pero algo más se apropiaba de ellos. Vivían sin estar vivos, los dejaban sin memoria. Eran como zombis, eso me lo querían hacer a mí. Sofía, Mamá ordenó los electrochoques, pidió a los doctores que borrarán mi memoria. Gracias a Dios yo era una muchacha hermosa, y eso me salvó la vida.

”Mi belleza me salvó de no haber acabado con un hilo de saliva colgando de las comisuras de los labios y estar meciéndome de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante. Yo fingía que me tragaba las pastillas. Aprendí a guardarlas detrás del labio superior, en la encía en donde se encuentra el frenillo. Siempre estuve consciente y actuaba en silencio, necesitaba estar alerta para poder escaparme o de alguna manera llamar a Marco. Sofía, Marco era la única persona que me podía salvar. Por instantes sí pensé que quizá era mejor que me borrarán todos mis recuerdos. Pero ¿qué somos realmente sin recuerdos?, ¿qué somos, Sofía? Sin memoria, ¿en qué nos convertimos? ¿Sabes lo que me salvó? Las horas de placer, las horas de éxtasis que viví en los brazos de Marco, su mirada, su olor, su piel, su sonrisa, nuestra complicidad, nuestros planes a futuro. Me salvó la cantidad de orgasmos que me hicieron sentir viva. Decidí que todavía era joven y que no podía marcharme sin volver a hacer el amor con Marco.

EL TRATAMIENTO

—Mamá le enseñó las fotos al psiquiatra. Quiero pensar que lo hizo para tener pruebas de mi locura y que me dieran los electrochoques. Ese día, después de ver las fotos, el psiquiatra Mario pasó en su ronda de visita. Al entrar a mi cuarto cerró la puerta con llave y se sentó en mi cama. Amablemente me ofreció una pastilla con un vaso de agua de plástico. Yo tomé la pastilla con los dedos, la metí a la boca y simulé que la tragaba. “Buena niña, buena niña —repitió dos veces—. Vi tus fotos esta mañana, tu mamá las trajo, pidió que te hiciéramos un tratamiento que te hiciera olvidar todas esas conductas autodestructivas que has tenido después de tu secuestro. Dice que presentas episodios esquizofrénicos. Es una pena que seas tan hermosa y que estés tan loca.” “No estoy loca, doctor. La enferma es ella. Ella es la que debería estar aquí, no yo. Todo fue una trampa para que ella saliera librada.” El doctor Mario se levantó de la cama, se quitó la bata y la puso sobre la mesa. La estiró para que no tuviera ninguna arruga. Pidió que me acostara sobre la espalda. Me colocó unos grilletes en los tobillos. Dijo que podíamos intentar otro tipo de tratamiento. La terapia de electrochoques acabaría con mi belleza. Me preguntó si yo estaba de acuerdo en intentar otra cosa y por supuesto le dije que sí, que aceptaba otro tipo de tratamiento. Después de amarrar mis piernas por los tobillos y mis brazos por las muñecas levantó mi camisón y movió el calzón a un lado. Me metió los dedos índice y medio, los sacó, los olió y dijo: “Hueles a hembra. Creo que tu tratamiento va a ser complicado, por lo que vas a tener que ser una niña muy buena y cooperar mucho con tu doctor”. Me hizo abrir la boca y la pastilla se cayó. “Ah, con que eres tramposilla. Ya voy conociendo tus mañas. Abre bien la boca, niña.” Se bajó la bragueta, se la sacó y la metió en mi boca. Hizo que se la chupara, pero yo tenía la boca completamente seca, no tenía saliva.

”El miedo es seco, Sofía. El miedo hace que todo se seque; yo estaba aterrada. Me dio una bofetada no muy fuerte y me dijo que me concentrara. ‘Hazme venir o mañana te vas a electrochoques.’ Lo comencé a lamer como sabía hacerlo y él me dijo que muy bien, que así estaba muy bien, que siguiera. Se puso encima de mí y me la metió. Se movió despacio, con cautela. Yo no hice un solo movimiento, ni un solo gemido. Me sentía como un maniquí, fuera de mi cuerpo. Él estaba solo en su placer y yo sólo miraba al techo. Pensaba que eso era lo que los excitaba; la violación se trataba de transgredir y hacer daño y mi silencio lo decía todo.

”Regresó al día siguiente por la noche. Nuevamente cerró la puerta tras de sí con llave. Dejó la bata blanca bien doblada sobre la mesa y junto a ella la pastilla. No me hizo tomarla. Me dijo que quería que tomara el vaso con agua para tener más saliva y se la chupara más rico. Lo hice. Todo era mecánico. Le pedí que esta vez no me atara los tobillos, pero no quiso; siento que eso era lo que le provocaba placer, verme atada, inmovilizada, a su disposición. Se movió igual que la vez pasada y yo me dediqué a ver el techo. Las lágrimas escurrían por mis mejillas, era una pesadilla que no terminaba. Pensaba que hubiera sido tanto mejor que hubiera podido acabar con mi vida ese día en el baño de mi recámara. Esta vez se vino más rápido que el día anterior y lo hizo dentro de mí. Me dijo que era la primera vez que se venía dentro de una paciente, que eso sí nunca lo había hecho, pero que yo le gustaba demasiado y no podía contenerse. Mañana me daría

un remedio para no quedar embarazada, que lo que menos quería era embarazarse a una loca. Se incorporó, se subió el cierre, tomó la bata y me dejó así, atada a la cama. Toda la noche pasé frío. La enfermera entró a las seis de la mañana para darme un baño de agua helada. Me vio amarrada, desnuda, con el calzón a un lado, y lo primero que preguntó fue: ‘¿Anoche pasó de visita el doctor Mario?’ No contesté, me quedé muda mirando el techo, tenía miedo de que me quitaran a mi violador y me dieran electrochoques. Me dio terror. Esa noche no pasó el doctor por mi habitación, y a la mañana siguiente me visitó el doctor Pablo. Te juro, Sofía, que ese hombre me dio mucho más miedo. Era el cirujano que hacía las lobotomías y pasó a leer mi historia clínica. En mi historia clínica había una sugerencia de borrar por completo mi memoria, decía que tenía actos suicidas recurrentes y que era una asesina en potencia, un peligro para la sociedad.”

La interrumpí de golpe:

—Nadia, te entiendo perfecto. En la Universidad de Puebla di unos talleres sobre los métodos tan absurdos que se usaban en los hospitales psiquiátricos. Era terrible, lo sé, por miles de años la humanidad practicó la trepanación, que consistía en agujerear el cráneo para supuestamente dejar salir a los espíritus malvados. La idea de la lobotomía no era del todo diferente. Según yo fue un neurólogo portugués el que la practicó por primera vez, creía que los pacientes con conductas obsesivas sufrían de problemas en los circuitos del cerebro. En los años cuarenta se puso muy de moda hacer lobotomías y según los psiquiatras lo hacían de una manera que era menos dolorosa para el paciente ya que los tratamientos convencionales eran mucho más violentos.

Sinceramente no sé por qué motivo la interrumpí. Fueron mis nervios los que se adelantaron y me hicieron dar datos sin importancia. Asumí que mi comentario estaba completamente fuera de lugar, pero era necesario para poder tomarme una pausa y al menos soltar el aire que oprimía mi pecho. Mi comentario fuera de lugar no pareció importarle en lo absoluto, ni siquiera lo escuchó.

—Esa noche sí me visitó el doctor Mario. Me dijo que no le podía decir ni una palabra a nadie. Que lo que pasaba en las horas de visita tenía que quedar entre nosotros. Son sádicos, Sofía, presentan un sadismo terrorífico. Te juro que lo que excitaba al doctor Mario era la humillación, eso era lo que le provocaba placer. Confié en mi intuición y eso puede ser escalofriante, pero supe que al imbécil ese le daba una satisfacción obsesiva mi sufrimiento. Entre más seca, tensa y rígida, mientras más asustada me sentía, más placer le provocaba. Pero yo no podía dejar que me humillara, no se lo iba a permitir ni a él ni a nadie. Preferiría cortarme la garganta a vivir humillada, a vivir con miedo de ser arrastrada a esos infiernos donde ni siquiera era libre de nada.

—¿Cómo supiste que era eso lo que lo excitaba?

—Mi niña, ya llevaba varios amantes, ya sabía reconocer las perversiones de los hombres. Ya los sabía leer en la cama y sentía cómo su sexo se endurecía. Esa noche lo iba a sorprender. Después de que nos bañaban las enfermeras con agua fría nos daban cosas asquerosas para comer. Yo ya no podía ni con el olor ni con la comida. Escuchaba gritos, gente pidiendo ayuda, golpes. La peor tortura, los más enfermos, Sofía, perdón que te lo diga, eran los de las batas blancas. La desesperación me comía. No sabía qué planes tenía Mamá. Ella me daba más miedo que el doctor Pablo o que mi violador. Yo necesitaba asegurarme de que ella estuviera tranquila. ¿Qué tal si preguntaba por la terapia de electrochoques? Las aplicaba a las siete de la noche. A esa hora había quedado el horario para mí. Cada día el doctor Mario decía que iba progresando

con fármacos. El doctor tendría alrededor de cuarenta y seis años y llevaba siete años trabajando en esa clínica. Estoy segura de que abusaron de todos. En esa clínica se cometieron los peores crímenes y por supuesto los religiosos o participaban o se hacían de la vista gorda. Ese día entró el doctor Mario a las nueve en punto. Al verlo cruzar la puerta y cerrarla yo me desnudé por completo y me puse en cuatro sobre la cama. “Nadia, ¿estás loca? No puedes hacer eso, nunca más puedes hacer eso. ¿Qué tal que hubiera entrado con mis residentes? Me hubieras hecho quedar muy mal. He hablado muy bien de ti, ¿sabes? Lo que me llama la atención es que tu mamá quiere intensificar tus tratamientos y está dispuesta a pagar el doble si es necesario, pero quiere que no tengas recuerdos tan desagradables de tu pasado impúdico y sobre todo de las amenazas de muerte a tu cuñada. Nos contó que siempre has estado enamorada de tu hermano y que ésa es la razón por la que quieres matarla.” Sofía, en ese momento ya no pude seguir escuchándolo. Me hizo pedazos. ¿Para qué me decía todo eso?, ¿qué ganaba con decírmelo?, ¿por qué me quiso hacer más daño? Yo ya estaba desnuda esperando a que me penetrara, él vio que no estaba aterrada esperándolo y me tuvo que hacer daño para excitarse. Me bajé de la cama y me fui a una esquina de la habitación, me acurrugué temblando de miedo, de frío, como un animalito acorralado. Empecé a llorar y le dije: “Ya no quiero volver a verla nunca, por favor, ayúdeme a morir”. “No me decepciones, Nadia, no me puedes hacer quedar mal. Estoy haciendo todo lo que puedo por ti. Es momento de que te comportes como adulta. Tengo cinco pacientes de los que tengo que demostrar al comité que mis tratamientos pueden funcionar sin necesidad de someterlos a terapias de electrochoques. Vístete ahora —ordenó con una voz aterradora—, te voy a llevar para que lo veas con tus propios ojos.”

Sofía, fue lo más espantoso. Bajamos a un sótano y mientras más avanzábamos más se estrechaba el pasillo, se reducía, y los gritos eran terribles. Los pacientes se estremecían, temblaban. No puedo entender que todavía se sigan dando electrochoques, no es posible que piensen que siguen funcionando las terapias electroconvulsivas en estos tiempos para contrarrestar las depresiones. Levantaban al paciente casi sin vida; parecían zombis, no estaban ahí, algo los había tomado, como si les hubieran chupado el alma. Me vino a la cabeza una imagen aterradora, como una muñeca, y me vi sentada en la biblioteca de Mamá: yo mirando hacia el piso sumergida en mis pensamientos y ella cepillándose el pelo, haciéndose pasar por la madre sufrida. Subí las escaleras corriendo, pero me atraparon dos camilleros y el doctor Mario pidió que me llevaran a mi habitación, que yo era una paciente especial. Esto quería decir que tenía privilegios sobre los demás, que no compartía cuarto con nadie. Me llevaron a mi cuarto y me encerraron. Tardó largo rato en que llegara el doctor. ¿Sabes, Sofía? A esas alturas yo quería que llegara el doctor Mario. ¿Lo puedes creer? Quería que estuviera conmigo porque me sentía muy sola y tenía mucho miedo. Cuando por fin llegó me vio sin fuerza y me dijo que mi conducta no era apropiada, que si no paraba el drama me iba a cambiar de tratamiento. Le pedí que no se fuera y se sorprendió. Le dije que por favor no me dejara, que sería su esclava sexual, que haría lo que él quisiera. Le prometí que si me daba de alta lo iría a ver las veces que fuera necesario, haríamos todo lo que él deseara, como él quisiera, por donde él quisiera, con lo que él ordenara y con quien él quisiera. La idea le gustó.

Al día siguiente me dejó llamar por teléfono a Marco. Pobre Marco, la estaba pasando muy mal. El pobre no podía hablar. Le dije que sólo tenía segundos para hablar, que por favor el próximo miércoles pasara por mí pero que no le dijera a nadie. Así pasé una semana, siendo

esclava sexual del doctor Mario. Me hizo hacer unas cosas que no te puedes imaginar, Sofía. Lo que viví esa semana quedó completamente en el olvido. Mira que he vivido cosas sexuales al extremo, pero esa semana viví otras que no me atrevo ni a mencionar. Nunca había conocido a alguien tan enfermo, tan perverso, tan depravado.

INSOMNIO

No logro dormir. Nadia ha invadido todos mis terrenos y lleva tiempo ya quitándome el sueño. El tiempo que les he robado a Daniel y a mis hijas ha sido demasiado. ¿Con qué fin? Las cicatrices de Nadia, sobre todo la de la garganta, me persiguen de noche. Ahora entiendo su manera de vestir con una pashmina siempre alrededor del cuello, cubriendo ese pasado que la atormenta día a día. Escucho mis propios pensamientos y las voces de Nadia, de Karima, de Daniel, se confunden en mi interior. Sus historias se han convertido en sombras. Algo tengo que hacer para desaparecerlas. Me quisiera ir, pero no suelo irme dejando las manos vacías. Mi compromiso por devolverle algo ha sido fantasmal.

Nadia no quiso terminar con su vida. Vivía el mejor momento de su existencia, planeaba su boda, se había reconciliado con su hermana, comenzaba a mirar la vida desde otra perspectiva. El que su propia madre la llevara arrastrando al pantano de la traición fue lo que finalmente la llevó a decidir vencer la potente vida que habitaba en ella. El suicidio para ella fue la única salida viable al desenlace del crimen del que la inculpaban. Estamos al servicio del otro. El otro es quien limita nuestro gozo y es esa limitación lo que le hace ser. Por más resistencia que pongamos, siempre nos veremos sometidos a la tensión de la relación con el otro. Esto hace que aquel que nos eleva también nos destruya. Karima le tendió a su propia hija una cama de espinas y al venir de la destrucción de la figura materna no hay esquina, ni descanso, ni consuelo que pueda dar un momento de paz. Cada movimiento sobre esa cama de espinas hace sangrar y constantemente la herida se hace más y más profunda.

¿Qué queda entonces sino recurrir a una constante melancolía que no da tregua? La caída, la quiebra, la imposibilidad de encontrar consuelo en otro lado, no ver la salida, acabar con la vida misma era lo más viable para Nadia. El aislamiento, la violación, el encierro y el coraje le dieron la fuerza para no volver a someterse ante nadie. Surgió en ella una pulsión de vida y quiso salir corriendo. Encontró en ella algunos consuelos que le dieron la fuerza necesaria para salir de esa situación y hacer algo para poder cuidarse de ser arrebatada hasta de sus propias vivencias, quiso guardar sus memorias y trató de buscar la salida con esa fuerza necesaria que da la incertidumbre de creer que lo mejor está por venir. Apreció la vida más que dejarse llevar por las tormentas de la desesperación. ¿De dónde vino esa fuente de vida en Nadia? No lo sé, quizá las miradas de Marco en medio del éxtasis le dieron tantas fuentes de placer que en momentos de desesperación recurrió a ellas. Eso pudo afianzar sus raíces y su esperanza de volver a tener un encuentro rodeado de vida. El acto inmoral que encuentra nuestra sociedad en ello hizo que Nadia hallara un puente hacia la luz. Nadia fue a buscar una piel sana.

En medio de mi insomnio a las tres de la mañana dejé de aferrarme a escribir mi novela erótica. Escribiría para los niños y los adolescentes, haría algo que los acompañe en esos dolores corruptos para que puedan detectar como abuso ciertos amores que, por venir de sus padres, son más terribles, y de esa manera encuentren un camino para sentirse acompañados y salir de la oscuridad.

Otra vez mis letras me regresan a mi ámbito especializado de la psicología; quizá hay un

destino del que no se puede huir jamás.

VIVIR SIN MIEDO

—Viví una tortura en el psiquiátrico, lugar donde tú ibas y aprendías sobre el comportamiento humano y sobre todo la salud mental y lo “correcto” sobre ese comportamiento. Fresca ibas y muy feliz hacías tus prácticas en un lugar donde todas las noches se violaba y se torturaba mientras los de la bata blanca se hacían pasar por los sanos.

—Nadia, quizá está de más decirte que la clínica San Rafael fue cerrada en 2013. Qué fue lo que pasó, por qué la cerraron, la verdad no lo sé, pero sé que así fue, que la cerraron y el edificio fue demolido.

—Sí lo sabía, querida psicóloga, algo había oído de eso. Ojalá ardan en el infierno todos aquellos que en nombre de la salud se atrevieron a hacernos tanto mal, tanto daño. Que en nombre de la salud mental nos hicieron hacer cosas horribles, humillantes. Yo las hice, Sofía, hice todo lo que me ordenaron y me dejé llevar a esos extremos por mi libertad, por esa libertad, Sofía, que tiene dos caras. También tiene un precio sumamente alto. El doctor Mario daba mi reporte todos los días y cada vez me acercaba más a que me dieran de alta. Yo no sabía que mientras estuve internada en la clínica le dijeron a mi papá que me había escapado a España. ¿Te imaginas el dolor con el que vivió sus últimos meses pensando que su hija estaba viviendo la vida loca en Europa, mientras que él se debatía día y noche entre la vida y la muerte? Pensó que lo había abandonado. No se imaginó que mientras él intentaba sobrevivir un día más, su hija pequeña a unas cuadras de casa estaba pasando lo peor de su existencia, también tratando de sobrevivir.

”Por fin llegó el día en que me dieron de alta. Aprendí a vivir sin miedo. Vaya lección, qué caro me costó, me robaron las ilusiones, la fe, pero sobre todo, lo que más me dolió fue que Mamá me robó la alegría.”

Yo sólo me limitaba a escucharla, no la quería interrumpir en su dolor. Yo pensaba al igual que ella que no hay peor crueldad que la de una madre contra sus propios hijos. No la interrumpí, supe contenerme, pude controlar mis ansias y mi miedo, y me dediqué a acompañarla en su recuerdo.

—Llegó Marco por mí. Verlo fue el paraíso. Todo el camino lloramos juntos. Lloramos sin parar; no dijo nada, no me preguntó nada, al parecer conocía todas mis expresiones y sabía que me acababa de sacar de las puertas del infierno. Yo veía las calles y no entendía cómo lo había logrado, no entendía cómo había logrado sobrevivir. ¿Cómo lo había hecho? Pero ya estaba fuera de la clínica y no estaba sola. Marco era la única persona en la que podía confiar. Me llevó a su casa, abrió la llave del agua caliente, me metió a bañar y con muchísima ternura recorrió mi nuevo cuerpo, acarició un cuerpo que conocía a la perfección pero que ese día ya no reconocía. Vio que en esa piel que tanto gozó ahora había cicatrices, marcas, moretones, mordidas y algunos latigazos. No hizo ni una sola pregunta, sólo lloró y se limitó a acariciar todo el daño que veía en él. Con mucha ternura me secó, me puso una bata de algodón, me dio un té y me metió a la cama para abrazarme hasta que me quedé profundamente dormida. Ese día desperté y comprendí que había valido la pena haberlo compartido, que hay amores que se comparten para

poder perdurar cerca de ellos. De estos momentos estaba hecha mi vida, de los momentos en los que pude amar y ser amada por Marco.

EL FUNERAL DE MI PAPÁ

—Me quedé en casa de Marco. Ya no quise volver a casa de Mamá ni siquiera por ropa. Ahí con Marco tenía unas cuantas cosas y prefería lavar seguido y repetir que volver a verla. Mamá le llamó a Marco advirtiéndole que yo no me encontraba bien de salud, que quedaría bajo su responsabilidad si yo intentaba suicidarme, o peor aún, si cometía un asesinato. Mi locura me había llevado a hacer cosas terribles, le dijo, y por eso debía tener cuidado, que el que yo estuviera allí con él lo hacía estar también en peligro. Marco le dijo: “No te preocupes, Karima, soy responsable de cualquier cosa que haga Nadia”. A Mamá se le escuchaba desesperada. No tener control sobre mí la volvía loca, pero el estado de salud de mi papá era cada vez más crítico, cada día estaba más débil pero nunca lo comunicó. Mi preocupación constante era Lina, necesitaba un acercamiento con ella, la quería ver. ¿Qué pensaba Lina?, ¿cómo estaba?, ¿qué pensaba de la situación? Esa tarde del viernes me dispuse a llamarla. Quería invitarle un café, contarle mi historia, lo único que quería era que Lina me regalara dos horas de su tiempo para que me escuchara, pero tenía que escuchar las dos versiones. ¿Me entiendes, Sofía? Me sentía obligada a que mi hermana escuchara de mi boca lo que realmente había sucedido y que Mamá no le envenenara los oídos. Me ganaron la llamada. Hablaron de casa de mis papás. Tomé el teléfono. Era mi tía Hannah dándome la mala noticia de que mi papá había muerto. Pero ahí no terminaba la mala noticia. Mamá me mandaba decir que no podía asistir bajo ninguna circunstancia al funeral de mi papá, que ése había sido uno de sus últimos deseos. Karima quería seguir haciéndome daño, Sofía, y no le creí. Ya no creía nada de lo que viniera de esa mujer. En los días que viví sumergida en el terror absoluto de la clínica lo único que veía cuando me torturaban era su cara. Ya más daño no podía causarme. Al menos eso era lo que pensaba. Pero ¿sabes, Sofía? Me equivocaba, era una gran mentira que yo me contaba para sobrevivir.

—¿Qué era mentira?

—Que ya no pudiera causarme más daño. Terminé la llamada con mi tía Hannah. Decidí meterme a bañar y no lloré porque en ese momento ya no tenía más lágrimas. Era extraño: me sentía completamente alejada de mí. Esperé a Marco, le di la noticia y cuando me iba abrazar para darme el pésame yo me di la media vuelta. No fue por grosera. Sentí que si lo abrazaba me quedaría colgando en sus brazos y lo que menos necesitaba era hacer una terrible escena de lamentaciones. Llegamos a mi casa y me encontré con que estaba llena de secretarios de Estado, políticos y empresarios. Cuando Mamá me vio entrar se levantó de inmediato como impulsada por un resorte y se dirigió hacia mí. Estoy segura de que era para sacarme de la casa, pero en ese momento Arturo Leyva avisó que llegaba el presidente Gustavo Díaz Ordaz, que estaba por entrar por la puerta principal. Puedo decir que gracias a que el presidente llegó, ella tuvo que contener a sus monstruos, porque le era más importante quedar bien socialmente que hacer una escena para sacar a su hija menor del funeral de su propio padre. Me le quedé viendo como aquella que sabe que fue brutalmente traicionada. ¿Sabes? En mi interior deseaba no volver a verla nunca más.

LA VIDA ES FRÁGIL

—Al momento de ver a mi papá dentro de ese ataúd negro sentí que la vida se me iba. Nunca tuve la oportunidad de decirle que lo amaba, que lo quería y que me perdonara por todo el daño que le había causado, y sobre todo que lo quería con el corazón arrepentido. En el amor, Sofía, hay dos conciencias y la más débil es la que más ama y yo era la más débil. Buscaba constantemente ser sometida, me gustaba ser dominada. Pedía que Marco me amara cada día más. Se me habían agotado las pocas fuentes de amor que tenía. Cuando estaba con Marco mi universo estaba tranquilo y ordenado, pero a él eso iba a terminar por asfixiarlo. El brillo de sus ojos se iba apagando del cansancio. Al parecer ya teníamos una relación completamente formal, ya nos dábamos el beso de las buenas noches y no había libido, pero había fragilidad. Yo estaba más enamorada de él que del deseo. ¿Sabes qué es lo más terrible, Sofía?, que viví mi vida añorando tener otra vida, dejé que la vida me viviera, nunca consideré la opción de que pronto todo se acabaría y que la vida no vivida quedaría presa en mi interior. Ahí radica la fragilidad de la realidad.

CREAR UNA NUEVA VIDA

—Con el transcurso del tiempo entendí que en esta vida no tendría pausa mi sufrimiento. La soledad que habitaba en mi interior era permanente. Era muy difícil acompañarme durante ese periodo y mi conciencia se apoderaba de mi propia enfermedad, produciendo una melancolía permanente. Ella era mi estado natural. Triste, deprimida, completamente inapropiada para la pareja. Marco buscaba pretextos para estar fuera de casa. Nos habíamos convertido en un matrimonio convencional sin haber vivido la ilusión de la fiesta, ni las ventajas del compromiso. Yo podía ver cómo esos ojos que tanto amaba se apagaban poco a poco. Se le notaba el sufrimiento, había desarrollado en su interior la capacidad del autoengaño y eso era terrible para mí, me hacía sufrir. Marco comenzó a sentir desprecio por sí mismo, por el mundo, por sus amigos, por las fiestas. Ya nada parecía darle alegría. Eso era muy preocupante, Sofía, porque Marco me invadía de alegría. No había forma de que yo llenara mi recipiente vacío sin él y yo no sabía si yo era la culpable de su transformación. En lugar de ponerme un alto, en lugar de pedirme un espacio, Marco comenzó a destruir su propia personalidad, asfixió su propia libertad y esto sólo lo hizo odiarse a sí mismo cada día más. No cesaba de hacer los intentos más heroicos por salvar nuestra relación. Su aislamiento le provocaba culpa. No entendía por qué no podía ser feliz y compartir tranquilo y con alegría una vida cotidiana, sin excesos.

”La vida de *Sonriesburgo* regresó a mi memoria y esa mañana hice mi maleta.

”¡Qué momento tan inolvidable, Sofía! Son las decisiones más pequeñas hechas con el alma las que nos hacen volver a respirar. Me iría con mi herencia a España en búsqueda de una nueva vida. Marco me extrañaría y quizá sólo así podría recuperarlo. Lo pensaba de corazón, pero a quien necesitaba recuperar era a aquella niña que se había quedado atrapada a los trece años en una biblioteca. Ya no me apetecía hacer nada por los demás. Esta nueva Nadia llegaría a España libre, sin pasado, sin ataduras, a escribir un nuevo destino. Ya nada me obligaría a estar con la gente. Aunque Marco era sin duda el amor de mi vida, yo no lo iba a retener por la fuerza. Nunca, Sofía, te quedes con un hombre que tenga ganas de marcharse. Esa noche Marco regresó cansado a la casa. Yo me metí a la regadera con él, le tallé la espalda para recordar cada peca, cada lunar, cada poro. Él me respondió amable, generoso, educado, pero forzado. No respondió con amor, con pasión, con lujuria, y eso fue terrible para mí. Marco me hacía el favor de ser amable con esa sonrisa levemente pronunciada. Una sonrisa que mata. Lo besé para que mis labios recordaran el sabor de sus labios, de su piel mojada. Salí empapada de la regadera. Marco no tuvo erección, me pidió perdón y me dijo que le dolía la cabeza. Le di un beso en la frente. ‘Marco, te amo.’ ‘Yo a ti, Nadia.’ ”

SIN DECIR ADIÓS

—Me fui sin decir adiós. Me ayudó el asistente de Arturo Leyva a irme de allí. Era moreno, chaparro, gordo pero simpático, y siempre estuvo enamorado de mí. Nunca pasó nada con él. Sí, yo era putísima, pero tenía buen gusto.

Las dos reímos a carcajadas. Yo al menos ya había aprendido a guardar silencio y a dejarla fluir; estaba instalada en el terror y ya no había sorpresas de angustia. Nadia continuó mirándome con cariño:

—Sofía, ¿qué sería de mí si no te hubiera conocido?

—¿A qué te refieres, Nadia?

—Eres un poema. Sabes escuchar como ninguna, hablas con tu mirada y tus pupilas crecen al compás de mis emociones. Me has hecho muy feliz. Si hubiera tenido una hija me hubiera gustado que se pareciera a ti.

Se me escurrieron las lágrimas. Cerré los ojos y agaché la cabeza agradeciendo el cumplido tan lindo que me hizo. Suspiré y agradecí haber tenido la paciencia de entenderla, de poder ver sus necesidades y dejar las mías de lado. Ahora éramos grandes amigas. Nuestra relación era maternal; se lo permitía después de todos nuestros encuentros; después de todos nuestros momentos le daba la oportunidad de ser muy maternal conmigo. Y a mí me hacía sentirme muy en confianza.

—Como te decía, este muchacho moreno y chaparro me ayudó, pensando que después, como cualquier estúpido hombre que ayuda, yo le iba a dar algo más como recompensa. Pobre tonto. Me ayudó y yo me fui sin mi herencia.

MÚSICA NUEVA

—Llegué a España con el dinero que me dio el muchacho. Desde España le llamé a Marco para comunicarle mi decisión y lloramos mucho, pero nos sirvió. Al decirte que nos sirvió quiero decir que lo recuperé por muchos años con el pensamiento, le regresó la pasión que ya no sintió por mí en aquella regadera. Comenzó a fantasear conmigo. Por diez años hicimos el amor por teléfono, en cartas, en el pensamiento, en sueños. Cada semana nos llamábamos, me mandaba dinero, me contaba su vida, sus aventuras, sus amores. Yo a él también. Al principio me fue muy bien pero después el dinero dejó de alcanzar. Mamá dijo que mi papá me había sacado del testamento. Sabrá Dios, pero seguro fue ella la que le pidió a Arturo Leyva falsificar el testamento o quizá ni eso, sólo se gastó mi herencia, qué sé yo, para como ella se las gastaba eso era lo de menos. Además, con todo el apoyo de mi familia, podía hacer lo que ella quisiera. La verdad es que no verla y estar lejos de todos me sirvió mucho. Me cambié el nombre en España y fue mejor.

—¿Cómo te pusiste?

—María. A los españoles parecía gustarles. Hice de todo para poder sobrevivir. Hasta me casé.

Exclamé en voz alta: “¡No!”

—¡Sí! Te lo juro. Me casé con Manolo. Parece mentira, pero, ay maldito escuincle, era súper caliente y muy flojo. Gracias a que me casé obtuve papeles y tuve casa durante cuatro años. Lo conocí en un tablado. Esa noche, como decía él, “follamos hasta el amanecer”. Yo le llevaba casi siete años y con la experiencia que yo tenía pues lo volví loco. Hasta que él me volvió loca a mí, pues ya no quería que saliera a ningún lugar. Se volvió celoso, posesivo, súper macho y muy agresivo. No podía decir el nombre de Marco porque de inmediato enfurecía. Pobrecito, era buena persona, pero se volvió loco de celos. Todas las noches teníamos unos pleitos horribles que no me dejaban ni dormir. Un día me dio una cachetada porque encontró las cartas de Marco y terminó todo muy mal. Me fui de la casa con mis cartas y con la ropa que tenía puesta. No me dejó sacar nada. Curiosamente la semana pasada me enteré de que murió de cáncer en el hígado. Nunca lo volví a ver.

—Lo siento, Nadia.

—Ay, no, Sofía, no lo sientas, me trató muy mal. Miserable ese, después de cuatro años que estuve con él, me echó a la calle de una manera muy fea. No sabes todo lo que tuve que hacer para ganarme unas pesetas. Levantó las cejas y dijo: “Hice lo que mejor sabía hacer, y pues cobraba”.

—¿Qué hiciste?

—Ay, Sofía, pues ni cantaba ni tocaba el piano.

No pude evitar que se me abrieran los ojos y la boca.

—Ándale, así como esa expresión que estás haciendo sólo que cerraba los ojos.

—Nadia, cobrabas por...

—Sí, Sofía, daba tremendas mamadas a la mexicana y cobraba caro. De todos modos me

gustaba hacerlo, así que mejor que les cobrara, ¿no?

Reímos, reímos muchísimo. La risa nos interrumpió, nos liberó. Todo por un buen chiste, decía Andrés.

ANDRÉS

En ese momento lo único que se me vino a la mente era hablar con Andrés y decirle que necesitaba varias fuentes de investigación, que me urgía literatura sobre el tema y que México tenía que tener programas de apoyo y contar con folletos de información para niños y adolescentes sobre madres abusadoras, madres que psicológicamente se devoran a sus hijos. Les teníamos que dar una guía de apoyo a los niños y eso sí lo sabía escribir, investigar, estructurar bastante bien. Lo tenía y estaba enfrente de mí, y por necia no había visto todo lo que podíamos hacer para ayudar. Las risas con Nadia me habían dado la respuesta reafirmando mi intuición anterior; ya había entendido lo que nos unía: ella encontraba reconciliación con su pasado y yo encontraba que mi camino tenía que seguir siendo el mismo, los niños y los adolescentes. Me sentía nuevamente comprometida con la vida, quería devolverles una infancia al menos un poco menos agrietada, menos rota, menos corrupta. Me dediqué junto con Andrés a ver cuáles eran las últimas investigaciones que había sobre padres y madres abusadores. Poco a poco fui encontrando la literatura necesaria y comencé a hacer varias entrevistas en el Hospital Infantil Privado. Le compartí mi proyecto a Nadia y le encantó. Me dijo que contaba con ella y que estaría conmigo supervisando cualquier cosa que a Andrés o a mí se nos pudiera ir de las manos.

NADIA

Nadia había cambiado mi vida. No cabe duda de que mi mundo emocional se lee antes de Nadia y después de ella. Me invitó a sumergirme en las profundidades de sus recuerdos más dolorosos, a conocer sus lágrimas más antiguas; me enseñó su cultura, participé de sus sueños, invadí la infancia de su mamá monstruo. Les quitó horas a mis hijas, a Daniel, me hizo de mala gana renunciar a mi novela erótica, me reconcilió con la psicóloga infantil que habita en mí. Me enfrentó con mis tabúes, mis miedos, mis defectos. Nuestra relación fue intensa y verdadera porque me dio libre acceso a su pasado sin ningún tipo de censura. Me abrió las cortinas a sus fantasmas. La conocí con una encantadora cara pública, y se atrevió a mostrarme la cara privada que tiene cuando nadie la observa. Lo hizo porque supo que nunca la dejaría, nunca la abandonaría, nunca me iría de su vida sin decir adiós. Se permitió en cada encuentro escupir el veneno que todavía no la deja vivir en paz. Su mayor virtud era despojarse de ese pasado que la persigue y que nadie se atrevió a escuchar. Me he visto obligada a posesionarme moralmente de todo lo que me ha contado. Sin darme por vencida, he aprendido a entender que de una novela erótica que pensé que podía escribir estoy a nada de terminar la historia infantil más terrorífica que puede existir. Una madre que se dedica a dañar a sus hijos con dulces palabras para justificar sus actos patológicos al decirles: porque yo te amo. Una madre cocodrilo que devora a sus crías.

Daniel dice que estoy escribiendo este cuento infantil para esa Nadia niña. Tal vez tiene razón. Quisiera devolverle esos días de inocencia y quizá haciendo un cuento infantil le ayude a recuperar esa alegría por medio de otros niños. Nadia me mostró que el destino la llevó a ser una mujer sin miedo, a mostrarse tal como es. Sus tragedias pudieron ser causa de distintas decepciones, pero su misma fortaleza la ayudó a salir de esos terribles tiempos como una mujer que no quería olvidar su pasado. Me contó su vida porque necesitaba ver sus memorias fuera de su propio contexto, en un mundo exterior a ella. Necesitaba hacer un exorcismo de sus demonios, sus cicatrices, sus dolores. Por eso contamos nuestras historias, para entender nuestros demonios, para transformarlos, para poder verlos a los ojos. Sólo quien cuenta con su pasado puede lidiar con su presente y puede entender o al menos hacer un esfuerzo por intentar entender, un esfuerzo por juntar esas piezas del rompecabezas de la vida y ver cuál es la parte que está vacía, la pieza que falta.

Estoy convencida de que sólo el que habla de sus recuerdos puede estar en paz con ellos. Yo la observaba desde todos los ángulos, desde su aliento, sus instintos, sus sentimientos que galopaban dentro de mí, aunque parecía que era fría al tacto social. Nuestra amistad creció y Nadia fue una persona cariñosa y maternal. Me enseñó que se puede amar siempre al mismo hombre. Cuando me hablaba de Marco siempre suspiraba. Mencionaba su nombre y sus pupilas crecían. Nadia hubiera hecho lo imposible por recibir a lo largo de su vida un verdadero abrazo, uno de amor maternal; a pesar de su edad, tenía el anhelo de ese abrazo de mamá. No cabe duda de que no dejamos de ser esos niños que fuimos. Pero no hay nada, absolutamente nada más arriesgado que confiar en nuestros sentimientos y meternos en nuestro pasado. Eso es muy peligroso, pero también es muy valiente. No sé qué tan culpable se sienta Nadia de su pasado,

aunque se dio cuenta de que las recompensas de nuestros actos muchas veces carecen de justicia. Cierto es que con el paso del tiempo a veces la vida no da gusto a lo que uno cree merecer. Para contarme toda su historia Nadia tuvo que rejuvenecer en este tiempo y siento que volvió con anhelo a encontrar su salvación. Andrés dice que Nadia pudo salir libre de ese delirio gracias a Marco. Pudo amar a alguien y gracias a ese alguien logró no caer enferma y ser fuerte. Lo que lleva a una hipótesis de cuentos de hadas: el amor cura. Marco, a diferencia de su mamá, la amó y cuidó de ella.

ÚLTIMO CAFÉ JUNTAS

Ese día llegué más temprano que de costumbre, y para mi gran sorpresa, Nadia ya estaba ahí. No lo podía creer. A las dos se nos hizo temprano o las dos teníamos muchas ganas de vernos. Nos saludamos con un fuerte abrazo, lleno de risas, risas tontas que sólo la convivencia y el cariño pueden dar. Nadie hubiera podido entender por qué nos causaba tanta risa encontrarnos diez minutos antes de lo planeado.

—Nadia, deja pido los cafés que quiero saber todo lo que quedó pendiente.

—Ya no lo recuerdo. ¿En qué nos quedamos?

—En los diez años que fuiste María, casada cuatro años con Manolo, y que te dedicaste a hacer varios trabajitos para ganarte la vida.

—Cierto, Sofía qué miedo me das. Pobre de Daniel, tienes una memoria privilegiada.

Me reí porque era cierto. Tenía memoria fotográfica; pobre de Daniel.

—Regresé a México después de 10 años porque recibí una llamada de Lina. Mi hermana llevaba todo ese tiempo sin saber de mí, diez años que no nos escuchábamos una a la otra. La vez que le llamé para explicarle sobre las cartas de amenaza me dijo que no quería volver a saber de mí nunca más en la vida, que lo que hice no tenía perdón de Dios. Pero esta vez Lina me llamó para decirme que Mamá estaba muy enferma, que pedía verme y que en agonía repetía constantemente mi nombre, que sólo quería verme, que no se iba a ir de este mundo sin hablar conmigo. Lina me suplicaba que regresara a México. Para mí habían pasado tantas cosas, pero vi que para Lina no, para ella había sido como una distancia de tres años. ¡Habían pasado diez! Seguramente como su vida seguía igual que hacía veinte años, pues la muy torpe no era consciente del tiempo. Le dije que no tenía dinero, pero que si quería que regresara tenía tres condiciones: que me pagara el boleto de avión, que me depositara dinero para irme a comprar ropa decente y me pagara un hotel en la Ciudad de México. Lina hizo todo a la perfección, y la verdad yo sí quería regresar a México para ver a Marco. Me llenaba de tristeza que en diez años él no hubiera tomado un avión para ir a verme.

Llegué a México bellísima. Me compré ropa linda y coqueta. Tenía un corte y color de pelo distintos. Pasé a ver a Marco, pero encontré que la llave del departamento ya no abría. Marco había cambiado la chapa. Tal vez lo había hecho por seguridad porque le habíamos dado la llave a casi todo México. Regresé a mi hotel y le llamé. Marco no podía creer que estuviera ahí y fue de inmediato a verme. Llegó a mi habitación, tocó la puerta, la abrí con nerviosismo y ahí estaba: era mi Marco, mucho más delgado y muy viejo; tal vez él pensó lo mismo de mí. Me abrazó con fuerza y me besó con pasión, había valido la pena irme 10 años para recuperar ese beso. La escena de la regadera había quedado atrás, el que estaba frente a mí era mi Marco y me volvía a besar con amor y con pasión. Sofía, arder en los brazos de alguien es una dicha. Tantos años imaginé que era él y ahora sí era él. Sí era mi Marco. Hicimos el amor sin parar una y otra vez hasta que cayó la noche. Lina no dejaba de molestar en el teléfono. Por diez años no me había llamado y en un día ya me había marcado más de treinta veces. No tomé ninguna llamada. Estaba en brazos de mi amado, todo volvía a ser un sueño hasta que...

—¿Sí? ¿Hasta qué?

—Hasta que... hasta que Marco me dijo que había cambiado la chapa de la casa porque se había casado.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices?

—Así es. Marco se había casado tres meses antes de que yo llegara. Se casó con una mujer llamada Elena, una mujer viuda, conservadora, súper católica. Elena solamente había estado con su marido y al parecer no se acostó con Marco hasta hacía tres atrás, meses y tiene mi edad.

—Perdón, Nadia, pero no estoy entendiendo absolutamente nada. No me hace ningún sentido.

—A mí tampoco me hizo ningún sentido, pero al parecer a él sí. Con ella sí quiso darse una oportunidad, a ella sí la hizo su esposa, a ella no la comparte con nadie. Y eso fue lo que me mató. No me dijo nada. Lo corrí llorando a gritos, como aquel día que desperté de esa fiesta. Me decía: “Nadia, mi amor, podemos ser amantes”. Marco se fue. Me puse muy mal. Al día siguiente tenía a Lina en el hotel con un doctor. No recuerdo nada. Sólo me acuerdo que bebí una botella de vodka yo sola y me tomé no sé cuántas pastillas para dormir. No me hicieron efecto. Yo me quería morir y ahí estaba la pálida de Lina. Más gorda que nunca. Con su cara de perfecta diciendo: “No es posible, Nadia, no es posible. Siempre que se te pide ayuda no puedes darla. Todo, absolutamente todo quieres que se trate de ti”. Dormí más de 24 horas seguidas, completamente abandonada al dolor que Marco me había causado. Soñé con mi papá y fue un sueño hermoso: me pedía que le hiciera caso y me recuperara. Se lo prometí en el sueño. Me levanté, tomé una ducha con agua fría y fui a casa a ver a Mamá.

—Continúa, Nadia.

—Ya había muerto, Sofía. Tal cual lo había deseado la última vez que la vi, que deseé verla en un ataúd, pues por primera vez en mi vida se había cumplido algo que había pedido. Ese día, Sofía, su muerte liberó todos mis miedos, todas mis ataduras con la vida pasada. Fui realmente libre.

”El mal de mi existencia ya no estaba. No lloré, más bien me dio risa, me dio mucha risa, y reí como una loca. ¿Sabes que fue lo peor de todo, Sofí? No le creí que estuviera muerta. Pensé que se estaba haciendo. Es que no le creía ya nada a esa mujer. Además, estrenaba vestido. Le pusieron un vestido nuevo.”

Yo escuchaba a Nadia y una vez más me recorrieron escalofríos por todo el cuerpo. Pero no la interrumpí.

—Entré a la casa y la vi en su ataúd lleno de flores. Era como si lo hubiera planeado. Estaba toda pintada, peinada, arreglada. Era la única muerta que no parecía muerta. Me acerqué y le tapé la nariz para ver si no estaba fingiendo. Lina se puso a gritarme en pleno funeral: “Estás enferma, Nadia, estás más loca que nunca. No toques a mamá”. Te juro, Sofía, que yo sentía que estaba viva, que había respirado. No se sentía como muerta, no estaba ni fría.

—¿Qué hiciste?

—Mis tías me saludaban, me abrazaban, otras me consolaban. Me enteré de que mi hermano se había divorciado de Yazmín y que le habían quitado a los niños, según esto por mi culpa, por las cartas. Llevaban nueve años divorciados.

No había tomado un solo sorbo de café. Escuchaba a Nadia y mi piel seguía con un escalofrío constante.

—Marco llegó a la casa y le grité que mejor se fuera con su esposa. No me hizo caso, se quedó un rato y cuando dije que me iba me llevó al hotel y se quedó conmigo, abrazándome toda la noche. No lloré. Me quedé pensando si de verdad Mamá estaba muerta. También dudé si Marco estaba casado o era una ofensa más de la bruja de Karima. A la mañana siguiente él seguía ahí conmigo, en el hotel. Me preparó la tina y me bañó como aquel día que me habían dado de alta de la clínica San Rafael. Me talló la espalda y acarició mis cicatrices. Me miró a los ojos y me dijo: “Perdóname, Nadia, por el camino de la vida por el cual te llevé. Perdóname por no darte lo que querías. Perdóname por haberte hecho tanto daño”. Pues tontamente lo perdoné y seguimos siendo amantes y haciendo locuras. Su esposa le aguantó todo. Seguimos siendo amantes hasta hace unos años, cuando la vejez ya no le dio más chance.

—¿Qué fue de Marco?

—Sigue vivo, ¿lo puedes creer? Ahora es un viejito que va todos los días a misa para pedir perdón por la vida desenfrenada y perversa que llevó.

—¿A eso va? ¿En serio?

—Yo supongo que sí, nunca lo acompaño. Él cree que Dios está en ese lugar, pobre. Dios no se encuentra ni a unas cuadras de la iglesia.

—¿Y Lina, qué fue de ella?

—Lina es una ratera que se quedó con mi herencia, las de mis padres. No sé cómo se repartieron las cosas y el dinero entre ella y mis hermanos. Jacobo no vino al funeral de Mamá. Me daban ganas de ir a Líbano a verlo. Esa gran familia de casa grande y ventanas con enormes vitrales, llena de luz y de gente de servicio, de alegría y de cantos con mi abuelo Omar, terminó en la oscuridad total. Aquí me tienes, siendo la institutriz de una familia alemana.

No sabía qué decirle, y menos sabía cómo explicarle que las niñas y yo nos iríamos todo el verano a Puebla. Necesitaba regresar a casa de mis papás y sentir ese calor de hogar. Mis hijas extrañaban a sus abuelos y Daniel estaría en Nueva York por semanas. Yo aprovecharía el tiempo para escribir. Nos quedamos un largo rato hablando. Al despedirnos, me dijo: “Prométeme algo, Sofía”.

—Sí, Nadia, por supuesto.

—Prométeme que nunca vas a dudar de mí.

—¿A qué te refieres, Nadia?

—Perdona, Sofía, pero es que no me gustan las despedidas. Tampoco sé cómo decirte que te voy a extrañar. Llevamos un año escolar viéndonos. No sé qué voy a hacer sin estos momentos.

—Yo tampoco soy buena para las despedidas, pero nos vamos a ver al regreso de clases. Te prometo, Nadia, que nunca voy a dudar de ti.

Nos abrazamos y me hizo en la cabeza un cariñito muy maternal.

EL COCODRILO QUE SE DEVORÓ A SU HIJA

Era delicioso estar de vacaciones en casa con los abuelos. Daniela y Regina estaban felices de volver a estar en Puebla. El clima era sorprendente, parecíamos turistas que aprovechan el sol. Mi mamá me ayudaba a cuidar a las niñas mientras yo hacía investigación con algunos colegas. Nos reunimos psiquiatras y psicólogas para analizar por qué existen padres que son capaces de maltratar física, psicológica y emocionalmente a su propia descendencia.

El Centro Psicológico Integral de la Familia nos dio permiso para investigar los problemas en la relación de pareja, falta de confianza, ansiedad, depresión, dependencia, autoestima, y los problemas de adaptación. Clasificamos una muestra de los distintos síntomas en cinco categorías. Además, realizamos una muestra de 60 niños abusados sexual y psicológicamente por sus padres, pertenecientes a diferentes municipios, y nos dieron permiso para utilizar los análisis de los expedientes de estas víctimas. Los resultados que obtuvimos fueron aterradores.

Llegué a casa y no pude dejar de llorar; no podía entender que algo así ocurriera con tanta frecuencia en nuestro país. Pero tampoco entendía por qué no hemos hecho redes de apoyo, guías, libros, videos, comerciales, asesorías, pancartas, programas de radio para ayudar. Cuando yo era pequeña había constantes anuncios en la televisión con temas de prevención. Creo que esos anuncios daban un gran mensaje que todavía puedo recordar: “Mucho ojo, ve y cuéntaselo a quien más confianza le tengas”. No cabe duda de que persuadimos por medio de las palabras, las imágenes y la música. Todos los que nos dedicamos al servicio de los demás necesitamos hacer cosas y dar mensajes que ayuden a una convivencia social mucho más equilibrada.

Me quedé el verano completo en Puebla sin viajar a Nueva York con Daniel para poder escribir mi libro. Ya tenía un gran avance y una muestra enorme. Regresé a la Ciudad de México y traté de buscar a Nadia, pero no tuve suerte. Me dediqué de lleno a terminar mi libro con la ayuda de Andrés, y junto con los resultados de la muestra del centro psicológico logré publicar realmente una gran obra.

Poco tiempo después publiqué el libro *El cocodrilo que se devoró a su hija*. Escribí una historia con una trama sencilla que le ayuda al niño a elaborar sus conflictos psíquicos a nivel inconsciente. El cocodrilo encarna una doble simbología. Cuando el cocodrilo ataca a los bebés cocodrilos, hace que el niño reconozca plenamente sus problemas, y al mismo tiempo la historia sugiere soluciones a ese tema que tanto inquieta. Lo apoya para que no sienta que es el único en el mundo al que le ha pasado algo malo, que esos actos sí suceden, y para que el niño encuentre las herramientas que lo acompañen y le ayuden a expresar los abusos de los cocodrilos.

El tiempo se me iba de las manos entre Daniel, las actividades de mis niñas, los pacientes y mi nuevo libro; en el olvido quedó mi mundo social. Todo marchaba viento en popa, una chica alemana, mamá de la mejor amiga de Regina, ilustró mi libro y lo hizo increíble. La felicidad me invadía. Me sentía realizada, plena. Nadia había abierto el camino de mi fuerza espiritual; el seguir sus huellas a su pasado me dio la dirección correcta que debo seguir en mi profesión. Gracias a Nadia descubrí la urgencia que habita en los rostros de los niños maltratados. “¿Quién

ha colocado la mirada en esos niños que sufren en silencio?”, me preguntaba mi mamá y yo, bañada en lágrimas, le decía: “Sus propios padres”. “Mi vida, qué cosa más terrible, ¿por qué te metes en esos temas, mi hijita? Tienes un mundo completamente alejado de todo eso, ¿qué necesidad? Siento como si te diera culpa tenerlo todo.” Mi mamá no entendía que había un compromiso moral que me impulsaba a hacer algo por los otros. Además, estoy convencida que es un compromiso que todos deberíamos tener, en especial los psicólogos: hacer algo por aquellos que no cuentan con las herramientas necesarias para atenderse. Mis palabras estaban completamente dirigidas a los niños y adolescentes, ése era mi compromiso. Estas situaciones de abuso ocurren más de lo que podemos imaginar, pero como son tan aterradoras para la conciencia, tan monstruosas, hacen eco en lo más profundo de nuestro ser y se vuelven absolutamente incomprensibles para el pensamiento y para el alma, tanto que no lo podemos ver. Para mí fue clarísimo que era necesaria una obra, un libro que ayudara también a los profesionales a detectar esta problemática y hacer posible su intervención.

FLOTANDO

Me dediqué durante lo que pareció mucho tiempo a dar conferencias en universidades, tener apariciones en la televisión, dar entrevistas en la radio, participar en encuentros y mesas de debate en los psiquiátricos. Las preguntas más frecuentes que me hacían eran: ¿qué sucede con esos niños que no encuentran nunca un lugar seguro ya que su hogar es su propia amenaza? ¿Cómo logra el adolescente salir al mundo y darse cuenta de que los papás no abusan de los hijos, que sólo lo hacen los padres enfermos? ¿Qué sucede con aquellos niños que nunca lo hablan hasta que son adultos? Las preguntas eran recurrentes, y parecían infinitas. Yo me dedicaba a responder con base en mis entrevistas, en los resultados de las pruebas psicológicas, proyectivas y, sobre todo, en función a lo que había aprendido de Nadia. Era Nadia la que me había mostrado cómo navegar en ese mar de dolor y terror. Ella aprendió a aceptar e integrar en su interior verdades dolorosas que no se relacionan en lo absoluto con lo que se espera de los padres: la madre como diosa poderosa, absoluta, destructora, indiferente a su propia hija. Basta con saber eso para no poder comprender la complejidad humana. No estamos ni estaremos preparados para el asco y el terror que causan los padres que abusan de sus hijos. No lo comprendemos, nos aleja, nos aterra porque es algo que no tiene sentido, y las cosas sin sentido nos dan miedo y nos ahuyentan. No podemos dar crédito ni cobijo a esa atrocidad, pero es una realidad frecuente, y se tiene que atender, aunque se ponga en riesgo nuestra inocencia humana.

Lo que le había pasado a mi amiga era que no podía recuperarse de una situación cuando ya venía otra cosa peor. Cuando se dio cuenta de que tenía que vivir con esa lamentable mujer y que era su propia madre la que le causaba tanto daño quiso huir, oculta en cualquier tipo de sustancia o experiencia que le permitiera anestesiar su propio dolor. Los secretos más peligrosos son aquellos que vienen entremezclados con nuestra propia sangre y amor.

Daniel se quejaba de que últimamente estaba muy ausente. Mi tiempo se había reducido y casi no había espacio para él ni para las niñas. Me dolía perder las clases de ballet, los ensayos de las obras de teatro, el coro, pero no podía no despegar.

EL SILENCIO DE NADIA

Me di cuenta de que en mí había mucho orgullo y alegría. El éxito ensordece, te lleva a lugares lejanos y es como una droga que te hace sentir en una constante euforia. Pero la verdad es que el silencio de Nadia me era perturbador. Llevaba semanas tratando de localizarla, pensaba en ella constantemente. Los días que lograba ir por mis hijas a la escuela me dedicaba a buscarla a la salida y sentía mucha tristeza por no verla. Llamé a su celular varias veces sin éxito; ni siquiera entraba una grabación para que dejara mensajes, escuchaba simplemente el tono de apagado. No podía dejarle un mensaje de texto ni de voz. Me inquietaba. Al margen de que no encontraba a Nadia, todo lo demás era un verdadero éxito, pero yo quería compartirlo con ella. Las ganancias de mis conferencias y las regalías de mi libro se iban a un fondo de ayuda para niños maltratados; era un sueño que quería compartir con ella.

INTUICIÓN

Vi salir por la puerta del colegio a Samantha, una de las niñas que Nadia cuidaba. Dejé a Daniela y a Regina paraditas en la entrada con sus mochilas y corrí tras de ella. Cuando por fin la alcancé la señorita que acompañaba a los niños me miró asustada y me dijo: “¿Se le ofrece algo, señora?” Me incliné hacia adelante para darle un beso a Samantha y ella amablemente me lo devolvió. El niño más grande, Helmut, se adelantó y le contestó a la señorita: “Seguro busca a Nadia”. “Sí —respondí—, es que hace mucho que no la veo, no la he podido localizar. Pensé que tal vez ustedes le pueden decir que la estoy buscando.” La señorita me tomó de la parte interna del brazo, y con una amable sonrisa me dijo: “Lo siento, señora, pero no podemos pasar su recado”. “¿Cómo?”, dije sin entender bien. “Me podría dejar su número de teléfono y yo le pediré a mi jefe que se comuniquen con usted, ¿está bien?” “Es que no entiendo —la increpé—, ¿Nadia ya no trabaja con ustedes?” “No, señora, lleva cinco meses fuera del país.” Al unísono los niños me dijeron que se había ido de viaje a Líbano y que seguramente iba a tardar mucho tiempo en regresar. Vi que la señorita encogió los hombros y me miró con sus ojos saltones y una sonrisa falsa. Adelantó el paso para darles las mochilas de los niños a los escoltas. De pronto se apoderó de mí una fuerza que no vi venir: “No ha anotado mi teléfono, señorita”. Los niños se subieron a la camioneta. Ella pidió una pluma, se acercó a mí, pero yo me alejé unos pasos para hacerles señas a Daniela y a Regina, que ahí seguían, de que por favor no se movieran. La señorita vio a mis hijas y sólo entonces me tuvo confianza. En voz baja me dijo: “¿Qué no sabe lo que sucedió, señora?” “¿Qué? No sé de qué me está hablando”, le respondí. “La señora Nadia está loca, y pues se la llevaron a un loquero, la encerraron en un hospital psiquiátrico. Obviamente los niños no saben nada y se les tuvo que decir que la señora Nadia se había ido de viaje al Líbano y que va a tardar mucho tiempo en volver, quizá muchos meses. Por eso entré a trabajar con ellos y quizá por eso no la encuentra, señora. No le va a contestar el teléfono porque no sé si en los loqueros puedan tomar llamadas.” No pude escuchar más. Me faltó el aire y sentí un escalofrío que recorría todo el cuerpo. ¿Nadia en un psiquiátrico? ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué no lo sabía? Nadia me necesitaba y yo no me había enterado. ¿Dónde había estado yo todo este tiempo? “Señora, ¿se encuentra bien? Ya me tengo que ir.” “Sí, sí —contesté con voz entrecortada—. ¿De casualidad sabe en qué psiquiátrico está internada?” “No, lo lamento señora, no lo sé, ya me tengo que ir, discúlpeme.” Con vértigo miré hacia donde estaban mis hijas y me asusté aún más. Regina no estaba. Su hermana la llamaba a gritos. Corrí hacia ella y la encontré jugando a la vuelta. Seguí temblando mucho tiempo después de eso.

Cancelé una conferencia de prensa que tenía esa tarde. Llegué a casa y dejé a las niñas.

Cancelé también las clases de ballet que tenían para esa tarde. Le marqué cinco veces a Daniel, hasta que por fin tomó mi llamada. Con alarma me preguntó: “¿Cuál es la urgencia, Sofía?” Le expliqué que Nadia estaba en el psiquiátrico. “¿Pero qué sucedió? ¿Cómo es posible?” No le respondí a eso, pero le dije: “Te aviso que cancelé todo lo de mi tarde y lo de las niñas. Voy a ir a buscar a Nadia”.

Le llamé a Andrés para contarle lo que había pasado. Con sorpresa, pero calmado, me dijo

que en media hora me devolvería la llamada, que haría un par de llamadas para saber en qué psiquiátrico se encontraba y verificar si era cierto o si sólo era un chisme lo que me había dicho la muchacha. Claro, Andrés tenía toda la razón. En ningún momento pensé que podía ser un engaño, quizá creía mucho en mi poder de intuición y sentía que la señorita no me estaba mintiendo, que sus palabras eran verdaderas y que Nadia sí estaba internada en un psiquiátrico. Andrés me llamó de vuelta y dijo: “Sofía, Nadia está internada en la clínica Madrid”. “Gracias, Andrés, me voy para allá ahora mismo.”

LA CLÍNICA MADRID

Llegué rapidísimo. Tenía una sobredosis de adrenalina que me recorría todo el cuerpo. Estacioné mi coche en un lugar prohibido. No es que fuera un lugar para incapacitados; era un lugar reservado para el personal administrativo. Busqué la recepción para pedir informes. Me dieron un mapa con indicaciones de hacia dónde tenía que ir, crucé jardines verdes y grandes pasillos con techos verdes; alrededor se encontraban los enormes edificios de ladrillo que integraban el complejo de la clínica Madrid. Por fin logré entrar a la recepción. Me recibieron afuera de una ventanilla, como si fuera un banco o una oficina de trámites de gobierno. A la recepcionista uniformada de color mamey y a mí nos separaba un vidrio. Sin siquiera dar las buenas tardes le pedí información sobre Nadia. La enfermera de mala gana me dijo que toda la información era estrictamente confidencial, que no me podía dar informes de ningún interno. En realidad, eso hacía sentido, pero en ese momento yo lo estaba viviendo como una injusticia. Le dije que necesitaba hablar con su jefe, ante lo cual me hizo esperar sentada en una silla de plástico terriblemente incómoda. En lugar de permanecer sentada, salí a dar una vuelta por el edificio en lo que llegaba su jefe. En el pasillo me topé con dos residentes muy jóvenes. Los detuve antes de que la recepcionista me viera hablando con ellos. “Hola, soy Sofía Shield.” Uno de ellos, con una sonrisa encantadora, exclamó: “¡Claro! La psicóloga de adolescentes, ¿cierto? Te acabo de ver en un noticiero la semana pasada”. “Sí, supongo que era yo”, y reí bastante fuerte. Mis nervios me delataban. Uno de los residentes quería adelantar el paso para escapar, pero el de la sonrisa encantadora me dijo: “¿Hay algo en lo que te podamos ayudar?”

La verdad sí, pero la señorita de recepción parece no querer ayudarme. La entiendo perfecto porque yo conozco las políticas internas de los psiquiátricos, pero me gustaría saber y leer el expediente de una interna de nombre Nadia Sarkis de 75 años. Les confieso que iba a escribir algo sobre ella, pero ya no lo logré.

—Es imposible. Aunque seamos colegas, no te podemos entregar o mostrar ningún expediente.

—Lo sé, pero al menos quisiera un poco de información para saber de qué forma me puedo acercar a ella para ayudarla. La verdad, muchachos, no les voy a mentir, es una señora a la que quiero mucho y me preocupa bastante, y quiero saber por qué está internada y cómo se encuentra. Hay algo que me hace sentir culpable porque no sé si fui yo la que escarbó tanto en su pasado que moví fibras espantosas y por eso ahora está aquí.

El residente que se quería ir y que no mostraba ni la más mínima sonrisa puso los ojos en blanco, se chupó el labio inferior, se rascó la punta de la nariz y se acomodó los lentes. Adoptó un tono serio, de doctor, y dijo: “La señora es una de mis internas”. Me precipité a contestar:

—¡Escúchame bien, necesita ser liberada de inmediato!

—Por supuesto que no. Aunque su memoria es normal, tiene ideas delirantes de grandeza, cuenta con un temperamento irascible, tiene una narrativa doliente y todavía ayer cuando hablaba sus labios y sus párpados temblaban sin control.

—¿Y cuál es el diagnóstico?

—Aún hay muchas estrategias artificiales que hacen que no terminemos de entender bien.

El residente de la sonrisa quiso participar y dijo: “La verdad, a pesar de los dos meses y medio que lleva internada, no tenemos un diagnóstico claro”. El residente serio agregó, al tiempo que se limpiaba la garganta:

—También es cierto que el diagnóstico no es lineal ni definitivo. Hemos hecho lecturas detalladas y hay evidencia de muchas contradicciones. Pero tú sabes que así es en la psiquiatría. Tenemos que seguir haciendo tantos *collages* de las diferentes versiones como sea posible y compararlas unas con otras para ver cuál es la más compuesta o fabricada, vaya, la más coherente. Nos serviría mucho que nos dejes entrevistarte para conocer tus vivencias con Nadia.

—Me gustaría verla. ¿Me pueden ayudar a entrar?

—Imposible, por ahora. Puedes venir en el horario de visitas el sábado, a las 12:00 pm.

—Déjenme decirles que para mí todo esto ha sido completamente inesperado. De verdad, es que todavía no puedo digerir que Nadia esté aquí internada, encerrada tras ese muro. Les voy a pedir un favor: no cometan los errores que se han cometido a lo largo de la historia de la psiquiatría, que por querer dar un diagnóstico temprano se encasilla al paciente por siempre. Nadia es un ser humano maravilloso, por favor no la etiqueten. Recuerden que muchas mujeres han sido víctimas de los dobles estándares de la sociedad.

Estaba tratando de bajar mi ansiedad. Ya no sabía, no encontraba la forma ni el modo de hacer algo por ella. Me fui con el corazón roto, triste y con desamparo.

¿Por qué Nadia está en el psiquiátrico? Mientras tanto yo he vivido un éxito embriagador y, gracias a ella, a su pasado, pude alcanzar a entrar en esa esfera tan alta del éxito. Me duele saber que ella está sufriendo y que yo no he estado para ella. Fui a nuestra cafetería, le compré unos chokolatines y sus croissants favoritos. Me arreglé para que me viera bonita, como una especie de ritual para darle lo mejor de mí, mi mejor cara. Ella necesitaba fuerza y yo estaba dispuesta a sacarla de ese lugar que seguramente le hacía daño. ¿De qué sirve llegar a la meta si no se llega acompañada de la gente que te impulsó? Me miraba al espejo y me decía que me prometía sacarla de ese lugar, que la ayudaría a regresar a casa de los alemanes y a volver a reír en nuestros desayunos.

SÁBADO, 19 DE MAYO

Llegué a la clínica Madrid media hora antes de que empezara el horario de visita. Caminé por los jardines y me dio un profundo escalofrío recorrer el largo pasillo hasta la puerta principal. El pasillo estaba lleno de gatos; era impresionante la cantidad que había en el camino. Observé algo que nunca antes había notado: los gatos caminan y corren moviendo las patas delanteras y traseras del mismo lado. Parece que saben controlar el cuerpo en momentos de miedo y tensión. Me sentí muy incómoda recorriendo el pasillo con tantos de ellos. Me llamó la atención que todos me abrieran el paso como soldados de una guardia de honor con miedo, como si anticiparan un peligro. Los gatos encierran en sí cierto misterio perturbador. Al parecer mi equilibrio, mi forma de caminar y mis nervios me hacían caminar tambaleándome, y ellos, en cambio, presumían su caminar soberbio y elegante. En su forma de mirarme había un poder mágico y protector. A pesar de que había varios, todos se movían sigilosamente a mi paso. Sus miradas me provocaron escalofrío. Estaban tratando de comunicarme algo ante lo cual no quise detenerme ni un segundo. Si hubiera hecho caso a ese escalofrío probablemente me habría dado la media vuelta y me hubiera marchado. Desafortunadamente pocas veces hacemos caso a nuestros instintos, cosa que ellos parecen seguir como eje principal. Parecía que ellos eran los que daban señales de alerta. Me detuve para buscar mi celular y tomar una foto porque nunca antes había visto más de cuarenta gatos en un mismo lugar. Pero al buscarlo me di cuenta de que lo había dejado en el coche. Desvié mi atención de los gatos y al llegar a la puerta vi a una enfermera que amablemente ayudaba a empujar una silla de ruedas con una señora de cabeza blanca, que vestía un suéter color negro y tenía la mirada medio cerrada, con ojos de un color esmeralda sorprendente. Su elegancia y sus movimientos eran como de una bailarina de ballet. La encontré bastante maquillada para su edad. Con cortesía y amabilidad detuve las puertas abatibles para que pudiera pasar. La enfermera cruzó el umbral con la silla de ruedas y la señora agradeció mi gesto de buena gana: “Buenas tardes, señorita, muy amable, muchas gracias”. “Buenas tardes, señora, adelante”, respondí. Detrás de ella llegó otra señora de menor edad, pero de complexión más robusta. También muy amable y con un tono de voz encantador me dijo: “Adelante, pasa tú primero, por favor”. Nos encontrábamos en la recepción la enfermera que empujaba la silla de ruedas, la señora elegante, la otra y yo, pero al parecer la recepcionista usaba el horario de visita para ir al tocador. Me adelanté a ellas y golpeé suavemente el vidrio de la ventanilla. Las miré y les dije: “Parece que no hay nadie”. La señora de ojos esmeralda dijo: “Así son siempre los horarios de visita. Nos hacen esperar de diez a quince minutos, a veces hasta más”. La otra señora agregó: “En estos lugares más vale que una tenga paciencia. Créeme que aquí son amables. Hemos estado en otros sitios donde limitan la hora de visita de tal forma que sólo nos dejan convivir con nuestro familiar menos de veinte minutos. Yo creo que por eso estamos, como dice mi mamá, muy acostumbradas a esperar”.

Estar con ellas me tranquilizó. Me senté en una de las sillas de plástico incómodas, pero lo hice con una sonrisa. Acomodé en el regazo la bolsa con el pan dulce que traía en las manos. Con voz amable la señora de la silla de ruedas me preguntó: “¿Es la primera vez que vienes de

visita?” Con nerviosismo respondí: “No, he ido muchas veces a los psiquiátricos, soy psicóloga. Hace muchos años trabajé en psiquiátricos, pero ahora me tocó venir a visitar a alguien que quiero mucho”. Con un tono encantador reparó: “No te inquietes, siempre es difícil este tipo de visitas, pero todo va a salir bien”. “Gracias”, le dije y después de una pausa, pregunté: “¿Usted qué opina de este lugar?” La señora de la silla de ruedas respondió: “Estos lugares han sido la pesadilla de toda mi vida. Yo creo que sigo viva porque mi hija siempre ha estado internada y pues yo la visito con frecuencia”. Sentí una pena terrible por la señora. La otra dijo: “Contestando a tu pregunta, esta clínica es una de las mejores. La clínica Madrid tiene una gran calidad en el trato con sus pacientes. Quédate tranquila, que tu familiar está en buenas manos”. La enfermera sacó una botella de agua y una pastilla. Se la ofreció a la señora de la silla de ruedas. Me les quedé mirando y en ese momento me di cuenta de que eran madre e hija. La hija me dijo: “A mi mamá le altera mucho venir, a sus noventa y cinco años todavía no logra superar la tristeza que le provocan estos lugares”. Apreté los labios y con voz tímida dije: “Sí, me imagino”, y todas guardamos silencio por un buen rato.

La recepcionista por fin regresó del baño, con paso lento mientras acomodaba su placa con su nombre. Susana se dignó a asomarse a la ventanilla. Con cierto desdén vio quiénes estábamos en la recepción. Tomó el teléfono y dijo con una voz un poco gangosa: “Tiene visita la señora Nadia Sarkis”. De inmediato me levanté de la silla de plástico como impulsada por un resorte. La enfermera guardó la botella de agua y empujó la silla. La señora me dijo: “Suerte, cariño, todo va a salir bien”. “Muchas gracias, señora —alcancé a decir—, mucho gusto.” En ese instante una enfermera abrió una puerta a otro pasillo y dijo: “Señora Karima, bienvenida. ¿Cómo está?” La enfermera le dio el paso a la silla de ruedas y atrás de ellas pasó la hija.

Susana, detrás de la ventanilla, me dijo: “Señorita, ¿cuál es el nombre de su familiar? ¿Señorita?” La bolsa de pan se me cayó de las manos y los croissants y chokolatines rodaron por el suelo. Susana repitió: “¿Cuál es el nombre de su familiar, por favor?” Yo no podía hablar, no podía respirar. Me detuve de la barra y con dificultad, pasando forzosamente el aire, pregunté: “¿Señora Karima?” “No la entiendo, señorita”, y con mal tono elevó la voz: “¿Me puede decir cuál es el nombre de la persona que viene a visitar?” Dejé los panes tirados en el piso.

Sentí venir un ataque de claustrofobia y salí corriendo para poder respirar. La señorita Susana salió por otra puerta tras de mí. Los gatos me esperaban en el pasillo con una mirada aterradora, inculpándome, como si me lo hubieran advertido. Me acerqué al jardín y no pude evitar vomitar, fue un acto incontrolable. “¡Ay, por Dios!”, gritó Susana. Yo estaba doblada hacia adelante, sin poder controlar el vómito; era una sustancia espumosa, amarilla, muy amarga. “Tome”, y me ofreció papel de baño que por alguna razón llevaba con ella. “Está vomitando bilis, señorita, ¿se encuentra bien? Tenemos servicio hospitalario.” Me pareció que la cantidad de gatos aumentaba. Tomé el papel de baño, me limpié la boca. Llevaba los labios pintados de rojo intenso. Nadia decía que ese color lucía muy bien con mi color de piel y que hacía ver mis labios muy grandes y bonitos. La señorita Susana regresó con una bola de algodón bañado en alcohol. Lo olí varias veces y dije:

—La señora de la silla de ruedas... La señora de la silla de ruedas, ¿a quién viene a visitar?

—A su hija, la señora Nadia Sarkis. Hace cuatro meses o más... Señorita, está muy pálida, mejor siéntense aquí antes de que se me desmaye. Parece que vio un fantasma.

DESCENSO A LA LOCURA

Un gato negro me miraba. Todo había sido una gran mentira. Karima estaba viva y era encantadora. La otra señora tenía que ser Lina, ¿quién más podía ser? Ambas estaban vivas. Todo tenía que ser una mala broma, un mal sueño. El gato negro continuaba mirándome fijamente. Daniel me tomaría en sus brazos y pronto me gritaría: “¡Sofía, mi amor, despierta! ¡Sofía, despierta!” Pero no, no soñaba, en esta ocasión no era una pesadilla, no soñaba con Karima. Todo era real y ella estaba viva. Nadia me había mentido y yo había sido su títere, me había manipulado y nunca me di cuenta. Mi intuición había sido completamente errónea. Yo no servía como psicóloga; había construido una obra alrededor de una mentira psicótica. ¿Cómo encontrar el camino de regreso?

¿Por qué Nadia me había hecho esto? ¿Hacer el mal por el mal mismo, eso era lo que realmente la incitaba a continuar? ¿Y por qué me había engañado, manipulado, engatusado?

Me mandó directo al matadero. Yo le había regalado mis mañanas, mi tiempo, mis oídos, mis lágrimas. Le había entregado mi confianza. Todo había sido un fiasco de principio a fin, una farsa.

¿Cómo no me di cuenta?

Estaba muy confundida, perpleja, irremediablemente aturdida. ¿Acaso el instinto sagrado de Nadia era destruir a otros como ella fue destruida por Karima?

¿O acaso siempre fue amada y ella es la única fuente de su propia destrucción? A Karima y a Lina les pasó lo mismo que a mí y fueron víctimas de la esquizofrenia paranoide de Nadia. Siempre una mentira lleva a otra y un crimen lleva a otro. Me acerqué a Nadia porque la vi maternal, equilibrada, y tal vez yo necesitaba esa compañía. ¿O fue ella la que puso su vista en mí y yo no lo noté?

Me sentía terriblemente desdichada. Nadia me llevó sin que me diera cuenta a destruir mi carrera. Todo, según parecía, eran mentiras a medias, verdades disfrazadas, alucinaciones constantes. Su cerebro ha trabajado toda una vida para asimilar los eventos inventados y los reales. ¿En dónde estaba lo verdadero en la historia de Nadia? ¿Por qué me mintió? ¿Para qué lo hizo? Comprendí que Nadia me había masticado viva, me participó de su pasado oscuro y me hizo perder la inocencia; sentí la patada artera de la traición en la garganta. Fui su espectadora y al involucrarme me hizo víctima de su alma enferma. Sus recuerdos dolorosos se quedaron en la memoria y me hizo pedazos. ¿Habrán recuerdos dolorosos? ¿O fue una vida que ella inventó?

LA FIGURA DESTRUCTORA

¿Cuántas veces no se cometen errores por una necesidad interior, propia, que no nos atrevemos a nombrar? Me sentí angustiada, manipulada e indefensa al saber que Karima no había muerto, que no era ese fantasma que me visitaba en las horas de insomnio, que era Nadia la que anticipaba mi caída hacia un vacío, hacia la nada. Descubrí que cuanto más me permitía caer a ese vacío, a ese engaño, más se producía un ciclón que me podía sostener. Tenía que superar mi miedo, mi herida, mi fractura. Nunca antes había sido traicionada como por Nadia, nunca antes había construido ilusiones y diagnósticos basados en una mentira psicopática muy bien elaborada. Por un tiempo me aferré al lado negativo de la enfermedad y la tristeza. A pesar de que Nadia no había sido mi paciente me vi imposibilitada de volver a tratar a alguien. Llegó a mí la honestidad, una virtud completamente tardía en una joven psicóloga que se creyó en la cúspide profesional pero que ahora pedía ayuda a gritos. Con ello ofrecí una justificación consciente a mi temor de volver a dar un diagnóstico equivocado, con ello vi los hilos falsos del supuesto éxito. Creí saber la verdad de cómo educar a los hijos, pero después me declaré completamente incompetente en el tema. Me provocaba profundos remordimientos de conciencia saber que había juzgado a una madre que sufría por tener a una hija enferma. Es terrible levantarse por la mañana y saber que aquellas veneraciones, que aquellas supuestas teorías, que aquellos juicios que emití eran falsos. Me avergonzaba como psicóloga, como persona, como madre. Mayor había sido mi deseo de asignarle una verdad a Nadia que de probar su veracidad. ¿Qué la llevó a regalarme esa terrible historia? ¿Qué ganaba con hacerme odiar a una madre que había sufrido más de cincuenta años? Me quiso sustraer a la autodestrucción de toda moral: una madre que abusa de sus hijos es un monstruo, pero una hija que levanta falsos en contra de su madre es el mal engendrado. Pintó la maternidad con los pinceles más oscuros. Se me perdieron los contrastes. ¿Quién de ellas era la figura destructora?

LA NECESIDAD DE SENTIRNOS IMPORTANTES

El temor al fracaso es asfixiante, eso era lo que experimentaba. Había fracasado y lo tenía que asumir. Ya no podía seguir escondiéndome, sentía una profunda decepción por mis teorías psicológicas de los estereotipos de la mente humana, por las etiquetas psicológicas que me había atrevido a poner a varios pacientes de los cuales sólo conocía una parte de su vida, de su propio rompecabezas vital. Se acabaron los juicios, se acabaron las etiquetas humanas y cualquier tipo de prejuicio. A partir de ahora abriría mi horizonte. La experiencia me obligaba a ser más humana, menos segura, menos soberbia y sin duda menos prejuiciosa. Para mí ya no se trataba de apoyar la hipótesis de mi investigación psicológica, ni de las muestras de las entrevistas, ni mucho menos de argumentos propios y soberbios. Aprendí que mi labor consistía en percibir al ser humano como un todo. La psique de los seres humanos sigue siendo un misterio, sigue siendo profundamente compleja y no hay manera de encasillarla en categorías predefinidas, en moldes preestablecidos, genéricos, vacíos de detalles y color. El mito de la mente es un incómodo aguijón que se clava en cada nueva versión o teoría.

Confieso que mi error más grande fue sentirme útil en la vida de Nadia, creer que era su elegida para recibir su historia, para conocer su verdad, para conectar como puente con su pasado, falso o verdadero, pero que era a mí a quien ella había elegido. Saberse la elegida es un pensamiento muy útil cuando creemos conocer nuestro destino, cuando estamos a salvo y nos sentimos intactos, cuando somos curados de varias formas y a partir de ahí nos podemos entregar con fuerza al otro y sobre todo con una voluntad desmedida. Nadia me había elegido para recibir su historia y con ello descubrí en mí un enorme poder de autoentrega y abnegación. Nadia me convirtió en una heroína y por eso caí desde lo más alto, por eso no encontraba mi camino después de saber que todo había sido una gran mentira, un cuento muy bien contado, una historia muy bien hilvanada. Me sentí como aquel amante al que la amada le decía que él era el único, que no había nadie más, pero que con el tiempo descubre que todo es falso, que sí hubo y había otros y entonces el dolor a no ser el único, a no ser el elegido, a ser traicionado, lo destruye por completo. Descubrir la falsedad como parte de toda una mentira, descubrir la farsa que uno fue para el otro nos condena a ser la víctima de no poder volver a amar nunca más o de no volver a confiar en esa poderosa entrega de la cual somos capaces. Es casi siempre por medio del otro que logramos realizarnos por encima de todo aquello que no creíamos posible en nosotros mismos, pero la traición nos destruye nuevamente, nos devuelve a la soledad de la existencia.

LA DUDA

Hay una voz interior que no nos deja en paz. Una voz propia que nos despierta en la madrugada, que nos visita con el simple hecho de abrir la regadera, de escuchar el sonido de un portazo, una voz que nos anticipa que algo de nuestros recuerdos, de nuestras emociones, nos levantará de un susto, de esa memoria que queremos borrar y de la que simplemente no logramos deshacernos. Nadia aparece en mi mente durante diferentes momentos del día, en mis sueños, durante mi insomnio. Había algo que me seguía llamando hacia ella, que me inquietaba, que no me dejaba estar en paz. Pensaba en su encierro, en esa docena de gatos que rodeaban el psiquiátrico. Pensaba en todos los momentos que compartimos juntas, en las lágrimas que derramamos, en aquellos instantes en que reímos a carcajadas. El valor de finalizar una relación y entender que todo fue una mentira siempre es difícil. Las preguntas persisten: ¿por qué sigo pensando en su pasado? ¿Cuál fue su verdadera historia y su intención? ¿Por qué no logro romper de una vez esa relación?

Desperté el martes en la mañana decidida a buscar y encontrar a Karima. Fui a la colonia Del Valle a buscar la casa con lo que Nadia me había dicho, pero no tuve éxito. Fui a nuestro bistró francés. Me senté en el mismo lugar donde solíamos reunirnos. Me atendió Laurita, nuestra mesera, y me preguntó por Nadia. No supe qué responder, me limité a decirle la misma mentira que me habían dicho a mí y a las niñas: se fue a Líbano.

—Esa señora tan linda. Se le extraña.

—Yo también la extraño, mucho.

—Cuando la vea, le manda un saludo de mi parte.

Pensaba en las palabras de la mesera: esa señora tan linda. Si ella supiera que esa señora me ha quitado el sueño y me ha dado los peores dolores de cabeza y las frustraciones más grandes en mi vida profesional y hasta personal. Compré otros panes de chocolate y croissants; tal vez no serían para Nadia, quizá se los comería Susana.

Ese mismo martes por la mañana fui a la clínica Madrid. Mi paso era acelerado, no temía perder el equilibrio, aunque los gatos seguían dispersos por todos lados. Había muchos en mi camino, pero no estaba aquel gato negro. Vi a Susana al teléfono en una llamada. La esperé. Le dije que iba a verla a ella en agradecimiento a sus atenciones de dos semanas atrás. Pareció alegrarse al verme. Eso fue una sorpresa para mí. Detrás del vidrio que nos separaba me dijo que nos viéramos en el pasillo. Yo salí por la puerta abatible para encontrarnos. Me dio un abrazo. “Tome, esto es para usted en agradecimiento a sus atenciones conmigo.” No vacilé ni un instante en tomar la bolsa de pan. Le dije: “La vez pasada me puse mal porque yo también venía a ver a la señora Nadia Sarkis, que es muy amiga mía, y la verdad es que pensé que su mamá estaba muerta. Ver a la señora Karima fue para mí como haber visto un fantasma. Le ofrezco una disculpa por mi falta de control. Me gustaría mandarle a la señora Karima un arreglo de flores”. Ella titubeó por unos instantes y finalmente me dijo: “No debería darle la dirección, pero se la voy a dar igual, se ve de lejos que usted es una muchacha decente”. La verdad no comprendí en qué podía ver mi decencia, tal vez el olor de panes de chocolate y croissants recién horneados en

un psiquiátrico dan una sensación de bienestar. Me dio la dirección de la casa de Karima. Yo sentía que robaba un banco. El corazón me latía a mil por hora. Temía que el gato negro se me acercara y descubriera que mi intención no era mandar un ramo de flores. Le pregunté por Nadia de la forma más casual que pude. “Pues al parecer va mejor, tuvo una crisis terrible justo ese sábado que vinieron a visitarla. La señora Karima y la señora Lina hablaron con el psiquiatra y con su neurólogo y acordaron darle terapia de electrochoques. Sin poder controlar una vez más mis emociones solté un grito de susto y alarma: “¡No, no, no, no es posible!” Susana me miró arqueando las cejas. “Pues sí, pero no se espante, ya sabe que eso lo hacen para tranquilizar a las pacientes. Ahora ya está más tranquila, lo único que hace es dormir y estar muy en paz con ella.” La abracé fuerte y busqué salir de ahí lo más rápido posible. Todavía era temprano para poder llegar a la colonia Del Valle.

En el camino, ya en el coche, sólo podía pensar en lo que Nadia me había contado que vivió en la clínica San Rafael. Tenía una prisa terrible por llegar a la casa en la dirección que me había dado Susana: López Cotilla 136. Me estacioné cerca de la dirección y me dirigí casi corriendo hacia la casa. La adrenalina que sentía me impulsó a tocar el timbre sin tomar un respiro. No llevaba nada que ofrecer, ni flores ni panes de chocolate ni croissants. Lo único que podía ofrecer y usar como pretexto era mi último libro publicado: *El cocodrilo que se devoró a su hija*.

Dije mi nombre por el interfón y aclaré que venía a ver a la señora Karima, que era la psicóloga Sofía Shield. Me abrieron de inmediato. De la puerta de la calle a la puerta interior había un largo camino. Me acompañó un señor vestido con traje formal de color gris, feo y con mala cara. Movié su saco y pude ver que, en el costado derecho, metido en el cinturón, portaba un arma. Supuse que era alguien de la seguridad de Karima. Entré a la casa y todo coincidía tal como Nadia lo había descrito y como yo lo había visto en mi mente. Los enormes ventanales decorados con preciosos vitrales, las escaleras que bajaban a ambos lados de un recibidor con un tapete rojo que las cortaba justo por la mitad. Vi un elevador que supongo era por la silla de ruedas de Karima. El señor malencarado me indicó que esperara en el recibidor. Poco tiempo después Lina bajó por el elevador. Al verme exclamó: “¡Ah, la niña del psiquiátrico!” Me apresuré a decir: “Hola, señora, qué tal”, y ella con asombro me preguntó: “¿Cómo llegaste aquí? No quiero sonar grosera pero no entiendo”. Por mi parte recuperé un poco la compostura y respondí:

—Me imagino que no entiende mi visita, pero vengo de parte de Nadia.

—¿Cómo dices?

—Sí, el día que nos vimos en la clínica Madrid yo iba a visitar a Nadia. Soy su amiga del Colegio Alemán. Nos conocimos a la salida del colegio.

—¿Mi hermana cuidaba a tus hijos?

—No, ella iba a recoger a unos niños que cuidaba y yo a mis hijas. Somos amigas de la escuela. Nos hicimos amigas a la salida, y por eso después empezamos a tener desayunos escolares. Cuando me enteré de que Nadia estaba en el psiquiátrico me afectó muchísimo y pues la fui a visitar. Ya no tuve la oportunidad de poder explicarles nada ese día en la clínica.

Me miró como si no creyera una palabra de lo que le decía. Su gesto se transformó y colocó el labio inferior entre los dientes, mordiéndose con fuerza.

—Adelante, pasa, creo que a mi mamá le va a interesar mucho tu visita. Déjame avisarle que estás aquí. ¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Sofía Shield. No quisiera interrumpir, sólo vengo a ponerme a sus órdenes para ver en qué puedo ayudarlas a usted y a su mamá.

—Para nada interrumpes. Supongo que has de querer mucho a mi hermana porque ese día parecía que ibas a ver a un familiar, no a una amiga.

No pude contestar. ¿Dónde había quedado la amabilidad de Lina? Comenté: “Qué hermosa casa tienen. Yo soy de Puebla y el tamaño de la casa me recuerda mucho a las casas que tenemos allá”.

Con la mano izquierda me indicó el camino hacia la derecha, para entrar a la biblioteca.

Era realmente impresionante. Nadia no había mentido en eso, su descripción había sido perfecta. La madera simulaba la piel de una serpiente. Se me puso chinita la piel del cuerpo entero y en mis brazos se podía notar la alteración en la que me encontraba.

—Es un poco fría, hace mucho que no prendemos la chimenea. Yo me mudé acá cuando mi papá murió, para que mi mamá no se quedara sola. Es demasiada casa para ella, pero no hay manera de que se quiera mudar.

—Esta biblioteca es impresionante, nunca había visto algo semejante. Parece museo.

—Mi mamá ama esta biblioteca, dice que aquí quiere que pongamos sus cenizas cuando muera, ya sabes, esas ideas raras que tienen las señoras de edad.

Miró mis brazos y notó que los vellos de mi piel estaban completamente erizados. Lo atribuyó al frío y no a mi estado alterado.

—También soy escritora, por eso me encantan las bibliotecas.

Miró hacia el lado izquierdo, levantó la mirada y en tono de burla dijo:

—Yo no soy escritora, pero también me encantan las bibliotecas. Toma asiento, Sofía. ¿Gustas un café?

—Sí, muchas gracias.

Me senté en un sillón que asumí era el sillón donde Nadia se sentaba con Fernando. Acaricié el terciopelo del sillón y me recorrió un frío aterrador. No me atreví a voltear a ver el piso de arriba. La piel de gallina no me delataba. Fingí toser. Hasta que Lina abandonó la biblioteca me atreví a voltear hacia arriba. En efecto había otro piso. Su desnivel no permitía ver si alguien se encontraba arriba. Estaba sentada en la biblioteca maldita. Vi la escalera de caracol. Todo coincidía. ¿Qué tanto podía ser un invento de Nadia?

Karima entró a la biblioteca acompañada de la misma enfermera que estaba con ella en el psiquiátrico. Me levanté y me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla y tomarla de la mano. En ese beso le pedía perdón por haberla insultado en mis sueños y por haber pateado su tumba. La había querido revivir para matarla y en cuanto la tuve enfrente lo único que fui capaz de hacer fue apresurarme a darle un beso de perdón, ante el cual reparó: ¡Uy, qué manera tan amorosa de saludar!”, y de inmediato con un gesto casi de asco contuvo la respiración y se limpió mi beso con el dorso de la mano.

—Señora, vengo a ponerme a sus órdenes para ver en qué puedo ayudarles.

—Me dice Lina que eres amiga de mi hija. Qué amable de tu parte, siendo tan joven, de tomarte el tiempo para dedicárselo a unas ancianas sin remedio.

—¿Supongo que estás muy ocupada? —dijo Lina—. A tu edad no se tiene tiempo de nada.

—La verdad es que Nadia es de las pocas amigas que tengo en la Ciudad de México y ahora tengo tiempo libre.

Karima se notaba inquieta y trataba de alcanzarse la espalda con la mano. Le llamó a la enfermera y le pidió unas tijeras. Lina se levantó para ver qué tenía que tanto le molestaba. “Mamá, es la etiqueta.” En ese momento me remonté a la infancia de Karima, quería preguntarle por el niño azul, si ya lo había olvidado o superado. Algo en la historia que me había contado Nadia era cierto: Karima estrenaba algo todos los días. Yo sabía que los besos le molestaban y la había saludado con un beso de perdón, o quizá era mi inconsciente que la besó para recordarle el beso al niño azul, ése que la llevó al infierno. Lina miró el reloj y dijo: “Mira, Sofía, agradecemos mucho tu visita y tu tiempo, pero ya que eres psicóloga debo decirte que no creo que haya nada que puedas hacer por mi hermana. Hace muchos años ella fue diagnosticada; desde chiquita ha sido el enemigo del ángel del hogar, ha roto con nuestros valores, nunca se conformó con las oportunidades que le ofreció mi mamá. Seguro sabes que salió corriendo de un matrimonio hermoso. Siempre tuvo la pretensión de hacerse pasar por una mujer libre e inventó que su esposo era homosexual. Pobre muchacho, le destrozó la reputación, su imagen frente a sus amistades. Nadia nunca ha sido capaz de distinguir entre el bien y el mal, nunca estuvo dispuesta a controlar sus impulsos malignos. Desde chiquita, desde los trece años, Nadia era caprichosa y violenta. La falta de respeto con la cual siempre ha tratado a mi mamá es imperdonable. Mi mamá insiste en que algún día Nadia se va a curar y nos hemos gastado una fortuna en psicólogos, psiquiatras, hospitales y terapias de todo tipo.

”Pero Nadia siempre mostró una actitud indiferente y hasta agresiva frente a la familia. Quizá tú la trataste durante un tiempo en el que su comportamiento parecía normal. Eso le sucede con frecuencia: en cuanto pasa su periodo de excitación, de manía, puede incluso comportarse de manera encantadora. Desde chica se fugaba de la casa para vagar con descaro por bares de mala muerte. Nadia nunca ha respetado ni obedecido a nadie. Trató de suicidarse muchas veces y nos chantajeó. Mi mamá ha vivido atormentada por culpa de Nadia y todos los hermanos, sobrinos y nietos hemos girado alrededor de una mujer enferma que ha robado la atención de todos los momentos de nuestra vida. No importa si nació mi hijo, Nadia estaba en el psiquiátrico; no importa si se divorció mi hermano, Nadia tuvo un intento suicida. Siempre —perdón que te lo diga— todo, absolutamente todo, ha girado en torno a una hermana que está sana en términos físicos, pero está muy enferma mental y moralmente. Nadia ha desarrollado una sorprendente habilidad como narradora de su propia vida. Espero que a ti no te haya cautivado con sus historias como a tantas personas. Siempre ha sabido enfatizar los aspectos que sabe que pueden interesarle al otro. Seguramente contigo habló muchísimo de los niños del colegio.”

Yo escuchaba a Lina y no sabía qué pensar.

—Sí, nuestro tema de conversación siempre fueron los niños, la importancia de la infancia y de la familia.

—¿Ves? Te lo digo, Nadia sabe perfecto cómo envolver al otro. Sus ideas delirantes, sus chantajes suicidas siguen estando presentes.

—¿Qué hay del secuestro? —me atreví a preguntar, no sé por qué razón.

En ese momento Karima nos interrumpió. “Nadia le cuenta a todo el mundo sobre ese supuesto secuestro. No sé por qué mi hija se inventa esas cosas tan horribles.” Se llevó la mano al pecho en señal de aflicción. Yo sólo sentía mucha confusión y miedo. Lo único real, me parecía, era que había un vínculo tenso, ambivalente, entre madre e hija. Lina comentó: “Nadia siempre luchó por llamar la atención y, sobre todo conmigo, tuvo una competencia devastadora.

Siempre quiso tener lo que yo tenía, pero ella, al tenerlo, rompía con cualquier tipo de relación afectiva que se le presentaba. Nunca pudo tener una relación verdadera ni duradera con un hombre”.

—Perdón que la interrumpa, pero Nadia me contó mucho de su novio Marco.

—¿Marco?

—Sí, Marco.

—¿Marco? No tengo idea de quién pueda ser ese Marco. ¿Será un señor que conoció en el colegio?

Lina volteó las palmas de las manos hacia el techo como en oración y se encogió de hombros. Karima nos interrumpió: “Lina, querida, dale a probar a la niña el pastel de dátíl. Es de Líbano, te va a gustar”.

—¿Marco no existe? —insistí—. Marco, el que se iba a casar con ella después del secuestro.

—Mira, Sofía, no tenemos idea de qué hablas, de quién pueda ser ese Marco.

Yo no quería pastel. Me levanté del sillón para despedirme: “Perdón, pero ya van a salir mis hijas del colegio”. Karima suspiró y dijo: “¿Sabes? Me recuerdas a cuando yo era joven. Tu silueta. Ven, acércate, bonita, date una vuelta para que vea en ti cómo me veía yo hace tantos años”. No pude hacerlo, no pude girar, me quedé como anclada al suelo. Karima me estaba pidiendo a mí en esa maldita biblioteca que me diera una vuelta para verme porque le recordaba a ella cuando era joven. Recordé la historia de las tías enfermas de Nadia, cómo hacían que Nadia se desnudara y de pie girara y posara para ellas. “Estás muy bonita, deberías usar vestidos, soltarte el pelo, mira, con ese cuerpo puedes usar algo más entallado.” No pude ni dar las gracias por el cumplido, se me revolvía el estómago, necesitaba tomar aire, pero no quería salir corriendo, no quería ser grosera. Miré hacia arriba cuando Lina me dijo: “Puedes subir, hay más pasillos con libros que no se logran ver desde aquí”. Subí al segundo piso de la biblioteca sin pensarlo, tenía una necesidad enorme de tomar aire. Una vez arriba, en el tercer pasillo, sentí una espeluznante sensación al verlas desde ahí y saber que ellas no me podían ver. Mantuve el equilibrio sujetándome a un peldaño y vi unos libros que tenían grabada la letra K seguida de un punto. Quise tomar uno, pero Lina apareció en el pasillo justo detrás de mí. Cuando la vi sentí que me moría del susto.

—Impresionante, ¿verdad?

—Sí, increíble.

Di la vuelta por el otro pasillo escapando de allí como si Lina fuera el asesino que esconde un cuchillo y quiere acercarse amablemente hacia su víctima. Pero pudo más mi miedo que la buena educación. Bajé veloz las escaleras. Lina apresuró el paso detrás de mí: “¿Cuál es la prisa?”, decía. “Ya debería estar formada a la salida del colegio.” Recordé mi libro que había metido en mi bolsa. “Señora Karima, le traigo de regalo un libro que publiqué recientemente, es para niños, pero ojalá se anime a echarle un ojo.” Karima me agradeció: “Qué amable de tu parte y gracias por apoyar a mi hija con tanta inocencia y buena voluntad”. Karima miró con mucha atención la portada del libro. “Te acompaño”, me dijo Lina. Quise abrir la puerta corrediza para salir de la biblioteca, pero me di cuenta de que no podía abrirla con facilidad, estaba como atorada, descuadrada. “Disculpa —dijo Lina—, pero se atora cada tanto, hay que abrirla con un poco de maña.” En ese momento recordé la patada del hermano de Nadia, por eso se atoraba. Al salir de la biblioteca alcancé a mirar de reojo a Karima y vi que se quedó mirando fijamente mi

dedicatoria:

A Nadia, para que tus dragones encuentren la paz que su cocodrilo devoró.

Karima levantó la cabeza y la giró hacia la puerta. Por un buen rato nuestras miradas se trabaron una en la otra y yo sentí que ambas nos mirábamos con desconfianza.

Por fin, ya en la calle, subí a mi coche y encendí el motor para alejarme temblorosa, alterada, confundida de esa casa. Por momentos volví a creer en Nadia. Decidí llamarle a Andrés para contarle todas las coincidencias entre lo que vi y la narración de Nadia. Andrés quedó sorprendido, me decía con palabras positivas que la totalidad de los hechos no tenía por qué desviarme de la patología de Nadia. Fui de regreso a la clínica Madrid para pedirle a Susana que en cuanto dieran de alta a Nadia me hiciera el favor de llamarme. Algo en mí intuía que tratarían de alejarla de ahí. Susana había recibido un paquete y estaba firmando de recibido. Al verme de nuevo tres horas después, dijo:

—¿Qué se le olvidó, mi niña? Por cierto, deliciosos esos panes dulces que me trajo.

—No se me olvidó nada, Susana. Sólo vengo a dejarle mi número para cuando den de alta a Nadia. ¿Me podría hacer el favor de avisarme? Le prometo traer más de esos panes para usted y para Nadia.

—Mire usted lo que es el amor: todos los martes a la señora Nadia le mandan un litro de helado de coco.

QUERIDO LECTOR:

Poco después de entregar el manuscrito de este libro a la editorial, recibí una llamada por la noche y del otro lado de la bocina escuché la voz intranquila de mi editor. Su preocupación anticipada me dio la alegría de saber que se había involucrado no sólo en la edición de mi libro sino también en las emociones que el proceso literario ha provocado en mí. Lo tomé como un gran halago, y sobre todo con profundo agradecimiento, que me pidiera como algo necesario para el libro que agregara un epílogo tanto para mis lectores como para la prensa y quizá, con un toque de análisis psicológico, puedo afirmar que incluso para él mismo. Mi editor sintió necesario con un epílogo romper el silencio fantasmal que esta historia ha provocado en mí.

Lo cual se lo agradezco profundamente ya que me da la oportunidad de hacer una catarsis, pues al parecer este espacio hace que al menos no queden huecos llenos de angustia.

Quiero dejar claro que esto no es un tratado psicológico ni un intento por explicar diferentes tipos de relaciones perversas. *Cuídame de ti* es una historia que mueve emociones y confronta ideas más allá de cualquier análisis. Si la novela hubiera tocado el tema del abuso paterno, es decir, del padre, muy probablemente no hubiera sido necesario hacer un cierre como el que me pidió mi editor, pero al venir de la figura materna nos vemos con la obligación moral de devolver algo que la novela ha arrancado. Estamos en tiempos en que se ha sometido a severo escrutinio la figura paterna, masculina, y las implicaciones negativas de lo que llamamos un largo patriarcado cultural.

Resulta muy relevante centrar la mirada en el horror, con ánimo de búsqueda de la verdad, sobre el impacto que tienen las relaciones parentales en nosotros. Es importante perder el miedo a reconocer que hay más peso y responsabilidad en la figura que nos ha dado la vida, en la relación que todos tenemos con nuestra madre. La figura materna se relaciona con el origen de nuestra vida y con nuestro crecimiento, y nuestro desarrollo depende de sus cuidados. Es nuestro primer vínculo afectivo y es fundamental el significado de los cuidados que nos proporciona la madre para nuestra futura salud mental. Como psicóloga puedo afirmar que la madre es quien promueve los vínculos afectivos que nos acompañan el resto de nuestras vidas.

El agravante que veo es que hemos elevado la condición materna a un grado intocable, lo que nos impide mirar con lucidez, con la distancia necesaria, para ser críticos y observar, analizar y, si es preciso, emitir un juicio sobre el desempeño de algunas formas de maternidad y sus efectos en la vida de algunas personas. Ser psicóloga me permitió y me obligó a enfrentarme a esto de una manera crítica. Mi novela me permitió desdoblarme ante lo complejo, no sólo para criticarlo sino para buscar salidas a situaciones dañinas y perjudiciales.

Pero no cabe duda que antes de ser psicóloga soy mujer y madre que ama profundamente a sus hijos y me siento absolutamente amada por ellos. Sin embargo hubo momentos en que la historia me estremeció de sobre manera. Me dio miedo equivocarme como amiga/madre, vi y temí el hilo tan delgado que atraviesa la relación madre-hijo. Me hizo guardar distancia y observarme con mirada crítica y un tanto severa, mirarme como hija pero sobre todo como madre. Puedo hacer un pequeño exorcismo al decir que como mujer, madre y esposa estas historias remueven esquemas de lo que uno da por hecho en una relación materna. Sin duda lo

más difícil en mi proceso literario fue enfrentarme a la maternidad desde otro punto de vista, parada desde otro lado, poder romper el blindaje que le otorgaba a las mujeres de manera inconsciente, asumiendo *a priori* que el amor de una madre siempre es puro, bueno y nutritivo. Por el simple hecho de ser madres, mi psique las acomodaba en un nicho en el que la palabra “madre” cobraba un significado hermoso y benigno de forma automática y las convertía en seres amorosos, protectores y bondadosos.

La fenomenología es la que salvó mi texto. Cultivar una observación fenomenológica me ayudó a mantener distancia y a evitar que mis prejuicios se interpusieran en la historia. Simplemente traté —y creo haberlo logrado— de no estructurar la situación en mi mente, no dejar que nada se interpusiera entre la historia y yo. Fue importante atender lo que la historia me pedía, ampliar mi mirada y ver algo que muchos no queremos ver, dejar que la historia simplemente pasara, aunque la motivación no pueda explicarse racionalmente ni justificarse moralmente.

“De-sescandalizar” la historia fue punto clave en mi proceso de escritura, ya que era importante verla sin prejuicio para no deformar su propia esencia. Ayuda mucho dejar pasar aquello que tanto ruido nos hace para poner atención en las pausas y en los silencios. Sólo así logré poder intervenir en ella. La verdad de las cosas es que hay veces que no hay intervención posible, si el problema no se quiere ver. Los problemas para ser solucionados deben de ser vistos, y es un peligro para nosotras querer elevar, endiosar o mitificar el rol de la mujer, la figura femenina, la figura de la madre en esta historia o en cualquiera otra. Es necesario reivindicar el lugar, la dignidad, la igualdad y la equidad que nos corresponde a las mujeres en la sociedad, pero sin arriesgar nuestro crecimiento, privándonos de autocritica y, en consecuencia, de ver nuestros problemas, heridas y sombras, para sanar, crecer y ser más libres y plenas, para nosotras mismas y para nuestros seres amados.

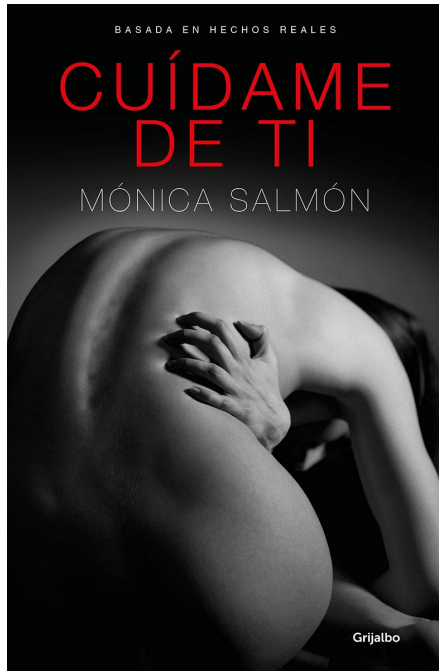
Espero haber logrado demostrar con esta novela que podemos huir pero no escondernos del mal. Enfrentarnos a nuestras propias oscuridades puede llegar a ser muy incómodo e incluso profundamente doloroso, sin embargo es necesario aceptar que todos tenemos demonios que nos persiguen y que es un gran regalo si en el camino de la vida encontramos a quien pueda acompañarnos a conocerlos, asumirlos y, quizá, liberarnos de ellos. Yo le agradezco a mi “Nadia” por la confianza que depositó en mí para acompañarla en su propio exorcismo.

Cuidame de ti exhibe la condición humana y sus vínculos perversos, pero sobre todo nos hace tomar conciencia de que más allá de lo que anhelamos como ideal y correcto está la realidad que la vida misma y la psique ha determinado como apropiada, y que nuestro esfuerzo como seres humanos es encontrar el equilibrio, abrazar la realidad sin miedo y sobre todo sobreponernos a los embates de su severidad.

Mi novela también me permitió estar consciente de que más allá de hombres, mujeres, padres o madres, somos seres humanos, somos mente, somos psique, somos historia, somos herida, somos huella y tenemos lenguajes comunes que pueden coincidir con el bien o con el mal, pero sobre todo somos una historia que se está contando. Gracias a todos los que me acompañaron en este proyecto.

MÓNICA SALMÓN

El mal más grande del mundo puede ser cometido por quien más te quiere.



La vida de Sofía, una reconocida psicóloga que desea escribir una novela erótica, está a punto de trastocarse después de conocer a Nadia, una institutriz de 75 años dispuesta a contarle todo lo que ha vivido.

Orgías, mentiras, un pasado disfrazado de lujos y una madre que quiebra lo que toca es lo que Sofía irá descubriendo en cada reunión que tiene con Nadia, y que será la única forma en la que las dos vayan reconstruyendo esos fragmentos de una infancia rota.

A veces esas charlas serán un espejo para la psicóloga y ella pondrá en duda hasta su propia maternidad. ¿Es posible la maldad en una madre? ¿Es posible la destrucción de una persona por el puro placer de verla sufrir? ¿Es real la historia que Nadia le está contando? Sofía tendrá que decidir cuál es la verdad.

Una escalofriante novela basada en hechos reales que no te dejará indiferente.



Mónica Salmón nació el 1 de enero de 1978. Creció bajo el cobijo de las miradas amorosas de una abuela inmigrante rusa, una joven madre y una hermana menor. Desde muy pequeña la ausencia paterna la acercó a las letras, pegando en sus diarios las cartas destinadas a un papá ausente.

Psicóloga clínica y tanatóloga, está convencida de que el llanto es la salvación y que el diván logra llevarnos a lugares maravillosos. En 2012 recibió el máximo galardón CANADEM, el premio nacional de la mujer. Autora de los libros *Debajo de mi piel*, homenaje a la memoria de su madre que expresa su experiencia ante la muerte y la lucha por la vida, y *Que quede entre nosotros*, que explota la sensualidad dando fuerza y voz a la sexualidad femenina.

Madre y esposa, cree en la literatura como fuerza para entender la realidad humana. Lucha por hacernos entender que los prejuicios destruyen, mientras que Rila, su dóberman, le saca a pasear el corazón.

Cúidame de ti

Primera edición digital: marzo, 2019

D. R. © 2019, Mónica Salmón

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House, por el diseño de cubierta
D. R. © ISTOCK by Getty Images, por la ilustración de portada
D. R. © Gabriel Bátiz, por la fotografía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-762-7

Penguin
Random House
Grupo Editorial



/megustaleermexico



@megustaleermex

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación